

Hernán Jaramillo Cisneros
(Compilador)

Por las calles de Otavalo
-De arriba abajo-

Otavalo - 2006

Revista Sarance
-Serie Monografías- N° 1

Comité Editorial:

Plutarco Cisneros Andrade
Marcelo Valdospinos Rubio
Susana Cordero de Espinosa
Hernán Jaramillo Cisneros
Elena Francés Herrero

Director: Fermín H. Sandoval

Publicación del Instituto Otavaleño de Antropología y
la Universidad de Otavalo

Casilla: 10 - 02 - 06

Otavalo - Ecuador

universidadotavalo@andinanet.net

Revista Sarance

-Serie: Monografías, N° 1-

Elaboración: Centro de Investigaciones Interinstitucionales IOA – UO.

ISBN-

Impresión: IOA – UO

universidadotavalo@andinanet.net

Casilla de Correo: 10 – 02 – 06

Avenida de Los Sarances s/n

Otavalo – Ecuador

© Hernán Jaramillo Cisneros

Archivo fotográfico: Hernán Jaramillo Cisneros y Rodrigo Mora M.

Instituto Otavaleño de Antropología – Universidad de Otavalo

Primera edición. Otavalo - 2006



**INSTITUTO OTAVALEÑO
DE ANTROPOLOGIA**



Índice

Presentación	13
Introducción	17
Aguiar y Acuña, Joan	41
Alarcón, Pedro Antonio	41
Almeida Bolaños, Carlos Joaquín.....	41
Andrade, Félix Polivio	42
Andrade, Francisco Xavier de	44
AndradeAlmendáriz, Manuel.....	45
Andrade Valdospinos, Manuel	46
Arce y Erasso, Luis de.....	47
Atahualpa	47
Auz Vda. de Arregui, Mercedes	50
Barrera, Isaac J.	51
Bello, Andrés	53
Benítez, Luis Eladio	54
Benítez Endara, Ulpiano	55

Bolívar, Simón	55
Bosmediano, Ramón	59
Cabrera, Alonso de	60
Calderón Garaicoa, Abdón.....	60
Caracas.....	61
Carvajal, Juan Alonso de	62
Carrión Aguirre, Alejandro.....	63
Castro, Segundo Joaquín	63
Centenario (plaza)	65
Chaves Guerra, Alejandro	66
Chaves Orbe, Ulpiano	67
Chaves Orbe, Virgilio	69
Chaves Pareja, José María	70
Chávez, Leopoldo N.	71
Chávez Guerrero, Luis de	72
Cisneros, Luis Enrique	72
Cisneros Pareja, Alfonso	74
Colón, Cristóbal	75
Collahuaso, Jacinto	79
Corazas (calle de los)	83
Corregimiento de Otavalo	86
Corro y Bustamante, Joseph del	87
Cuadra, José de la	89
Cumaná	90
Cusín (Ver pág. 100).....	90
De la Torre, Antonio	90
De la Torre, Luis Alberto	91
Diablo Uma (calle del)	92
Díaz de la Peña, Juan Manuel	94
Durango Delgadillo, Pablo	94
Egas, Nicolás	95
Egas, Roque	95
Egas Cabezas, Miguel	97
Estados Unidos	99
Estévez Mora, Antonio	100
Fuya-fuya	100

Gallegos, Rómulo	101
Garcés, Remigio	102
Garcés, Víctor Gabriel	102
Garcés Cabrera, Enrique	104
Garcés Yépez, Paulino	106
García Moreno, Gabriel	106
Garzón Prado, Luis	108
Garzón Ubidia, Guillermo	109
Gavilanes Andrade, Vicente	110
Gijón y León, Miguel de	111
González Suárez, Federico (plazoleta)	113
Gualambari	114
Guayaquil	115
Guayasamín, Oswaldo	116
Guerra Dávila, César	116
Heras (Dr.)	118
Herrera, Amable Agustín	118
Icaza Coronel, Jorge	119
Idrobo, María Angélica	120
Imbabura	121
Imbaquí	122
Jaramillo Arteaga, Manuel María	123
Jaramillo Egas, Modesto	124
Jaramillo Egas, Rafael	125
Jaramillo Pérez, Estuardo	127
Jaramillo Pérez, Víctor Alejandro	127
Jijón y Carrión, José Manuel	129
Lagos de Imbabura	131
Larrea, Vicente	134
Larrea Jijón, Modesto	135
López de Zúñiga Figueroa, Diego	136
López Navarrete, Pedro	137
Manrique, Sebastián	138
Maracaibo	139
Mejía Lequerica, José	139
Mérida	140

Merizalde y Santisteban, Francisco Xavier	140
Miranda, Francisco de	143
Moreano Loza, Gustavo	144
Moncayo, Francisco Hipólito	145
Montalvo, Juan	147
Morales, Juan de Dios	148
Mosquera Pinto, Julia	149
Mosquera Pinto, Sixto	150
Narváez Paz, José Ignacio	151
Navarro Andrade, Ulpiano	152
Nina Paccha	152
Obrajes (calle de los)	155
Olmedo, José Joaquín de	157
Once de Noviembre	158
Orbe, José Estuardo	158
Ordóñez, Neptalí	159
Ortiz y Cevallos, Pedro	161
Paredes, Hernando de	162
Pareja, Juan Ignacio	163
Pendoneros (calle de los)	163
Pérez Pareja, Pedro	165
Pérez Quiñones, Fernando	166
Piedrahita, Vicente	168
Pinto Guzmán, Pedro	171
Pinto Guzmán, Segundo Miguel	172
Pinto Guzmán, Tomás Abel	172
Pisabo	174
Plazas Dávila, Alejandro	174
Ponce de León, Sancho de Paz	175
Posse Pardo, José	175
Protectores de Naturales	177
Puerto Cabello	178
Quiroga, Manuel Rodríguez de	178
Quito	179
Ricaurte, Antonio	181
Roca, Vicente Ramón	182

Rocafuerte, Vicente	182
Rodríguez, Francisco	183
Rodríguez, Simón	183
Rubio Orbe, Gonzalo	184
Rueda, Manuel María	185
Salinas, Juan de	186
Sánchez de Orellana, Juan José	187
Saona Sandoval, Joaquín	188
Sarances (avenida de los)	188
Suárez Dávila, Alberto	190
Suárez Veintimilla, Francisco Javier	191
Suárez Veintimilla, Mariano	192
Sublevaciones Indígenas	192
Sucre, Antonio José de	196
Tambo (calle del)	198
Tinajero, Joaquín	200
Treinta y uno de Octubre (avenida)	201
Troya, José María	202
Ubidia Albuja, Carlos	203
Ubidia Barahona, Aurelio	204
Ubidia Proaño, Luis	206
Valdospinos Flor, Miguel	207
Valencia	208
Veinte y cuatro de Mayo (plaza)	208
Velalcázar, Daniel	210
Yana Urcu	211
Yamor (calle del)	212
Bibliografía	215

Presentación

Recorrer una calle de arriba abajo, fijarse en los letreros que se estampan en los pórticos, caminar como transeúntes ajenos al pulso que mueve el corazón de los habitantes es el ejercicio propio de los viajeros; para los viajeros los nombres son anónimos y si alguna noticia le sugieren se esconde la relación que ese término tiene para quienes escribieron las nomenclaturas. Pero si un forastero no debe saber por qué cifraron determinados nombres en las calles o en las plazas, es irreverente e impío que quienes residen y han optado por patria una locación, ignoren las razones que llevaron a cifrar un nombre en una calle, en una plaza o en un parque.

Una lástima arrebataadora sofocaba los pechos de los habitantes de los pueblos andinos cuando sus hijos optaban por el matrimonio con gente desconocida, gente que traía y llevaba el viento; la aventura pasional con esos indeseables, llamados *wayrapamushkas* (*wayra*, viento y *apamushka*, traído), afectaba hasta el punto del desquiciamiento y las lágrimas, porque aquellos no tenían patria, no tenían raíces, los padres habrían sido enterrados sin flores ni recuerdo. ¡La dignidad de los hombres la conserva la tierra, no el viento!

Las ciudades son el ámbito de los hombres, ellos las forman y las marcan con sus propias identidades; en cada ciudad y en cada poblado hay elementos que las constituyen, donde se logran encontrar huellas de sus habitantes, se consiguen saborear los espacios de encuentro y de diálogo, se pueden leer las historias e incluso los entresijos indecibles de cada familia y de cada generación; conservar los vestigios, marcar los hitos, desentrañar y desempolvar los sueños que inspiraron a las generaciones antecedentes es labor de los vivos, en el ofertorio a la dignidad que se pondera en los propios pasos para que se compongan versos y cánticos en la posteridad.

Parecería una estentórea mentira el dicho que «las ciudades no tienen alma» y que «la indiferencia es la enfermedad de los hombres», pero aquello que no tiene alma no es el ámbito de los hombres y por lo tanto no puede llamarse ciudad; mientras la indiferencia es como la insensibilidad que asemeja a los hombres a la muerte, pero sin ser su fin es el paso anterior a los cadáveres que se descomponen y desaparecen a diferencia de las personas, que son eternas, con su cuerpo. El momento en que los hombres olvidan que la suerte de sus vecinos no les resulta ajena o indiferente, sepultan su alma y trastocan a las ciudades en cementerios, no laten ya sus corazones y la «convivencia» es una colisión de piedras y los encuentros, conveniencia de comodidad para sus propias aristas mientras aguardan que las mandíbulas del tiempo muelan el fugaz, insípido e irónico destino.

Nombres que se repiten sin saber de qué se trata o a quién se refieren no pueden librarse del patetismo miserable de la indignidad y la ingratitud que degradan y corrompen al ser humano, entonces aparecen los monstruos porque se olvidan de su dignidad. Los nombres de las calles no sirven únicamente para ubicar direcciones sino que se apegan a la historia de la misma ciudad y hablan de los hombres que las amaron y las formaron.

El valor de este libro de Hernán Jaramillo Cisneros, uno de los investigadores más importantes de los últimos años, no solo es el hecho que sea una compilación muy bien documentada y con la novedad absoluta de ser la obra pionera en el estudio de la nomenclatura de una ciudad, sino que tiene el tributo del corazón agradecido a su patria donde puede hinchar sus pulmones con la ventisca que cubre de frescura el valle o sentir el apacible murmullo del agua que marca de

magia a Otavalo y todo ello como la dignidad de un heredero del propio suelo portador de integridad inalienable de ser otavaleño.

Por las calles de Otavalo –de arriba abajo- es un libro de consulta básica de la historia local. Una plumilla bien trazada, con información objetiva de la ciudad de Otavalo, no puede quedarse quieta en los estantes, lo conveniente será recubrirla de tapas fuertes como acostumbraban honrar los mayores a los buenos libros. Este libro hará trastrabillar a los fantasmas que azotan de cuando en cuando e intentan sumergir a los despistados en ese mal espíritu que traen los vientos temporales y cínicos. Este trabajo arropa los corazones y es antídoto para no considerarse:

Wuayrapamushkas,
sin padres ni tierra,
transeúntes fugaces...
¡Hay algo peor que la muerte:
el olvido de lo que se debe querer!

Fermín H. Sandoval

Otavalo, septiembre de 2006

Introducción

Este es un trabajo de compilación bibliográfica, las fuentes utilizadas varían desde publicaciones antiguas y contemporáneas hasta consultas en Internet; se ha respetado el estilo de cada autor, aun en el exceso de innecesarias mayúsculas o comillas; la bibliografía otorga los correspondientes créditos a los autores de los textos originales. La extensión de los temas tratados, especialmente en lo que concierne a personajes, no tiene relación con la subjetiva mayor o menor importancia del mismo -porque cada cual lo es en su campo- sino con la información que ha sido posible conseguir de cada uno de ellos o la que consideramos más pertinente para este trabajo. Creemos que el tiempo tomado en la preparación de esta obra estará justificado si es útil a las personas que se interesan por conocer mejor el lugar donde nacieron y/o crecieron, especialmente a quienes llevan dentro de sí ese sentimiento tan nuestro, denominado **otavaleñidad**.

Los nombres que constan en la presente reseña fueron tomados de un **Plano de Otavalo**, elaborado por alguna dependencia municipal, seguramente para trabajo interno. Se tomaron en cuenta los datos que indica el mencionado documento, excepto en dos casos, pues los nombres se repiten en lados opuestos de la ciudad, lo cual muestra que no corresponden a nombres oficiales y que se procedió de manera arbitraria en su nominación.

Para hablar de la nomenclatura de Otavalo hay que partir del año 1868 en que se produjo el gran terremoto de Imbabura, el cual destruyó por completo la pequeña ciudad, lo que obligó a planificarla y reconstruirla totalmente, en el mismo sitio en que estuvo el antiguo pueblo de *Sarance*, el principal del Corregimiento, según informó a las autoridades de la Real Audiencia de Quito, en 1582, el corregidor Sancho de Paz Ponce de León.

Sin embargo, algunas referencias anteriores al terremoto permiten formar una idea de cómo era Otavalo. Así, Antonio de Alcedo, en su *Diccionario*, publicado entre 1786 y 1789, dice: «...la capital que es la villa y asiento del mismo nombre, población grande, hermosa y de agradable situación, de temperamento frío...

Francisco José de Caldas, en 1802, ofrece una amplia descripción de Otavalo:

El agua es clara, fresca y de las mejores de la cordillera. La población está situada en un perfecto plano, cercado de colinas... Por el oriente le atraviesa un hermoso arroyo que llaman el Jordán por la salubridad de sus aguas. Digo que le atraviesa porque en el lado oriental de este arroyo y sobre las faldas de una colina inmediata hay un arrabal risucho y la parte más alegre de Otavalo. Por el occidente le termina otro arroyo algo mayor que llaman de los Molinos, y en efecto le conviene este nombre, pues los tiene y le dan movimiento con sus aguas. Yo he formado un plano al paso para dar una idea de la población y su disposición. Las calles son rectas de un ancho proporcionado, los edificios en todo como en Quito... No usan de tapial, lo más o todo es de adobe de barro crudo mezclado de paja. Tiene un convento de Padres Franciscanos en corto número y mantiene dos Curas seculares... La iglesia mal situada, de costado a la plaza principal, como las más de estos pueblos. Le precede como vestíbulo una como segunda plaza a que se entra por una puerta de 3 arcos, de los cuales el mayor y medio está arruinado, tal vez por alguno de los muchos terremotos a que está expuesta esta preciosa parte de la América. Esta segunda plaza es de una extensión considerable, cercada de paredes y hace veces de cementerio. En él no se entierran sino los indios y gentes miserables. Los demás van a la iglesia. En este cementerio se ven

muchos grandes árboles sembrados y le dan un aspecto de alameda agradable. Después se entra en la iglesia, de un cañón, obscuro, ennegrecida y fea. Un pueblo como Otavalo merecía un templo más aseado y decente.

El otro cura es de los indios advenedizos y de castas, tiene una iglesia llamada Parroquia del Jordán, últimamente edificada...

Gaspar de Santistevan, en 1808, al Presidente Gobernador y Comandante General de Quito le dice que la «extensión de la población de Otavalo es de once cuadradas de longitud y siete de latitud en la mayor parte», información que complementa con la siguiente:

Tiene doscientas quince casas todas bajas, a excepción de tres que son de alto, pero las más de teja, aunque de poca capacidad y de grosera arquitectura, pues su fábrica consiste solo en adobes y por consiguiente de poca resistencia y duración... En sus inmediaciones hay también, además de muchas casuchas salteadas algunas rancherías tales son por la parte del oriente las de San Roque, San Miguel, Nuestra Señora de Monserrate y Peguche... y por la del poniente las de Santiaguillo, Quichinche y San Juan...

El geógrafo Manuel Villavicencio, en 1858, proporciona esta información:

Otavalo tiene sus calles rectas, casas de adobe cubiertas de teja, algunas de dos pisos; es un lugar pintoresco por sus hermosas huertas, con cercados cubiertos de mora (especie de frambuesa superior) y siempre verdes. Los principales edificios son: la matriz llamada **Jordán**, la guardianía de San Francisco, el templo de la parroquia de San Luis dentro del lugar, y fuera de él, la capilla del **Molino**, situada a orilla del pequeño riachuelo del mismo nombre, donde se hace la romería de la virgen del Rosario.

José María Chaves Pareja, en 1943, ofreció algunos datos interesantes sobre la ciudad de antes del terremoto. Este autor, que investigó apasionadamente la historia de su ciudad natal, ha dejado para la posteridad un plano reconstruido de Otavalo, en el

que aparecen las calles con los nombres de ese tiempo. Al parecer, dicho plano ha permanecido inédito y hoy lo publicamos como un merecido homenaje a su grata memoria.

Otavalo, antes de 1868, ocupaba un área igual a la actual ciudad, sus calles más angostas, con acequias de agua que las cruzaban. La casa municipal (estaba) en la cuadra en que están situados la escuela «Ulpiano Pérez Quiñones», el torreón y el convento de San Luis, casa que en el coloniaje fue la residencia de los corredores y más autoridades.

La actual carrera Sucre se denominaba Calle de los Obrajes, por estar situados en ésta los obrajes de la Corona de España. La carrera Bolívar se llamaba Calle Real. La carrera Juan Montalvo se la conocía con el nombre de Copacabana. La Colón se la llamaba Calle de los Batanes. La Piedrahita, Calle de las Escuelas. La plaza de San Luis, en su totalidad, estaba circundada de casas de dos pisos, habitadas por familias distinguidas.

Una conmovedora descripción de lo que produjo el terremoto nos ofrece Joseph Kolberg, quien manifiesta su admiración por el «encantador Otavalo, la perla de la provincia»:

Un campo de batalla sobre el cual han explotado todo un día las granadas enemigas no ofrece un aspecto tan desgarrador como el que presentaba Otavalo la mañana después del siniestro. El primer remezón del terremoto derribó con inaudita fuerza todos los edificios, y todos los 8.000 habitantes quedaron enterrados de un golpe bajo las ruinas. En los revueltos escombros erraban la mañana del 16 de agosto no más de cinco personas; todos los demás yacían destrozados o mutilados bajo el montón de ruinas de sus viviendas. Muchas familias desaparecieron hasta con sus nombres, y de las otras escapó solo una décima parte... Pero los habitantes que se salvaron demostraron más ánimo que los de Ibarra. Como unas 800 personas más o menos, fuertemente lesionadas, sin preocuparse de sus propias heridas y miseria

salieron vivas de entre los montones de escombros en el lapso de los seis primeros días. El 29 de agosto se calculó, en los partes oficiales, el número de los que habían quedado con vida en Otavalo, en 1.500 personas...

El presidente de la República, Javier Espinosa, informado de la magnitud de la tragedia, encargó a Gabriel García Moreno la tarea de reconstruir la provincia de Imbabura, para lo cual formó una milicia especial y le designó como Jefe de Brigada. García Moreno, en su informe al Presidente, manifiesta:

En Otavalo absolutamente nada ha quedado sobre los sitios y las calles han desaparecido totalmente bajo los escombros. Ha habido derrumbos horribles, montes que el terremoto ha dividido y han descendido sobre los valles en torrentes formidables de tierra, arena, piedra, agua y cieno...

Dice Chaves Pareja que el Dr. Miguel Egas Cabezas «ayudó a la mensura y delineación de la nueva ciudad a los ingenieros mandados por el Gobierno, pero se hizo caso omiso a dicha delineación, por falta de una autoridad en ornato, de ese entonces». Sin embargo, considera que «Otavalo se levanta airosa cual Ave Fénix, desde 1870». Higinio Muñoz, en 1883, dibujó un plano de la ciudad que apenas se había repuesto del cataclismo que la destruyó.

«No había corrido hasta su término el memorado año de 1868 cuando la población sobreviviente se recogió a su antiguo solar», expresa Víctor Alejandro Jaramillo, quien continúa así:

Otavalo había de levantarse más linda, experimentando numerosas transformaciones. El cordel alineó las nuevas casitas con mejor gusto, dejando calles de regular anchura entre los lienzos de los edificios. Se restablecía la plaza pública de traza española, reservándose el centro del costado occidental para erigir el templo de San Luis, no en dirección que tuviera anteriormente, de norte a sur, sino de oriente a poniente.

El padre Amable Herrera, en su *Monografía*, publicada en 1909, manifiesta que «transcurrido un año y más (del terremoto), vuelta la tranquilidad a los corazones, se comenzó, poco a poco, la edificación de la ciudad actual». Agrega:

La ciudad nueva ha mejorado a la antigua en calles, plazas y ornato público. Mirada desde la altura de Reyes, presenta un aspecto bellissimo.

Carreras de norte a sur: Bolívar, Sucre, Roca, Ascázubi, Ricaurte, Modesto Jaramillo, Atahualpa y Guayaquil.

De oriente a occidente: Quiroga, Morales, Colón, Abdón Calderón, Juan Montalvo, García Moreno, Piedrahita, Olmedo, Mejía y Rocafuerte.

Noventa son las manzanas que componen la ciudad y cuatrocientas ochenta las casas. Embellecen la plaza principal Bolívar hermosos jardines de artística estructura, cercados con verjas de hierro. En el pretil se ha colocado en el presente año, una elegantísima verja de hierro sostenida en columnas de piedra primorosamente labradas.

La plaza del mercado es plana y espaciosa, contiene en un ángulo un portal para la reventa. El sábado de cada semana está destinado para la feria, sin perjuicio de la que hay todos los días...

Pertencen a la Municipalidad los edificios siguientes: la casa municipal, de mampostería, inconclusa en un ángulo; la casa de rastro; la cárcel antigua y otra, que está en construcción; el muelle y bote de la laguna de San Pablo; los baños Neptuno, Yanayacu, Baño Largo y Socavón.

En suma, el aspecto de la ciudad es lindísimo por la variedad en la hermosura. Las faldas de la cordillera se desprenden de la llanura en la que sitúa la ciudad, salpicada de varios matices, sombreada de boscajes de eucaliptos; al término de la ciudad, en una hechura

exterior regular, se explana gallardamente rodeada de colinas...
En conjunto, la naturaleza y el trabajo de la mano del hombre, han hecho de Otavalo un pedazo de tierra delicioso. ¡Ojalá sea siempre la morada de la honradez, del patriotismo y del verdadero progreso!

La nomenclatura de la ciudad se determinó con posterioridad al terremoto, y los nombres de las calles corresponden a héroes de la independencia, a importantes personajes políticos de la República, al último Inca, al descubridor de América, a la ciudad de Guayaquil y, en un solo caso, a un otavaleño, el Dr. Modesto Jaramillo Egas, quien dejó una importante contribución económica a la ciudad, destinada a la educación infantil, aparte de otro legado para la reconstrucción de la capilla del Señor de las Angustias, en la iglesia de San Luis.

En 1941, el artista Pedro López Navarrete realizó un plano de Otavalo, ornamentado con las excelentes fotografías que él había captado tanto en la ciudad como en sus alrededores.

José María Chaves Pareja, en 1942, hizo un pedido concreto relacionado con el cambio de los nombres de las calles:

De desear sería que el actual Municipio, haciendo justicia a muchísimos de los hijos preclaros de Otavalo, cambie la actual nomenclatura de las calles de la ciudad, con nombres de otavaleños ilustres, que sí los hay y, en buen número, respetando solamente los nombres de las carreras que cierran el marco del parque «Bolívar», las carreras «Guayaquil», «Atahualpa», «Modesto Jaramillo», «Quito», avenidas «31 de Octubre» y «Collahuazo» que son muy bien nominadas.

En la *Revista Municipal*, Nº 19, de octubre de 1962, el Prof. Estuardo Jaramillo Pérez hace la siguiente sugerencia:

La nomenclatura de las calles de la ciudad debe ser total o parcialmente reformada. La ordenanza municipal que se dictara para esta reforma no afectaría en nada a la secular memoria de los libertadores y héroes de la patria, si la indicada nominación se la

cambiara con otros cuyos nombres correspondan exclusivamente a otavaleños ilustres. Con esta medida se consagraría el mérito de aquellos coterráneos nuestros que merecen tener un puesto de honor en la historia lugareña y, a la vez, se daría oportunidad para que en las escuelas y colegios de la ciudad se los conozca bien y sirvan de ejemplo vivificante a la niñez y a la juventud que se educa para el porvenir.

El crecimiento de la ciudad hacia el norte, en la década de 1960, se da gracias a la visión del Director del Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) de aquel entonces, Plutarco Cisneros Andrade, quien compra al Banco del Pichincha siete y media hectáreas de terrenos que fueron de la hacienda San Vicente, para urbanizarlos y para construir allí la sede de la institución. Los nombres de las calles de la urbanización reivindican a etnias, personajes y hechos culturales indígenas de carácter tradicional.

Con el pasar del tiempo la ciudad fue creciendo en todas las direcciones, se crearon nuevos barrios y ciudadelas, lo que hizo ver la necesidad de dotar de nombres a las calles, tarea que asumió el IOA por encargo de la Municipalidad, en 1989. Así, se creó una nueva nomenclatura donde aparecen nombres de los más distinguidos protectores de indios y corregidores de Otavalo, de los líderes indígenas en el levantamiento de 1777, de hombres y mujeres ilustres y populares, de elevaciones y de lagos de la provincia de Imbabura, nombres de ciudades y de hombres destacados de Venezuela, para el caso de la ciudadela que lleva el nombre de Plan Venezuela, construida –al parecer- con recursos económicos aportados por ese país.

Posteriormente, y con el incesante crecimiento de la ciudad, se han dado otros nombres a las calles, al parecer de forma arbitraria, porque no corresponden a personajes que guardan relación alguna con Otavalo o porque no se respeta la disposición legal de que sean fallecidos. Para el caso de calles que no tienen nombres todavía, hay muchos nombres de otavaleños que contribuyeron, en diversos campos de actividad, al progreso y adelanto de su tierra; a ellos hay que rendir el homenaje que se merecen, para que sus nombres permanezcan en el recuerdo grato de sus coterráneos.

Hace tantos años ya, en 1928, el Dr. Francisco H. Moncayo decía:

«En el seno, forjado por los altozanos, acariciada por las ondas del Tejar y del Machángara, fresca, hermosa, con el perfume delicioso de sus jardines, Otavalo, -luz de la mañana recién nacida- es la hembra que canta la eterna canción de primavera. Tierra pródiga, romántica. Pueblo sano. Es la crátera amorosa de juventudes fuertes. Con sus casitas apiñadas, como un manojo de gracia, con sus contornos gallardos—suelo hospitalario, rincocito imbabureño- en medio de sus caminos ofrece el calor de sus cariños, llamando a los que sufren para que puedan detenerse en sus andanzas y encontrar para el dolor sangrante, el perfume de las consolaciones.

Sobre las calles de Otavalo, específicamente sobre *la calle real*, hay una descripción anónima que queremos rescatar. Es un apretado resumen de la vida urbana de Otavalo que se publicó en la revista *Imbabura*, en 1928, cuando llegó el ferrocarril a nuestra ciudad.

La Calle Real

Sobre esta misma tierra plana, corrió la calleja del poblado indígena. Seguramente. Y antes de que los soldados de Puelles tendieran sobre esta parte del regazo de Madre América sus cordeles opresores, paseó por esta calle —tortuosa y libre- la planta rojiza del cacique. De las chozas —oro viejo bajo el sol espléndido- salían las caras curiosas de los súbditos. Las faces cobrizas se pegaban al suelo ante la nariz altanera del cacique que olfateaba enemigos en el viento destemplado del Norte...

Pero los enemigos vinieron del Sur... ¿Última vez? Pidieron oro. Asombraron su empequeñecimiento gregario de siglos con el revuelo de su pabellón de codicia. El indio no ambicionaba los bienes de la tierra. El blanco le trajo ese hostil y envilecedor señuelo. Y con él todas las fiebres, los crímenes de la civilización de Occidente, disfraz —más o menos culto- del afán áureo y el

miedo a la lejanía... El dios indio era visible. Esos barbudos que manejaban el rayo, hundieron en el temor de lo ignoto a la raza despreocupada, que desconoció la tortura del ayer y del mañana, tejiéndole la red afligente del ahora. Comenzaron a pesar la tradición y el porvenir. Una tradición de crueldad, miseria, chatura y cicatería. Un futuro de incertidumbre, de vaguedad de nébula. De los que hasta aquí no nos libramos para vivir nuestro Hoy. Nuestro hoy que puede ser con luz.

Después la misma calle libre se bordeó de casas extrañas. Las casas españolas. Con su grande y fresco zaguán, su enorme patio y el naranjo florido al centro. Las amplias casas castellanas de encalado coquetón. Caras de Pierrots. Interiores conventuales.

Esas mansas casitas se crisparon un día. Amanecer trágico. Se doblaron fatigadas las paredes y se tendieron en la vía. 1868. La Calle Real perdió su rectitud castiza. Los escombros la orlaron de tristeza. Durante muchos días, murallones desarticulados, techos abiertos, lastimosos, puertas vencidas, exhibieron su laceria...

La ciudad muerta se quedó vacía de su sangre humana. Por sus arterias destruidas ambulaban solos los canes famélicos, sacerdotes de las ruinas... Sobre la colina, sobre Reyloma, las telas blancas de las tiendas de los sobrevivientes, albergaron la esperanza.

Renació la villa diminuta. Su corazón era potente. Fluyó de nuevo la vida de su Plaza Mayor. La calle Real –aorta antiquísima- vibró de nuevo con un tenue pulso vital. Estiró nuevamente la ambición de su recta implacable que nace del vientre de Mojanda y va a perderse en la llanura. Las casitas lechosas se levantaron. Tímidas al principio. Recelosas, apenas se apartaron del suelo. Olvidaron luego el riesgo y crecieron. Más altas y más pulcras. Para recibir la caricia del sol eterno en sus paredes limpias.

Otra vez, rúa apacible. De movimiento lento, acompasado.

La capa del señor Corregidor se perdió... De las esquinas oscuras emigró «la viuda». La mula infernal dejó de hacer oír el bailoteo de sus cascos y el olor de sus resoplidos de azufre en las noches de conjunción... La luz eléctrica rasgó las sombras. La fauna de tiniebla –tan encantadora, tan propia- se fugó avergonzada.

Sobre las piedrecillas redondas, lisas, lustrosas, ríe el sol –miel y salud- durante las horas diurnas en que la Calle Real trabaja, se afana, convierte sus casitas risueñas en celdillas de una viva colmena.

De noche, sobre ellas mismas, juega la luz azulada de la luna con la culta, despótica, fastidiosa de los focos... La Calle Real. Jardín del ensueño balbuciente. Primer balcón del mundo para nuestros ojos maravillados. Calle Real. Senda florida que va perdiendo su encanto romántico para volverse calle de comercio, calle industrial...

Plutarco Cisneros describe así al Otavalo de unos años atrás:

Otavalo es un pueblecito que se define como un montón de casas acunadas por lomeríos que siempre le contagiaron su aire de dignidad. Pueblo hecho por artesanos. Por eso tenía sabor, porque fue hecho manualmente, con afecto, morosamente, con cariño. Cada pedazo del pueblo reflejaba un aporte humano individual, firme, vital. Cada casa, en cambio, el testimonio de esfuerzo comunitario: en el adobón que soportó temblores, terremotos y discursos políticos, la huella dura, compactante del indio tapialero; en la madera, el permanente olor de eucalipto viejo y de manos encallecidas de leñadores; en la techumbre, tejas verdes o rojizas, conservando siempre la calidez del barro cocinado. Empíricos ‘ingenieros’ y laboriosos albañiles intuitivos levantaron poco a poco un Otavalo que luchó desesperadamente por sobrevivir al paso de los tiempos y de los nuevos aires. A lo mejor les faltó técnica pero les sobró querencia al lar nativo y por eso hicieron

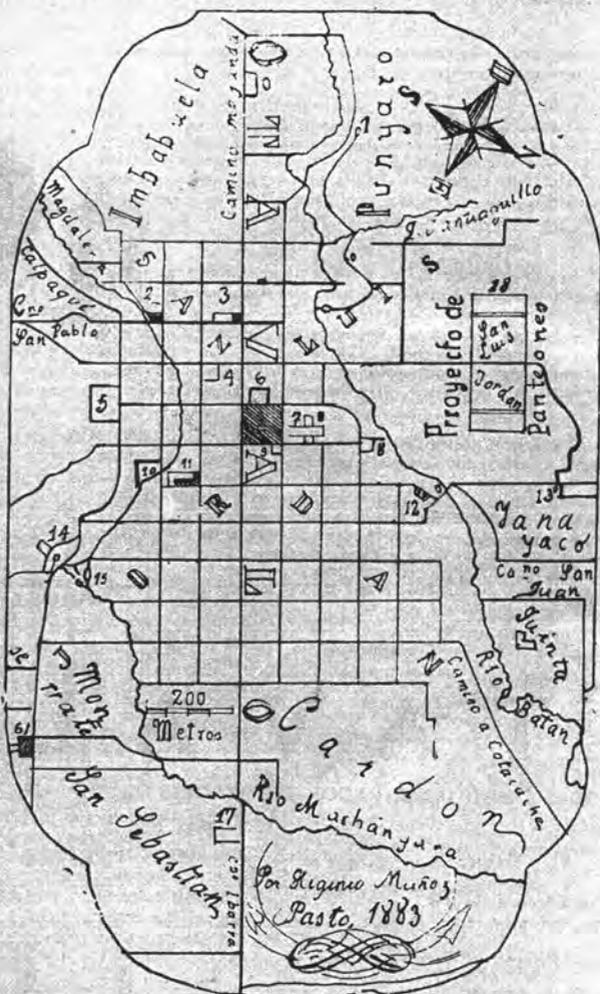
casas que se comenzaban y terminaban, que no se desleía ni agrietaban y costaban poco.

Otavalo, en los últimos años, ha crecido por todos los costados. En el interior de la ciudad han desaparecido huertos y jardines para dar paso a nuevas construcciones, muchas de ellas de evidente mal gusto. Los nuevos barrios y urbanizaciones se expanden por sitios antes dedicados a tareas agrícolas o trepan por las colinas que rodean al antiguo poblado. Se han abierto nuevas calles que deben recibir, en especial, nombres de otavaleños distinguidos, que los hay en todos los campos. Es necesario reivindicar varios nombres: el de Antonio Ante, prócer otavaleño -al decir de Víctor Alejandro Jaramillo-; al igual que exaltar los valores intelectuales del sabio Luis A. León, del novelista Fernando Chaves, del antropólogo Aníbal Buitrón, del Rector de la Universidad Central del Ecuador Pedro Pinto Guzmán, de la poetisa Lola Orbe Carrera, del cantante y compositor Gonzalo Benítez Gómez, del educador Julio Tobar Baquero, entre muchos otros. La tarea de determinar los nombres de las nuevas calles corresponde al Gobierno Municipal, entidad que debe emprender este trabajo con absoluta responsabilidad ante la historia.

Referencias:

- 1.- Palacio Municipal.
- 2.- Templo parroquial de San Luis.
- 3.- Cementerio de San Luis.
- 4.- Capilla de San Antonio.
- 5.- Capilla del Señor de las Angustias.
- 6.- Convento franciscano de Nuestra Señora de Dolores, fundado a mediados del siglo XVI.
- 7.- Capilla de la Virgen de Copacabana, advocación boliviana.
- 8.- Cementerio de El Jordán.
- 9.- Cárcel.
- 10.- Templo parroquial de El Jordán.
- 11.- Capilla pública de San Blas.
- 12.- Capilla pública de Nuestra Señora de El Rosario.
- 13.- Casa de rastro.
- 14.- Plaza de San Luis.
- 15.- Obrajes que fueron de la Corona de España.
- 16.- Guardianía de franciscanos, de hábito de paño fino, color azul.
- 17.- Escuela municipal de niñas.
- 18.- Escuela municipal de niños.
- 19.- Baño El Socavón.

OTAVALO ECUADOR, PROVINCIA DE IMBABURA



EXPLICACION:

- | | | | |
|----|----------------------------|----|---|
| 0 | Casa Posada de Ubidia. | 12 | Molinos de Veintemilla. |
| 1 | Gran fuente de Punyaró. | 13 | Yanayacu, fuente termal. |
| 2 | Cárcel. | 14 | Gran fuente del Socabón y Capilla de Nuestra Señora de Lourdes. |
| 3 | San Francisco, Templo. | 15 | Baños públicos y hermosos parques y jardines de Carlos Ubidia. |
| 4 | Escuelas de niños y niñas. | 16 | Capilla de Nuestra Señora de Monserrate y camino a Peguche. |
| 5 | Panteón de San Luis. | 17 | Casa Posada de Sandoval. |
| 6 | Casa Municipal. | 18 | Mi Proyecto de Panteones. |
| 7 | San Luis, templo. | | |
| 8 | Carnicería. | | |
| 9 | Casa de Correos. | | |
| 10 | Cementerio del Jordán. | | |

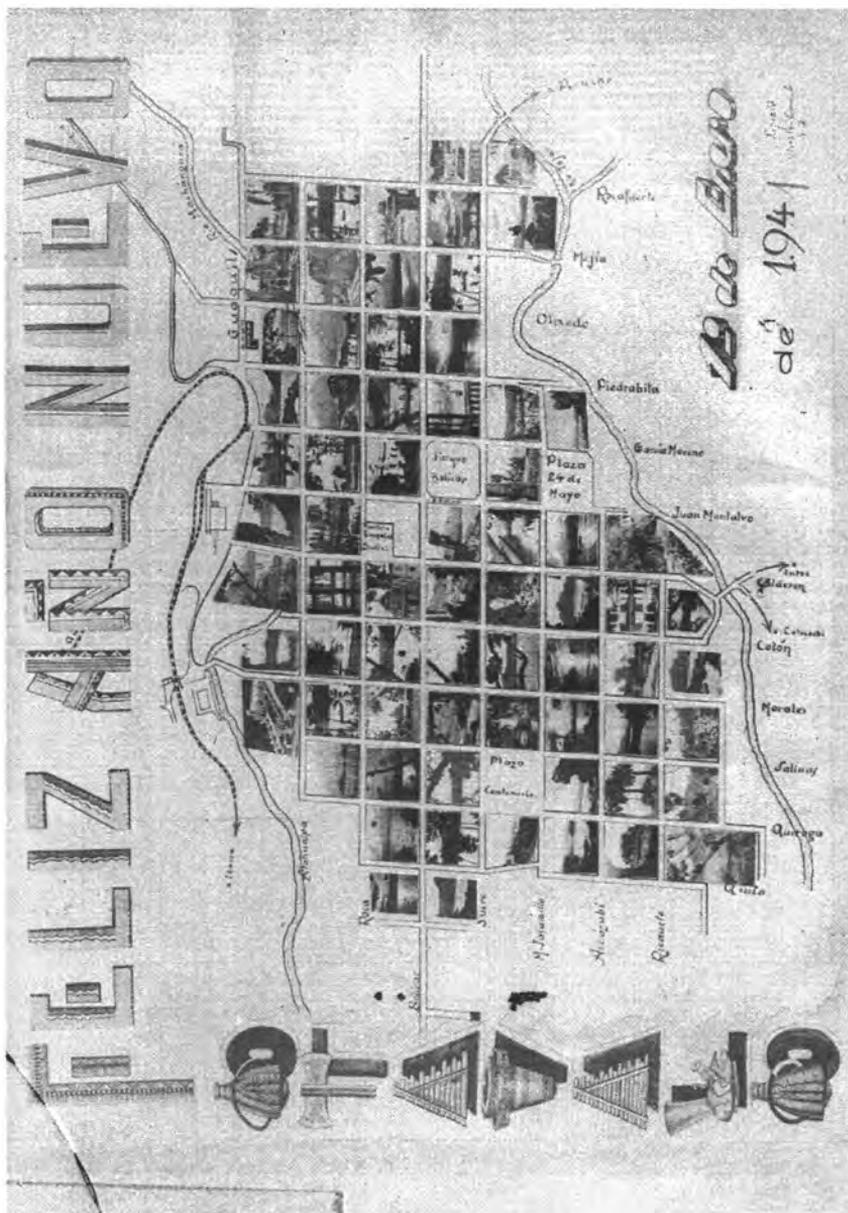


Foto: Pedro López Navarrete - Plano de Otavalo, 1941



Foto: Pedro López Navarrete - Calle García Moreno



Foto: Pedro López Navarrete - Calle del Empedrado



Foto: Archivo - Parque Bolívar



Foto: Pedro López Navarrete - Calle y Parque Bolívar



Foto: Pedro López Navarrete - Calle García Moreno



Foto: Hernán Jaramillo Cisneros - Calles Sucre y Juan Montalvo



Foto: Archivo - Calles Bolívar y Olmedo



Foto: Archivo - Calle Colón.



Foto: Archivo – Plaza 24 de Mayo



Foto: Pedro López Navarrete - Calle García Moreno

Por las calles de Otavalo
-De arriba abajo-

Don Joan de Aguiar y Acuña (1633)

Adicto a la justicia, procedió a veces con severidad. Castigaba las faltas de sus súbditos y aún llegó a apresar en la cárcel a D. Juan Puerato, Gobernador del pueblo de Cayambe. En la cobranza de tributos era, asimismo, exigentísimo. Tuvo por Teniente suyo a D. Diego de Troya Pinque. Con él administró las Comunidades del Asiento de San José de Urcuquí.

Don Joan de Aguiar y Acuña fue hijo de D. Rodrigo de Aguiar y Acuña, Oidor que fue del Consejo de las Indias, y Dña. Luisa de Herrera; hermano de D. Antonio y D. Manuel de Aguiar.

Dr. Pedro Antonio Alarcón

Nació en Otavalo en 1861, hizo sus estudios secundarios en Quito, luego cursó medicina y se graduó en 1889. En 1890 fue designado uno de los cuatro médicos que atendió una epidemia de coqueluche en Quito. Fue Presidente del Municipio de Otavalo en 1892 y 1893. Presidente de la Junta «Pro carretera Otavalo – Cotacachi» en 1901 y 1902. En 1896 integró el jurado que condenó a muerte a los tristemente célebres

Remaches y Cepedas, asaltantes de los páramos de Mojanda. Médico municipal de la ciudad, Secretario del Concejo Municipal, Presidente de la Junta Cantonal del Ferrocarril del Norte. Ejerció su profesión en forma generosa y desinteresada, tanto en Quito como en Otavalo, sin cobrar por las consultas ni las medicinas a los menesterosos. En sociedad con los hermanos Dalmau estableció la fábrica textil La Joya, en 1913. Falleció en 1919.

Carlos Joaquín Almeida Bolaños

Nació en Otavalo el 14 de abril de 1891. Sus estudios primarios los realizó en la escuela «Fröebel», denominada después «Diez de Agosto»; los secundarios en el Normal «Juan Montalvo», donde se graduó de Profesor Normalista en 1919.

Regresa a su lugar natal como profesor de la escuela «Diez de Agosto», donde alcanza el cargo de Subdirector, por sus méritos y amor al trabajo.

El año 1920 es importante para la escuela «Diez de Agosto» porque se incorpora como maestro el flamante normalista Fernando Chaves, siendo Director don Luis Ulpiano de la Torre. La Providencia colocó a tres personajes de la educación en el mismo lugar, con

el mismo afán y vocación. Ellos defendieron el laicismo, dieron inicio al activismo pedagógico, introdujeron en las ciencias naturales la investigación y la experimentación. Juntos formaron una escuela nocturna gratuita y juntos publicaron el periódico «Germen», en 1923.

Carlos Joaquín Almeida desempeñó las siguientes dignidades: Director-profesor de la escuela «28 de Septiembre» de Ibarra, Inspector Escolar de Imbabura, Director-profesor de la escuela «Vicente Rocafuerte» de Quito, profesor de Pedagogía y Metodología General en el Instituto Superior de Pedagogía y Letras de Quito, Rector fundador del Colegio «José Julián Andrade», Director ad honorem del Normal Rural de San Gabriel, Rector del Colegio Nacional «Otavalo» en 1944, profesor de Matemáticas del Instituto Nacional «Mejía», Delegado al Congreso Pedagógico en 1930, por Imbabura.

Falleció en Quito el 21 de julio de 1956

Félix Polibio Andrade

Sacerdote humilde, fervoroso, constante en sus empresas, abnegado hasta el sacrificio por el bien de las almas confiadas a su apostolado, el amor fue

la centella más luminosa de su vida: amor a Dios, exquisita delicia de su ser, y amor a sus semejantes, en dimensión de su ejemplaridad, impregnada de un hondo sentimiento de fraternidad cristiana.

Inteligente, ilustrado, docto en ciencias divinas y humanas, limpio de corazón, digno de su porte, suave y recatado en sus modales, hecho al retraimiento y austeridad de la vida religiosa, a lo largo de los días de su existencia lamentablemente cortos, llenó su escrupulosa conciencia sacerdotal de Dios, del alma, de las fuerzas recónditas de la moral, valores estos que los proclamó con ardencia singular y que supo reflejarlos, espléndidamente, a través de su vida diáfana, saturada de nobilísimas excelencias y, por fortuna, unánimemente reconocidas y admiradas por el pueblo otavaleño.

Indudablemente, Dios dio al hombre dones excelsos, que los distinguen de todas las demás criaturas, entre estos dones hay uno que le permite conocer a través del prisma de su inteligencia, el fin para el cual fue creado. Enaltecido con tan grande privilegio, el ser humano es un ente excepcional en la Creación, un prodigio de la sabiduría y amor de Dios; y por esta misma consideración por su naturaleza racional, está obligado a cultivar sus atributos, de ser posible,

hasta alcanzar la esfera ambicionada de la sabiduría y el límite inefable de la santidad.

El primer camino recorre la inteligencia humana, paso a paso, de la sombra a la luz, despejando el error, afirmando gradual y progresivamente la verdad, hasta verificarla por la razón humana.

Otra es la verdad revelada, deliciosos alimento, divina sustancia que asimilada por el alma, brinda al hombre saludables pensamientos, inflamados efectos, repetidas inspiraciones, de gracia, firmes resoluciones, de convicción y santidad. Esta asimilación es la difícil, porque le hacen temible resistencia las pasiones que alberga el corazón humano: egoísmo, vanidad, concupiscencia, racionalismo agresor. Quien lucha contra ellas hasta doblegarlas, afirmando el pie sobre la cabeza de tan malignas sierpes, se matricula entre los discípulos de Cristo, grupo selecto del cual se levantan a alturas de prodigios, muy pocos elementos, realmente extraordinarios, que consagran su vida a perpetua inmolación, por el amor de Dios. En este rango se cuentan los místicos, los anacoretas, los justos, los santos.

El padre Polibio Andrade respondió a estas exigencias desde la hondura de su ser y en todas las expresiones de sus

existencia, como paradigma de sacerdote católico y como custodio de los más sagrados y preciosos intereses espirituales del linaje humano.

Desde niño recibió en su hogar, tan pobre por cierto, una preparación especialísima a cargo de su santa madre, doña Carmen Cevallos de Andrade; la formación espiritual y humanística la debió primeramente a su gran Colegio 'San Gabriel', forja de espíritus de selección, bajo la vigilante mirada y conducción formativa de su digno Rector, el esclarecido religioso Padre Jorge Chacón, y luego en el Seminario Mayor de San José, de Quito, regentado por el sabio y austero Padre León Scamps, querido y respetado en nuestra Diócesis y en todo el Ecuador.

Terminada esta formación fue ordenado Sacerdote, el 21 de junio de 1949, habiendo tenido Otavalo el privilegio de recibirlo a su servicio, sintiéndose feliz y honrado de que un religioso de tan insignes cualidades, modelado según los troqueles del Corazón de Cristo, hubiese acompañado a la otavaleñidad durante 26 años consecutivos, hablándole con palabra viva y eficaz, comúnmente sencilla, más en veces, inspirada y ardiente, dogmática y normalizadota, sobre la omnipotencia, la sabiduría y la bondad de Dios; su perfección suprema, su plenitud, la riqueza exuberante de sus

atributos; su amor infinito y, para el justo, eterno, sobre la divinidad de Jesucristo, y las arrobadoras gracias del alma mediante la unión eucarística con el Salvador; todo esto a través de la sabiduría recogida en sus lecturas bíblicas y en las enseñanzas de Padres y Doctores de la Iglesia.

Entre otras muchísimas obras que cuentan en su haber, el padre Polibio Andrade transmitió a su feligresía de Otavalo su luminosa, apasionada, ardiente devoción a la Stma. Virgen en la advocación de Dolorosa del Colegio, embeleso y hechizo de su espíritu.

Muchos sacerdotes ejemplares ha tenido Otavalo, inteligentes, virtuosos, dignos de todo concepto a quienes se debe el mantenimiento de la fe y la exaltación espiritual característica de esta ciudad. Uno de ellos, el Dr. José Nabor Rosero, arquetipo de cualidades admirables, a quien debe nuestra ciudad una especial demostración de gratitud. El Dr. Rosero dio testimonios fehacientes no solo de su espiritualidad sino de su espíritu progresista en ennoblecer el Santuario de San Luis dotándole de mejoras especiabilísimas que es preciso reconocer y agradecer, con inversión en buena parte de sus caudales propios. Esas obras tan bien conducidas avanzaron más gracias a la gestión del

P. Polibio Andrade, quien sirvió también en el más noble de los menesteres de la inteligencia, cual es la educación de la juventud, batiéndose esforzadamente como maestro y conductor de los Colegios «Vicente Solano» y «Marianita de Jesús».

Largo sería pasar revista de la forma como sirvió a Otavalo el benemérito Padre Andrade Cevallos, eximio hijo de Cotacachi, ciudad verdaderamente ilustre por la copia de grandes hombres que nacieron en su seno para gloria de su tierra nativa y honra del Ecuador. Tan esclarecidos servicios del bondadoso y humilde siervo de Dios merecen no solamente la placa que se descubrirá el día de hoy en el Santuario de San Luis sino la erección de su busto en un lugar público, por haber sido un extraordinario animador del progreso de esta tierra en la que quedaron sembrados los nobles afectos de su corazón.

Don Francisco Xavier de Andrade (1747 – 1748)

Su nombramiento fue provisto por la Real Audiencia y su Cabildo le confirmó el 7 de julio de 1747, con intervención del Marqués de Lises,

Corregidor y Justicia Mayor de Quito y su jurisdicción.

A mediados del siglo XVIII las transacciones comerciales tomaron algún desarrollo, especialmente la venta de tejidos, que mercaderes otavaleños llevaban, con riesgos mil, y formando tropillas armadas, a Popayán, Santa Fe, Cartagena de Indias, de donde despachaban aún a Acapulco. Hubo ocasión en que llegaron a Manila. Por el sur, hasta Potosí. Los viajes de D. Miguel de Gijón y León a diferentes ciudades de Nueva Granada constituyeron un incentivo para la operación, cuyo rendimiento se duplicaba por la traída de mercaderías de procedencia europea y piedras preciosas de la Capitanía de Venezuela y de la misma Nueva Granada. Don Francisco Xavier de Andrade bien pudo ufanarse de haber visto partir, dos o tres caravanas de mercaderes, rumbo a Cartagena.

Manuel Andrade Almendáriz

Nació en Otavalo en 1876. Sus primeros estudios los realizó en la escuela dirigida por el comandante José Francisco Cevallos y después en la de don Antonio Chacón, distinguido educador

otavaleño. En la escuela del comandante se enseñaba entre muchas otras cosas el francés, normas de disciplina, principios de cultura y urbanidad. Desgraciadamente esta escuela se clausuró, porque su Director, Jefe de la Columna Flores acantonada ese tiempo en Otavalo, se sublevó en favor del advenimiento del general Eloy Alfaro y como no triunfara, tuvo que abandonar la ciudad.

Después de terminada la escuela, don Manuel entró a aprender la sastrería en el taller de su padre, don Rafael Andrade. Con el afán de especializarse en el oficio del buen vestir, tuvo que ir por repetidas ocasiones a Quito, en donde trabajó en sastrerías de primera, como la «Calderón», especialista en ropa de militar. En una de esas andanzas por la capital se le presentó la oportunidad de viajar hasta Ambato, allí trabajando bajo las órdenes de Amador Tirado, un sastre sumamente capaz e inteligente, aprendió los modernos métodos de corte y confección.

Volvió a Otavalo y paralelamente con el perfeccionamiento profesional, don Manuel se preocupó de auto-educarse, de formar su personalidad y de instruirse por todos los medios a su alcance. Después de estudiar las doctrinas filosóficas existentes en ese tiempo, se pronunció, con conocimiento de causa,

por el Liberalismo y esto porque creía que es la doctrina, que sin los extremismos exagerados de las otras corrientes, resuelve con mayor dignidad los diferentes problemas humanos.

Como liberal auténtico, don Manuel tuvo participaciones revolucionarias. Así cuando se trabajaba por la candidatura de don Juan Manuel Lasso fue nombrado Presidente del Comité Electoral y como triunfara el adversario, el Dr. Gonzalo Córdova, tuvo que sufrir una incesante persecución.

En 1910 ocupó la Comisaría Municipal. En 1936 fue nombrado Presidente del Concejo; estando en el desempeño de esas altas y delicadas funciones, don Fernando Chaves le solicitó ayuda para la fundación del Normal Rural y a don Manuel le subyugó la idea de formar maestros que se sacrifiquen en el campo para la redención nacional, de hombres que desde el agro, el lugar apartado, el caserío lejano o el páramo frío, enseñen a la juventud que se educa. Con el apoyo del Concejo Municipal, el Normal Rural se fundó, desapareciendo al poco tiempo y dejando un vacío que difícilmente puede ser llenado.

Don Manuel, por algunas ocasiones fue Jefe Político del cantón y en 1938 fue nombrado Comisario del Trabajo. En

1954 desempeñó las funciones de Registrador de la Propiedad.

Don Manuel Andrade Almendáriz fue todo un patriarca que transmitió el oficio aprendido de su padre, tanto a sus hijos como a muchas personas de esta ciudad. Constituyó un referente importante de honradez y de civismo en Otavalo. Falleció en abril de 1971.

Manuel Andrade Valdospinos

Nació en Otavalo el 22 de noviembre de 1922; sus padres fueron don Sergio Andrade y la señora Zoila Valdospinos. Sus estudios primarios los realizó en la escuela Diez de Agosto, de esta ciudad, y en el Normal Juan Montalvo, en Quito, donde obtuvo el título de Profesor Normalista.

Ejerció su profesión, como profesor, en las escuelas Ulpiano Pérez Quiñones y José Martí, de Otavalo; luego trabajó en las fábricas textiles «San Miguel», en Otavalo, y «Pintex», en Quito, en donde tuvo a su cargo la Subgerencia General.

Desde muy joven estuvo vinculado con las actividades deportivas y sociales de Otavalo, fue dirigente de la Liga Deportiva Cantonal y de la Sociedad de Trabajadores Otavalo.

Integró el Concejo Municipal siendo muy joven. El 12 de julio de 1944, en la sesión en la cual el Dr. Segundo León es nombrado como Presidente del Cabildo, Manuel Andrade Valdospinos es elegido como Vicepresidente; en tiempos de ausencia del titular, actúa como Presidente encargado.

El 23 de enero de 1945 renuncia a la Presidencia del Concejo el Dr. León y recibe el encargo del despacho presidencial el señor Andrade, hasta el 10 de julio en que es designado como Presidente titular; fue el más joven Presidente de un Concejo Municipal en todo el país. Actúa en esas funciones hasta el 1º de diciembre de 1945, cuando presenta su informe de labores y se nombra al nuevo Presidente, Germánico Pinto Dávila.

Falleció trágicamente el 11 de octubre de 1979.

Capitán Luis de Arce y Erasso (1641 – 1643)

Le acompañaron en la administración, como Alguacil Mayor, el que lo era de Quito y Otavalo, Gabriel Villán Valdez, y como sustituto, en el mismo carácter de Alguacil Mayor, Juan Galíndez.

Arce y Erasso presentó como sus fiadores, a D. Gabriel de Castro Rosales, D. Joseph Vásquez Marín y D. Matheo Guerrero, hacendados, vecinos de Otavalo.

Entre sus actuaciones recomendables amparó a D. Marcos de la Torre, indio principal y Teniente de Gobernador del Asiento de Otavalo, quien contó con las facilidades necesarias para tramitar una provisión real por la que el Escribano del Asiento, Alonso del Valle, devolvió los títulos de Teniente de Gobernador de los indios, que le había conferido, en 1641, D. Carlos Maldonado, también indio, Gobernador del pueblo de Otavalo y su provincia.

Atahualpa

Atahualpa fue hijo de Huayna Cápac, undécimo soberano de su pueblo y, por tanto, heredero de un antiguo linaje que durante cerca de un siglo había reinado sobre el fabuloso Tahuantinsuyu, el vasto Imperio Inca, una de las más excepcionales y fascinantes civilizaciones de la América precolombina.

Huayna Cápac, sucesor de Túpac Yupanqui, había logrado consolidar el dominio inca sobre los territorios de la zona norte del imperio, el país de los

indios caranquis. Una de las consecuencias de estas campañas por la región quiteña fue que Huayna Cápac desposó a la princesa Paccha, hija del último *shiri* o soberano de Quito, y tuvo un hijo, Atahualpa, nacido un día del año 1500.

Mientras Atahualpa crecía, Huayna Cápac había logrado que el Tahuantinsuyu alcanzase su mayor extensión, desde la región de Pasto, al norte, hasta el río Maule, en la frontera meridional. Con la asidua presencia del Inca en el norte del imperio, la corte quedó dividida entre las dos capitales más importantes: Cuzco y Quito.

Tal era la situación cuando una noticia inquietante vino a alterar los ánimos del todopoderoso y ya envejecido Huayna Cápac: el mar había arrojado de su seno unas extrañas criaturas que viajaban en enormes cajas de madera flotantes, unos seres fantásticos de cabellos brillantes y rostros blancos que poseían enormes cuchillos capaces de partir en dos a un hombre de un solo golpe, hondas mágicas que lanzaban fuego en medio de un ruido como de trueno y, sobre todo, animales monstruosos que corrían a gran velocidad obedeciendo a la voluntad de los extranjeros subidos encima de ellos. Aquellos insólitos seres no eran otros que los españoles o, para ser más exactos, la reducida hueste que

a las órdenes de Francisco Pizarro habían recorrido la costa norte del actual Perú en su primera exploración.

Huayna Cápac, que había permanecido una larga temporada en Quito, se disponía regresar al Cuzco cuando una terrible epidemia se desató en las tierras andinas. El soberano fue presa de las fiebres y murió en pocos días; se planteaba el problema de su sucesión. Todo parecía indicar que entre sus hijos siempre había preferido a Huáscar y al propio Atahualpa, pero ese favoritismo nunca se había decantado claramente por ninguno de los dos: Así pues, la crisis sucesoria y la guerra civil entre ambos hermanos estaban servidas.

Tanto Huáscar como Atahualpa se consideraban los herederos legítimos del padre. A la muerte de Huayna Cápac, Huáscar fue aclamado en Cuzco, mientras Atahualpa era apoyado por el pueblo y el ejército en Quito. De esta forma se consolidaban en el imperio dos núcleos políticos: uno en el centro y el sur y otro en el norte, ahora separados y enemigos; en 1530 se iniciaron las hostilidades entre ambos bandos, pues los dos hermanos ambicionaban la posesión de todo el imperio del Tahuantinsuyu.

Con el apoyo de las tribus cañaris, Huáscar consiguió que los primeros encuentros le fueran favorables, pero posteriormente los soldados mejor entrenados de Atahualpa se impusieron en Riobamba, invadiendo el territorio cuzqueño. La resistencia fue inútil y Huáscar fue definitivamente vencido en Cotobamba, donde cayó en poder de los generales de su hermano.

Entretanto Pizarro había regresado y, aprovechando aquellas luchas intestinas, había penetrado en el país y se había dirigido a Cajamarca, donde Atahualpa tenía su fortaleza y su centro de operaciones.

Atahualpa proyectó someter a los audaces viajeros a una espera que pusiera a prueba el temple de sus nervios y optó por asumir ante ellos una actitud de franca superioridad. Dispuso que la ciudad quedara prácticamente desierta y situó su numeroso ejército en los alrededores, esperando desconcertar a los extranjeros. Los españoles entraron en la plaza de Cajamarca el 14 de noviembre de 1532 y esa misma tarde tuvo lugar el primer contacto entre el soberano de los incas y los extraños barbudos, impresionados por el lugar y la magnitud de la guarnición que habían visto llegar.

Al fin, el impresionante cortejo de Atahualpa se puso en marcha hacia el lugar donde se encontraban los extranjeros. En medio de la plaza desierta el desfile se detuvo y el Inca bajó de su litera. El dominico Vicente de Valverde, acompañado de un intérprete, fue el único que salió enviado por Pizarro para invitar a Atahualpa a que se adelantase de su gente con el objeto de hablar con él. Intentó el fraile justificar su presencia en aquellas tierras disertando sobre la fe cristiana y la autoridad del emperador Carlos. Le mostró una Biblia, asegurando que las palabras de su Dios se hallaban allí contenidas. Atahualpa tomó el libro, que después lo arrojó con gesto airado.

Pizarro se lanzó, blandiendo la espada y seguido de sus peones, al tiempo que hacía una señal convenida a los hombres de a caballo y a los artilleros, distribuidos previamente en lugares estratégicos. En breves minutos el soberano inca fue capturado y sus acompañantes huyeron en desbandada, dejando en la plaza decenas de cadáveres.

Durante su cautiverio, Atahualpa mostró ser un hombre sagaz, inteligente y capaz de adaptarse a las más diversas circunstancias. Su perspicacia le hizo ver que, por encima de todo, los españoles codiciaban las riquezas de su

reino. Por ello, propuso comprar su libertad llenando la enorme estancia donde se hallaba preso de piezas de oro y plata traídas de los más recónditos lugares de su imperio. Al mismo tiempo, continuó dando órdenes a sus tropas: una de ellas fue que se ajusticiase inmediatamente a Huáscar, con objeto de ser el único y gran señor de los incas.

Aunque el enorme tesoro que debía servir para pagar su rescate fue reunido, Atahualpa no fue puesto en libertad; la inseguridad y el malestar creciente entre los españoles, que veían en él la fuente de todo peligro, hicieron pensar en su muerte. La ocasión se presentó con la noticia del asesinato de Huáscar, llevado acabo por orden suya.

Durante el juicio a que se le sometió, Atahualpa fue acusado de acusado de parricidio, idolatría, poligamia y conspiración contra los españoles y condenado a muerte. La sentencia se cumplió el 16 de julio de 1533, después que consintiese en ser bautizado para evitar el tormento del fuego. A muchos repugnó el ahorcamiento de Atahualpa, e incluso Pizarro quiso resistirse a aceptar el resultado del proceso, pues si bien lo consideraba necesario políticamente nunca había visto un indígena que pudiera ser comparado con el prisionero de Cajamarca.

Mercedes Auz Vda. de Arregui

El nombre de esta dama otavaleña está relacionado con la construcción del hospital de Otavalo en los primeros años del siglo XX.

El corregidor de Otavalo, Sancho de Paz Ponce de León, en 1582, hace la siguiente referencia acerca del primer hospital que tuvo Otavalo: «En el pueblo de *Sarance*, que por otro nombre se llama *Otavalo*, que es el pueblo más principal de mi corregimiento, hay un hospital, y tiene el dicho hospital más de cuatro mil cabezas de ovejas de Castilla; no hay indio que caya enfermo que quiera ir a curarse a él, porque tienen por abusión, que si entran a curarse allí, se morirán luego. Y donde está agora fundado el dicho hospital lo fundaron y sirvió mucho tiempo de casa de corregidores: hízola Hernando de Paredes, el segundo corregidor que hubo allí en aquellos pueblos, y los religiosos, andando el tiempo, la tomaron para hospital, y su encomendero el capitán Salazar, dio de limosna para el dicho hospital mil ovejas de Castilla».

El antecedente del actual hospital de Otavalo parte del legado de don Antonio Estévez Mora, para tal fin. En su testamento dispone: «Dejo a mi país

natal Otavalo, mis haciendas llamadas Peribuela e Iltaquí Chiquito para que se funde un hospital en esa ciudad».

Corresponde a la iniciativa de la Madre Lucía Guiart, francesa, Superiora del Colegio *La Inmaculada* de esta ciudad, la formación de una institución dedicada a establecer un hospital «en el que encontrarán en un día no muy lejano tantos infelices abrigo y medicinas para el cuerpo, consuelo y alivio para el alma», era el año 1923. Así se organizó la **Liga de Caridad**, de la que fue Presidenta la señora Mercedes Auz Vda. De Arregui. Una labor muy encomiable realizó la Liga de Caridad durante muchos años, fundamentalmente despertó en el ánimo de los otavaleños la inquietud por la obra y su cooperación generosa no se dejó esperar.

En 1924 la Liga de Caridad adquirió una parte del terreno que hoy ocupa el hospital. El padre Bruning, sacerdote lazarista, en 1925, se encargó de ejecutar los planos; la señora Teresa Valdivieso de Larrea, donó las piedras de su cantera, en la hacienda San Vicente, las que eran transportadas por las niñas de la escuela *La Inmaculada*, los días sábados.

En 1925 se colocó y bendijo la primera piedra el obispo Alberto María Ordóñez. Lamentablemente después de la bendición el trabajo se detuvo por falta

de fondos, la Liga de Caridad fue disuelta legalmente y sus bienes pasaron al Estado.

De ahí en adelante fueron otras instituciones las que tomaron a su cargo la construcción del hospital, y fueron otros otavaleños los que siguieron el ejemplo de doña Mercedes Auz Vda. de Arregui, hasta lograr su terminación y su definitiva inauguración en 1953.

Isaac J. Barrera

Vida ejemplarizadora la de don Isaac J. Barrera: vigía de la cultura, insigne polígrafo, autor fecundo, heraldo suscitador de grandezas, maestro magno y elevado, pulcro educador, patriota integérrimo.

Nació en Otavalo el 4 de febrero de 1884. Como educador se distinguió en la cátedra del Instituto Nacional Mejía, de Quito, con las asignaturas de Gramática y Literatura. Luego fue el catedrático de Literatura e Historia de América de la Universidad Central.

Como escritor fecundo y castizo, escribió muchas obras en todos los géneros literarios: Es el historiador y biógrafo de la época independentista con «**Rocafuerte**», «**Homenaje a los próceres de la independencia de Guayaquil**», «**Quito colonial**», «**El**

obispo Cuero y Caicedo» y «Lecturas biográficas». Como crítico y ensayista aparece con las obras, entre otras, denominadas: **«Goethe, Montalvo y Mera», «Remigio Crespo Toral», «Papine y Da Verona».** Es, además, dramaturgo, novelista y poeta.

Mas su obra monumental es la **«Historia de la Literatura Ecuatoriana»** en cuatro tomos: tiene el signo universal de la consulta obligada para estudiantes secundarios, universitarios y ciudadanos de cualquier nivel cultural, puesto que esta grandiosa obra es considerada como la historia misma del Ecuador en los aspectos intelectual y artístico. Además, como periodista su obra es realmente de gran valor: fue editorialista de **El Comercio**, de Quito, con el sesudo comentario, en cada día, del acontecer nacional.

Fue miembro distinguido de varias instituciones del país, tales como: Academia Ecuatoriana de la Lengua, Academia Nacional de Historia (fue su Director), Sociedad Jurídico-Literaria, Sociedad Ecuatoriana de Estudios Americanos.

Fuerza es repetirlo: vida ejemplarizadora si como jefe de una distinguida familia, si como ciudadano, si como educador e insigne, pulcro y fecundo escritor.

Falleció en Quito el 29 de junio de 1970.

Víctor Alejandro Jaramillo Pérez dice lo siguiente, en su artículo **Don Isaac J. Barrera, nuestro coterráneo:**

«Otavalo cultiva el respeto y amor a sus grandes hombres, quienes levantan su prestigio y lo enorgullecen. En nuestro medio se admira la erudición de D. Isaac J. Barrera, testimoniada en la abundante y preciosa bibliografía que dejara para la posteridad. En estilo didáctico y académico por lo castizo, el gran polígrafo escribió decenas de obras que enriquecen en dimensiones sorprendentes el caudal histórico y literario de la nación. Este solo hecho ennoblece una vida entregada de lleno a la disciplina fecunda del estudio y a su proyección inmediata, la enseñanza. Aparte de esta consideración, se admira el temperamento tranquilo y ordenado del maestro; su infatigable labor periodística tendiente a buscar la comprensión y solidaridad entre los ecuatorianos; no ha pasado inadvertida su participación en Congresos internacionales de la Lengua e Historia; y con todo ello, Según Zaldumbide que tanto conoció a su compañero de letras, y lo admiró, nos hace saber que Barrera tenía una marcada tendencia a cotizarse menos de lo que valía. Esta virtud debe

ser resaltada porque es típica de los verdaderos valores, como se aprecia en Juan León Mera, Honorato Vásquez, en el Padre Aurelio Espinosa Pólit, en Carlos Manuel Larrea, en Julio Tobar Donoso, para citar a unas pocas personalidades relevantes.

La función pública le llamó varias veces a Don Isaac a su seno; aceptó muy pocos cargos, en posiciones destacadas, venciendo innatos recelos, no obstante que tomó la vida en función de servicios, según el P. Miguel Sánchez Astudillo, mira que lo condujo a ejercitar su talento en más aquilatadas entregas.

Sin desdeñar la política, a la que no pagó tributo en forma activa y militante, y por lo mismo sin caer en las alternativas tan suyas de ilusión y desengaño, de triunfo y de adversidad, mantuvo frente a ella una posición ática, de severa virtud cívica. Su amor a la patria se reflejó mil veces en la índole de sus escritos, ya académicos, ya de estilo llano, dirigidos al mayor número de lectores. En el debate de los intereses públicos su posición fue invariablemente decorosa, y por ello mientras ganaba admiradores en todos los círculos, no dejó también de concitar la enemistad de políticos que habrían querido incorporarle al grupo de sus panegiristas.

Sobre Don Isaac J. Barrera han emitido juicios los más brillantes escritores del país, así cuando celebró el octogésimo aniversario de su nacimiento como a raíz de su muerte. Tales artífices de la pluma han sondeado las profundidades del alma del gran erudito y han hecho resaltar el inmenso caudal de su sabiduría, constituyendo todo ello una honra inmarcesible para la ciudad de su nacimiento».

Andrés Bello

Andrés Bello (1781-1865), escritor y político venezolano, nacido en Caracas y muerto en Santiago.

Cursó estudios en la universidad caraqueña, graduándose como Bachiller en Artes. En 1808 redactó la *Gaceta de Caracas*. En 1810, junto con Simón Bolívar, marchó a Londres, donde permaneció hasta 1829 y coincidió allí con Francisco de Miranda y el español Blanco White. Allí estudió en la biblioteca del Museo Británico, realizó traducciones de Lord Byron, Molière, Delille y Boiardi, y dirigió las revistas *Biblioteca americana* y *El repertorio americano*.

Se instaló en Chile, donde ocupó altos cargos en diversos ministerios, una senaduría y el rectorado de la universidad santiaguina. Redactó el

Código Civil y orientó a numerosos intelectuales del país y exiliados, como los argentinos Juan María Gutiérrez y Domingo Faustino Sarmiento, con quien polemizó acerca del castellano en América. En 1851 la Real Academia Española lo designó miembro honorario.

Bello cultivó diversos géneros; sus obras completas ocupan 26 volúmenes. Fue poeta neoclásico de cuidadosa versificación en su silva *Ala agricultura de la zona tórrida*. Tiene trabajos de recopilación histórica, como un juvenil *Resumen de la historia de Venezuela* (1810) y de reflexión filosófica, como *Filosofía del entendimiento* (póstuma, 1881), pero su obra de mayor relieve es *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (1847), considerada uno de los textos más importantes en la historia científica de la lengua española.

En Chile publicó también *Principios de ortología y métrica de la lengua castellana* (1835); *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana* (1841); numerosos poemas, entre ellos el justamente celebrado, «La oración por todos», y frecuentes artículos literarios y científicos en *El araucano*. Dedicó varios lustros a completar sus *Comentarios del Poema del Cid*, que hacia el fin de sus días cedió

a la Real Academia Española. Transformó esencialmente el periodismo nacional, infundiéndole serenidad y altura; introdujo la crítica teatral y –pese a su formación clásica– facilitó la difusión del romanticismo, incluso mediante traducciones. Maestro de la lengua española y humanista integral, educó a muchos destacados chilenos y elevó el nivel cultural del país, que, agradecido, le otorgó la ciudadanía.

Dr. Luis Eladio Benítez

Nació en Otavalo en 1885. Graduado de bachiller en el colegio Mejía, de abogado en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central. Desempeñó las siguientes funciones: Agente Fiscal – Juez de Mayor Cuantía, Ministro Fiscal y Ministro Juez de las Cortes Superiores de Ambato y Quito, Ministro de la Corte Suprema de Justicia. Ocupó la alta función de Presidente de la Corte Suprema de Justicia.

Perteneció a la Academia y Club de Abogados, al Club «24 de Mayo» de Otavalo, entre otras instituciones.

En Ambato ocupó la cátedra de Historia en el colegio Bolívar. Trabajó también en la agricultura, siendo propietario de la hacienda San Luis de Uraquí. Casado con la señora Ernestina Merino Moreno.

En **Ñuca Huasi**, No. 5, se dice:

Dos actividades sobresalientes han caracterizado la vida de este destacado jurisconsulto: la docencia y la administración de justicia. Entre las altas dignidades que ha desempeñado con brillantez, pulcritud y acierto, podemos citar su cátedra de Historia en los colegios de Ambato y su magistratura como miembro distinguido de la Corte Superior de Justicia de Quito y desde hace ya algunos años en la Excelentísima Corte Suprema de Justicia y en la Corte de Justicia Militar. En el año de 1953 rigió los destinos de la Asociación «31 de Octubre» (de otavaleños residentes en Quito), logrando establecer una administración sagaz y de grandes beneficios para el progreso de la misma. La figura del Dr. Benítez se destaca por su cordialidad y la encarnación de los viejos símbolos otavaleños, por sus virtudes de ciudadano y gran amigo, por su sencillez de hombre verdaderamente valioso.

Ulpiano Benítez Endara

(Otavalo, 1872): Hijo de don Carlos Benítez y doña María Endara. Nace en época de un Otavalo reconstruido. La furia de la naturaleza había arrasado con la mayoría de las poblaciones asentadas

en las faldas del Imbabura, cuyo terremoto (1868) fue uno de los más devastadores.

Su «vena» artística le viene por vía materna. Su madre era una virtuosa del arpa. Se cuenta que la producción musical de don Ulpiano fue extensa y variada, pero de ella queda poco. Casi con exclusividad música grabada y no partituras.

Don Ulpiano Benítez es el Señor del Yaraví. Música que es un cordón umbilical de la tierra con el hombre. De la raíz con el destino. Del territorio con la sangre. Música con versos angelicales o igníferos.

Para confirmar esta aseveración allí están sus yaravíes: **«Puñales»**, **«Nunca me olvido»** y sobre todo **«Despedida»**:

*«De esta tierra yo me voy,
a esta tierra he de volver,
porque llevo la esperanza,
de volver si vivo estoy».*

Simón Bolívar

Nació en el seno de una opulenta familia de origen vizcaíno que se había establecido en Hispanoamérica en el siglo XVI. Sus padres fueron Juan Vicente Bolívar y María de la Concepción Palacios, oriunda de

Miranda de Ebro, en la provincia española de Burgos. El primero murió cuando Simón contaba apenas tres años y, cuando tenía nueve, también se vio privado de su madre.

Bajo la protección y cuidado de su abuelo materno, Feliciano Palacios, Simón se mostraba particularmente refractario a las lecciones que, por aquel entonces, era obligado que recibiese un muchacho de su posición. El padre Andújar apenas le enseñó a leer y a escribir y los rudimentos de las matemáticas; con Guillermo Peligrón sólo a duras penas consiguió aprender los fundamentos del latín; Andrés Bello le instruyó como pudo en historia y geografía. Pero hasta que no intervino providencialmente Simón Carreño Rodríguez, el muchacho no dio muestra alguna de curiosidad intelectual. Este ilustrado autodidacta, devoto de Rousseau, supo encarrilar al díscolo muchacho apartándolo de las fastidiosas lecciones convencionales, pero sembrando en su espíritu una gran avidez por conocer el mundo. Su actitud dialogante y su paciencia persuasiva indujeron al joven discípulo a interesarse por todo lo que le rodeaba, y, en particular, por las revueltas que a la sazón sacudían Hispanoamérica.

A la muerte de Feliciano Palacios, el niño pasó a depender de su tío Carlos

Palacios, pero no tardó en huir de su tutela, y a los doce años buscó asilo en casa de su hermana María Antonia. En 1797 pudo por fin entregarse a su auténtica vocación, el ejercicio de las armas, e ingresó como cadete en el batallón de Milicias de blancos de los valles de Aragua, donde había servido años antes su padre. Fue éste un paso que amén de inculcarle la disciplina de que tan necesitado andaba su carácter, lo obligó a tomarse en serio el estudio de materias tales como las matemáticas, el dibujo topográfico o la física, y que además lo animó a emprender fructíferos e instructivos viajes.

Para completar sus estudios se trasladó a Madrid en 1799, donde sus tíos Esteban y Pedro Palacios cuidaron de él. Allí fue presentado a la que sería su efímera y bienamada esposa, María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza, con quien residió primero en Bilbao y luego viajó a Francia. La muerte inopinada de María Teresa en 1803, apenas unos meses después de que aquel joven entusiasta y feliz se instalara con ella en Caracas, dejó honda huella en su ánimo. Inmediatamente emprendió nuevos viajes a Europa, visitó Madrid y Cádiz y se estableció en París. En aquella primavera de 1804, Simón trabó relación con los hombres más notables

de la época, como el erudito Alexander von Humboldt.

Así mismo tuvo la suerte de reunirse con su antiguo mentor Simón Rodríguez, con quien emprendió un apasionado viaje a Italia. Lugar propicio para los heroísmos románticos, fue precisamente en Roma, en el Monte Sacro, donde juró a su maestro no cejar hasta libertar del yugo español a toda Hispanoamérica. De vuelta a París, fue invitado a formar parte de una logia masónica, empeñada en extender la semilla de la fraternidad y el ideario liberal por todo el orbe, ideas que siempre le acompañarían.

Pronto tuvo noticias de que en Venezuela Francisco de Miranda estaba luchando contra los realistas, y no dudó en regresar a su país para llevar a cabo su misión. En 1810 fue comisionado para llevar a cabo una misión diplomática ante el gobierno de Gran Bretaña y, en seguida, se distinguió entre la Sociedad Patriótica como uno de los más ardientes partidarios de la independencia, que las Cortes sancionaron el 5 de julio de 1811. Luchó bajo las órdenes de Miranda para someter la resistencia de los que se oponían al nuevo régimen y, en Curaçao, redactó uno de sus textos fundamentales, *Memoria dirigida a los ciudadanos de Nueva Granada por un caraqueño*,

donde ya expone lo más sustancial de su visionaria doctrina panamericana.

Hasta 1818, su suerte fue voluble, pues la fortuna unas veces le sonrió y otras le dio la espalda en el campo de batalla, pero a partir de ese año los triunfos del gran estadista y militar de genio que fue Simón Bolívar son espectaculares: tomó Cúcuta y pocos meses después, el 6 de agosto de 1813, entró victorioso en Caracas, hazaña que recibe el nombre de «Campaña admirable». En el octubre siguiente se le proclamó, con toda solemnidad, como *Libertador*, aunque las escaramuzas, las batallas, las traiciones, las conferencias para negociar treguas o acciones comunes, la intervención casi ubicua de su persona en los más variados conflictos se sucedieron luego vertiginosamente. En los dieciséis años posteriores de luchas que el destino le había reservado no tuvo respiro: de la frágil cúpula del ideal que Simón Bolívar había erigido, él era la clave, la piedra sólida e indispensable.

Pero nadie es invencible, y Bolívar fue derrotado por el realista Tomás Boves en la batalla de La Puerta en junio de 1814 y debió emigrar a Nueva Granada, más tarde a Jamaica, después a Haití...; en julio de 1817 los patriotas tomaron Angostura, que hoy se llama Ciudad Bolívar, donde asumió el poder no sólo para combatir a los realistas sino para

librar la batalla interna contra los disidentes, de modo que se vio obligado a fusilar a un prestigioso correligionario de antaño, el general Manuel Piar.

En 1819, tras remontar los Andes, conquistó Nueva Granada, que dejó bajo el mando del general Santander para regresar a Angostura y promulgar la ley fundamental de la República de Colombia, estado que no se configuraba como el actual, sino que incluía el país que lleva hoy ese nombre más Ecuador, Panamá y Venezuela.

El 24 de junio de 1821 los ejércitos realistas quedaron desarbolados por el Libertador en la batalla de Carabobo, y sus despojos, refugiados en Puerto Cabello, se verían obligados a capitular definitivamente en 1823. Tras entrar victorioso en su ciudad natal fue nombrado presidente de Colombia y emprendió la campaña de Ecuador, que coronó con éxito en 1822. En Quito conoció a la que sería su fiel y apasionada amante durante el último tramo de su azarosa vida.

El 26 de julio de 1822 Simón Bolívar se entrevistó en Guayaquil con José de San Martín. Los dos guerreros más ilustres de toda América del Sur, los dos campeones de la independencia se enfrentaron cara a cara. San Martín quería negociar el destino de Guayaquil,

pero Bolívar se había adelantado anexionándolo a la República de la Gran Colombia. La misteriosa y breve entrevista que mantuvieron –apenas cuatro horas– fue completamente secreta, a puerta cerrada, sin testigos. De resultas de la misma, San Martín abandonaría al poco la vida pública y Bolívar continuaría llevando a cabo su empresa libertadora por vastos territorios.

En 1824 Bolívar fue nombrado Dictador del Perú, con poderes ilimitados para salvar el país. Poco después, en Junín, derrotó al ejército realista, pero el 10 de febrero de 1825 renunció en Lima a los poderes que se le habían concedido. Pero aún redactó la constitución de una nueva república en el Alto Perú, la República Bolívar, actual Bolivia.

En 1827 hubo de sofocar el levantamiento del general Páez en Venezuela; al año siguiente sufrió un atentado contra su vida; cada vez se sentía más cansado, decepcionado y enfermo. Aún así en 1828 viajó a Ecuador para intervenir frente a la invasión peruana, que ansiaba anexionarse Guayaquil. A principios de 1830 volvió a Bogotá, donde fue testigo de la secesión de Venezuela y de la creciente oposición hacia su persona en Colombia. Renunció a la presidencia y pensó en viajar a Europa, pero la muerte

le sorprendió aquel mismo año en San Pedro Alejandrino, el 17 de diciembre. Una semana antes de morir hizo pública su última proclama «...yo he mandado veinte años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1° la América es ingobernable para nosotros; 2° el que sirve a una revolución ara en el mar; 3° la única cosa que se puede hacer en América es emigrar...»

Acaso fueron sus altas miras las que concibieron el vasto sueño de la unidad continental. Un sueño que se rompió con la realidad de los intereses locales y de las ambiciones más cortas que las suyas. El sueño bolivariano pareció factible tras la batalla de Ayacucho, que determinó el fin de la presencia española en el continente americano, la generosa retirada de San Martín y la creación de la República de Bolivia. Ante sí Bolívar tenía la posibilidad de crear la Confederación de los Andes, primer paso para la unidad americana total.

A pesar de todas las contrariedades Simón Bolívar continuó luchando por salvar lo que quedaba de su sueño y lo hizo hasta que las fuerzas disgregadoras se hicieron irresistibles y la Gran Colombia sufrió en 1830 la grave crisis de la desmembración de Venezuela y de Ecuador. Acabado el sueño que lo sustentaba, poco después, Simón Bolívar moría en San Pedro Alejandrino,

con una amarga sensación de fracaso y resentimiento en su alma, pero persuadido de la grandeza de sus ideales.

La controvertida personalidad política de Bolívar, el más grande héroe de la independencia americana, acaso la haya dado él mismo en una carta escrita a José Antonio Páez: «Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César; aún menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo».

General Ramón Bosmediano y Gonzáles de Sepúlveda (1728 – 1731)

Fue vecino de Quito y profesor universitario. Entró al ejercicio de la función a que se aplica este estudio, el 28 de febrero de 1728, con provisiones de Lima, por haberse restablecido la organización anterior del Virreinato del Perú. D. Cristóbal de Gijón dio la fianza.

Entre otras actividades cumplió la Real provisión que le fuera notificada por el Alguacil Mayor de Otavalo, Capitán Alejandro de la Torre Cossío, de hacer restituir a la cacica de Urcuquí Petrona

Flores de Bastidas, unas tierras en el sitio de la laguna, de las que había sido despojada.

En cuanto a la recaudación de tributos fue diligente. Por las cuentas que le correspondieron a la Real Corona, sin contar las encomiendas –el renglón más fuerte– que estaban en arriendo, entregó la cantidad de 18.849 pesos, 6 reales, líquidos, a favor de la Real Hacienda, por el lapso que corre entre el tercio de Navidad de 1626 y el tercio de San Juan de 1628, deduciendo todos los gastos que comportara la cobranza.

Don Alonso de Cabrera (1582 – 1584)

En el prólogo de *Relación y descripción de los pueblos del Partido de Otavalo* asentamos los siguiente con referencia a este funcionario: «El nombre de este Corregidor, que mereció ser apreciado como ‘gente honrada y de calidad’ en un informe de 1578 intitulado ‘Relación de la Provincia de Quito y Distrito de la Real Audiencia, por los Oficiales de la Real hacienda’, coincide con el de uno de los expedicionarios que participaron en el descubrimiento del gran río de las Amazonas. ¿Se tratará del mismo personaje? ¿Será quizá un hijo suyo? ¿O solamente un homónimo? Estas interrogaciones deben ser despejadas en

base de una investigación exhaustiva sobre la materia.

«Cabrera fue antes funcionario de la Real Hacienda con el oficio de factor y veedor, que fue luego refundido. Murió en Otavalo bajo los escombros del edificio en que vivió, asolado por el terremoto de 1584 que afectó gravemente a la ciudad de Quito, donde los efectos fueron más desastrosos que en Otavalo».

Abdón Calderón Garaicoa

Héroe de la Independencia nacional. Nació en Cuenca el 30 de julio de 1804, murió heroicamente el 25 de mayo de 1822. Hijo del Coronel Francisco Calderón y Manuela Garaicoa. Inmediatamente después de proclamada la Independencia de Guayaquil el 9 de octubre de 1820, se enroló en las fuerzas patriotas con el grado de Subteniente. El 9 de noviembre de 1820 a órdenes del Coronel Luis Urdaneta, Comandante del batallón «Voluntarios de la Patria», participó en la batalla de Camino Real (Prov. Bolívar), que fue el primer triunfo de las armas libertarias sobre el ejército realista. El 3 de enero de 1821, a órdenes del Coronel argentino José García, como Teniente del

batallón «Libertadores» tomó parte en la batalla de Tanizahua (Prov. Bolívar), donde por segunda ocasión triunfaron los realistas. El 19 de agosto de 1821 a órdenes del sargento Mayor Félix Soler, combatió como Teniente del mismo batallón «Libertadores», en la batalla de Yaguachi (Chone). El 12 de septiembre de 1821, a órdenes de Sucre participó en la batalla de Huachi (Prov. Tungurahua). En los meses de enero y febrero de 1822, a órdenes del Coronel Luis Ibarra formó parte de la vanguardia del ejército libertador, en calidad de Jefe de la Tercera Compañía «Yaguachi». El 21 de abril de 1822, se destacó en la batalla de Tapi (Prov. Chimborazo) donde fue vencida la caballería española. El 24 de mayo de 1822, como Abanderado de la Tercera Compañía del «Yaguachi» combatió heroicamente en la batalla de Pichincha, y pese a las graves heridas recibidas se negó a abandonar el campo de combate. Al atardecer fue conducido a una casa del barrio La Chilena, donde murió al día siguiente. De su heroísmo, en el parte de batalla, informó el General Antonio José de Sucre al Libertador Simón Bolívar, quien en reconocimiento a su extraordinario valor ordenó que en el futuro no se llene la plaza de Capitán, grado al que fue ascendido *post mortem*, y que al pasar lista en la Compañía, siempre se mencione su nombre y sus integrantes respondan en coro: «Murió

gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones».

Caracas

Capital y principal ciudad de Venezuela, cabecera del municipio de Libertador, que constituye el Distrito Capital.

Por su condición de capital de Venezuela, es asiento permanente de los órganos supremos del poder nacional, de la presidencia de la República y los ministerios, del Congreso y del Tribunal Supremo de Justicia. También acoge a las principales instituciones culturales, como la Universidad Central de Venezuela, la Universidad Simón Bolívar, la Universidad Católica Andrés Bello, la Universidad Metropolitana y otras.

Fue fundada en 1567 con el nombre de Santiago de León de Caracas y se convirtió en una de las comunidades coloniales españolas más prósperas de Sudamérica. En abril de 1810 se convirtió en el centro de la primera rebelión en la guerra de la independencia contra España, al frente de la cual se situó Simón Bolívar. En 1576 se convirtió en la capital de la provincia de Venezuela, afianzando su capitalidad a partir de 1777 con la Capitanía General de Venezuela, aunque

perdió este papel temporalmente, en 1821, para recuperarlo definitivamente en 1830.

Entre sus atractivos turísticos se encuentra la catedral (1636), la Casa Amarilla, antigua sede de los gobernadores coloniales y la casa del Libertador.

Lcdo. Juan Alonso de Carvajal (1600 – 1603)

Abogado de las Audiencias de Panamá, Los Reyes y Quito; Auditor de la Revolución de las Alcabalas; en 1599 Auditor General de la Real Armada que combatió a los piratas a las órdenes de D. Juan de Velasco en 1600, Visitador de las Cajas Reales de Paita, Piura y Guayaquil. Terminada esta comisión fue promovido al Corregimiento de Otavalo, cargo que sirvió durante dos años, con pulcritud.

A la vez que Corregidor, fue Administrador del Obraje de Otavalo, cuya rentabilidad permitía pagar en años anteriores los sueldos y los gastos oficiales de la Real Audiencia. Por la época había bajado mucho la producción de este centro de trabajo. En un documento oficial de la época se decía que el Obraje de Otavalo «de

pañós, ha llegado a tal estado, que ya no se labra en él ropa y el administrador está muchos días apresso en esta cárcel por una deuda del obraje al que se obligó con él y los indios andan descarriados y no trabajan y el gobernador de Otavalo que tiene a su cargo los tributos dice que no halla de donde cobrar cuando este obraje, el administrador Vega puesto por V. S. ha presentado petición en el acuerdo particular de hacienda diciendo, que él no puede acudir al obraje ni tiene con qué aviarle a que se arriende, o se ponga otro remedio, y visto en aquel acuerdo el grande daño que de esto se sigue, y que este obraje, es de el que más beneficios recibe Su Majestad que de todos los demás de esta provincia, se acordó, que se tornase a suplicar a V. S. diese licencia para arrendarle, para que se entablase, y mientras tanto se pusiese persona qual asumiese, y visto por esta Audiencia aunque pareció tanto convenir, se ha mandado que se estén las cosas como se están aunque el daño vaya creciendo asta que, v. s. informado de esto, vea, ordene y mande lo que le parece se debe hazer, a quien Ntro. Señor guíe. De Quito y Octubre de 1603».

Alejandro Carrión Aguirre

Periodista, escritor, poeta. Nació en Loja el 11 de marzo de 1915, falleció en Quito el 4 de enero de 1992. Hijo de José Miguel Carrión Mora y Adela Aguirre. Sus estudios primarios los realizó en Loja y luego los continuó en Quito. En 1948 colaboró en los periódicos *La Tierra* y *El Universo*. Fundó la revista semanal política *La Calle*, por cuyo contenido, en los años 1950 fue víctima de un atentado conocido como el caso de los «pichirilos». Utilizó el seudónimo «Juan sin Cielo». En la década de los 70 vivió en los Estados Unidos, dirigió el Departamento Editorial de la OEA, formó parte del cuerpo de asesores de figuras políticas de ese país. Después de retornar fue articulista del diario *El Comercio* de Quito y de la revista *Vistazo*. Sus artículos ejercieron importante influencia en el país. En 1986 el gobierno del Ing. León Febres Cordero le confirió el premio Eugenio Espejo. Ganó el premio Mary Moors Cabot de periodismo de la Universidad de Columbia; premio Losada de Buenos Aires; premio Tobar de ensayo. La Universidad de Columbia le otorgó el doctorado Honoris Causa. Autor de: *Luz del nuevo paisaje* (1937); *¡Aquí España nuestra!* (1938); *Poesía de la soledad y el deseo* (1945); *Agonía del árbol y la*

sangre (1948); *Los compañeros de Don Quijote* (1948); *Elogio de la novela policiaca* (1948); *La manzana dañada* (1953); *La noche oscura* (1954); *canto a la América española* (1954); *Primicias de la poesía quiteña* (1954); *Los poetas quiteños del «Ocioso de Faenza»* (1958); *Poesía* (1961); *El tiempo que pasa*; *Poeta y peregrino*; *Muerte en su isla* (1968); *La llave perdida* (1970); *Mala procesión de hormigas* (1978); *La otra historia* (1983); *Nuestro Simón Bolívar* (1984); *La espina* (1984); *Una cierta sonrisa* (1992).

Segundo J. Castro

Segundo Joaquín Castro Parreño nació en Otavalo en 1878. Fue profesor autodidacto. Educó a varias generaciones de otavaleños en la escuela «Diez de Agosto» y, una vez que se jubiló del magisterio fiscal, en la «Ulpiano Pérez Quiñones». Sirvió a su ciudad natal como concejal por algunos períodos y alcanzó la dignidad de Vicepresidente del Concejo Municipal. Era conocido por su facilidad de palabra, por lo cual muchas veces presentó la bienvenida a personajes ilustres que llegaban a la ciudad: al presidente Isidro Ayora, cuando se inauguró el ferrocarril en 1928, o al presidente Velasco Ibarra, en alguna de sus visitas a Otavalo. Colaboró con el sacerdote José Carlos

Jara en la fundación de la parroquia San Rafael de la Laguna. Sus conocimientos en el campo de la Jurisprudencia y su dominio del idioma kichwa le permitieron ayudar a los indígenas ante el abuso de las autoridades de ese entonces. Falleció el 9 de abril de 1954.

En noviembre de 1952, los alumnos de la escuela «Diez de Agosto», de la promoción de 1928, colocaron una placa en los muros de la escuela y entregaron sendos acuerdos de gratitud a sus viejos maestros: Luis Ubidia Proaño, Paulino Garcés Yépez y Segundo J. Castro; este último, a nombre suyo y de sus compañeros, presentó un sentido agradecimiento, del cual extractamos las siguientes frases:

«Sólo en pechos nobles florece esa rara flor de la gratitud, y en los vuestros, la nobleza de sentimientos ha sido la savia generosa que ha hecho que florezca, gallarda, lozana y perfumosa, esta flor casi exótica para los tiempos que corremos, máxime si ella brinda su perfume a un veterano de la educación, campo en el que no cuajan sino las semillas de la ingratitud y del olvido.

«Otavaleños debéis ser, para que la nobleza de vuestros sentimientos os haya impulsado a ejercitar la gratitud y hacerla ostensible en la solemnidad de este acto, con la entrega de este

simbólico documento que va a constituir el más legítimo orgullo de mi calidad de maestro, y va a servir como un sedante en la cansina trayectoria del ocaso de mi existencia.

«Al presentaros con toda la emoción de mi alma las más expresivas gracias por este alto honor que me dispensáis, ya cuando mis fuerzas se han agotado en las faenas diarias de la siembra de la cultura, quiero que este homenaje sirva de elocuente ejemplo para la actual y las futuras generaciones, a fin de que todos aquellos que en los bancos de la escuela han recibido luz para su inteligencia, derrotero de virtud para su corazón, inspiración para el arte y el más sano y sabio consejo para convertir el patriotismo en el culto de adoración a la bendita tierra que nos vio nacer, sepan que todo esto y mucho más se lo deben a la labor paciente, abnegada y silenciosa del apóstol de todos los tiempos: el maestro.- Y quiero que este homenaje sirva de ejemplo para todos a fin de que también el maestro, después de agotar las últimas energías de su vitalidad en la siembra del saber, después de consumir el sacrificio de su existencia por la redención de la cultura, después de apurar el cáliz de tantos sinsabores y de todos los olvidos de los que mandan y legislan, como si éstos nunca hubieran cruzado por una

aula, después de todo esto, y ya a los bordes del sepulcro, arrojado por la incomprensión y la miseria, hambriento de pan y de justicia, enjague una lágrima postrera como lo hago hoy, al contemplar una sonrisa de gratitud de quienes llevan en su espíritu algo del espíritu de su maestro».

Plaza Centenario

En 1929, centenario del decreto por el cual el Libertador Simón Bolívar elevó a Otavalo del rango de villa a la categoría de ciudad, siendo Presidente del Concejo Municipal el Dr. José Ignacio Jaramillo, se resolvió construir una plaza en el norte de la población.

El 27 de enero de ese año, en sesión del Cabildo se dio la primera discusión de «la ordenanza que dispone la compra de un terreno para la creación de una plaza en esta ciudad...» En la misma sesión se facultó «a los señores Presidente del Concejo y Procurador Síndico para que contraten con Ángel I. Jaramillo, Joaquín Rodríguez, Aparicio Arellano y Manuel Lozada, las propiedades que estos señores conservan en la manzana en donde se ordena crear una plaza hacia el Norte de la población, por ser la más adecuada para mejorar la ornamentación de la ciudad; quedando también facultados para que inicien los juicios de desapropio respectivos». En sesión

del 29 del mismo mes se aprobó, en segunda discusión, «la ordenanza para la compra del terreno para la plaza»; y, el 30 se aprobó, en tercer debate, «la ordenanza que asigna fondos para la creación de una plaza al Norte de esta ciudad».

En sesión del 28 de febrero, «previo informe del señor Procurador Síndico de que se halla concluido el juicio de expropiación de los terrenos necesarios para la formación de la plaza al Norte de esta ciudad, correspondientes a los señores Ángel I. Jaramillo, Manuel Lozada, Joaquín Rodríguez y Aparicio, Abelardo y Segundo Arellano, en cuya sentencia se ordena la celebración de las respectivas escrituras; se resuelve que, en representación del Concejo, intervengan los señores Presidente y Procurador Síndico, como dispone la Ley, abonando el precio total de seis mil ochocientos cincuenta sucres».

El 24 de abril, el 13 y 21 de mayo, el Concejo aprueba, en los tres debates que dispone la ley, «el proyecto de ordenanza que señala con nombres a la plaza y plazuela formadas al norte de esta ciudad, como también la carrera de la calle que al mismo lado une las carreras Sucre y Bolívar».

En sesión del 22 de junio, cuando termina su período, el Dr. José I.

Jaramillo informa haber realizado varias obras, como «... la posición de una plaza, ya para el deporte, ya para la venta de animales, el arreglo de la plazoleta de San Sebastián, que en el futuro se llamará '*Miguel Egas*'...»

El 28 de junio, en la presidencia de M. Aurelio Jarrín, «se aprueba la redacción del proyecto de ordenanza que señala con nombres, la plaza, plazuela y calles formadas últimamente al Norte de esta ciudad, y se ordena, por consiguiente, se pasen los ejemplares correspondientes para que reciban la sanción establecida por la Ley de Régimen Municipal». En sesión del 9 de julio, el Presidente informa «que se está trabajando... la plaza *Centenario*...»

El 9 de agosto, el Director Primero del Comité '31 de Octubre', solicitó al Concejo Municipal indique los números con los cuales va a participar en la «conmemoración del Primer Centenario de la exaltación de Otavalo a ciudad». Aunque hubo algunos actos festivos, las actas de sesiones del Concejo no dicen nada acerca de ellos ni de la inauguración de la plaza.

Después de muchos años de haber sido utilizada para la realización de eventos deportivos, en medio de la plaza se construyó un parque infantil, el que fue

demolido en 1971 para dar paso a la construcción del actual mercado, con intervención directa del Instituto Otavaleño de Antropología y el financiamiento del Reino de los Países Bajos. En la actualidad el nombre oficial ha sido olvidado y al lugar se lo identifica como «**la plaza de los ponchos**».

Profesor Alejandro Chaves Guerra

Una de las figuras de mayor relieve en el magisterio nacional, de fines del siglo XIX e inicios del XX, es, sin duda, la del educador Alejandro Chaves Guerra, nacido en suelo otavaleño el 6 de agosto de 1875, hijo de don Virgilio F. Chaves, alto exponente del arte musical, y de la señora Mercedes Guerra.

La educación primaria la recibió en la Escuela Municipal de Otavalo hasta llegar a la clase primera. La falta de recursos hizo que no pudiera seguir sus estudios secundarios y se dedicó a la zapatería, pero como su capacidad y propósitos tenían mayor alcance, aprovechó la facilidad que le brindaba su pariente, el maestro Leopoldo Chaves (padre), para ampliar sus conocimientos. En 1896 obtuvo el título de Profesor de Tercera Clase e inició sus actividades docentes como profesor auxiliar de la

Escuela Central de Niños de Otavalo. En 1900, sometido a pruebas reglamentarias, obtuvo el título de Profesor de Segunda Clase y se le brindó la oportunidad de subir de categoría en la misma escuela. En 1903 obtuvo el título de Profesor de Primera Clase, alcanzando el máximo de los títulos consultados por la Ley de Educación Pública de entonces. A fines del mismo año, por haberse jubilado el maestro Manuel Álvarez, don Alejandro Chaves fue promovido al cargo de Director de la Escuela. Se inicia entonces un cambio total en la organización de la Escuela, inclusive la denominación con la de Fröebel, nombre del pedagogo alemán fundador de los Jardines de Infantes. «El alfabeto memorado, el silabeo y el decorado fueron sustituidos por la lecto-escritura basada en el onomatopeísmo y en el método de las palabras normales propugnados por el ‘Torres Quintero’, modernísimo libro mejicano para el primer grado, que en el Ecuador aún no era conocido. Fue la escuela Fröebel de Otavalo la primera del país que ensayó con excelentes resultados esta sustancial reforma, gracias al entusiasmo y abnegación del Director», apunta un ex alumno del maestro Chaves.

Ante la ausencia absoluta de la Educación Física como parte fundamental de la educación y, a falta de profesores especializados, consiguió

que miembros del ejército acantonados en Otavalo tomaran a cargo esta asignatura, abriendo de esta manera los cauces para la educación integral. Gracias a su participación en la vida municipal, obtuvo los recursos necesarios para la adquisición de microscopios, proyectores y varios elementos para la formación de gabinetes de Física y Química.

Don Alejandro Chaves tuvo participación activa en la vida institucional de Otavalo, fue concejal, Jefe Político, socio fundador y Presidente de la Sociedad Artística, socio fundador y Secretario del Club Progreso que congregaba al elemento más distinguido de la ciudad por su posición social y profesional, etc. Estuvo casado con la señora Josefa Reyes y fue padre, entre otros, del novelista Fernando Chaves Reyes.

A temprana edad, a los 38 años de existencia, el 30 de marzo de 1913, dejando una valiosísima herencia para las generaciones futuras, se extinguió la vida de este por mil títulos ilustre otavaleño, don Alejandro Chaves.

Ulpiano Chaves Orbe

(Otavalo, 1874): De una disciplina férrea, casi prusiana: Desempeñó varias funciones —como la de Comisario— que

pusieron a temple su carácter. Mejoró la coexistencia comunitaria y familiar con medidas duras.

En el escenario musical Dn. Ulpiano fue el pupilo preferido de su hermano Virgilio. Aprendió piano, flauta, guitarra, ocarina y armónica.

Autor de varias publicaciones escolares muy populares a la época: «Canciones Escolares» y «Álbum de Composiciones».

Dirigió la primera Banda, creada por la Sociedad Artística (1918).

Su producción musical es grande. Compone el «Himno a Tulcán», la marcha «Ecuador Amazónico» e himnos de varias instituciones y localidades. Es autor de la música del primer Himno a Otavalo, cuya letra pertenece al Prof. Aurelio Ayllón Tamayo, Director —a la época— del Normal Rural «Alejandro Chaves» (1937). Este antecedente llevó a aseverar a su hijo Virgilio que la música del segundo Himno —letra del Dr. Luis Enrique Cisneros— «es también de mi padre».

Autor de sanjuanitos, yaravíes, pasillos, pasodobles, valeses y música sacra.

Sobre los **Valores artísticos de Otavalo**, Luis A. Males, en 1942, manifiesta:

Ulpiano Chaves, hermano y discípulo de Virgilio F. Chaves, es otra de las figuras descollantes de la música contemporánea. Su genio artístico ha servido para que se le colocara en la constelación de músicos del elenco nacional. A la edad de 10 años domina el solfeo y canta en las iglesias de la ciudad. Luego pasa como cornetín a la banda que fundara en esta ciudad su hermano, de la que fue posteriormente su director. En la adolescencia aprende el piano, el que es hasta ahora su instrumento favorito. No desconoce la ejecución de la flauta, guitarra, armonium, ocarina y celesta.

En los círculos locales es el artista que pasa un tanto desapercibido. Pero su rica y exuberante producción musical ha traspasado los umbrales de la patria chica, en donde ha conquistado trofeos de inestimables méritos. Allá, por el año de 1930, la Junta Provincial Imbabureña del Ferrocarril Quito-Esmeraldas le otorga una medalla de oro por su creación «Canto a la Bandera». En 1935 obtiene un Diploma de Honor del I. Concejo Municipal de Tulcán.

La facundia y el valor artístico de su producción le han merecido conceptos elogiosos por parte de la prensa y de quienes han sabido rebasar justicieramente sus méritos. En «El Día» del 1° de diciembre de 1934 se leyó lo siguiente: «La prensa nacional se ha ocupado muchas veces de ese valor artístico imbabureño que responde al nombre de Ulpiano Chaves, inspirado compositor que ha sabido interpretar fielmente el aire emocionante del sanjuanito y del yaraví otavaleño, en notas de emoción febril, logrando encomios de parte de nacionales y extranjeros. Chaves es el intérprete más acabado del sentimiento de su pueblo; y, más que esto, conserva el don especialísimo de cristalizar en notas de musicalidad palpitante el canto de gozo como el gemido de la raza vencida».

El señor Chaves tiene las siguientes obras inéditas: «Canciones escolares», en cuatro volúmenes, con un informe valioso de la Comisión calificadora designada por el Ministerio de Educación; «Álbum de Composiciones» en distintos géneros, y «La gruta de Rumichaca de la Paz», melodía imitativa, la que muy pronto será dedicada al M. I. Concejo Municipal de San Gabriel. Por esta última creación ha merecido conceptuosos elogios del muy conocido y prestigioso crítico musical señor Segundo Luis Moreno.

Virgilio F. Chaves Orbe

De su padre, Francisco, recibió toda la educación musical que fue capaz de suministrarle. Niño aún tocaba el cornetín de *mi bemol* en la banda que formara su padre, y con la orquesta, el violín, que fue el instrumento en el que más se distinguió. pues, desde los dieciocho años se dedicó especialmente a él, empleando cinco horas diarias en estudiarlo.

Desempeñaba de organista y cantor en su parroquia y tocaba, además, la guitarra y la flauta.

Desde sus primeros años se sintió poseído de las facultades creadoras y comenzó a componer en muy temprana edad. Fue fecundo en este ramo del arte y produjo de manera espontánea —cual sucede con el ubérrimo suelo de esta bellísima provincia— desde el indígena *sanjuanito* hasta composiciones de género sinfónico. A este último grupo pertenecen las que llama *oberturas*: «La Ecuatoriana», «Las dos Américas» y «Sinfonía dramática», y las fantasías «A mi Patria» y «El Centenario»; ésta premiada con medalla de oro y diploma de honor en la Exposición de Quito en 1909. Igual premio y diploma obtuvo en la Exposición capitalina de 1892 con «Variaciones para violín».

En 1899 presentó a la Exposición de la Sociedad Filantrópica del Guayas «estudios de un violín», y mereció medalla de plata y diploma de honor.

En una Exposición de música y pintura organizada por el Colegio nacional de Ibarra, presentó dos composiciones para violín con que obtuvo medalla de oro.

Compuso varias piezas religiosas: salves, tantumergos, letanías, etc. Más afortunado fue en el género danza: escribió marchas y pasillos muy simpáticos, y valeses, mazurcas, polcas, habaneras, etc.

Virgilio F. Chaves fue un verdadero talento musical... Su labor representa una suma enorme de esfuerzo y constancia, dignos de imitación y justo encomio por la sinceridad en la realización de sus nobles ideales.

Virgilio F. Chaves consagró toda su vida a la música. Fue profesor de este ramo en el Colegio nacional de Ibarra; dos veces Director de la banda de la Brigada «Esmeraldas» y una del Batallón «Marañón». Formó las bandas de Ibarra, Otavalo, Cotacachi, Cayambe, Tabacundo, Malchinguí, San Rafael y Espejo.

Diestro ejecutante, muy laborioso y estricto cumplidor de sus deberes. Falleció casi repentinamente en septiembre de 1914, a la edad de cincuenta y seis años.

José María Chaves Pareja

Nació en Otavalo en 1893 y murió en Quito en 1965. Su educación la inició en el Asilo de Niños del colegio La Inmaculada, para continuarla en la Escuela Municipal de Otavalo con los distinguidos maestros Alejandro Chávez Guerra, Antonio Chacón y Manuel Álvarez. De 1907 a 1911 estudió en el colegio San Diego, en Ibarra.

Es conocida su dedicación por la investigación del pasado de Otavalo. Sus artículos, con valiosos datos, los publicó en la revista Ecuador Franciscano, de Quito, y en la Revista Municipal, órgano del Concejo Municipal de Otavalo, de la década de 1940.

En algunos períodos fue Presidente de la Sociedad Artística, entidad que a su fallecimiento reconoció en Chaves Pareja «su acendrado amor a las virtualidades del terruño, demostrado en sus investigaciones históricas y en sus escritos saturados de ejemplar otavaleñidad». Antes de su muerte donó a la Sociedad Artística su biblioteca, en la misma que se conservan valiosos

documentos relacionados con la historia y la tradición otavaleñas.

Leopoldo N. Chávez

Nació en la parroquia de San Pablo del Lago el 17 de octubre de 1892. Sus padres fueron don Leopoldo Chávez y la señora Mercedes Vinuesa.

Su educación primaria la recibió en Otavalo y la secundaria en el colegio Normal Juan Montalvo, graduándose de Profesor Normalista en 1916.

Desempeñó los siguientes cargos: Director de la Escuela Anexa al Normal Juan Montalvo (hoy «Leopoldo N. Chávez»), desde 1916 a 1929. Profesor de Metodología en los Normales Juan Montalvo y Manuela Cañizares. Profesor de Segunda Enseñanza en el Colegio Mejía. Director Provincial de Educación de Pichincha. Director de Rentas de Pichincha. Ministro de Previsión Social y Trabajo. Presidente de la Junta de Planificación y Coordinación Económica. Presidente del Consejo de Administración de la Caja del Seguro.

Leopoldo N. Chávez fue un ciudadano ejemplar: un maestro de vocación, un amigo leal y sincero, de recia personalidad, amante de la cultura y el civismo; un hombre que a través de los

cargos que desempeñó entregó toda su sapiencia y recursos en beneficio de la comunidad. Como maestro supo imprimir en sus alumnos la huella imborrable de la ciencia y virtud, aparejadas para hacer del futuro ciudadano un ente responsable, que procure la superación de su persona.

Leopoldo N. Chávez dio lustre a su terruño natal, provincia y patria, porque desde su niñez asimiló el ideal de aportar con una eficiente preparación y civismo en el convivir nacional en las instituciones que nos corresponde actuar. Por eso sus alumnos y destacadas figuras del país recuerdan con veneración el nombre de este apóstol de la docencia.

En **Ñuca Huasi** se dice de él:

La Asociación «31 de Octubre» (de otavaleños residentes en Quito) se honra al tener como socio activo a Don Leopoldo N. Chávez, hombre eminente de la Patria. Los campos de la economía nacional y de la educación ecuatoriana han sido fertilizados con su inteligencia. Los más altos cargos, en diferentes ramos, han sido ocupados por él con alta dignidad y hombría de bien. Nunca olvidó sus deberes filiales para con Otavalo, habiendo sido siempre uno de los más decididos colaboradores para el éxito de sus obras, como, por ejemplo,

el Hospital de Otavalo al que le dio todo el impulso necesario para que se convierta en servicio público del cantón. Otavalo, reconociendo sus méritos le otorgó la más alta condecoración: el Escudo de la Ciudad. Ayuda con eficiencia, muy propia suya, al grande proyecto de la construcción del centro turístico en la laguna de San Pablo, obra trascendente y capital para la economía otavaleña.

Capitán Luis de Chávez Guerrero (1584 – 1586)

El Emperador Carlos V había ordenado usar en común, en las Indias, los pastos, montes y aguas, providencia sapientísima que benefició de modo general a los vecinos y moradores de pueblos y estancias. Chávez Guerrero hizo respetar dicha providencia por los terratenientes de Urcuquí y Tumbaviro a favor de los indígenas, a fin de que pudieran pastorear sus ganados, sin contradicción de los terratenientes.

No todo había de ser para los indios esclavitud, torturas, cumplimiento de trabajos penosos, como lo pinta la leyenda negra antiespañola. Leyes hubo magníficas en favor de esta clase desvalida y muchas autoridades, que a

lo Chávez Guerrero, las hicieron cumplir a los feudatarios.

Teniente en su administración fue Joan García Játiva, quien aparece figurando como vecino de la Villa de Ibarra en 1608, habiendo sido elegido Recaudador de las penas de Cámara y gastos de Justicia, hasta el año de 1614 en que el Cabildo lo relevó por viejo, dando el susodicho cargo a Gaspar de Oñate, también vecino de la Villa.

Dr. Luis Enrique Cisneros

Nació el 5 de abril de 1903; sus padres fueron don Joaquín Cisneros Paredes y la señora Antonia Jácome Terreros. Su educación primaria la recibió en la escuela 10 de Agosto, de Otavalo, mientras la secundaria la cursó en los colegios Teodoro Gómez de la Torre, de Ibarra, y Mejía, de Quito. En 1929 se graduó de Cirujano Dentista en la Universidad Central del Ecuador.

Sierre estuvo relacionado con la actividad cultural. En sus años juveniles perteneció al **Grupo Universitario Gonzalo Zaldumbide**, que publicaba la revista **El Universitario**. Formó parte de la **Liga de Cultura José Vasconcelos** y participó en la fundación de la Casa de

la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura.

En Ibarra, mientras fue estudiante del colegio Teodoro Gómez de la Torre, triunfó en un concurso promovido por el centenario de la Batalla de Pichincha. El trabajo ganador fue publicado en el semanario **El ferrocarril del norte**, de la capital provincial.

Luis Enrique Cisneros dejó inéditas varias obras: los dramas **La promesa y Por la causa**; además: **Escritores, Pensamientos y El protocolo de la infamia**. El Instituto Otavaleño de Antropología publicó, en 1983, una compilación de sus poemas **Terruñal y Versos de juventud**. Hay que destacar que es de su autoría la letra del **Himno a Otavalo**, que dice así:

*Caro a Dios y a la Patria, Otavalo,
luminoso y azul por doquiera;
de Natura precioso regalo
que enriquece de encantos la Sierra.*

*De inefables embrujos tesoro,
de rincones de ensueños bordado;
con tus bellos crepúsculos de oro,
con tus lagos de garzas orlado.*

*Con patriótico afán lucharemos
porque brille tu nombre en la Historia;
siempre libres y unidos iremos
adelante, exaltando tu gloria.*

De su pasión por la música hay que rescatar su propio **Método de guitarra** y más de doscientos pasillos, debidamente registrados en la Sociedad de Autores y Compositores del Ecuador (SAYCE) y en el Ministerio de Educación y Cultura.

Vivió siempre en Otavalo y allí se vinculó con las grandes causas de su pueblo; fue Jefe Político del Cantón, Presidente del Concejo Municipal, Presidente del Club Social 24 de Mayo, Presidente del Centro Agrícola Cantonal, Presidente de la Junta Administrativa del Hospital San Luis, fundador del Núcleo de Capacitación Agrícola hoy transformado en el Colegio Técnico Agropecuario Carlos Ubidia Albuja.

El académico Gustavo Alfredo Jácome escribe un **Preludio** en la edición de **versos de Juventud**, donde descubre a Luis Enrique Cisneros como «el varón de dolores y doloras de amor». Y en el análisis de su obra, Jácome dice que es «llaga de amor su alma. En desangre de música y poesía. Porque es compositor y poeta, unimismadamente. Su desbordante lirismo se ha extravertido en tesituras de más de un centenar y medio de pasillos y tonadas, a través de los cuales solloza su alma acongojada».

En los últimos años de su vida, Luis Enrique Cisneros amó la soledad, por ello Gustavo Alfredo Jácome dice: «El poeta, ¿vive? ¿muere?, sobre el acantilado de su soledad. Soledad buscada libremente, deliberadamente. Soledad de cumbre. Soledad que se esconde un alma tormentosa y atormentada. Soledad de orgullosa singularidad en medio de la pequeñez circundante...»

La obra completa de Luis Enrique Cisneros todavía está por conocerse: sus poemas, sus escritos y su música esperan salir un día a la luz, para poder valorar su espíritu sensible y creativo. Falleció en Otavalo el 24 de septiembre de 1985.

Alfonso Cisneros Pareja

Nació en Otavalo el 7 de enero de 1913, fueron sus padres don Joaquín Cisneros Jácome y doña Zoila Emilia Pareja. Sus estudios primarios los hizo en la escuela «10 de Agosto», de Otavalo, y en el Normal «Juan Montalvo», de Quito.

Su labor docente la realizó en la escuela «10 de Agosto», en la escuela «América», de Ibarra, en el Normal Rural «Alejandro Chávez», de Otavalo, y en el Normal Rural del Carchi, en San Gabriel.

Desempeñó las siguientes funciones: Secretario del Ayuntamiento, Concejal, Procurador Síndico, Primer Alcalde del Municipio y Jefe Político del cantón Otavalo.

Ocupó la Presidencia de la «Sociedad Artística», de la Sociedad de Trabajadores «Otavalo», de Liga Deportiva Cantonal y de la Asociación de Jubilados y Pensionistas del cantón Otavalo. Perteneció a la Cámara de Industriales, a la Cooperativa de Ahorro y Crédito «Otavalo» Ltda., y a la Unión Nacional de Periodistas Núcleo de Imbabura.

Fue dirigente barrial y periodista profesional, corresponsal de los diarios «La Nación» de Guayaquil, «El Sol», «Diario del Ecuador» y «El Comercio» de Quito. Además dirigió varios periódicos otavaleños como: «Acción», «El Otavaleño», «El Demócrata», «Criterio» y el Semanario «Presencia».

Se constituyó en el principal propulsor de la caminata «Mojanda Arriba».

Perteneció a la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, y formó parte de su Directorio en varias oportunidades.

En el sector privado laboró en la Fábrica «San Miguel», en la Editorial

«Gallocapitán» y en el Instituto Otavaleño de Antropología.

El Concejo Municipal de Otavalo le otorgó la Medalla al Mérito Cultural.

Falleció en Otavalo el 21 de agosto de 1987.

Como se desprende de estos datos biográficos, don Alfonso Cisneros fue un apasionado otavaleño cuya misión fue enseñar. Hubo magisterio en todas las acciones que realizó en su vida. Estudió para profesor y sus primeras actividades profesionales están ligadas a la docencia.

Pero si el ser maestro constituyó parte de la razón de su vida, el otro accionar que le cautivó fue el periodismo llegando a convertirse en el permanente colaborador de los periódicos editados en su ciudad natal.

Una vida multifacética dedicada al deporte, a la política, a la literatura y a la historia de su querido Otavalo, ciudad de la que se constituyó en el permanente guía espiritual de muchas causas como el barrio olvidado o el caserío moribundo. Es que don Alfonso Cisneros Pareja amó la provincialidad, se interesó en ella y allí descubrió un conglomerado humano dotado de generosidad, de sencillez y de pureza.

Cristóbal Colón

Giovanni Colombo y Susana Fontanarossa fueron los padres de Cristóbal, nacido en Génova, Italia, en 1451. Las noticias sobre su juventud son escasas y de dudoso crédito, pues proceden en su mayoría de la *Historia del Almirante*, escrita por su hijo Hernando mezclando hechos verídicos con episodios fantásticos. Parece cierto que trabajó en el taller de su padre, tejedor de oficio, hasta que se hizo a la mar cuando aún no había cumplido los dieciocho años. Puesto que Génova era una importante ciudad-estado de gran tradición marinera, Cristóbal no tuvo dificultades para seguir su vocación ni para aprender las artes de la navegación y la cartografía, lo que hizo de un modo autodidacto.

Existen documentos de numerosos viajes primerizos de Colón, entre los que se destacan uno a Islandia, diversas travesías por el Egeo y varias expediciones a Flandes y Portugal. Fue precisamente frente a las costas portuguesas donde el barco, de cuya tripulación formaba parte sufrió el ataque de un navío francés y se fue a pique. El joven fue recogido por unos pescadores y conducido a Lisboa, donde iba a gestarse el primer episodio de su odisea. Corría el año 1476 y la capital

lusa resultaba el lugar ideal para todo hombre que soñara con el mar. Allí se estableció como comisionado de los mercaderes genoveses y contrajo matrimonio con Felipa Moniz de Perestrello, hija de un importante personaje en la corte portuguesa, lo que le abrió un buen número de puertas importantes.

Influido por la lectura de los relatos de Marco Polo, Colón concibió la idea de llegar a las fabulosas tierras de Oriente por el mar, puesto que sin duda la tierra era redonda. En 1484, aunque nunca había navegado más que como marinero, se presentó ante Juan II, rey de Portugal, asegurando ser capaz de llevar a cabo su aparentemente descabellada idea. El monarca se mostró benévolo con él, le concedió el grado de capitán e hizo pasar el asunto a una comisión de expertos.

Colón se trasladó a España y en 1485 se presentó en el convento franciscano de La Rábida sin una moneda en el bolsillo ni un pedazo de pan que llevarse a la boca. Aquellos monjes le pusieron en contacto con Alonso Pinzón, armador local, persona muy estimada en el puerto de Palos y verdadero apasionado por los descubrimientos de tierras nuevas. Pinzón se entusiasmó con el proyecto de Colón y le llevó ante el duque de Medinaceli, quien le dio dinero y una

elogiosa carta de presentación para los Reyes Católicos.

El genovés se dirigió a la corte, instalada en Córdoba, provisto de la valiosa recomendación ducal. El 20 de enero de 1486 consiguió ser recibido por los monarcas. Durante la audiencia, Fernando se mostró frío y evasivo, pero no así Isabel, quien juzgó conveniente someter los planes de Colón a una comisión de peritos. Además, le fue concedida una pequeña pensión en tanto los expertos deliberasen y se le procuró alojamiento en Salamanca, ciudad donde se instaló Colón con su hijo Diego, a quien hizo venir de Portugal después de que su esposa falleciese.

Durante una nueva audiencia con los soberanos, Colón exigió ser nombrado Gran Almirante de la Mar Océana y virrey de todas las tierras que descubriese, además de pedir un 10 por 100 de los beneficios generados por la expedición. Fernando se enfadó y puso fin a la entrevista; Luis Santángel, tesorero del reino, convenció a la reina Isabel, quien ofreció adelantar el dinero necesario para la expedición.

Tras firmarse las capitulaciones de Santa Fe el 17 de abril de 1492, en pocos días se reunieron dos millones de maravedíes y se armaron dos carabelas,

la *Pinta* y la *Niña*, y una nao, la *Santa María*, que partieron de Palos de Moguer rumbo a San Sebastián de la Gomera el 3 de agosto de ese mismo año. La tripulación de las tres naves era de unos ochenta y siete hombres, incluyendo tres médicos, un despensero, un intérprete y un representante de la reina que llevaba la cuenta del oro y de las piedras preciosas que había a bordo. A pesar de lo que cuentan muchas historias, los marineros no eran presidiarios, aunque tres de ellos habían tenido algunos roces con la ley.

La travesía duró treinta y tres días. Impulsados por los vientos favorables del este, los tres barcos arribaron el 12 de octubre de 1492 a la isla de Guanahani, llamada por Colón San Salvador (hoy isla de Watling, en las Bahamas), después de que el marinero Juan Rodríguez Bermejo, conocido como Rodrigo de Triana, diese el grito de «¡Tierra!», ganándose los mil maravedíes que el rey Fernando había prometido al primero que viese las costas de Asia.

El almirante descendió a tierra con el notario real, el capellán y los oficiales; luego se arrodilló, dio gracias a Dios y con gran pompa tomó posesión de la isla en nombre de los Reyes Católicos, mientras grupos dispersos de indígenas, desnudos y aparentemente inofensivos,

contemplaban con curiosidad a los recién llegados.

Desde San Salvador, Colón puso rumbo al sur. Descubrió nuevas islas, entre ellas, Cuba, a la que llamó Juana. Luego llegó a La Española, isla que hoy forman Haití y la República Dominicana. Allí embarrancó la *Santa María* y fue imposible ponerla de nuevo a flote. Después de transbordar su tripulación a la *Niña* y recorrer el litoral, Colón decidió dejar unos cuarenta hombres en un fuerte bautizado con el nombre de Navidad, situado en la costa norte de la isla. El 16 de enero de 1493, los dos barcos restantes emprendieron el regreso a España, a donde llegaron semanas después.

La historia del descubrimiento causó sensación. Colón fue recibido apoteósicamente en Palos y desde allí se dirigió por tierra a Barcelona para entrevistarse con los monarcas, llevando como prueba de su hazaña pájaros y frutas exóticas e incluso habitantes de las lejanas tierras descubiertas. Cuando se arrodilló ante Fernando e Isabel y éstos le mandaron sentarse a su lado, su orgullo ya no tuvo límites. Las capitulaciones acordadas en Santa Fe, en las que tanto se le ofrecía, fueron escrupulosamente respetadas, y además los soberanos insistieron en que se

hiciera de nuevo a la mar para consolidar y extender sus descubrimientos.

El segundo viaje de Colón, iniciado en 1493, se hizo sin contratiempos y en poco más de un mes, la expedición estaba compuesta por diecisiete naves y dos mil hombres a bordo. Llegó a La Española, donde encontró el rudimentario fuerte Navidad incendiado y los cadáveres de los españoles ya descompuestos. A partir de ese momento Colón comenzó a tener problemas con los indígenas, a quienes amenazó con convertir en esclavos si no le entregaban grandes cantidades de oro y especias, y con sus propios compañeros, descontentos con la realidad de un viaje que dejaba de ser prometedor para aparecer en extremo dificultoso e incómodo.

Cinco años después, en su tercer viaje, todos estos problemas se acentuaron, hasta el punto de ser designado por los reyes un comisario real, Francisco de Bobadilla, que se trasladó a las Indias con plenos poderes para tratar de poner orden en la gobernación de Colón. Bobadilla, poco cauteloso, mandó apresar al genovés y a sus hermanos y los envió a España, encontrándolos culpables de varios crímenes, incluyendo los de severidad excesiva e injusticia manifiesta. El almirante

regresó a la Península encadenado, y aunque Isabel de Castilla ordenó al saberlo que fuese puesto en libertad inmediatamente, cuando Colón pidió la parte de los beneficios generados por la expedición que según lo acordado le correspondía, los soberanos se mostraron reacios a satisfacer sus demandas. Además, decidieron destituirle de su cargo de gobernador y suprimir sus privilegios, dejándole no obstante los títulos de virrey y almirante.

En mayo de 1502, por cuarta vez, Colón desplegó velas. Visitó Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Jamaica, donde a consecuencia de un huracán sus naves quedaron inmovilizadas durante un año. Cuando llegaron socorros desde Santo Domingo, los naufragos españoles se encontraban extenuados y el almirante padecía fuertes dolores producidos por la artritis. Hacía poco había cumplido los cincuenta años, pero aparentaba muchos más.

Su regreso definitivo a España se produjo el 7 de noviembre de 1504. En cuanto su nave echó anclas, pidió una audiencia al rey Fernando, que le recibió en Segovia. Isabel había muerto y su esposo escuchó de mala gana las reclamaciones del descubridor, quien suplicaba le fuesen restituidos sus antiguos privilegios, puesto que, si bien disfrutaba de los beneficios económicos

que se le habían prometido en Santa Fe, en cambio, ya no gozaba del título de gobernador de las nuevas tierras.

Abrumado por las preocupaciones, Fernando se negó obstinadamente a atender las quejas de Colón, quien durante todo el año de 1505 le persiguió con sus asuntos por toda la Península. En Valladolid, Colón logró finalmente alcanzarle, pero una vez más le fue negada la audiencia. Enfermo y cansado, el almirante se instaló en un convento franciscano y redactó su testamento. El 20 de mayo de 1506 la muerte puso fin a sus desvelos. Exhaló su último suspiro pensando todavía que había llegado a las Indias Orientales. Había pretendido encontrar el camino que conducía por mar a los exóticos lugares descritos por Marco Polo y, sin saberlo, era el descubridor de un nuevo continente al que una serie de azarosas circunstancias darían el nombre de América. Con su hallazgo concluía la Edad Media y daba comienzo una nueva era.

Jacinto Collahuaso

¿Dónde nació Jacinto Collahuaso? ¿Es cuestionable el dato? En Otavalo se sabe, desde hace tres centurias, que el cacique indiano Jacinto Collahuaso nació en este lugar por los años de 1660, cuando Otavalo tenía la categoría de

Asiento y era cabecera del Corregimiento del mismo nombre.

En el período colonial los caciques ejercían autoridad ante los indígenas por expreso reconocimiento de las Leyes de Indias, y gozaban de ciertos fueros por la colaboración que prestaban al Corregidor para el mantenimiento del orden, cobranzas de tributos y vigilancia del trabajo que realizaban los miembros de las comunidades indígenas.

Uno de los caciques otavaleños del período de la conquista española fue Collazos, según el testimonio del Adelantado D. Sebastián de Benalcázar, que reproducimos: «Al tiempo que salí de Caxamalca, donde fue preso Atabaliba, en descubrimiento de esta tierra, por mandato del Marqués, y en nombre de Vuestra Majestad, yo descubrí y poblé la ciudad de Quito, y habiéndola poblado y repartido, yo tomé en nombre de Vuestra Majestad al cacique llamado Otavalo, que terná hasta mil quinientos indios; dará agora de renta a la persona que la tiene hasta mil quinientos hasta dos mil pesos; y teniendo noticia de esta tierra, por más servir a Vuestra Majestad yo le dejé y vine en demanda de ella, en la cual he andado como Vuestra Majestad sabe. A Vuestra Majestad suplico, pues yo lo serví y trabajé y fui el primer descubridor y poblador sea servido que

me dé para uno de mis hijos el dicho Otavalo, con los demás indios que allí tuve, con el cacique Collazos, y porque junto a ese Otavalo está un cacique que se dice Carangue, que terná hasta quinientos indios, que es todo una legua y una parcialidad, tiene lo uno que ha servido a Vuestra Majestad dándole ya con él sea satisfecho».

Y para acentuar la presencia de Collahuasos, gobernados por caciques del mismo gentilicio, en Otavalo, insertamos la referencia de Cieza de León que corre inserta en su celebrada «Crónica del Perú». Es la siguiente: «De los reales aposentos de Carangue, por el camino famoso de los incas, se va hasta llegar al aposento de Otavalo, que no ha sido ni deja de ser muy principal (sic), el cual tiene a una parte y a otra grandes poblaciones de indios naturales. Los que están al poniente (léase levante) de estos aposentos son Poritaco, Collahuazo, los guancas y cayambes...»

Una de las facultades caciquiles, reconocida por las Leyes de Indias, que más estimaran los indígenas investidos de esta autoridad, era la de transmitir tan notables funciones a sus descendientes, con sus emblemas, el orgullo de su tradición y la autoridad de gobierno y mando.

Jacinto Collahuaso recibió todos estos atributos como parte de su ser, como algo cierto y real que estaba llamado no sólo a conservar sino también a enaltecer en su condición de hombre de letras, a tal punto que los mismos españoles y criollos, a pesar de los prejuicios sociales imperantes en la época, no podían ser ajenos al respeto que imponían el talento y la vasta ilustración del cacique otavaleño.

Explicable es, por lo mismo, que en el Otavalo de fines del siglo XVII y mediados del XVIII, fuera muy conocido el ilustrado historiador, y que la mejor tradición lugareña de los siglos subsiguientes, trasmitidas de padres a hijos, y de profesores a discípulos, desde que el notable corregidor español don José Posse Pardo fundara con su peculio la primera escuela pública para hijos de los caciques y niños pobres del lugar, se hizo lenguas de un Collahuaso representativo de la más alta cultura otavaleña del período colonial.

La tradición oral de un hecho claro y cierto, como es el nacimiento de Collahuaso en Otavalo, ha corrido de boca en boca por todo el territorio del extenso corregimiento, conservándose a lo largo de tres siglos en un alto plano de interés público, desde el momento en que se lo vio como miembro de una

notable familia indígena, apellidada Collase, Collabase, Collahuase o Collahuaso, hasta situarlo, en razón de sus capacidades intelectuales y del mérito extraordinario que comportaba su condición de historiador, en el corazón de sus coterráneos.

La tradición, con su rastro cierto y seguro, por referirse a un personaje histórico a quien conocieron nuestros antepasados, sería prueba suficiente, de no haber otras, para desvanecer la argumentación negativa de la otavaleñidad de Collahuaso. La tradición, en la vivencia íntima de los pueblos, constituye un testimonio de certidumbre respecto de personas o sucesos sobre los cuales no se ha dejado suficiente y clara referencia escrita. Con todas las lagunas que ofrece, con todas las diferencias adjetivas que conlleva al pasar de una generación a otra, y más aún, de un período a otro, no puede ni debe ni jamás ha sido descartada como fuente de información.

Razones ha tenido, pues, quien dijera que la persistencia o debilidad de las tradiciones es uno de los elementos decisivos de la evolución de la sociedad. Pueblo que ignora el ayer, que desconoce su pasado, que ha perdido el rastro de las generaciones que le precedieron difícilmente logrará un porvenir brillante. La tradición ha de

conservarse entre los evangelios de un pueblo culto, incapaz de ahogar deliberadamente la verdad, siendo esto mismo, precisamente, lo que ha ocurrido con referencia a Collahuaso en la memoria de sus coterráneos, los otavaleños.

Sobre la vida noble y atareada de preocupaciones culturales del cacique historiador se ha escrito realmente muy poco, con la particularidad de que el mayor número de páginas referentes a esta egregia personalidad tiene carácter polémico. Sin embargo, por lo menos en lo concerniente a señalar el lugar de nacimiento de este ecuatoriano que entra con derecho propio en el no muy numeroso grupo de personalidades destacadas del período colonial, cuatro historiadores concuerdan en la otavaleñidad de Collahuaso: González Suárez, Isaac J. Barrera, Padre Amable Agustín Herrera y Jorge Salvador Lara. Los tres primeramente nombrados dejaron un rico legado de investigación veraz y objetiva sobre los tiempos pasados, con referencia explícita de las personalidades eminentes de nuestra nacionalidad. El citado en cuarto lugar, Dr. Jorge Salvador Lara es, también, ampliamente conocido por el aporte inteligente y erudito, de carácter histórico, que viene brindando a la cultura nacional.

González Suárez en su *Historia del Ecuador* asevera que Collahuaso es cacique de Otavalo, y ratificándose en ello en «*Notas Arqueológicas*», con el aplomo característico del investigador en posesión de la verdad, se pregunta «¿Quién fue Collahuaso?» y contesta: «Collahuaso es un indio de raza pura, cacique de Otavalo». Debe advertirse que el sabio historiador no rectificó la aseveración sino que la ratificó en las «*Notas Arqueológicas*» pese a que por su esbelta posición moral no esquivó nunca «la discusión sobre puntos opinables», agregando luego: «No nos obstinamos tampoco en sostener tercamente nuestro propio parecer, y, con docilidad, nos apresuramos a rectificar nuestros errores, así que, mediante la luz que brota de la discusión, caemos en la cuenta de que hemos errado».

De los otros historiadores que hemos mencionado, el polígrafo Isaac J. Barrera y el autor de una buena *Monografía de Otavalo*, Padre Amable Agustín Herrera, investigadores de indiscutible madurez, para quienes la verdad histórica no debía sufrir ningún detrimento, minaban los archivos desdénando los manuales repetidores y las informaciones laterales sobre los sucesos notables de la historia del país. Los dos, sin seguir a González Suárez, no obstante ser altísima autoridad en la

materia, concuerdan con él una vez hechas sus propias investigaciones.

El Dr. Salvador Lara, una de las figuras más respetables de la historiografía ecuatoriana, en un artículo contraído a señalar lo averiguado con respecto a la fecha en que murió Atahualpa, se pregunta: «¿De dónde sacó el P. Velasco los datos que trae en su historia? Parece que fueron tomados del manuscrito 'Las guerras civiles del Inca Atahualpa con su hermano Atoco, llamado comúnmente Huáscar Inca', del famoso cacique otavaleño Collahuaso, obra lamentablemente perdida, pero escrita en el siglo XVIII, lo que demuestra que se trataría en ella de datos posiblemente recogidos de la tradición oral».

En fin, nosotros agregamos una certeza más, por haber hallado en el archivo de la primera Notaría Cantonal de Otavalo, un documento consistente en la numeración, padrón o apuntamiento de los indios naturales del Asiento de Otavalo, por el Contador don Juan Francisco Aguado, juez de comisión por el excelentísimo señor conde de Santistevan, Virrey de estos reinos, en fecha veinticinco de enero de mil seiscientos sesenta y cinco años. Según este testimonio, Jacinto Collahuaso nació en Otavalo; fueron sus padres Don Antón Collabase y Doña Bárbara Cofichanguo; sus hermanos, Andrés

Collabase, Lorenzo Collabase, Magdalena Pichaguango, Magdalena Cofichaguango y Juan Cofichaguango.

La enumeración en la que se registra la persona de Jacinto Collahuaso se hizo «con entereza y puntualidad, participando el Corregidor (que lo fue Don Joseph Antonio López de Galarza) las verdaderas noticias y los padrones ordinarios que suelen y deben hacer para las confesiones, libre de bautismos y casamientos».

Queda así demostrado, con la seguridad documental en que se funda este aserto, que Collahuaso es otavaleño, porque nació en el corazón de esta tierra, y, para mayor detalle, en el obraje de comunidad de Otavalo, que vigilaban sus antecesores. Y nos hemos empeñado en ello, no por echar a correr la última referencia por nosotros encontrada con sabor a novedad, sino porque bien sabemos que el lustre de los hijos redunda en honra y gloria de la madre.

Calle de los Corazas

Berta Ares Queija, en su estudio sobre los corazas, ofrece esta descripción:

La fiesta de Los Corazas se realiza en la parroquia de San Rafael dos veces al año una en Semana Santa o Fiesta Chica y

otra el 19 de agosto, día de san Luis obispo, o Fiesta Grande.

La fiesta se realiza mediante el sistema de priostazgo, común a toda el área andina y mesoamericana, y que según han demostrado varios estudiosos, tiene un origen en las Cofradías religiosas españolas, no en vano el término «prioste» (también preboste/preste) se refiere a la persona principal de dichas instituciones religiosas.

En la fiesta de san Luis obispo, los priostes que la organizan son llamados **Capitán de Corazas**, o Corazas, simplemente. La vestimenta del capitán de Corazas hace pensar a muchos del grupo mestizo en un rey, pero no es así entre los indígenas. Dicha vestimenta, a grandes rasgos consiste en:

_ Pantalón de bramante rosa claro y otro de tul blanco por encima, adornado en los bajos con papel-plata de vivos colores (azul, rojo, verde, dorado...) formando dibujos geométricos.

-Una camisa blanca, normal, encima la «cushsma», especie de faldón, de raso blanco, rematada con los mismos adornos de colores y un fleco dorado y una corbata de color azul.

-Manguillos de tul con puñetas adornadas del mismo modo y con

lentejuelas.

- Encima lleva la «gola» adornada con papeles, cuentas de colores, lentejuelas y un gran fleco dorado.

-Calza tenis blancos o zapatos, asimismo adornados y una medias.

- La cabeza va cubierta con un pañuelo azul y una veces lleva un sombrero normal de fieltro adornado con plumas y lentejuelas en la parte delantera y otras la **cabeza** («uma») o máscara, parte principal de la vestimenta; es una especie de sombrero en forma de media luna, rematado en lo alto con varias plumas de colores y del cual cuelgan un gran número de joyas que le cubren totalmente la cabeza y el rostro; dichas joyas son parte de oro y parte de bisutería (bambalina). Según el número de esos colgantes así es el costo de alquiler de la ropa.
- Además de esto, se le entrega un bastón dorado, rematado con un ramillete de flores de papel de colorines, el «achicu» o «maceta», y otro igual a su mujer, y un paraguas negro. El

bastón recuerda mucho el cetro que **Guamán Poma de Ayala** pone en manos del **Inca** en los dibujos de su crónica.

Me informaron que hasta hace algún tiempo el número de colgantes en la «cabeza» era menor, viéndosele parte de la cara que lleva pintada con albayalde blanco, con dos redondeles de carmín rojo en las mejillas y los labios también pintados de rojo.

Resumiendo, su vestimenta nos está reflejando el contacto de dos culturas, por una parte, y por otra el significado de los miembros de una cultura dieron a determinados elementos de la otra. Así, vemos que de la «cultura occidental» lleva el **paraguas** (los indígenas nunca lo utilizan), **los guantes**, **la corbata** (símbolos de prestigio incluso en nuestra cultura), **el calzado** (los indígenas andan descalzos o con alpargatas) y por último **el caballo**, al que dan mucha importancia y que tal vez podamos entenderlo si tenemos en cuenta que durante la época colonial tan solo a determinados caciques o curacas les estaba permitido el privilegio de usar caballo y armas. Como elementos comunes a ambas culturas tenemos el oro, **las joyas**, como ornamentación o símbolo de status, y **el bastón**, como símbolo de poder... Si bien, tal vez no podríamos

mencionar aisladamente elementos de la cultura indígena más que **las plumas de colores** sin embargo, no hay duda de que la vestimenta del Coraza en conjunto representa a dicha cultura, teniendo además una gran semejanza a las vestimentas que se conservan en otras festividades de la sierra ecuatoriana y otras que ya han desaparecido...

Hugo Cifuentes describe así este hecho cultural indígena:

Los corazas

El agudo silbar de los pingullos anuncia la llegada de los corazas; como reyes de yeso en briosos corceles adornados de oropel y colores, su rostro embadurnado en blanco y chapa roja, el todo admonitivo como un gran general. Su cabeza lleva un gorro enjorado de oro que no deja ver sus rasgados ojos negros; en la diestra un cetro con flores de vívidos colores de papel y largos cordones de monedas que besan las costillas del corcel, halado por los priostes, en un hermoso bloque plástico de innegable sabor guerrero y salvaje; una inmensa bandera multicolor forma el resto de la indiada que acompaña en la fiesta con sus mejores ponchos y rebozos.

Su música de valiente compás y rara monotonía, da alegre matiz al conjunto;

es lacónica su expresión musical, como el alma del indio: sencilla, fuente de gran sinceridad y hermosura. Bastan los dedos de una mano para cubrir el minúsculo rondador o jugar sobre los escasos agujeros de pingullo que se tocan a todo pulmón, como guerreros en Victoria. Y es que es tan suyo todo; la notasimple y el compás que leudaron en su alma, el pito que escogió de entre sus carrizales, el tronco hueco y el cuero de borrego que suenan como descomunal gotera en su tambor.

Llegan al parque de Otavalo y el niño indio dice la «loa» en versos de sabor parroquiano que lo enseñaron a decir de memoria delante de la iglesia; viene luego la sarta de truenos que fusila el pentagrama musical de los pingullos y tambores; salvas de camaretas, estruendo con la batería, se satura el ambiente de fuerte olor a pólvora, se ha agregado el iris al color vivo que reina en el cuadro. Es hermoso, está lleno de sencillo primitivismo; la música no cesa de tocar y es casi el mediodía; el cielo y las montañas hacen el fondo azul al carmín encendido de los trajes enlentejuados del capitán coraza; de rato en rato, signos blancos se pintan en el telón azul del cielo con el humo de los voladores que hacen callar la ronca voz del tambor incesante.

Por la calle del Empedrado regresa la muchedumbre, donde hasta las casas descansan en la cuesta, ellos van con su música hacia arriba, hasta su choza, a la loma, donde el dueño es más dueño de la altura, del frío del pajonal, del capulí jugoso, del cielo más azul y de la tierra más negra.

Corregimiento de Otavalo

La organización del Corregimiento de Otavalo, en 1563, tuvo una fase preliminar con la designación de los Protectores de Naturales. Ellos realmente habían amparado a los indios, vejados en el curso de un cuarto de siglo, casi sin protección ni defensa ninguna, tanto que pensaron hacerse justicia por su propia mano, pues no de otro modo se puede entender la explicación que daba al Cabildo de Quito, al ser requerido, el capitán Gonzalo Díaz de Pineda, por haber apresado al cacique Tytarco, de Otavalo, para tenerlo a su alcance en la expedición por él organizada al país del Dorado, en 1539, indicando que no llevaba indios obligados, sino solo a este valeroso jefe, por el mucho daño que podía hacer a la tierra al dejarlo en libertad.

En el lapso de doscientos cincuenta y nueve años, de 1563 a 1822, siguió el

curso de su vida administrativa el Corregimiento de Otavalo. El derecho administrativo español no daba a los Corregimientos solamente por ser tales opción a tener Cabildo, privilegio que reservaba, de modo exclusivo, a las villas y ciudades. Esa es la razón por la cual los Corregimientos seguían dependiendo de la circunscripción municipal a la que estaban adscritos.

Al fundarse el Corregimiento de Otavalo, le fueron señalados como territorios de su pertenencia los comprendidos entre el Guayllabamba y el Guáitara, como lo establece la memoria de Sancho de Paz Ponce de León, ilustre corregidor de Otavalo, presentada en 1582, con determinación de los pueblos comprendidos dentro de su territorio, que son: Sarance, San Pablo de la Laguna, Cotacachi, Tontaqui, Urcoquí, Las Salinas, Tumbaviro, Inta, Carangue, San Antonio, Chapi, Pimampiro, Mira, Licta, Quilca, Quilaca, Cabasquí, Cayambe, Tabacundo, Malchinguí, Perucho, Guayllabamba, El Guanga, Puritaco, Tusa, Puntal, Guacán, Pu, dos pueblos de Tulcanes.

Así queda establecido el señorío de Sarance, hoy Otavalo, en un área territorial tan vasta que comprendía una gran parte de la actual provincia de Pichincha y las provincias de Imbabura

y el Carchi, con la totalidad de su territorio.

En el año de 1582 –según el notable americanista D. Marcos Jiménez de la Espada- la Real Audiencia de Quito creó el Corregimiento de los Pastos a expensas de Otavalo, habiendo sido segregados los territorios y pueblos de Tusa, Puntal, Guacán, Pu y los Tulcanes.

En 1606 se fundó la villa de San Miguel de Ibarra y en 1623 fue definitivamente separado su Corregimiento del de Otavalo, produciéndose, en consecuencia, la segregación de los territorios y poblaciones comprendidos, por el sur, entre los aledaños del hermoso valle donde se asentaba la nueva villa, excluyendo a Otavalo; por el norte, en dirección de la ciudad de San Juan de Pasto «hasta el puente que los naturales llaman Rumichaca»; «hacia la parte de Cochicharanqui hasta la laguna que está en aquel valle; y por la parte de la mar, hasta los pueblos de Lita, Quilca y Cahuasquí».

Los documentos y referencias transcritos establecen el hecho claro y terminante de que el Asiento de Otavalo fue cabeza de un amplio Corregimiento, y el modesto título que se le dio a su cabecera en 1535, confirmándose en 1557, no constituyó un privilegio ni le reconoció la preeminencia a que tenía

derecho por su noble antigüedad y por los vastos recursos que de consumo prodigaban su población y territorio en beneficio de la Metrópoli.

General Joseph del Corro y Bustamante (1700 – 1704)

Favoreció notablemente el comercio, para aliviar la quiebra económica de la provincia. Envió a Santa Fe a Francisco Suárez de la Piedra, con tejidos de los obrajes, por un valor que excedía de 8.000 pesos; a Cartagena, a Francisco de Céspedes y Chávez, con varios géneros por valor de «quince mil doscientos noventa y nueve pesos dos reales y un quintillo». Fue hijo político de doña Micaela Pérez Castellanos, vecina de Quito. Mediante su trabajo logró reunir caudalosa fortuna, con la que apoyó a sus relacionados para el mejor desenvolvimiento de las actividades agrícolas, industriales y comerciales.

Una intervención suya, en defensa de sus fueros de Corregidor de Otavalo, ante ciertas arbitrariedades de los jueces de Ibarra, que invadían el distrito señalado a Otavalo para apresar a los prófugos de la Villa, y

aún para cobrar tributos, abrió paso a la aspiración manifestada por los moradores del Asiento, una vez que no se les había dado Cabildo, de ser vecinos domiciliarios de Quito.

En la petición de estilo a la Real Audiencia intervinieron, juntamente con D. José del Corro y Bustamante, el Teniente de Corregidor, D. Diego de Rivadeneira y los vecinos del Asiento, Joseph de Chávez, Alejandro de la Torre Cossío, Cosme de Thames, Andrés de Rivas, Pedro de Aguirre, Juan Fernández de Thames, Francisco Días de Rivadeneira, Francisco de Roxas, Joseph de Ocampo, Juan Pantaleón de la Matha, Manuel de la Parra, Alonso Lovato de Sossa, Thomás de la Puerta, Juan de Atiencia, Gabriel Gonzáles de Hinojosa, Juan Arias Mosquera, Valentín de Puerta, Pablo Arias y el escribano D. Blas de Cuenca.

Una vez planteada la petición siguieron los trámites de rigor. La Real Audiencia pidió información al Cabildo; éste pasó a la vista del fiscal y nombró una comisión compuesta por los Maestres de Campo, D. Francisco de Sola y Ross, Alguacil Mayor de la ciudad, y D. Roque Dávila, «los que representan el derecho que tiene esta ciudad como cavesa de provincia en todas sus villas y lugares de la jurisdicción». Los diputados nombrados por el Cabildo

presentaron su informe, cuyo tenor es el siguiente:

«Que siendo como es el territorio de esta ciudad, que es cavesa de esta provincia, deben asistir los vecinos del a las funciones principales en esta ciudad y especialmente a la presente del juramento y pendón que se levanta por Nuestro Rey y Señor Natural Don Felipe Quinto que Dios guarde, y supuesto que todos los Corregidores de ese dho Asiento se reciben en este Cavildo y en él se afianzan, aceptan y juran de estar a las órdenes del para cualesquiera funciones y ocasiones que se ofrecieren del servicio de ambas Majestades deben estar a lo mismo los vezinos de dho Asiento y así en otras funciones se a excusado el Cavildo de llamarlos siendo como es del distrito de esta ciudad a sido por excusar los gastos y porque el número de vezinos era menos y de suma pobreza, pero hallandose oy aquel Asiento con personas y familias principales y nobles y menos necesitados y que usando del Derecho natural que les asiste de Basallos Libres de Vuestra Real persona y quieren voluntariamente traer domicilio a esta Cavildo de la superioridad que les an reconocido y dello no se sigue ningun (*palabra ilegible*) contra ambas Majestades se a de servir Vuestra Alteza dárseles el consuelo que an

menester y desean demandar se les admita lo que pretenden que desde luego este Cavildo los admita judicialmente siendo servido Vuestra Alteza que lo que en la función presenta en señal de posesión de tales domiciliarios se hallan más de cien hombres de dho Asiento y jurisdicción como Teniente General y Alguacil Mayor por enfermedad del Corregidor, como consta de testimonio a acompañar el Estandarte Real y hallarse a la función ilustre del Juramento y aclamación de Vuestra Real persona y siendo necesario lo juramos.- Quito y Octubre ocho de mill setecientos y un años. (f) Don Francisco de Sola y Ross- (f) Roque Antonio Dávila».

El Fiscal dijo:

«Muy poderoso señor: El fiscal dice que siendo cierto el Informe que se hace por el Cavildo de esta ciudad podrá Vuestra Alteza mandar que los vezinos de Otavalo asistan a las funciones públicas a las que deven concurrir de orden de Su Majestad y costumbre legítimamente introducida en esta ciudad teniéndolos en quanto esta por Domiciliarios y sujetos a esta ciudad». Firma el Lcdo. Don Antonio de Ron, en Quito y octubre doce de mill setecientos y uno.

El Auto que expidiera la Audiencia declarando a los vecinos de Otavalo

domiciliarios de la ciudad de Quito es el siguiente:

«Auto.- Los vezinos del Asiento de San Luis de Otavalo se digan y tengan por Domiciliarios de esta ciudad y como tales están obligados a acudir a las funciones publicas y acostumbradas a que fueren combocados por el Cavildo, Justicia y Regimiento desta ciudad y Despáchese provisión. Firman Matheo de Mata Ponce de León, Caballero de la Orden de Calatrava, Don Juan de Ricaurte y Don Tomás Fernández Pérez, Oidores, en Quito, a 13 de octubre de 1721».

El Teniente de Corregidor D. Diego Rodríguez y Díaz de Rivadeneira, español, tuvo destacada participación en la disputa entablada entre el vecindario de Otavalo y las autoridades de la Villa de Ibarra, por problemas atinentes a la jurisdicción. Fue Capitán de ejército y contrajo matrimonio en Otavalo con la sobrina nieta de Santa Mariana de Jesús, Dña. Mariana Guerrero de Salazar y Casso. Murió en el año 1731, en el Asiento.

José de la Cuadra

Escritor, abogado. Nació en Guayaquil el 3 de septiembre de 1903, falleció en la misma ciudad el 27 de febrero de 1941. Hijo de Vicente de la Cuadra y de

Ana Victoria Vargas Jiménez-Arias. Estudió en la Universidad de Guayaquil. En 1926 Presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios y uno de los primeros militantes del Partido Socialista. En 1927 se graduó de Abogado. Colaboró con varios periódicos y revistas. Ejerció su profesión de Abogado. Vicerrector del colegio «Vicente Rocafuerte», profesor de la Universidad Estatal de Guayaquil. En 1934 Secretario de la Gobernación del Guayas. En 1937 Subsecretario de Gobierno y Secretario General de la Administración. En 1938 Cónsul en Buenos Aires. Perteneció a la generación de escritores que rescató la temática del montubio. Entre sus obras se destacan: *El amor que dormía* (1930); *Repisas* (1931); *Banda de pueblo* (1932); *La Tigra* (tema de la película del mismo nombre, 1932); *Doce siluetas* (1934); *Los Sangurimas* (tema de una película, 1934); *El montubio ecuatoriano* (1937); *Guasinton* (1938); *Los monos enloquecidos* (1948).

Cumaná

Ciudad portuaria en el nororiente de Venezuela, capital del estado de Sucre. Se originó a partir de 1515 como misión franciscana, que fue destruida, por lo que en 1523 se construyó una fortaleza española para defender el sitio de

filibusteros franceses e ingleses, que pasó luego por varias repoblaciones: Nueva Toledo (1521) y Nueva Córdoba (1562). Fue reconstruida en 1569 como ciudad de Cumaná.

Realiza actividades administrativas y es núcleo de la Universidad de Oriente (1958) además de desarrollar manufacturas conserveras pesqueras, procesadoras de café, tabaco y cacao, destilación de ron e industrias metalmecánicas y textiles.

Fr. Antonio de la Torre

No fue menos célebre por su sabiduría el M. Rdo. P. Fr. Antonio de la Torre, natural de Otavalo. Fue hijo legítimo de Don Francisco de la Torre y de Doña Beatriz Murga. Tomó el santo hábito de nuestra Seráfica Familia (franciscana) en Mayo de 1793 y profesó cumplido su noviciado. Por los años 1808 regentaba en el Convento Máximo de Quito la cátedra de Vísperas de Teología. Después de haber cumplido con todos los requisitos exigidos por la Religión en sus Lectores, fue declarado jubilado. Graduóse también de Doctor en Sagrada Teología, y obtuvo el cargo de Examinador sinodal. En 28 de enero de 1826, fue electo en Ministro Provincial y murió por Agosto de 1828.

Dr. Luis Alberto de la Torre

Nació en Otavalo en 1891. Cuando termina la escuela primaria, por iniciativa del obispo González Suárez se traslada a Ibarra, al Seminario San Diego, donde permanece algunos años, luego va a Quito a concluir sus estudios secundarios en el Colegio Mejía. Inicia sus estudios superiores en la Universidad Central del Ecuador para, posteriormente, graduarse como médico en México.

A su regreso al país trabajó en la clínica del Dr. Isidro Ayora, en Quito; cada fin de semana visitaba Otavalo, por lo que estaba enterado de sus problemas y necesidades; aquí comenzó a ejercer su profesión, altamente humanitaria, pues atendía gratuitamente a las personas que no podían pagar sus servicios. Fundó la *Botica Moderna* desde donde, igualmente, ayudó a la gente menesterosa.

Candidatizado por el Partido Conservador ganó las elecciones para Diputado por Imbabura. Cuando el Congreso de la República tuvo que ratificar el Protocolo de Río de Janeiro, luego de la invasión peruana al Ecuador, en 1941, el Dr. Luis Alberto de la Torre votó en contra de esa tesis, dando así

una muestra de su carácter y de su patriotismo. En el Congreso expresó su criterio para retirar los poderes omnímodos de los que estaba revestido el Presidente de la República Carlos Alberto Arroyo del Río.

Fue legislador por ocho ocasiones, tanto Diputado como Senador. Fue Presidente de la Comisión de Presupuesto, donde demostró su capacidad y honradez acrisolada. Desde esta función ayudó a las instituciones otavaleñas, especialmente a las de carácter educativo, por cuya razón en 1958 en Concejo Municipal de Otavalo le declaró hijo dilecto de esta ciudad. El Municipio de Ibarra le entregó una condecoración como ciudadano ilustre, por la ayuda que le brindó como legislador de Imbabura. En todos sus actos el Dr. De la Torre fue un ejemplo de virtudes cívicas.

Falleció el 12 de septiembre de 1962 en Washington, donde había ido a tratarse de una grave enfermedad. A la llegada de su cadáver al Ecuador, el Congreso Nacional lo recibió en su seno y le brindó un homenaje póstumo. En Otavalo, el Concejo Municipal declaró tres días de duelo, izó la bandera a media asta y lo acompañó hasta el cementerio de la ciudad con muestras de dolor y gratitud de parte de toda la ciudadanía.

Calle del Diablo Huma (Aya-Uma)

Eran los días del Inti Raimi, toda la región estaba de fiesta.

Aquella noche, un hombre viudo, triste y solitario se disponía a dormir, luego de haber atendido, como es la costumbre, con comida y chicha, a los bailarores que habían llegado a su casa.

Había empezado a dormir cuando escuchó el clamor del baile: las flautas transversas sonaban con melodías guerreras y contagiantes; el zapateo enérgico y las voces airadas animaban constantemente el ritmo en el patio.

Creó que había llegado otro grupo de bailarores y se levantó dispuesto a darles atención, pero se detuvo antes de salir. Algo anormal estaba sucediendo afuera, el zapateo de los bailarores hacía temblar el suelo y las voces se escuchaban como truenos, por lo que sólo optó por mirar afuera, por una rendija de la puerta, y contempló un espectáculo impresionante.

Quienes bailaban de esa manera eran unos seres de forma humana que tenían dos caras en la misma cabeza, sus orejas y narices eran sumamente grandes y sus cabellos estaban muy desorganizados.

Algunos tenían en sus manos bastones, otros llevaban caracoles marinos con los que producían sonidos ensordecedores y algunos tocaban flautas con gran maestría.

La escena duró pocos instantes, luego desaparecieron dentro del maizal; al instante todo quedó en silencio, como antes. El hombre comprendió que las características correspondían a los seres míticos, de los que había oído hablar a sus mayores, a quienes se los llamaba «AYA».

Quedó tan impresionado con la visión que decidió confeccionarse una vestimenta igual. Y así lo hizo, tratando de recordar cada detalle: preparó una máscara y con esta empezó a bailar en cada Inti Raimi.

Dicen que nunca se agotaba en los bailes de días y noches seguidas, en donde guiaba y animaba a los demás; nunca sufrió accidentes, nunca fue derrotado en las peleas con los bandos contrarios, en donde siempre estaba al frente de los suyos.

Cuando bailaba, sus pies no tocaban el suelo; muchas veces dormía entre las espigas de los bordes de los barrancos, sin sufrir ningún daño; acostumbraba bañarse y dormir, en estos días festivos,

junto a las cascadas, vertientes, lagos, lugares sagrados y ceremoniales.

Cada año este hombre demostraba su resistencia inagotable, por lo que toda la comunidad lo respetaba y apreciaba.

Un día desapareció inexplicablemente del lugar en que vivía. Fue llevado por los AYA, a quienes trató de imitar.

Los mayores dicen: «que este hombre aún vive en los lugares 'bravos' de la naturaleza, ayudando a fortalecer los cuerpos y los espíritus de quienes lo soliciten, con la fuerza de los AYA».

Luis Enrique Cachiguango, autor del artículo anterior, «*El origen del Aya Uma*», ofrece la siguiente versión sobre «*Aya Uma: Símbolo de la cultura indígena*»:

La denominación AYA UMA está compuesta de dos palabras kichwas:

AYA: Fuerza, poder de la naturaleza. En el pensamiento indígena, AYA es la personificación de los poderes de la naturaleza, que influyen positiva o negativamente en los humanos, según sus conductas en la vida.

UMA: Cabeza, líder, dirigente y guía.

Literalmente, el nombre **AYA UMA** se traduce al español como el líder, el guía, la cabeza de la fuerza.

Dentro del contexto de la cosmovisión indígena, **AYA UMA** es el líder superdotado, ritual y guerrero, poseedor de la energía vital de la naturaleza.

La vestimenta autóctona del **Aya Uma**, según nuestros mayores, consta de lo siguiente:

Una **máscara** de doble rostro, de color blanco o negro, con orificios para los ojos y la boca; las orejas y la nariz son exageradamente grandes, lo mismo que los cabellos, que son representados por telas tubulares rellenas, que dan la impresión de ser cuernos. Del orificio de la boca sale una tela roja que es la lengua.

El **Aya Uma** usa un calzón de liencillo, un **zamarro** de cuero de chivo, alpargatas blancas o zapatos. Los **zamarros** y los zapatos son elementos asimilados de la cultura occidental.

En sus manos lleva un caracol marino o un cuerno que le sirve para llamar y agrupar a los demás, es un instrumento de desafío. En otros casos lleva consigo un látigo con mango de madera o simplemente una vara, que le sirve para guiar a los bailadores y también como

un instrumento de lucha. En algunas ocasiones lleva flautas transversas, con las que desempeña dos funciones: de guía y de músico.

General Juan Manuel Díaz de la Peña (1766 – 1770)

Personalidad distinguidísima no solo por su linaje sino por sus relevantes cualidades.

Toda su vida la consagró al servicio de la colectividad, habiendo desempeñado las más variadas funciones con singular lucimiento: Corregidor de Otavalo, Corregidor de Ibarra, Alcalde Mayor de Mainas, Contador de la Corte, Alcalde Ordinario de la ciudad de Quito, Administrador de la Renta de Tabaco en Otavalo, cargo en el que se jubiló. Los juicios de residencia en Ibarra y Otavalo nada tuvieron que enrostrarlo, tal fue su pulcritud moral con que lo manejó.

El tabaco que se vendía en la Audiencia provenía de Macas, Popayán, Lachas, Malbucho, Íntag y Nanegal. Los consumidores preferían el de Macas, por su mejor calidad, mayor peso y mayor tamaño, en tanto que el de Popayán venía en longaniza. Los cultivadores de este producto en Ibarra

y Otavalo obtenían alguna renta, aunque el precio era sumamente bajo, pues por cien rollos se pagaban solamente ocho pesos.

Los negros de las haciendas de Ibarra y Otavalo consumían únicamente el tabaco de Malbucho.

D. Pablo Durango Delgadillo (1615 – 1619)

Su nombramiento lo acreditaba como Gobernador de la provincia de Esmeraldas, Corregidor de la provincia de Otavalo y Administrador del Obraje y bienes de la comunidad de este distrito, por cuatro años, con la obligación de abrir el camino desde la villa de Ibarra a la población de Montesclaros, pacificar la provincia de Esmeraldas y poblar el puerto de Santiago. Tareas todas para un hombre de ánimo esforzado, digno de figurar en una antología de civilizadores.

Empeñóse en el cometido con varonil voluntad y cuando ya abriera el camino y se trajinara por esa vía, desde Quito, pasando por Otavalo e Ibarra a la Mar del Sur; cuando ya había dejado asentadas algunas poblaciones, entre ellas el puerto de Santiago, rebeláronse los indios que estaban a medio reducir

y pacificar en dicha provincia, quemaron las incipientes poblaciones, destruyeron los puentes y mataron cruelmente a los españoles avecindados. Esta irrupción de barbarie amargó a D. Pablo Durango Delgadillo, siguiéndole un nuevo golpe moral por la destitución del Corregimiento de Otavalo, sin haber advertido quizá que por la obra realizada y la injusticia con que se le tratara, entraba por la puerta grande de la historia a la admiración de sus conciudadanos.

Nicolás Egas

Nacido en Otavalo. Fue Vicerrector de la Universidad Central del Ecuador, ocupó una cátedra importante en la Facultad de Medicina. La historia no ha perpetuado su nombre, no obstante su personalidad científica y humanitaria.

Roque Egas

La Gran Colombia acogió como departamento del Sur a la antigua presidencia de Quito y lo hacía con su propio territorio, consagrado por las cédulas de 1563 y 1740, sujeto, por otra parte, al principio del *Uti possidetis*. Independiente el Perú con ayuda de la Gran Colombia, reincide en su ancestral política de conquista, en forma tal, que provoca la ira de Bolívar cuando, el 3

de marzo de 1828, en su célebre ultimátum, dice: «Si dentro del término de seis meses, contados desde la fecha, no hubiese puesto el Perú a las órdenes del intendente del Azuay las provincias de Jaén y parte de la de Mainas, que retiene del gobierno de Colombia, creería no sólo que el Perú lo hostiliza con ánimo irrevocable, sino que ha dejado la decisión a la suerte de las armas».

La invasión de las provincias de Loja y el Azuay, con el general José de Lamar a la cabeza y el bloqueo del puerto de Guayaquil, fueron la respuesta del Perú a su libertador y padre.

En viaje de Bolivia a Quito, Sucre pasa por el Callao y en carta al gobierno del Perú, dice: «Si el gobierno acepta mis oficios para una reconciliación con Colombia, recibiré cualquier comisión a favor del reposo de esta república...» y luego agrega: «Hablemos de paz, cualesquiera que hubieran sido vuestras actitudes belicosas y vuestras acres ofensivas contra el Libertador, contra Colombia, con respecto a mi persona; hablemos de paz, por poderosos que sean los motivos que tengamos para hacer una guerra, busquemos la armonía, aun cuando proteste Bolivia, invadida y dominada por vuestras armas sin razón alguna para ello y aunque no lo desee Colombia, cuyas fronteras y mares han

sido hollados por vuestras plantas y por vuestros bajeles...»

Cuando Sucre, ya en tierra ecuatoriana, pudo conocer la movilización peruana y los preparativos del general Lamar para su ingreso –según él– como salvador del Ecuador, escribe a Bolívar sobre tales hechos y le confía sus temores y sus juicios para la guerra inevitable.

Sucre era la opción para salvar a Colombia y para salvar al Ecuador en momentos en que no cabía demora frente a los cañones peruanos en el Guayas y a las tropas en el confín sureño. Así, Sucre avizora que la llanura de Tarqui y su portete constituyen la llave estratégica de Cuenca para la detención del enemigo, su derrota y su consecuente desandar más allá de la frontera. Cuando el mariscal especula que la pérdida de Cuenca conllevaría la de Guayaquil y no a la inversa e impone su criterio, no queda por menos a los oyentes de la guerra que asumir esa enseñanza con toda la verdad: *a posteriori* de la batalla decisiva, al margen de la capturada Guayaquil, el triunfo de Tarqui fue el antecedente de la libertad del puerto y de la salvación de la nacionalidad ecuatoriana.

El 27 de enero de 1829 llega Sucre a Cuenca. De inmediato, con la diligencia

que le es característica, organiza su fuerza, la disloca, la exhorta y la pone en pie de lucha para la guerra injusta, declarada por el Perú, de revés a la conciencia fraternal.

La batalla de Tarqui se dio el 27 de febrero de 1829, el parte de guerra del general León de Febres Cordero dice al respecto: «Este glorioso triunfo es debido al denuedo de nuestra infantería de vanguardia, al valor del escuadrón «Cedeño», a la audacia del señor general Flores, comandante en jefe en el combate y, fuera de él, a su infatigable perseverancia en la organización del ejército, y a S. E. el general Sucre, jefe superior que ha dirigido la campaña... pues ha tenido que habérselas con rival que ha cometido en cada marcha una falta, por cada uno de sus movimientos un desatino que justifica su incapacidad...»

El general Flores fue ascendido en el propio campo de batalla a general de división; igualmente el coronel O'Leary a general de brigada... Sucre dispuso los honores ascensos y recomendaciones. Ordenó que se levante en el campo de Tarqui una columna de jaspe con la siguiente leyenda: *El ejército peruano de ocho mil soldados que invadió la tierra de sus libertadores, fue vencido por*

cuatro mil bravos de Colombia, el 27 de febrero de 1829.

En esta batalla tuvo actuación heroica, por la cual fue condecorado con la Medalla de la Orden del libertador, el otavaleño **Roque Egas**.

Dr. Miguel Egas Cabezas

Nació en Otavalo y fue bautizado el 14 de junio de 1823. Fueron sus padres don Manuel Egas y doña Rosa Cabezas.

El aprendizaje de las primeras letras, junto con la primera educación en el hogar, lo hizo en Otavalo. En 1837 se trasladó a Quito. En esta ciudad cursó la enseñanza secundaria y superior, en el colegio San Fernando y en la Universidad, respectivamente, hasta recibir la investidura de Doctor en Medicina. Se perfeccionó en el estudio de las Matemáticas bajo la dirección del ingeniero Sebastián Wisse.

En edad temprana, estudiante aún de Medicina, dictó la clase de Química en la Universidad, en condición de catedrático suplente (octubre de 1846). Dispuso así la Junta de Gobierno Universitario en mérito de las aptitudes y buena conducta del estudiante de Medicina, dispensándole la cuota que le correspondía erogar por el grado de Doctor. Ni el estudio profesional, ni la

cátedra de Química le estorbaron en ampliar sus conocimientos; se matriculó por dos años en la clase de Jurisprudencia.

En 1849 se fijaron edictos en la Universidad para la cátedra de Filosofía del seminario de San Luis convocando a oposición; se opuso, y en buena lid, obtuvo el triunfo; en enero del año citado fue reconocido como catedrático. Igual materia enseñó en los colegios de «La Unión», en «El Nacional» de Guayaquil y en los conventos de San Agustín y La Merced de Quito. En el de «La Unión» fue profesor de Matemáticas durante el año escolar de 1861 a 1862.

El Ministro de Instrucción Pública le participó, el 2 de agosto de 1872, que el Presidente de la República le había nombrado catedrático interino de Anatomía y Cirugía, en consideración de sus méritos, conocimientos y patriotismo. En 1876 el Ministro de Instrucción Pública le manifestó que el Presidente de la República le había nombrado profesor de Física de la Escuela Politécnica de la capital, apreciando mercedamente la inteligencia e ilustración del Dr. Egas.

Fue Vicerrector de la Universidad cuando el sabio Dr. Gabriel García Moreno regentó ese establecimiento

como Rector. La Junta general de Doctores en 1878 le nombró Rector de la Universidad. Por lo que respecta al lucido desempeño en este cargo, asegura el Dr. J. Modesto Espinosa, que lo hizo con puntualidad y esmero.

En 22 de agosto de 1879 renunció al rectorado, no le fue admitida la renuncia; y al terminar ese año, fue desterrado por el General Veintemilla. En Pasto, Colombia, fue Rector y profesor del «Colegio Académico» por nombramiento de la Autoridad Superior Política del Cauca, honroso cargo que desempeñó hasta 1883, año en que regresó a la patria.

La cátedra de Medicina Legal e Higiene Pública la adquirió en oposición honrosa (1878), y continuó dictándola hasta su muerte.

Su notoria competencia se difundió en los ámbitos de la República y varias sociedades científicas y literarias le distinguieron con sus títulos honoríficos: Socio Honorario del Instituto de Ciencias, el diploma se expidió el 19 de mayo de 1878; el Consejo de Gobierno, el 30 de julio de 1861, le nombró Miembro de la Academia Nacional Científica y Literaria de la capital de la República; la Sociedad Científica, formada por la juventud médica en 1865, le nombró su

primer Miembro Honorario; fue Miembro de la Academia Ecuatoriana (de la Lengua) correspondiente de la Real Española y tesorero de ella, ingresó en dicha corporación en 1886, cuando se fundó; el Instituto de Ciencias y Escuela de Agricultura de Quito, en sesión del 24 de abril de 1888, tuvo a bien conferirle el título de Socio Honorario; fue Presidente de la Sección de Ciencias Físicas y Naturales del Ateneo de Quito, Socio Fundador del Círculo Ibero-Americano, Vocal de la Junta Patriótica del Pichincha. La Sociedad «Unión Médica» del Guayas le nombró Miembro Correspondiente el 1º de mayo de 1891. Fue el promotor y fundador de la «Sociedad de Medicina Práctica» que se instaló en Quito en 1870. Perteneció a la Sociedad de la Unión Médica de Quito.

Concurrió como Diputado a la Convención de 1861 y al Congreso de 1867. En 1856 fue Administrador del Hospicio de San Lázaro.

Cuando el terremoto de 1868 en la provincia de Imbabura, se le confirió la jefatura de la Comisión Médica: Allí fue infatigable su labor, pues no solo atendía y curaba a todos los enfermos y heridos con solicitud paternal, sino que proveía a todas las necesidades de esa reunión de seres desgraciados, merced al prestigio de que gozaba, y a las

facilidades que le proporcionaron sus amigos y parientes.

En la presidencia del Dr. Antonio Borrero fue Tesorero de Hacienda; desempeñó con notoria integridad y rectitud el cargo de Ministro Juez del Tribunal de Cuentas. Como profesor, como empleado en la administración pública, como ciudadano particular le adornaron sobresalientes prendas. No aspiró al medro personal ni le animó el lucro del dinero: murió pobre, el 10 de marzo de 1894, a consecuencia de una violenta enfermedad, en Quito. Pronunció en su elogio una magnífica oración fúnebre el Arce diácono de la catedral de Quito, Federico González Suárez.

Estados Unidos

Los Estados Unidos de América es un país conformado por una federación de 50 estados, varios territorios dependientes y un distrito federal, ubicados en América del Norte.

La fecha oficial de la fundación de los Estados Unidos es el 4 de julio de 1776, cuando el Segundo Congreso Continental, representando a las 13 colonias británicas secesionistas, firmó la Declaración de Independencia. Sin embargo, la estructura del gobierno tuvo un gran cambio en 1778 cuando los

Artículos de la Confederación fueron sustituidos por la Constitución de los Estados Unidos.

Desde mediados del siglo XX, tras la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos han adquirido una paulatina y cada vez mayor influencia en el mundo, en aspectos tales como la economía, la política, los asuntos militares, la ciencia, la tecnología, y la cultura.

Datos principales:

Capital: Washington, D.C.

Mayor ciudad: New York

Idioma oficial: ninguno

Forma de gobierno: República federal democrática

Independencia (de Gran Bretaña):

- Declarada: 4 de julio de 1776
- Reconocida: 3 de septiembre de 1783

Superficie (Puesto 3º): 9.372.610 Km²

Población (Puesto 3º): 298.171.951 (2006 est.)

Densidad: 31 hab./Km²

PIB (Puesto 1º): Total (2006) US\$ 13.019.000 millones

PIB per cápita (Puesto 2º): US\$ 43.550

Moneda: Dólar estadounidense (\$, USD)

Antonio Estévez Mora

Don Manuel Mora, español, se avecindó primeramente en Bogotá. En 1770 se radicó en Otavalo y contrajo matrimonio con doña Carmen Osejos, del cual nacieron Antonio y José Mora.

Prestaron sus servicios personales y pecuniarios a la gran causa de la emancipación por esto fueron muy apreciados por el Libertador Simón Bolívar.

Antonio Estévez Mora se distinguió, además, por su espíritu generoso y caritativo, rara prenda en todos tiempos, y merecedora del elogio de la posteridad. Dos de sus valiosas propiedades adjudicó a la beneficencia en provecho de su país natal: Itaquí y Perihuela. La primera, para que con sus rentas se funde una casa de ejercicios en esta ciudad; y la segunda, para socorro de viudas y huérfanos, en la misma. ¡Acción recomendable y que basta ella sola para inmortalizar la memoria del Sr. Antonio Estévez Mora!

Legó también otras cantidades en beneficio de las iglesias de la localidad. En suma, fue un ciudadano acaudalado y virtuoso, que amó a la patria con desinterés y enjugó las lágrimas del huérfano y de la viuda. Se trasladó a Quito, donde falleció.

El Concejo Municipal de Otavalo, el 30 de diciembre de 1941, consideró «que es su deber perpetuar el nombre de las personas que por sus virtudes ciudadanas se hacen acreedoras al reconocimiento de la Sociedad; y, que el señor Don ANTONIO ESTÉVEZ MORA, filántropo otavaleño, legó parte de sus bienes para obras de beneficencia del cantón». Por ello acordó «denominar ESTÉVEZ MORA a la calle nueva abierta en el sector Sur de esta ciudad y que, partiendo de la calle 'Sucre' atraviesa la 'Bolívar'. Era Presidente del Concejo Alfonso Pérez Pallares.

Fuya-fuya, Cusín

El nudo setentrional que cierra la hoya de Quito, está formado en primer lugar por el *Mojanda*, que se levanta inmediatamente del valle del río de Guallabamba, que rompe la Cordillera occidental. El *Mojanda* es una montaña volcánica, que por su altura no pasa por la región de los páramos, y tiene una forma abovedada, muy tendida de O a E, pareciéndose en algo al Pichincha. Encima lleva una caldera muy anchurosa, y alrededor de ella se agrupan varios picachos y cerros, que llevan sus nombres propios. Los más altos y notables son el *Yana-urcu* (4.272 m), el *Fuyafuya* (4.294 m), el

Colongal (4.145 m). El camino de Otavalo a Malchinguí pasa por medio de la caldera al lado de las lagunas de *Guarmicocha* (3.727 m) que desagua al Norte, y de *Caricocha* (3.711 m). El punto más alto de este camino por los páramos tristes y en mal tiempo justamente temidos del Mojanda, llega en *Cascacunga* a la altura de 3.874 metros.- El Mojanda está en sus faldas australes y setentrionales muy surcado de quebradas, sin alimentar ríos de consideración. Impone por su altura relativa (2.600 m) sobre el valle del Guallabamba, y también al lado norte su elevación sobre el *lago de San Pablo* (2.697 m) es todavía muy considerable (1.600 m).

Hacia el NE del Mojanda se encuentra a la distancia de tres leguas otro cerro volcánico, el *Cusín* (4.012 m), cuyo pie se confunde con las faldas inferiores de aquel, formando de tal modo una amplia ensillada entre los dos, que se conoce con el nombre de *Cajas*. Se ve, que la formación de este nudo es completamente análoga a la de los nudos de Tiopullo y de Sanancajas. Por esta ensillada conduce el camino ordinario y más cómodo de la hoya de Quito a la de Ibarra, y en el punto más alto, entre Tabacundo y San Pablo, tiene la altura de 3.099 metros.- El pie oriental del Cusín pasa al Este, siempre en alturas considerables, a los páramos de Pesillo,

y mediante éstos al pie setentrional del Cayambe sobre la Cordillera oriental.

Rómulo Gallegos

Rómulo Gallegos Freire (1884-1969), novelista y político venezolano, presidente de la República (1948) nacido en Caracas.

De familia humilde se hizo maestro y ejerció como profesor entre 1912 y 1930. Durante ese período, publicó numerosas novelas centradas en la vida de su país. Su obra más conocida, *Doña Bárbara* (1929), describe la infructuosa lucha contra las fuerzas de la tiranía en Venezuela. A causa de las críticas contra el dictador Juan Vicente Gómez que la novela contenía, su autor tuvo que exiliarse en 1931. Tras su regreso, fue nombrado ministro de Educación, pero sus esfuerzos para llevar a cabo una profunda reforma escolar fracasaron, y se vio obligado a dimitir. En 1945 participó en el golpe militar que llevó al poder a Rómulo Betancourt como presidente provisional del país, y él mismo fue elegido presidente de Venezuela, cargo que desempeñó durante menos de un año (febrero-noviembre de 1948), ya que no pudo equilibrar las fuerzas políticas contrarias, y se exilió ese mismo año marchándose a vivir a Cuba y luego a

México. Regresó a su país en 1958, donde permaneció hasta su muerte.

La obra literaria de Rómulo Gallegos está muy ligada a su compromiso político que arranca del planteamiento de la regeneración nacional. Sus novelas, dentro de la corriente regionalista, se inspiran en la tierra americana y trata de unir y resolver el conflicto que él ve entre una naturaleza exuberante y salvaje y la necesidad de hacer de ella una civilización moderna. Pero su estilo no se ciñe al realismo costumbrista del romanticismo tardío, sino que toma toda la riqueza lingüística del modernismo para convertir a su país en una realidad multiforme que traspasa los límites nacionales para hacerse universal.

En su primera novela, *Reinaldo Solar* (1920), plantea las dificultades del protagonista por armonizar su vida pública y privada; *La trepadora* (1925) se centra en el tema de la conquista del poder; en *Doña Bárbara* (1929) —su primera obra de éxito y considerada en su momento la mejor novela sudamericana— cuenta el conflicto entre Doña Bárbara, que significa el aspecto salvaje de la naturaleza, y Santos Luzardo, que es la ley, el orden, el futuro, la modernidad. La síntesis surgirá con Marisela, la hija de Doña Bárbara que educa Santos Luzardo.

Gallegos sigue una técnica tradicional, con diálogos directos, estructura lineal, capítulos iniciados por epígrafes y demás convenciones de la novela realista. En su prosa está patente la influencia del modernismo. Otras novelas importantes son *Canaima* (1935), *Pobre negro* (1937), o el libro de cuentos, publicado en 1946, *La rebelión*.

Dr. Remigio Garcés

Elemento prestigioso del foro y la intelectualidad de Imbabura. Concejal de Otavalo en varios períodos, Presidente del Concejo Municipal en 1921, 1931 y en 1936. Fue diputado por Imbabura.

Dr. Víctor Gabriel Garcés Cabrera

Nació en Otavalo el 8 de febrero de 1905. Fueron sus padres: don Manuel Garcés y doña María Cabrera.

Sus estudios primarios los hizo en la escuela «Diez de Agosto» de Otavalo, el bachillerato en el colegio «Teodoro Gómez de la Torre» de Ibarra. Se gradúa de abogado en la Universidad Central en 1931.

Fue miembro de la Liga de Cultura «José Vasconcelos» y del Club «24 de Mayo», de Otavalo. Fue profesor de Sociología y Derecho en las universidades Central y Católica, de Quito. Editorialista y redactor de los periódicos «El Día», «El Comercio», «El Sol» y «Diario del Ecuador». Presidente de la Unión Nacional de Periodistas. Presidente del Instituto Indigenista del Ecuador, Miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Ministro de Previsión Social y Trabajo en el Gobierno del General Alberto Enríquez Gallo.

Libros publicados: «Condiciones sociales del indio en la provincia de Imbabura», «Significación sociológica del mito», «En sayo de interpretación histórico-social de las nacionalidades de América», «Migración e indigenismo», «Sociología rural de América Latina».

Su acción más notable como Ministro de Previsión Social y Trabajo fue la promulgación del Código del Trabajo, para lo cual nombró una comisión de prominentes jurisperitos, entre los que se encuentran: Alfredo Pérez Guerrero, Miguel Ángel Zambrano, Juan Genaro Jaramillo y el propio Dr. Garcés. Su nombre definitivamente se consagra en la historia del país.

En calidad de Presidente de la Unión Nacional de Periodistas, en el año 1942, organizó en Primer Festival de Danzas Indígenas, que realmente constituyó un acontecimiento cultural. Extractamos parte del discurso del Dr. Garcés en la presentación del Festival, en el Teatro Sucre:

«Indio y lágrima, dijo el poeta, eran una misma cosa. Indio, tierra y lágrima, sería la trilogía más exacta, Indio, es decir, la esencia; tierra, la sustancia o realidad en que vive; y lágrima, el único recurso simbólico de mostrarse hombre en la eterna soledad de la existencia indígena en América. Se es el mundo indiano y esa es la verdad palpitante en este país nuestro».

En la revista **Ñuca Huasi**, se expresó este acertado criterio:

Catedrático universitario de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Su profunda versación en los problemas sociológicos e indigenistas lo convierte en una verdadera autoridad en tales materias. Periodista sereno y experimentado, intelectual de elevados quilates, ha ocupado los más altos puestos dentro del Seguro Social Ecuatoriano. Fue Ministro de Previsión Social y Trabajo y desde allí laboró en bien de los campesinos y los

trabajadores; Presidente del Instituto Nacional de Previsión. Corresponsal de la Organización Internacional del Trabajo en el Ecuador. Ha asistido por varias ocasiones en representación de nuestra patria y de la O.I.T., a importantes reuniones internacionales sobre trabajo e indigenismo y problemas sociológicos. Es miembro activo de la Asociación «31 de Octubre» de otavaleños residentes en Quito.

Dr. Enrique Garcés Cabrera

Nació en Otavalo el 6 de marzo de 1906, en el hogar formado por don Manuel Garcés y doña María Cabrera, ambos de distinguido y respetado abolengo. La primera educación la recibió en la Escuela Superior «Diez de Agosto» y la secundaria en el Colegio Nacional «Teodoro Gómez de la Torre», de Ibarra. Sus estudios superiores los realizó en la Universidad Central del Ecuador, en la Facultad de Medicina, para luego seguir estudios de postgrado en España.

Desde su vida de estudiante participó en las actividades sociales y culturales de la Liga de Cultura «José Vasconcelos», que congregaba a un selecto grupo de profesionales, maestros y estudiantes otavaleños, entidad que llegó a tener prestigio dentro y fuera de

la patria. Escribió en los periódicos «Germen» y «Adelante» y en la Revista «Imbabura», desde donde bregó con ejemplar civismo por el progreso de Otavalo y porque sea una realidad la obra del ferrocarril Quito-San Lorenzo, en su primera etapa Quito-Otavalo.

Enrique Garcés fue un escritor fecundo, al hablar de él, Alejandro Carrión, destacado escritor y periodista, dice: «Los libros de Garcés participan de su temperamento, son escritos torrencialmente, como el fruto de un hombre que se entrega con la pasión de una llamarada alimentada en oxígeno puro, a determinado tema o propósito». Autor de numerosos libros y folletos de diversa índole, mencionaremos únicamente sus principales obras: «*Eugenio Espejo, Médico y Duende*», «*Marieta de Veintimilla*», «*Isabel la Católica, Reina y Mujer*», «*Juana Inés de la Cruz*» y «*Rumiñahui*», en el ensayo biográfico; «*Boca Trágica*» y «*Alondra*» en teatro. Sus obras constituyen un valioso aporte a la bibliografía nacional.

Como periodista de los diarios quiteños «El Día», «El Sol» y «Diario del Ecuador», se hizo célebre con el seudónimo de **Túpac Amaru**, por sus crónicas ágiles y llenas de un hondo contenido social.

Su capacidad y afán de servicio se pusieron de manifiesto en el desempeño de importantes funciones, entre otras: Director General de Sanidad de la Zona Central, Consejero Médico del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social, Director General de los Servicios Médicos del IESS, Secretario General de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Adjunto Cultural de la Embajada del Ecuador en México, profesor de los colegios «Mejía» y Militar «Eloy Alfaro», profesor del Instituto Nacional de Policía, profesor y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Central del Ecuador, Subsecretario de Educación, Presidente de la Unión Nacional de Periodistas, etc.

Falleció el 2 de enero de 1976, en Quito, en medio de la consternación nacional. La patria perdió a un ilustre ciudadano y Otavalo a uno de sus más dilectos hijos.

Alejandro Carrión, quien conoció de cerca de Enrique Garcés, se expresa así:

La acción de Enrique Garcés en gran medida se empleó en la cultura: buscó las raíces de su pueblo en la historia, en la geografía, en la literatura y en las bellas artes, e hizo periodismo y escribió libros y dictó cátedras para sacar conclusiones que desde lo que fue

y desde lo que es nos ayuden a comprender nuestra circunstancia y a construir nuestro porvenir. No creo que en su generación haya nadie más entregado a esta gran tarea de pensador, de creador, de divulgador, de actor y conductor, de maestro, en fin.

Nunca desdeñó ni temió la acción inmediata: periodista y dirigente de periodistas; profesor y dirigente universitario, inclusive Decano de Facultad; funcionario del Seguro Social en su Departamento Médico; ejecutivo de la Casa de la Cultura; funcionario de los Departamentos de Salud; concejero municipal, legislador... estuvo en todas partes en donde podía ser útil y jamás pensando en sí mismo. Las ideas generosas, las iniciativas constructivas, o brotaban de él espontáneamente o lo buscaban. En política, siempre estuvo en el lado justo y noble, y cuando soñamos construir un Ecuador que fuera una democracia social permanente y estable, que fuese ese «pequeño pueblo cristiano que trabaje y que lea, que tenga que comer y que sepa vivir» —como lo describió alguna vez Benjamín Carrión—; cuando con los mejores ecuatorianos quisimos construir permanentemente a base del Frente Democrático, allí estuvo él, y junto con él compartimos la amargura de ver a la sana razón triturada por un aluvión de palabras huecas como la muerte, y como ella malvadas.

Amor especial entre sus amores fue para Enrique Garcés su tierra chica, su Imbabura blanca y transparente, su Otavalo lleno de actividad y de belleza. Gran parte de su acción se consagró a su tierra chica. Como todo hombre bien nacido comenzaba a amar al Ecuador amando su tierra pequeña y desde ella su inmenso amor se proyectaba sobre la tierra grande con plenitud cabal.

Paulino Garcés Yépez

Profesor. Nació en Otavalo en 1883 y falleció en octubre de 1955. Fueron sus padres: Antonio Garcés y Teresa Yépez. Estudió en la escuela regentada por los Hermanos Cristianos de nacionalidad alemana.

Profesor de las escuelas de Calpaquí, «Diez de Agosto», «Ulpiano Pérez Quiñones». Concejal municipal.

Su labor relevante de profesor aparece manifiesta en la escuela «Diez de Agosto», con sus ininterrumpidos 30 años de fructífera labor en beneficio de las generaciones pasadas, que recuerdan con especial cariño al maestro responsable y exigente, que le gustaba salir al campo y ahí aprovechaba, adelantándose a la pedagogía moderna, para en este entorno maravilloso de Otavalo dictar sus clases. Además,

como complemento de su labor diaria como maestro, mantenía un taller de zapatería, en donde aprendieron el oficio varios jóvenes otavaleños, que luego serían los mejores zapateros del cantón y la provincia.

Ya jubilado, siguió ofreciendo su profesión, dando clases a domicilio, por lo que era muy querido. A pocos días de su fallecimiento, en la revista «Ñuca Huasi» encontramos un homenaje de sus ex alumnos, del cual extractamos lo siguiente:

«Fue un niño convertido en hombre por el esfuerzo de la misión creadora. Atrás, muy atrás... perdido en el tiempo. La voz clara y precisa de la enseñanza de las matemáticas. En el trazo de las líneas. En el recuerdo de la historia. En el paladear de las maravillas de la naturaleza... Ha callado su voz pero responde en el eco de la nuestra, de su muchachada, de ver con el vigor de la reciedumbre de su alma que logró infundir en la de todos».

Gabriel García Moreno

Gabriel García Moreno (1821-1875), político, presidente de la República (1861-1865; 1869-1875), desde 1859 hasta su fallecimiento ejerció el verdadero poder en Ecuador por medio de lo que algunos llegaron a calificar de

dictadura o autoritarismo teocrático, caracterizado por una aplicación inflexible de valores morales y religiosos a las decisiones políticas.

Nació el 24 de diciembre de 1821 en Guayaquil y estudió Derecho en Quito, concretamente en la que en la actualidad es la Universidad Central del Ecuador, de la cual en 1857 llegó a ser rector. Exiliado en 1854, durante el gobierno del militar José María Urbina, completó sus estudios en Francia, ampliando sus conocimientos científicos y geográficos. En 1859 encabezó la rebelión conservadora que derrocó al gobierno del presidente Francisco Robles. García Moreno presidió el triunvirato que, formado asimismo por Patricio Chiriboga y Jerónimo Carrión, rigió el país hasta 1861, año en que fue elegido presidente de la República por el Congreso para un mandato de cuatro años.

Desde entonces y hasta su muerte, García Moreno ostentó el verdadero poder, aunque abandonara la presidencia desde 1865 hasta 1869: Durante su régimen estableció programas de construcción de carreteras y de reforma educativa, y saneó la economía del país, al tiempo que castigó duramente a la oposición liberal, tradicionalmente radicada en su ciudad natal y enfrentada a los conservadores quiteños. Hombre

de profundas convicciones religiosas, quiso convertir Ecuador en un destacado Estado teocrático y de hecho, junto a la supresión de la libertad de prensa y la reforma ultraconservadora del Código Penal, creó una serie de tribunales eclesiásticos. En 1862 firmó un Concordato con los Estados Pontificios, por el cual la Iglesia Católica, que recibió el control sobre la enseñanza pública y sobre la educación y evangelización indígena, gozó de un poder y de unos privilegios jamás alcanzados anteriormente en el territorio ecuatoriano.

Finalizado su primer mandato presidencial en 1865, en 1869 apartó del poder al presidente Javier Espinosa (1867-1869), a quien él había impuesto (al igual que lo hizo con el predecesor de éste, Jerónimo Carrión), y volvió a asumir el cargo de manera oficial. Ese mismo año promulgó una Constitución centralista y conservadora que llegaba a otorgar la nacionalidad ecuatoriana tan sólo a quienes profesaban el catolicismo. Asimismo, en ese año de 1869 hubo de hacer frente a una revuelta liderada por Ignacio de Veintemilla, a quien desterró. Fue asesinado en Quito a manos de un grupo de opositores liberales el 6 de agosto de 1875, al comienzo de su tercer mandato presidencial, poco después de resultar reelegido.

Autor de algunos ensayos que justificaban su ejercicio del poder, póstumamente aparecieron publicadas sus obras *Defensa de los jesuitas* (1884), donde argumentaba su decisión de aceptar la inclusión del regreso de la Compañía de Jesús a Ecuador en el Concordato de 1862, y *Escritos y discursos* (1888). Muchos años después, en 1923, se recopilaron sus *Cartas políticas*.

Luis Garzón Prado

Nació en Otavalo el 15 de diciembre de 1870; sus padres fueron don José Garzón y doña Alegría Prado. Sus primeros estudios los realizó en su ciudad natal, bajo la guía de los maestros: Fernando Burbano, Antonio León, José Cevallos y Manuel Álvarez.

Cuando su familia tuvo que trasladarse a Quito, puesto que su padre iba a dirigir el taller de mecánica de El Protectorado (actual colegio Central Técnico), regentado entonces por los padres salesianos, el joven Luis Garzón tuvo la oportunidad de conocer y luego trabajar con el gran pintor Rafael Salas. Sobre esta época de formación de Luis Garzón Prado dice Víctor Alejandro Jaramillo: «Allí, con el maestro Salas, debió haberse adiestrado en el manejo del lápiz y del pincel, hasta eliminar la

vacilación y el titubeo del principiante, para luego tomar vuelo y muy alto, a merced del impulso de su genio estético. Como no tuviera don Luis Garzón Prado otra escuela artística, a más del maestro Salas, se colige que la enseñanza en aquel obrador quiteño fue muy buena y el aprovechamiento del discípulo, algo bien logrado». Luego pasó a trabajar con Alejandro Salas, hermano de Rafael y también excelente pintor.

Después de diez años de permanencia en Quito, la familia Garzón Prado retornó a Otavalo, aunque poco tiempo después don José Manuel tuvo que trasladarse, con su esposa, al Valle de los Chillos, a trabajar en una fábrica textil. Luis Garzón Prado se quedó en Otavalo, pues el párroco de San Luis le había encomendado que pintara un cuadro conocido como *El Ángel del Dolor* y un telón que cubría el antiguo altar del Señor de las Angustias, este último desapareció hace muchos años.

De ahí en adelante, se dedica a la pintura, siendo sus obras más conocidas las siguientes: Virgen del Carmen, que se encuentra en la iglesia de San Luis; Virgen del Carmen, de propiedad de la familia De la Torre Garcés; Virgen de la Merced y retrato de don Virgilio Arregui, de propiedad de la familia Egas Arregui; Divina

Pastora, obra que estuvo por muchos años en la iglesia de San Francisco y desapareció; retratos de Juan Montalvo y Modesto Jaramillo Egas que se encuentran en el salón máximo del Municipio de Otavalo; retrato de don Segundo Miguel Pinto, de propiedad de la familia Pinto Dávila; La Porciúncula, en el convento de El Jordán.

Son conocidos sus dibujos y pinturas que aparecen en *Atlas Arqueológico*, como complemento de la obra *Historia General de la República del Ecuador* de Federico González Suárez.

En 1902 trabajó como Director de Obras Públicas del Municipio de Otavalo y en varios períodos como Procurador Síndico Municipal. Sus obras principales son la interpretación de los planos de la casa municipal, del arquitecto Luis Aulestia y la construcción de la piscina Neptuno. En palabras del mismo autor de la piscina, fue el ingeniero Pedro Pinto Guzmán uno de los pocos que aceptó el proyecto presentado y así pudo ofrecerse a Otavalo esa magnífica obra.

El 13 de abril de 1944 el Concejo Municipal de Otavalo, con ocasión del centenario del nacimiento del historiador Federico González Suárez, declaró a don Luis Garzón Prado «**Otavaleño distinguido**»; con esa

oportunidad el escritor Isaac J. Barrera dirigió una carta en la cual dice. «...usted ha mantenido la tradición del arte en una población como la nuestra que estaba obligada a mostrar tales manifestaciones de la cultura para merecer el crédito de inteligencia que tiene. Ud. ha hecho uso de su arte no solamente para pintar, sino para convertirse en el constructor excelente que fueron todos los artistas. Ha sido Ud. un ciudadano útil bajo muchos puntos de vista. No quiero que pase la oportunidad para unir mi aplauso al (homenaje) que públicamente se le ha rendido con toda justicia».

Fue casado con Mercedes Ubidia Barahona y padre del gran pintor y compositor musical Guillermo y de Enrique, también pintor. Falleció en Otavalo el 30 de julio de 1956.

Guillermo Garzón Ubidia

Nació en Otavalo en 1902. Sus padres: don Luis Garzón Prado y doña Mercedes Ubidia. Sus estudios primarios los realizó en la escuela «Diez de Agosto». Estudió dibujo y pintura, fue notable pintor de la escuela de don Rafael Salas. Profesor de dibujo en la escuela «Diez de Agosto» de Otavalo; profesor de dibujo y pintura en el Colegio Militar «Eloy Alfaro», de los Normales «Juan Montalvo» y «Manuela Cañizares», de

Quito; periodista del diario «El Día»; cronista del periódico «Avance» de la capital.

Se dedicó a la actividad cultural con afanes literarios, dramáticos y científicos. Perteneció a la Liga de Cultura «José Vasconcelos» y ayudó al Grupo Juvenil «Primavera».

Su afición por la música se demuestra en su primera composición, el sanjuanito «Pobre corazón». Con apenas 15 años compuso hermosas canciones, que le dieron mucha fama. Sus mejores pasillos: «Honda pena», «Amor perdido», «María Luisa», «Resignación», «En la ventana del olvido», «Ojos maternales» y numerosas piezas musicales que sobrepasan las 300.

Sus últimos años los vivió en Bogotá, llevado por el dramaturgo Osorio, como Director Artístico de la Compañía Bogotana de Comedias. En esa ciudad desempeñó el cargo de profesor en la Universidad de las Américas.

Después de 18 años regresa a su tierra presintiendo que llegaba el final de su vida. Murió en 1975.

Mons. Vicente Gavilanes Andrade

Nació en Cotacachi el 20 de julio de 1931. Sus estudios primarios los realizó en su ciudad natal, los secundarios en el Seminario San Diego, en Ibarra, y los superiores en el Seminario Mayor San José, en Quito. Recibió la orden sacerdotal el 25 de julio de 1955.

Estudios fuera del país: Instituto Catequístico Latinoamericano, Universidad Católica de Chile (1 año), título obtenido: Experto y Dirigente de Catequesis (año 1963). Realizó un curso de tres meses sobre «Aplicación del Concilio en Latinoamérica» en la Universidad Católica de Santiago de Chile (1970). Estudios de Educación Rural en México y Bogotá (1960 y 1965).

Cargos desempeñados: Director de la escuela católica «Ulpiano Pérez Quiñones», Otavalo, 4 años; Secretario de la Curia de Ibarra, 17 años; Director Diocesano de Cáritas, 17 años; Director Diocesano de Catequesis, 12 años; Profesor del colegio San Diego, 17 años; Profesor de Religión del colegio «Sagrado Corazón de Jesús» (Betlemitas) de Ibarra, 11 años; Párroco de San Luis y Vicario de Otavalo, 20 años; Fundador y Vicerrector del colegio

«San Luis» de Otavalo, 15 años; Profesor de Religión de la Universidad Católica, Instituto de Lingüística, sede Otavalo, 4 años; Miembro el Colegio de Consultores y Examinador Sinodal, 8 años.

El Obispo de la Diócesis de Ibarra, el 1º de enero de 1996 otorgó el nombramiento de Vicario General de la Diócesis, según decreto oficial num. Prot. 1002/96 a Mons. Vicente Gavilanes Andrade y, según decreto Prot. 1003/96, Vicario Episcopal para Liturgia, Evangelización y Catequesis.

Falleció en Ibarra el 28 de julio de 1996.

General Miguel de Gijón y León (1744 – 1747)

Este ilustre personaje se incorpora al servicio de Otavalo desde la más alta función administrativa, conferida por el Virrey Eslava y protocolizada en el Cabildo de Quito, el 14 de diciembre de 1744. La fianza de residencia le dieron D. Ramón Xaramillo y D. Bernardino Aro, vecinos connotados de Otavalo.

Prestó servicios relevantes al Corregimiento, especialmente protegiendo a los indios y defendiéndoles en sus mismas

propiedades y en las ajenas «contra los excesos que solían ser víctimas», según él mismo lo declara.

Por sus gestiones en España, informaba en una carta al cabildo de Quito, de enero de 1755, había entrado en trámite la solicitud al Real Consejo de Indias para la rebaja de los censos en toda la provincia, del 5% al 3%, habiéndose conseguido su aprobación nada menos que a los 32 años de haber sido presentada.

Múltiples fueron sus actividades en la Metrópoli y tan lúcidamente llevadas a efecto, que el Rey le premió confiriéndole el título de Caballero en la Orden de Santiago.

Cerca de la Corte desempeñó las funciones de Liquidador de Temporalidades del Colegio Imperial de Jesuitas expulsados, en Madrid, en 1767; Superintendente de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Subdelegado General de las Colonias. En Madrid fue admitido como miembro de la Sociedad de Amigos del País en la «clase de industria».

Por las relaciones que llegó a tener en París con los enciclopedistas, a quienes leía, fue seriamente mortificado por la Inquisición, mas él supo defenderse

gracias a que jamás vacilaron sus convicciones religiosas.

La sociedad quiteña a la que pertenecía D. Miguel de Gijón y León conformaba una familia cristiana, desde los orígenes del período colonial. Lo mismo podemos decir de la otavaleña. Apodícticamente desde entonces el valor espiritual más alto de esta tierra imbabureña ha sido, es y será el religioso. Dios ha bendecido este precioso solar trayéndonos a cuantos en él hemos habitado el mensaje de su evangelio de paz y amor, de redención y esperanzas infinitas.

Cuando se aparta la mente de la contemplación de las cosas materiales para levantarle al plano en que la razón intuye y el alma se anega en la fuente purísima de donde viene toda verdad y todo conocimiento, se ve la obra de Dios en bien de este pueblo, al haberlo llamado, después de muchos siglos de paganismo e idolatría, cuyo origen no se acierta aún a descubrir, el camino de la luz indeficiente, bajo la videncia e inspiración de la Reina Isabel la Católica, prez de su nación, orgullo de nuestra estirpe.

Los laureles de España, mil veces gloriosos, lo son especialmente por haber triunfado sobre la gentilidad en

América y sobre la herejía en la propia Península y en el Mare Nostrum.

El Concilio de Trento es triunfo español de los más señalados, sobre los desvíos de la fe en Europa, pero la creación de nacionalidades cristianas en América constituye la obra más grande, el primer título, sin duda alguna, de la vocación civilizadora del pueblo español.

Don Miguel de Gijón y León demostró en Quito y Lima que era creyente católico. Y cuando iba a España, con el mismo objeto, falleció antes de haber llegado a la Península.

De sus hermanos, D. Manuel fue Corregidor de Ibarra, en 1747, y el más grande propietario de tierras en Otavalo; el Dr. Tomás, Prebendado de la Iglesia catedral de Quito, autor de «Compendio histórico de la prodigiosa vida, virtudes y milagros de la Venerable sierva de Dios Mariana de Jesús Paredes y Flores, conocida por... La Azucena de Quito...»; Fray Fernando, Padre Maestro de la Orden de San Agustín; D. José, Teniente de Corregidor de Otavalo, entre 1767 y 1768.

Federico González Suárez

Nació en Quito el 12 de abril de 1844. Sus padres fueron don Manuel María González, colombiano, y doña María Mercedes Suárez, ecuatoriana, una mujer de grandes virtudes morales. Fue bautizado en El Sagrario como Manuel María Federico del Santísimo Sacramento; su padre partió a Colombia, antes de que naciera Federico, allí murió a causa del mal llamado elefancia. Por tanto ni lo conoció. Su madre, doña María Mercedes, soportó duras pruebas: enferma, pobre, pero fuerte, tenía que afrontar el sostenimiento de su hijo. Ingresó a la escuela de San Francisco a los cinco años, luego pasó a la de Santo Domingo. Los estudios secundarios los realizó en el colegio San Fernando. Es digno de imitarse su caso ya que ni la pobreza, incomodidades y enfermedades fueron motivo para abandonar sus estudios; estudiaba en el zaguán de una casa vecina bajo una luz mortecina o con una vela de sebo. En el Seminario de San Luis cursa Teología y Derecho Canónico; pasa al convento de los padres Jesuitas, separándose dos años para trabajar y sostener a su madre; el obispo de Cuenca lo lleva a su lado, donde terminó su carrera sacerdotal; viene a Quito a encontrar a su madre agonizante, víctima de pulmonía; se estableció definitivamente en Quito aceptando un cargo en la Iglesia

Metropolitana; se dedicó al estudio e investigación de los hechos históricos de nuestra Patria, que le sirvieron para escribir su famosa obra «Historia General de la República del Ecuador», a pesar de muchas intrigas; fue designado el 14 de diciembre de 1893 Obispo de Ibarra; en 1894 asistió al Congreso de la República como Senador; el 2 de julio de 1906 tomó posesión del Arzobispado de Quito.

González Suárez viajó a Europa, pasando por Panamá y las Antillas Francesas; visitó Francia, conociendo muy despacio París; se detuvo en Milán y pasó a Roma, de allí se trasladó a España para estudiar muchos e importantes documentos que le servirían para su obra; consulta los archivos de Sevilla, Madrid, Alcalá de Henares y otras ciudades más. Regresa a la América; llega a Río de Janeiro y otros lugares del Brasil. Recorre Montevideo y Buenos Aires; llega a Chile y Perú, regresando luego a su patria.

González Suárez siempre fue un hombre íntegro como religioso, ciudadano y patriota. Demuestra estos sentimientos cuando reprimía enérgicamente ciertos abusos de su clero, dando ejemplo en el cumplimiento del deber y el sacrificio religioso, y no amparándose en una sotana para cometer una serie de abusos. Como Senador de la República en el año

de 1894, hizo sentir su voz dando ánimo a sus compatriotas que acudían con Alfaro a la cabeza a defender los linderos patrios, cuando el Perú se obstinaba en arrebatar nuestro territorio; González Suárez pronunció en aquella ocasión esta frase que ha recogido la Historia: «Si ha llegado la hora de que el Ecuador desaparezca, que desaparezca; pero no enredado en los hilos de la diplomacia, sino en los campos del honor, al aire libre, con el arma al brazo: no nos arrastrará a la guerra la codicia, sino el honor».

Murió en Quito el 1° de diciembre de 1917; sus restos reposan en la Catedral Metropolitana.

Gualambari (Arco Iris)

Transcribimos la leyenda recopilada por el antropólogo Aníbal Buitrón, titulada **El Cuichi**:

«En las afueras de Otavalo, junto al río Jatunyacu, se pueden ver hasta ahora las ruinas de un viejo molino. Fue éste el único edificio que no se vino al suelo en el horrendo terremoto de Imbabura acaecido en 1868.

Cerca de ese viejo molino, a orillas del río, existe una vertiente de agua. Más arriba el río da un salto conocido con el nombre de Cascada de Peguche.

Los indios dicen que el **cuichi** o **arco iris** se aparece en los **pogyos** (vertientes) y en las **pacchas** (cascadas). El cuichi persigue a quienquiera que lleve poncho rojo con franjas verdes y también a las mujeres embarazadas. El cuichi puede presentarse bajo diferentes formas.

Un indio de Peguche cuenta que al pasar por las vertientes de agua, junto al viejo molino, vio que el cuichi se transformaba en una recua de burros que empezaron a seguirle resoplando y rebuznando ruidosamente.

Otro indio dice que al pasar un día por el mismo pogyo vio que el cuichi tomaba la forma de una piara de pequeños cerdos que le seguían obstinadamente olfateándole y gruñendo.

Cuando el cuichi agarra a una persona, ésta se enferma con granos y sarnas por todo el cuerpo que ni los médicos pueden curar. En estos casos los curanderos indígenas han tenido éxito bañando a los pacientes con orina. Cuando el cuichi se apodera de una mujer embarazada, ésta se enferma al cabo de un mes y da a luz únicamente renacuajos, sapos y lagartijas.

Los indios dicen que hay dos clases de cuichis: uno, el de colores que todos hemos visto alguna vez, y otro, que es

blanco entero, que en vez de presentarse en forma de un arco se tiende en el suelo semejando una pieza de lienzo puesta a secar. Este cuichi blanco es conocido con el nombre de **Gualambari**. Dicen que los brujos están compactados con el Gualambari.

Rosa Lema cuenta que un día que estuvo lavando ropa en una acequia de Peguche, en un momento desapareció la ropa como por encanto. Buscándola fue a encontrarla al pie de una pequeña paccha que forma la acequia poco más abajo. La ropa estaba dando la vuelta vertiginosamente como si fuera una rueda, produciendo un ruido aterrador. Quiso coger la ropa, pero el agua le azotaba y empujaba como si fuera un látigo. Sintió miedo y empezó a gritar pidiendo auxilio. Llegaron algunos indios en su ayuda y hasta ellos, a pesar de que eran hombres fuertes y valientes, tuvieron dificultad de recuperar la ropa de que se había apoderado el cuichi.

Guayaquil

Guayaquil (nombre del jefe indígena *Guaya* y su esposa, *Quila*)), ciudad costera situada al oeste del Ecuador, capital de la provincia del Guayas. Está ubicada en la desembocadura del río Guayas, cuyo estuario se confunde con el golfo de Guayaquil. Es el principal puerto ecuatoriano y la ciudad más

grande del país, con gran movimiento económico, pues concentra las más importantes industrias, como refinerías de petróleo, industrias conserveras y diversas manufacturas de bienes de consumo. Casi todo el comercio de exportación (principalmente bananas) e importaciones del país pasa por su puerto marítimo, que en 1962 fue terminado.

En la ciudad tiene su sede la Universidad de Guayaquil (fundada en 1867), la Universidad Católica Santiago de Guayaquil (1962), la Universidad Laica Vicente Rocafuerte (1847) y la Escuela Superior Politécnica del Litoral, fundada en 1958. Entre los puntos de interés de la localidad se encuentran la iglesia de Santo Domingo, del siglo XVI, en el antiguo barrio de Las Peñas, y un monumento que conmemora uno de los acontecimientos más importantes que han tenido lugar en la ciudad: la Conferencia de Guayaquil, celebrada en 1822 y a la que asistieron los libertadores José de San Martín y Simón Bolívar.

Guayaquil fue fundada en 1535, con el nombre de Santiago de Guayaquil, por Sebastián de Benalcázar, si bien resultó destruida poco después por los dos ataques consecutivos realizados por grupos indígenas. En 1538 el conquistador español Francisco de

Orellana la refundó, por orden de Francisco Pizarro, en su actual emplazamiento.

Población (2001), 1.952.029 habitantes.

Oswaldo Guayasamín

Pintor, dibujante, muralista, escultor. Nació en Quito el 6 de julio de 1919, murió en Baltimore (Estados Unidos) el 10 de marzo de 1999. Hijo de José Miguel Guayasamín Corredores y María Dolores Calero. Estudió en le Escuela de Bellas Artes de Quito. En 1942 viajó a Estados Unidos y México. En 1971 Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. En 1986 Doctor Honoris Causa por la Universidad Central. En 1996 impulsó la construcción de la «Capilla del Hombre». Su serie «La Edad de la Ira» de 250 óleos ha sido exhibida en varios museos del mundo. Ganó el primer premio Salón «Mariano Aguilera» (1942), Gran Premio de Pintura III Bial Hispanoamericana de Arte, Barcelona (1956); Premio Mejor Pintor de Sudamérica en la Bial de São Paulo (1957), Gran Premio Salón de Honor II Bial de Pintura, Escultura y Grabado de México (1960). Desde 1941 realizó numerosas exposiciones en países de América, Europa y Asia. Sus cenizas fueron enterradas dentro de una vasija de barro en la Fundación Guayasamín, Capilla del Hombre

(Quito). Entre sus murales figuran: «La conquista española», Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito (1948); «Homenaje al Hombre Americano», Centro Bolívar de Caracas; «Descubrimiento del río Amazonas», Palacio de Gobierno, Quito (1958); «Historia del hombre y la cultura», Facultad de Jurisprudencia, Quito (1958); «Ecuador», Consejo Provincial de Pichincha, Quito (1980); «España-Hispanoamérica», Aeropuerto Barajas, Madrid (1982); «Historia de la Constitución del Ecuador», Palacio Legislativo, Quito (1988). Entre sus esculturas: «La Patria joven», Centro Cívico, Guayaquil; «Rumiñahui», Sangolquí.

César Guerra Dávila

Nació en Otavalo el 26 de septiembre de 1908 en el hogar de Leonardo Guerra Coello y Rosa María Dávila Echeverría. Ingresó a la escuela «Diez de Agosto» distinguiéndose por su vivaz inteligencia y una innata habilidad por el dibujo, recibiendo clases especiales del profesor Luis Garzón Prado. En un concurso escolar realizado el 24 de mayo de 1922 es merecedor del premio «Lira de oro» otorgado por el Municipio, por un retrato a colores del Libertador Simón Bolívar.

En 1923 termina su vida escolar y tiene que decidirse por seguir la fuerza de su impulso por el dibujo o elegir una profesión segura para la vida. Elige su ingreso al Normal «Juan Montalvo», previa su aprobación en su examen, que lo hizo sin ninguna dificultad, como ex-alumno de la escuela «Diez de Agosto» que gozaba del mejor de los prestigios. Se hizo merecedor de una beca de estudios de la Municipalidad de Otavalo, consistente en \$ 30,00 mensuales. Iba y venía a su Normal, por los caminos de Mojanda Arriba. Cuando cursaba el quinto curso, en 1928, participó en una exposición con 67 caricaturas, recibiendo muchos elogios y admiración por su habilidad artística. En el sexto curso tenía que realizar sus prácticas docentes en la escuela «Vicente Rocafuerte» de Quito, en reemplazo del profesor titular, y lo hace tan bien y con tal responsabilidad, que el Director Provincial de Educación de Pichincha le honra con el primer nombramiento a sueldo. Era el 15 de abril de 1929.

Con su flamante título regresa a ponerse a disposición de la I. Municipalidad de Otavalo. Pero queda la libertad para que el Director Provincial de Educación de Imbabura le nombre profesor de su escuela querida, la «Diez de Agosto». A los pocos días de llegado hace una demostración de su carácter y disciplina,

organizando una revista de gimnasia con más de mil alumnos. Asiste a un curso de declamación en el Normal «Juan Montalvo» bajo la dirección del Prof. Alfredo León, que le servirá para dirigir las veladas literarias, como era la tradición de la época.

En 1965 es nombrado Director Provincial de Educación de Imbabura. En 1975 recibe la medalla «Al Mérito Educativo» por parte del Colegio «República del Ecuador». Falleció el 31 de julio de 1981, luego de una penosa enfermedad.

Funciones desempeñadas: profesor de la escuela «Diez de Agosto», 1929; profesor de la escuela «José Martí», 1934; director de la escuela «Diez de Agosto», 1935; Visitador Escolar de Chimborazo, 1938; profesor del Normal Rural «Carchi» de San Gabriel, 1939; Inspector Escolar de Imbabura, 1941; Inspector Escolar del Carchi, 1943; profesor del Colegio Nacional «Otavalo», 1943; profesor del Colegio «Ibarra», 1953; profesor del Colegio «República del Ecuador», 1953; rector del Colegio «Otavalo», 1960; Director Provincial de Educación de Imbabura, 1965; rector del Colegio «Jacinto Collahuazo», 1975.

Dr. Heras

Nativo de Otavalo. Con respecto a este varón ilustre, he aquí lo que refiere una Relación y Descripción de los pueblos del partido de Otavalo en 1582. «Y quien daría noticias de todas (las yerbas medicinales) que las va escribiendo y tiene las más dellas escritas, es el Dr. Heras, que es un médico gran herbolario; y yo vi dos volúmenes suyos que me enseñó de solas yerbas y animales y diferencias de piedras y aguas medicinales y las virtudes de todas en general puestas por su orden; y porque los vi y leí parte dellos, doy avisos desto».

Amable Agustín Herrera

Amable Agustín Herrera Bolaños nació en San Pablo del Lago el año 1867.

Fueron sus padres Antonio y Francisca y él uno de los cinco hijos del matrimonio.

Estudió en San Agustín, en Quito. Monseñor Federico González Suárez le ordenó de sacerdote y le trajo a que ejerciera su misión religiosa en la Diócesis de Ibarra de la que era su Obispo. Fue párroco en Tulcán, Cotacachi, en la parroquia de San Francisco, en Otavalo y en San Rafael

del mismo cantón. De su bibliografía se conocen, el drama «Atahualpa», «Recuerdo del tercer centenario de la fundación de Ibarra», además de la «Monografía del cantón de Otavalo».

Originales de un breve ensayo sobre «La mujer ecuatoriana y el Catolicismo» guardan sus familiares, quienes han proporcionado una copia al IOA.

Los datos que se recogen documentalmente son escasos. Pero todos coinciden en señalarlo como un hombre interesado en la investigación histórica, serio, profundamente religioso y practicante de la humildad a tal punto que nunca aceptó dignidades eclesiásticas que en reciprocidad a sus méritos le fueron otorgadas.

El Concejo Municipal de Otavalo le condecoró en 1929 en reconocimiento a su enorme contribución y servicios prestados a la comunidad.

Falleció en Ibarra el 5 de febrero de 1942.

Sobre este personaje José María Chaves Pareja, dice:

Oriundo del poético pueblo de San Pablo, tan humilde como talentoso, y célebre ya como literato de buena cepa; autor de una ilustrada Monografía de

Otavalo y de innumerables artículos y discursos literarios, que han merecido el aplauso de los entendidos». En la velada Literario-Musical con que se celebró el *Tercer Centenario* de la Fundación de Ibarra, recibió el señor Herrera una medalla de oro, con la cual había resuelto el I. Concejo premiar el folleto titulado «*Recuerdo del Tercer Centenario de la fundación de Ibarra*», escrito a última hora, por el expresado presbítero.

El Sr. Herrera estudió en San Agustín de Quito, y cuando los agustinos tenían a su cargo el Colegio Nacional de ~~Latacunga~~, fue el señor Herrera profesor de Literatura, en unión de otros personajes como el doctor Juan Abel Echeverría. Compuso un drama titulado «*Atahualpa*», que lo presentó en dicho Colegio, por lo que fue muy felicitado por el éxito obtenido.

El Sr. Dr. D. Federico González Suárez, que conoció al Dr. Herrera en el convento de agustinos de Quito, fue quien trajo al Sr. Herrera a la Diócesis de Ibarra, y le ordenó de sacerdote. Fue cura en San Francisco de Cotacachi, en El Jordán de Otavalo, en 1909, y en ese año publicó la magnífica obra «*Monografía del cantón de Otavalo*», en la casa del señor José María Chaves G., quien le proporcionó importantes datos de Otavalo, de antes de 1868. El

Municipio, aunque tarde, justipreció los méritos de la obra y así en 1929 premió al Dr. Herrera con una mención áurea. En ese mismo año pronunció el Dr. Herrera, en la iglesia matriz de San Luis, un magistral discurso sobre Bolívar y el *Primer Centenario de la Ciudadanía de Otavalo*.

Fue cura en Tulcán, en San Pablo, en San Francisco de Otavalo y en San Rafael. El Cabildo diocesano le otorgó la muceta canonical, mas el Dr. Herrera, por su desmedida humildad, renunció a la silla catedralicia.

También se distinguió como poeta, algunas publicaciones suyas se han publicado en «El Comercio» de Quito, y en la «Revista Municipal» de Otavalo.

Falleció en Ibarra, el 5 de febrero de 1942. En el mismo año la «Sociedad Artística» solicitó al I. Cabildo Municipal que la actual carrera Piedrahita se le cambie con el nombre del *Señor Doctor Don Amable Agustín Herrera*, que bien lo merece.

Jorge Icaza Coronel

Escritor. Nació en Quito el 10 de julio de 1906, falleció en la misma ciudad el 26 de mayo de 1978. Hijo de José Antonio Icaza Manzo y Amelia Coronel Pareja. Estuvo casado con la actriz

Marina Moncayo, con quien trabajó intensamente como actor durante largas temporadas artísticas. Estudió declamación en el Conservatorio Nacional de Música de Quito. Fue uno de los más destacados escritores del Ecuador. Cultivó el género de la novela y el teatro. En 1936 participó en la fundación del Sindicato de Escritores y Artistas (SEA). En 1944 estuvo entre los fundadores de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y ejerció su Vicepresidencia en el año 1948. En el ámbito diplomático fue Embajador ante el gobierno de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) y Adjunto Cultural en Buenos Aires. Autor de: *El intruso* (1928); *La comedia sin nombre* (1929); *¿Cuál es?* (1931); *Sin sentido* (1932); *En la sierra* (1933); *En las calles* (1936); *Cholos* (1938); *Media vida deslumbrados* (1942); *Huayrapamushcas* (Hijos del viento, 1948); *Seis relatos* (1950); *El chulla Romero y Flores* (1958); *Atrapados* (1973); y, su más famosa novela *Huasipungo* (1934), traducida a más de cuarenta idiomas, en la que denuncia la miseria y explotación del indígena de la serranía, sometido al régimen precario conocido con el nombre de «huasipungo».

María Angélica Idrobo

Nació en San Pablo del Lago el 29 de julio de 1890.

Maestra de vocación excepcional, desde la edad de 14 años dedicó toda su vida a la educación de la niñez y de la juventud femenina. Desde la más humilde escuela rural de Imbabura hasta el Rectorado del Colegio Normal «Manuela Cañizares» de Quito.

Inició su docencia como profesora del caserío cercano a San Pablo, actualmente parroquia González Suárez. Luego fue Directora de la escuela «Policarpa Salavarrieta» de Atuntaqui, mientras su padre, don Juan Modesto Idrobo, era también Director de la escuela de niños de la misma parroquia.

Con el afán de perfeccionarse se trasladó a Quito y a los 18 años de edad ingresa a la Escuela Normal «Manuela Cañizares». A los 22 años termina su carrera estudiantil habiendo obtenido el título de Profesora Normalista. Comienza entonces a trabajar con todo fervor en Pichincha.

De iniciativas creadoras, fundó en Quito una escuela primaria nocturna en beneficio del niño pobre y un colegio profesional nocturno dedicado a la

mujer obrera. Creó también los colegios «Ariel» en Guayaquil y el «Fernández Madrid» y «Bolívar» en Quito.

Alto valor de la especie humana, según el epíteto de José Ingenieros, formó a millares de mujeres con el sentido de dignidad y honor. Eximia educadora y pedagoga esclarecida, desempeñó el cargo de Rectora del Colegio «Manuela Cañizares» de Quito durante 14 años. A poco le sorprendió la muerte.

Honró a varias instituciones culturales y a las Letras ecuatorianas. Su obra «Ensayando el vuelo» y muchos artículos de revista comprueban esa aseveración. Fue fundadora, juntamente con las escritoras Zoila Ugarte de Landívar, Victoria Vásconez Cuví y Rosaura Emelia Galarza del grupo literario «Alas». En 1937 publicó el volumen «Homenaje a las madres».

El Gobierno, en 1948, entregó a esta insigne educadora la condecoración «República del Ecuador», testimonio de reconocimiento a su función de maestra. Y a los cuatro años de su muerte, en 1960, quedó inmortalizada en el monumento que se levanta en el parque «24 de Mayo» de Quito, junto a la avenida Patria.

María Angélica Idrobo es admirable símbolo de la mujer ecuatoriana: es la

Gabriela Mistral del Ecuador. Verdadera gloria nacional, ha sido perennizada en el monumento y en muchos planteles del país que llevan su nombre.

Imbabura

Al norte del cerro Cusín, sobre una grieta tectónica paralela a la cordillera de Angochagua, se ha edificado el gran volcán Imbabura (4.630 m). Su cono empinado, que en su cima contiene un cráter abierto hacia el Este, domina por su posición céntrica la Hoya de Ibarra. Interés especial atraen los volcanes parásitos agrupados en semicírculo como prolongación del declive oriental, siendo los principales, el Huarmi-Imbabura (Asaya), Cubilche y Cunru. Se componen, como el cono principal, de andesitas pyroxénicas localmente en transición a andesitas anfibólicas.

Isaac J. Barrera dice lo siguiente sobre el monte Imbabura:

También el monte Imbabura era una divinidad cuando el verano se prolonga resecaando por demás los campos y matando las semillas, o cuando el invierno crudo hacía imposible las siembras, largas hileras de indios iban en peregrinación a los primeros contrafuertes del monte, y allí, en rito sagrado, en rito transmitido desde la más remota tradición, abrían un surco

y depositaban en ofrenda frutos y exvotos, y se alejaban salmodiando una plegaria en la lengua autóctona. Siempre el monte hizo el milagro que se le pidió.

Allí estaba lleno de negrura y altivez, mostrando en los surcos de lava que le atravesaban formando una V gigantesca que en un tiempo ardió en un fuego destructor. Acaso entonces, en un tremendopatalear de cíclope abrió a sus pies la laguna que hoy rizaba sus aguas blandamente; acaso entonces cubrió de desolación los campos que hoy verdegueaban sonreídos. Los montes no sólo en la imaginación popular ejercen tan poderoso influjo: todo hombre los mira como algo enaltecido y los recuerdos en la ausencia son añoranza.

Gustavo Alfredo Jácome, en lenguaje poético, agrega en su viñeta en homenaje al **Taita Imbabura**:

Misántropo, señero, poeta de la soledad y el silencio, el Imbabura sueña, filosofa, medita. Es su propio sarcófago: robó al cielo —cual otro Prometeo—, el fuego sagrado para la hoguera del rito primitivo, y Júpiter lo fulminó desde la altura. Y yace allí, destrozado, denegrado, sublime escombros de su olímpico atrevimiento.

A través de los tiempos, el monte ha sido objeto de cariñosa admiración. Los

aborígenes lo hicieron el centro de su ingenua mitología, y hasta ahora para el indio es «Taita Imbabura» el árbitro sideral de la lluvia bienhechora. Hoy, la heráldica lo ha convertido en el símbolo para el escudo del abolenango otavaleño.

La fantasía indígena, que espiritualiza los cerros y los árboles, los lagos y los ríos, y que del relámpago hace un beso de amor entre los montes, ha puesto en la cima del Imbabura un palacio de oro, tras el ventanal abierto en el granito.

En el paisaje natal, no puede faltar la silueta familiar del Imbabura, que rompe sus entrañas para ofrendar a Otavalo su corazón de roca enternecida.

En la ausencia del solar nativo, la montaña se vuelve saudade. Entonces su evocación se hace flor de nostalgia en la tonada lugareña:

*«Imbabura de mi vida,
Tierra donde yo nací...»*

Imbaquí

Antiguo nombre del pueblo llamado después San Juan de Imbaquí, el cual estuvo situado en las faldas del Imbabura, hacia el sur de Agato y llegó a desaparecer por orden del licenciado Don Diego de Ortégón aproximadamente en el año de 1578, a

fin de que sus habitantes se redujesen al pueblo de Otavalo. Este pueblo estuvo a cargo de los caciques Juan y Felipe Puento hasta el 18 de marzo de 1571, fecha en que hizo su testamento el segundo de los indicados, que fue hijo de Juan Puento y de doña Catalina Paringuango. A don Felipe le sucedió su hijo Alonso Anra-fernango-puento y a este don Alonso, hermano de don Felipe. Es de notar que estos últimos apellidos, indicados así en el testamento de don Felipe, se mencionan simplemente *Puento* en las diligencias judiciales posteriores que se han tramitado para la obtención del mismo cacicazgo, en mayo de 1584, las que se tramitaron ante el corregidor de Otavalo, Cap. Don Luis de Chaves Guerrero.

Manuel María Jaramillo Arteaga

Nació en Otavalo el 1° de mayo de 1892. Niño aún se radicó en Quito. Las privaciones de la infancia templaron su carácter, predisponiéndole a la lucha por la vida.

Ubicado en la actividad comercial actuó con dinamismo y honradez en la oficina del caballero colombiano don Luciano Cadavid. Luego se asoció con don Alejandro Albuja, hombre de negocios dedicado a la compra-venta de papeles

fiduciarios y préstamos. Posteriormente se separó y por su iniciativa fundó la *Oficina Comercial «M. M. Jaramillo Arteaga»*, en 1910, dedicándose en los primeros años a inversiones y colocación de capitales. Más tarde ampliaría los servicios a la compra-venta de acciones bancarias y cédulas, compra de monedas, colocación de capitales y préstamos con firmas e hipotecas. Posteriormente se dedicó a nuevas actividades: compra-venta de terrenos y propiedades, sistemas de lotización de terrenos y urbanizaciones (La Floresta, Quito Tennis, M. M. Jaramillo Arteaga, Alpahuasi).

Con motivo de los 50 años de actividad eficiente, el Gobierno Nacional le otorgó una Condecoración Al Mérito, el 8 de julio de 1960. De igual manera, el Municipio de Quito le concedió la Medalla de Oro, mediante acuerdo del 13 de julio de 1960.

Los últimos años de su vida se mantuvo en la cumbre de sus actividades comerciales, a pesar de su quebrantada salud, lo que le obligó a realizar viajes al exterior, tanto por descanso cuanto por salud.

Cierto día comunicó, con angustia, que ya no podía leer. Pocos días después la prensa diaria daba noticia del fallecimiento de este hombre creador de

grandes actividades comerciales. Murió el 10 de septiembre de 1970.

Estuvo casado con la señora Dely Poli, una dama natural de Brescia, Italia. Dejó un formidable ejemplo a sus descendientes y la herencia de sus virtudes y cualidades humanas.

Dr. Modesto Jaramillo Egas

Nació en Otavalo el 20 de diciembre de 1820. Fueron sus padres don Manuel Jaramillo y Hernández y la señora Rosa Egas y Paredes.

Estudió las primeras letras en Otavalo, y Filosofía y Medicina en Quito, donde se graduó de Doctor y quedó incorporado en la Facultad de ese nombre, cuando apenas había salido de la menor edad.

Se radicó en Guayaquil, donde se dedicó al ejercicio de su profesión. Repetidas veces fue concejal de la Municipalidad de Guayaquil, y Contralor del Hospital Militar por casi veinte años.

En 1852, por servir al país, aceptó la Secretaría de la Legación del Ecuador ante el Gobierno de Francia, y permaneció después en París, consagrado al perfeccionamiento de sus

estudios de Medicina. Visitó Europa, los Estados Unidos de Norte América y volvió a su país.

La segunda dictadura del General Ignacio de Veintemilla, en 1882, le indignó más que la primera, como todo buen ecuatoriano, y fue el alma de la reacción en Guayaquil, contribuyendo principalmente a la caída del Dictador y a la organización de un nuevo Gobierno.

En el año 1883, perteneció al Concejo Municipal de Guayaquil; fue luego Jefe Político de dicho cantón, Gobernador de la provincia del Guayas, hasta 1888.

Durante su Gobernación, el Dr. Jaramillo Egas, reconstruyó gran parte del edificio fiscal donde había funcionado dicha oficina desde remotos tiempos. Construyó también el Hospital Militar, que domina la ría desde la cúspide del cerro santa Ana, al norte de la población.

El patriotismo y las aptitudes del Dr. Jaramillo Egas, dieron tal influencia política a la Gobernación del Guayas, que le estaban como sometidas virtualmente las de Los Ríos, Manabí y Esmeraldas; y en muchos círculos políticos, en los de Quito, de modo especial, se creyó que el Dr. Jaramillo

Egas subrogaría en la Presidencia de la República al Dr. Plácido Caamaño.

En 1889, no habiendo aceptado los empleos que le ofreciera el Dr. Antonio Flores, Presidente del Estado, fue con su familia hasta el sur de Chile, por salud y para estudiar la industria azucarera. Volvió a Guayaquil y se trasladó en 1890 a Quito, para concurrir al Congreso, en su calidad de Senador electo por la provincia de Imbabura. Durante las sesiones dio nuevas pruebas de su civismo, de sus buenas dotes administrativas, de su claro talento, de sus loables miras patrióticas.

No fue, privadamente, extraño a ninguna obra de utilidad pública, antes ni después de la gran catástrofe de Guayaquil o sea del pavoroso incendio que asoló entonces la mayor y la mejor parte de dicha ciudad. Contribuyó a su reconstrucción, con no despreciables sumas de dinero; y lo mismo hizo respecto de Otavalo, ya remitiendo cosa de dos mil sures para la refacción de una iglesia de esta su ciudad natal, ya legando cosa de diez mil sures, para que se creara aquí, bajo la dirección del Concejo cantonal, una escuela o colegio.

Por atender a su salud, volvió con su familia a Lima, en febrero de 1900; mas, por desgracia, para sus parientes, la

perdió allí, a fines de abril del mismo año.

Dr. Rafael Jaramillo Egas

Nació en Otavalo el 19 de enero de 1816, fueron sus padres don Manuel Jaramillo y Hernández y doña Rosa Egas y Paredes.

Las primeras letras las aprendió con maestros particulares en Otavalo, terminó sus estudios en Quito. Se graduó de Maestro en Filosofía en la Universidad de Quito en 1832. Obtuvo los grados de Bachiller y de Doctor en Jurisprudencia en la misma Universidad; recibió la investidura de Abogado de la Corte Superior de Quito en 1837.

Perteneció a la Sociedad de «El Quiteño Libre».

En Otavalo se dedicó al ejercicio de su profesión; desempeñó los cargos de Alcalde Municipal y Jefe Político en el período de 1845-46.

Siendo Presidente de la República Vicente Ramón Roca, el Dr. Jaramillo Egas fue nombrado Juez Letrado de Imbabura, por la Corte Superior de Justicia de Pichincha. Desempeñó estas funciones con satisfacción general, y las Cortes Superior del Distrito y la

Suprema confirmaron sus fallos, en virtud del acierto de que estaban revestidos.

En noviembre de 1848 se casó, en Otavalo, con Rosario Jaramillo Varea, nacida en Lima, hija de don Miguel Jaramillo y Rivadeneyra, veterano de la independencia de Colombia, Perú y Bolivia, y de doña Fernanda González Carreño, limeña.

En Ibarra se desempeñó como Secretario General del coronel Teodoro Gómez de la Torre, Jefe Civil y Militar de Imbabura, en 1850.

En 1853 fue nombrado Ministro Fiscal de la Corte Superior de Justicia del Guayas, propuesto interna por la Corte Suprema. Se trasladó a Guayaquil, donde su desempeño durante cuatro años fue acertado, por lo que se ganó el aprecio de la sociedad guayaquileña.

Al frente de una sociedad de artesanos editó «El Filántropo», para apoyar al general Robles para Presidente de la República, quien durante su período nombró a Jaramillo Egas como Director de la Casa de Moneda de Quito, cargo que desempeñó honorablemente durante dos años, desde 1856.

En 1859 fue nombrado Auditor de Guerra del Ejército. El general Franco

le designó como agente confidencial ante el general Castilla, para impedir la invasión que preparaba el Perú contra el Ecuador.

Fue académico propietario de la Academia de Abogados de Guayaquil, en 1860. En 1862 el Dr. Vicente Piedrahita, Gobernador del Guayas, le hizo conocer que había sido nombrado por el Vicepresidente de la República como miembro activo de la Academia de Abogados de Guayaquil.

En 1865, el Presidente de la República, Gabriel García Moreno, le nombró como su Secretario Privado. Al año siguiente, la Presidencia de la Junta Provincial de Imbabura le comunicó que había sido elegido Diputado principal para los Congresos de 1867 y 1869. Colaboró eficazmente a la creación de las Juntas Universitarias de Cuenca y Guayaquil, con los doctores Luis Cordero y Joaquín Fernández Córdova.

Cuando en 1869 el doctor Gabriel García Moreno fue proclamado Presidente Interino de la República, el Dr. Rafael Jaramillo Egas fue nuevamente su Secretario Privado; después desempeñó la Secretaría de la Gobernación del Guayas.

Desempeñó algunos cargos públicos en Guayaquil y ejerció la función de

abogado, donde ganó importantes casos. En 1878 se trasladó a Lima en busca de tratamiento adecuado para sus problemas de salud. Falleció en esa ciudad el 13 de septiembre de 1879.

Estuardo Jaramillo Pérez

Nació en Otavalo el 19 de noviembre de 1908; sus padres fueron don Alejandro Jaramillo Torres y doña Virginia Pérez Dávila. Su educación primaria la recibió en la escuela «10 de Agosto» y la secundaria en el Normal «Juan Montalvo»; se graduó de profesor en 1931 bajo la disciplina de la Misión Alemana.

Inicia su función como maestro en la escuela «10 de Agosto», en 1932; ejerce la dirección de la escuela desde 1937 a 1947. Una de sus obras es el local que la escuela ocupa actualmente.

El 10 de noviembre de 1947 se posesiona en el Colegio Nacional «Otavalo» como profesor de Matemáticas. Fue elegido Vicerrector para el período 1963-1965, año en que se jubila.

Funciones desempeñadas:

Profesor del Colegio Particular «Fray Vicente Solano».

Concejal del cantón en 1947.

Presidente del I. Municipio de Otavalo, en cuyo mandato impulsó la construcción del Hospital «San Luis», se creó la parroquia Miguel Egas Cabezas (Peguche), mejoró el servicio de energía eléctrica de la ciudad.

Consejero Provincial y Vicepresidente del Consejo Provincial en dos períodos. Jefe Político del cantón, en dos ocasiones.

Corresponsal del diario «El Comercio» de Quito.

Presidente del Centro Agrícola Cantonal, de la «Sociedad Artística». Miembro de diversas instituciones sociales de la ciudad.

Falleció en Quito el 30 de abril de 1986, sus restos reposan en el cementerio de esta ciudad. El I. Municipio designó con su nombre una de las calles principales de la ciudadela Rumifahui; y la Dirección Provincial de Educación de Imbabura, mediante Acuerdo N° 002-DEI, del 31 de marzo de 1982, otorgó a la escuela de la comunidad de Moraspungo el nombre de Estuardo Jaramillo Pérez.

Víctor Alejandro Jaramillo Pérez

Meritísimo maestro. Alto exponente de la intelectualidad imbabureña. Escritor

fecundo y castizo. Legislador y elocuente orador.

Maestro de vocación, de vida nítida y ejemplar, ejerció su docencia por el lapso de media centuria. Fue profesor de la escuela «10 de Agosto» y luego director del mismo plantel. Dirigió la educación imbabureña en calidad de Director Provincial de Educación. Luego fue Director Provincial de Tungurahua. De regreso a la provincia fue profesor del colegio Teodoro Gómez de la Torre y de seguida fue rector de los colegios «Abelardo Moncayo» de Atuntaqui y «Otavalo» de su ciudad natal. Su última etapa de educador y maestro la pasó siendo rector del colegio «Nuestra Señora de Fátima» de Ibarra y de los colegios «Fray Vicente Solano» y «Mariana de Jesús» de Otavalo, cargos que fueron desempeñados en forma gratuita.

Escribió en castellano pulcro y atildado algunos libros relacionados con prehistoria e historia imbabureñas, tales como **Repertorio Arqueológico Imbaya, Paleolítico y Neolítico de Imbabura, El Hombre de Otavalo y Corregidores de Otavalo**. Y como ensayista, **El Señor de las Angustias e Imbabura agua y paisaje**. Dejó la **Monografía de Otavalo**, obra que permanece todavía inédita.

De oratoria fluida y elocuente, ejerció la presidencia del Concejo Municipal de Otavalo en cuatro períodos y la diputación por Imbabura en dos períodos. Fue también Senador Nacional en dos períodos y Prefecto de Imbabura por el voto popular.

Investigador paciente de la Arqueología imbabureña, dejó un museo compuesto por 3.000 piezas en piedra, hueso y cerámica.

Además, prestó sus servicios importantes en calidad de miembro conspicuo de la Casa de la Cultura de Imbabura y de la Sociedad Bolivariana de Ibarra.

Por su personalidad multifacética obtuvo la estimación y el respeto de la ciudadanía imbabureña, razón por la cual recibió muchas condecoraciones.

Este adalid de la educación nació en Otavalo el 27 de febrero de 1905 y falleció en Quito el 29 de enero de 1984.

Roberto Morales Almeida, en su artículo «**Relieve de un eximio maestro y varón de fe**», exalta a este maestro otavaleño, en los siguientes términos:

Víctor Alejandro Jaramillo Pérez fue un paradigma de hombre de cultura. Nutrido de altos ideales, apasionado de la verdad, que su claro talento y su ideal corazón descubrían, la sostuvo con franqueza y valentía. Cordial y suscitador, comprensivo y orientador, discreto y firme en la amistad, sencillo y bondadoso, desperdiciado de toda vanidad, por su auténtica humana valía logró unánime respeto a su ejemplar reciedumbre espiritual, a sus principios religiosos e ideológicos, a su vasta tarea de docto letrado. Y fue varón de fe vivida en plenitud y concebida como «la realización lejana en el Dios que nos envió y que espera nuestro regreso» al decir del poeta atormentado. Si..., el maestro ha partido... Mas, al iniciar su viaje sin retorno, estamos seguros, que desde el fondo de su ser, con el más entrañable fervor, diría el mensaje de todos los que se alejan de esta tierra de inmarcesible belleza:

«¡Imbabura, Portal del paraíso! - ¡por siempre estaré en ti!»

José Manuel Jijón y Carrión

En 1837 don José Manuel Jijón y Carrión, quien había heredado de su padre, Francisco Jijón y Chiriboga, haciendas y bienes por valor de 64.086

pesos viajó a Europa, permaneciendo fuera del Ecuador por casi tres años.

En el Continente, donde pasó la mayor parte del tiempo, se dedicó a estudiar diversos aspectos de la manufactura textil y de la agricultura. Luego de visitar numerosas fábricas, tanto de textiles como de maquinaria para esta industria y para agricultura, decidió comprar en Francia máquinas para textiles de lana con el propósito «de mejorar los obrajes para salir del abatimiento en que han estado desde que se descubrió el paso por el Cabo de Hornos».

La razón dada por Jijón y Carrión para comprar máquinas de textiles de lana, implica que si los obrajes de haciendas continuaban en crisis, mecanizando la producción se podía captar un sector de la demanda por este tipo de textiles, lo cual justificaba esa inversión. Indudablemente, al hacer esa inversión Jijón y Carrión, sabía que contaría con abundante mano de obra barata y con suficiente materia prima. Industrializando la producción lograría incrementar la productividad de esa mano de obra y hacer un uso más económico y eficiente de la materia prima que el que se lograba con métodos artesanales, todo lo cual contribuiría a reproducir su capital.

Los equipos que Jijón y Carrión compró en Elbeuf, uno de los centros más importantes de manufactura de lana en Francia en el siglo XIX, fueron máquinas para abrir la lana, cardarla e hilarla como también para perchar, tundir, escobillar y aprensar los tejidos que después de estas operaciones tienen el nombre de paños».

Además de esas máquinas, también compró en Europa seis arados de diverso tipo, una rastra, una máquina para limpiar y clasificar granos de acuerdo al peso y una serie de libros sobre técnicas de agricultura, lo cual indica un especial interés en mecanizar parte de la producción de sus haciendas.

A su regreso al Ecuador en 1840 decidió comprar a José Modesto Larrea y Carrión la hacienda de Peguche, que colindaba con las que él había heredado en Otavalo. Al cabo de 18 meses comenzaron a llegar las máquinas a Peguche donde se procedió a instalarlas y comenzó de inmediato la producción de hilado y de telas. La decisión de Jijón y Carrión de integrar en su fábrica procesos mecánicos de cardado, hilatura y terminación con métodos manuales de tejido y teñido, fue una decisión *racional* desde el punto de vista técnico y económico. Ello le permitió producir inicialmente las mismas telas de lana

que se habían producido en los obrajes –bayetas, jergas y paños- pero de mejor calidad de las que se seguían produciendo manualmente en las haciendas y en los talleres artesanales de la Sierra.

En 1851 se trasladaron de Peguche a la hacienda Santa Rosa de Chillos todos los equipos para el proceso de producción de hilado, donde se fue concentrando progresivamente toda la producción de telas, con excepción de una parte de la elaboración de bayetas que continuó en Peguche. La razón para mantener esa producción parcial en Peguche fue la demanda por bayetas en Imbabura y las ventas relativamente altas que comenzaron a hacerse con destino a Pasto y Popayán tanto a comerciantes ecuatorianos como a otros de esas dos ciudades de Colombia.

La producción agrícola y ganadera de las haciendas de Jijón y Carrión, tanto de aquellas que heredó de su padre, como de las que adquirió posteriormente y de las que entraron al cúmulo de bienes por la herencia que recibió su esposa, doña Rosa Larrea y Caamaño, constituyeron la base de sus negocios. Como hacendado trató de tecnificar la producción agrícola y mejoró los sistemas de irrigación de la provincia de Imbabura.

En la década de 1860 comenzó a explotar los bosques de chinchona de su hacienda de Piñán para extraer cascarilla y exportarla a Europa. Cuando los precios de la cascarilla dejaron de ser competitivos Jijón y Carrión importó de Francia equipos para montar una pequeña planta química y producir sales de quinina, contratando también en Francia a un químico para supervisar esa producción. Trataba así de producir esa droga para comercializarla en el mercado local y para exportarla a Chile y Perú, substituyendo así importaciones. Por esa misma época propuso a una firma chilena instalar en Ecuador una fundición de hierro que posteriormente montó, por su propia cuenta en menor escala, en la hacienda de Chillós.

A José Manuel Jijón y Carrión hay que calificarlo como un hacendado no-rentista, con una orientación moderna para integrar sus diversas empresas y desarrollarlas mediante una continua reinversión de su capital. Por consiguiente, las fábricas de textiles aparecen como parte de un complejo que integra además agricultura, agroexportación, agroindustria y sustitución de importaciones, complejo que no puede de forma alguna caracterizarse como empresa pre-capitalista.

Jijón y Carrión supervisó personalmente todas sus empresas hasta 1885, cuando se hizo cargo de la administración su hijo, Manuel Jijón Larrea. Dos años más tarde, Jijón y Carrión falleció en Quito a la edad de setenta y tres años.

Lagos de Imbabura

Imbabura es la provincia que cuenta con los lagos más hermosos y de más fácil acceso: **San Pablo**, nombre hispano que, desafortunadamente, suplantó a los bellos y sonoros topónimos aborígenes, **Chicapán**, primero, e **Imbacocha** después, es el más conocido y visitado, ya por su cercanía a la ciudad de Otavalo, ya por la belleza del paisaje circundante. Ocupa una fosa tectónica de casi 4 Km de largo, por cerca de 3 Km de ancho. Lo alimentan el pequeño río Itambi y numerosas vertientes subterráneas, pero por tener desagüe notable, que forma la cascada de Peguche, al salvar el desnivel existente entre la meseta donde se asienta el lago y el valle nororiental de Otavalo, va reduciéndose el área lacustre.

La descripción geográfica es de Francisco Terán; los poemas, de Carlos Suárez Veintimilla.

San Pablo

Azul invitación de ancha frescura
en las curvas reseca del camino,
jugando al escondite con los ojos
que presintieron su temblor
dormido...

Esta laguna es un remanso dulce
como el alegre retozar de un niño
que se aquietó en asombro ante los
cielos
con sonriente respirar tranquilo.

El viejo monte se sentó encantado
frente al espejo silencioso y límpido
y no se irá, mientras no se haya roto
el encanto infinito.

... ¿Qué sintió la bandada de las
garzas
que alzó su blanco vuelo repentino
-vuelco del corazón de la laguna
que se prolonga en trémulo latido?-

Ciucocha es el hermoso lago cratérico
formado en la ladera meridional del
volcán Cotacachi. El cráter abierto por
una gran erupción explosiva, fue tal vez
la postrera manifestación de su
actividad. Al terminar ésta, ascendió por
la chimenea la masa viscosa andesítica
y formó los dos tapones que en
transcurso del tiempo se convirtieron en
los verdes islotes que emergen de las
aguas acumuladas en el embudo de
explosión. El caudal es alimentado por
los deshielos del Cotacachi que se

escurren a través del páramo que cubre
las laderas orientales.

Ciucocha

Laguna
-piedra, cristal y azul- sólo laguna,
sin pinturas de prados sonrientes,
sin risas importunas
de pescados de plata y pescadores,
sin garzas blancas y sin blanca
espuma...

En un azul, el cielo
-lejanía y hondura-
y la sombra serena de los muros
sobre el agua profunda.

Agua sin la sonrisa de las luces
que brufien de fulgores las alturas
y ornan de áureos relieves caprichosos
las murallas oscuras.

Los islotes gemelos
surgen del corazón de la laguna
-tierra para las plantas que caminan
en busca de quietud, de agua y de
luna...

Agua para pensar -cristal cerrado
como en el cuenco de una mano oscura,
en una austera y triste lejanía
y una gran soledad, tranquila y muda-

Piedra, cristal y azul -callado espejo
del silencio, los astros y la altura.

Yahuarcocha, en los alrededores de Ibarra, a escasa distancia de la orilla derecha del río Tahuando, tiene celebridad histórica consagrada por su topónimo que significa «Lago de Sangre», que recuerda el sangriento castigo impuesto por los incas a los Caranquis que les opusieron tenaz resistencia en la guerra de conquista del Reino de Quito. En los tiempos modernos ha cobrado, además, celebridad deportiva, porque lo circunda una autopista para competencias automovilísticas, que es la primera del país. Desafortunadamente, la cantidad de agua que pierde por evaporación es mucho mayor que la que la alimenta, de tal modo que su desecación avanza con rapidez.

Yahuarcocha

Mil árboles que esperan silenciosos
-alineados al borde
del agua un poco azul y un poco triste-
el viento de la tarde y las estrellas.

Selva estrecha de lanzas
de las verdes totoras que custodian
la limpidez del agua y del silencio

-las totoras que saben
de ahogadas historias
y de leyendas náufragas...-

Verde –gris soledad de las colinas
con la frente bañada allá en el fondo
bajo las aguas levemente crespas
de la tarde.

Patos negros que rayan
de lentitud, de sombra y de nostalgia
los cristales del agua y del recuerdo...

Y... ganas de internarse lentamente,
las manos
en la caricia fuerte de los remos,
la frente
en la suave caricia de los vientos,
y el alma
llevada de la mano
más cerca de su Dios y de sí misma,
por el aire sin rumbo,
la soledad, el agua y el silencio.

En la inmensa caldera del volcán Mojanda se ha formado la laguna del mismo nombre, llamada **Grande** para diferenciarla de las pequeñas ubicadas en el mismo sector y a corta distancia. El topónimo aborigen es **Caricocha**. En los bordes de la caldera se levantan cerros imponentes como el Fuya-Fuya, el Colongal y el Yanaurco que sobrepasa los 4.000 m de altitud. Su profundidad es considerable, pues en el centro han registrado hondonadas de 120 m. Se desagua por la brecha noroccidental formando el riachuelo El Tejar que avanza a Otavalo, aprovechado para la irrigación. Hacia el sur se halla la

Mojanda Chica o **Huarmi-cocha**, que tiende a la desecación. En una rinconada lateral del cráter que ocupa la Grande, en un plano más elevado, se asienta otra laguneta conocida con el topónimo de **Yanacocha** o Laguna Negra, en cuyas aguas se refleja la negra silueta del Yanaurco, haciendo más sombrío el desolado paisaje.

Mojanda

El arenal desierto va ascendiendo
con las manos tendidas
-sed eterna de altura,
de claros horizontes y de linfas-

Y el anhelo insaciado se transforma
escalando las cimas
en tristes pajonales silenciosos
-ansias hurañas, solas y cautivas-

El dolor de la altura
-dolor que mana puras alegrías-
las transfigura ante la paz sin nombre
en desnudos picachos que se miran
en el límpido espejo
de una mansa laguna pensativa.

Arriba, un cielo azul y desolado,
por que no se distraigan las pupilas
del hondo azul del agua,
único azul de esta aridez dormida

azul para mojar ansias del alma,
ensombrecido y hondo en las orillas.

Soledad que no siente
más latido de vida
que el agua con su lenta
respiración tranquila.

En la misma provincia de Imbabura existen unas cuantas lagunetas más, como **Cunro**, **Cubilche**, **Puruántag**, en el lado oriental; **Cristococha**, **Parca-cocha**, **Yambaro** y otras al occidente, en los páramos de Piñán.

Cubilche

Pupila dulce y triste de los páramos,
ingenuidad dormida
en las rodillas duras de los montes
como una pobre niña.

Pureza custodiada
en ignotas y austeras lejanías,
con murallas de vientos y de altura,
bajo la sola inmensidad tranquila.

Agua para mirarla un solo instante
con agua de pudor en las pupilas.

Vicente Larrea

En la administración de Vicente Larrea (1969-1978) el Concejo Municipal realizó levantamientos aerofotogramétricos y topográficos de la periferia de la laguna de San Pablo; inició el cambio de red, postería e instalación de

transformadores y de lámparas de sodio. Compró en 1971 la hacienda San Vicente en 6'472.114 sucres con el objeto de desarrollar el expansionismo urbano hacia el norte; realizó la apertura de calles y la construcción de aceras; mejoramiento de escuelas en el sector urbano y rural y la creación de becas para estudiantes; construcción de canchas deportivas; así como la adquisición en 1975 de una estructura neumática (Casarón de la Alegría) destinada a escenario para espectáculos artísticos, el módulo inflable sirvió por varios años a la ciudad.

Larrea construyó el complejo turístico Yanayacu, se preocupó por la canalización de algunos sectores, e inició la remodelación de la piscina Neptuno, pero el trabajo se interrumpió dejando a la ciudad sin su querida y tradicional piscina.

En el artículo *Camino del Recuerdo*, Plutarco Cisneros dice lo siguiente sobre este personaje:

«... fue el hombre de talento cuya principal acción fue la de soñar en su tierra y amar entrañablemente a su pueblo. Carismático más que ninguno y como pocos en el siglo. Cordial, amigo leal aun en las divergencias de ideas y de tiempos. No escribió lo que pensaba pero fue como el Bautista que predicaba

las buenas nuevas y daba fe a sus conciudadanos haciéndolos soñar con ilusiones y optimismo. Tuvo un rol protagónico en (el periódico quincenal) *Síntesis*, en el que ~~hacer~~ **hacer** cultural y la vida teatral, especialmente en el Yamor del (19)67 y, más tarde, durante ocho años dirigió los destinos de Otavalo desde el Cabildo desde donde hizo del Yamor la gran celebración anual, la farándula grande que convocaba a todos.

«Y planificaba, a la vez, ambiciosos esquemas para el desarrollo urbanístico y turístico de Otavalo consecuente con lo que, años atrás, al respecto, escribiera: '*Otavalo tiene que hacer la reafirmación de su título de tierra que se levanta. Y ésta se la puede lograr con la unión, con la entereza de hombres libres, educando a la juventud para cerrar el paso a la mediocridad. Vivamos siempre con el corazón abierto a la esperanza y luchando por días mejores llenos de justicia y libertad...*'

Vicente Larrea nació el 5 de abril de 1939 y falleció el 9 de agosto de 1991.

Modesto Larrea Jijón

Nació en Otavalo en 1890. Agricultor, diplomático, político y Vicepresidente de la Cámara de Diputados. Militante del Partido Liberal, al que representó

como candidato a la Presidencia de la República. Vinculado a Otavalo por su dedicación a las tareas agrícolas y pecuarias en su hacienda Pinsaquí. Fue Presidente de la Cámara de Agricultura.

Estudió Ciencias Políticas, Sociales y Económicas en La Sorbona, de París. En 1911 ingresó al Servicio Exterior, donde desempeñó los siguientes cargos:

Embajador Extraordinario a la transmisión del mando presidencial en Chile, 1925.

Ministro Plenipotenciario en Chile.

Ministro Plenipotenciario ante la Santa Sede.

Embajador Extraordinario en México.

Embajador Extraordinario a la transmisión del mando presidencial en Colombia, 1946.

Concurrió a varias legislaturas en calidad de Diputado y Senador, en representación de la provincia de Pichincha. Ostentó varias condecoraciones. En la administración pública ocupó puestos y dignidades de relevancia. Fue casado con la señora Cecilia Freile.

Capitán Diego López de Zúñiga Figueroa (1605 – 1606)

Vecino de Quito, acreditaba una larga y brillante hoja de servicios a la Corona. Regidor de la ciudad de 1573 a 1577; en 1579 sofoca un levantamiento de selvícolas en la Región Oriental; entre 1582 y 1585 visita dos veces a la provincia de Esmeraldas en misión de conquista pacificadora.

En cuanto Corregidor de Otavalo tuvo la representación de la Real Audiencia de Quito para intervenir en los actos previos y en la misma augusta ceremonia de la fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra. Al efecto, el 27 de septiembre de 1606 se constituye con el Escribano D. Pedro Carvallo, su Secretario, en la Recoleta de Nuestra Señora de la Peña de Francia, situada en el Asiento de Caranqui, por entonces bastante poblado de españoles, para proclamar con las solemnidades de estilo el Título de Juez de la Villa de San Miguel de Ibarra, con que el Presidente de la Real Audiencia de Quito, Lcdo. D. Miguel de Ibarra, había honrado al Capitán Cristóbal de Troya Pinque, una vez que iba a llevarse a efecto la fundación de la nueva Villa.

Presenciaron la histórica ceremonia, entre otras personas, el referido Capitán Cristóbal de Troya, y como testigos, el Maestro Fr. Pedro Bedón, Vicario Provincial de la Orden de

Santo Domingo, Don Juan de Londoño y Don Juan de Arévalo.

Al día siguiente, 28 de septiembre, el Capitán D. Cristóbal de Troya, en uso del título que se le había conferido, delante de ansiosa muchedumbre y teniendo junto a él al Corregidor de Otavalo que personificaba la ley y representaba dignamente a la autoridad real, blandiendo en el fondo azul de la campiña imbabureña, junto al adusto monte tutelar, su centelleante espada, declaró fundada la Villa de San Miguel de Ibarra.

Este es el acto sobresaliente de la administración española en nuestro país, en el siglo XVII. Varios años de espera transcurrieron antes de que culminara la egregia fundación. Una vez cumplida ésta, el Corregidor de Otavalo, D. Diego López de Zúñiga, presidió su Cabildo, como única autoridad en los dos distritos, hasta ser relevado por el fundador de la Villa.

Pedro López Navarrete

Nació en Otavalo en 1892. Se educó en la escuela y Normal «Diez de Agosto» de esta ciudad. Se destacó como fotógrafo-paisajista, presentó algunas exposiciones de su arte, con una variedad inmensa de postales y ampliaciones, muy especialmente de

Otavalo y sus contornos, exposiciones que tuvieron lugar en uno de los salones del palacio municipal, en la fiesta clásica de Otavalo. Sus colecciones ya de postales, ya de álbumes de vistas y paisajes ecuatorianos son muy apreciados por propios y extraños. Recorrió casi toda la república, el sur de Colombia y parte del Perú, pero su cariño desmedido a la urbe de su nacimiento le hizo regresar a ésta. Falleció en 1942.

Francisco H. Moncayo se expresa de Pedro López Navarrete como **El hombre que amó mucho a su tierra:**

«Con la cámara bajo el brazo, vibrando de inquietudes, Pedro López Navarrete deambulaba por las alturas. Sus ojos semicerrados buscaban las llamas anunciativas de los crepúsculos matutinos o las languidescentes de los tramontas. Se agitaba ante la cristalería de las aguas enfocadas por la luz. Abría su máquina fotográfica, encuadraba el paisaje, regulaba la distancia y el obturador y anhelante sabía esperar la crispación de un rayo luminoso para aprender el milagro de las contraluces y el perfil eurítmico de las siluetas. Los eucaliptos que se yerguen junto al camino o en las combas de las lomas, los lecheros que se alzan llenos de modestia y tímidos en las riberas de los lagos y que sólo dejaron adivinar a la

intuición del amigo el milagro de su fotogenia con el entrelazamiento caprichoso de sus ramas, las piedras y rocas olvidadas que hacen de esfinges milenarias, de torsos de bronce que los indios junto a la yunta con la esteba y la reja en las manos sarmentosas, figuran en las fotografías como en brochadas expresivas haciendo de primeros términos. Él encontraba un motivo de arte en todos los lugares, en los sitios abiertos y en los rincones humildes. Sus pupilas sabían ver lo que otras no lograron abarcar y presentaba las cosas aparentemente distintas...

«Él encontró al lechero como un milagro armonioso de la fotogenia. Halló a la esfinge milenaria y misteriosa en una roca contemplativa del Lago, perdida sobre las riberas del Araque y tuvo la visión de las vírgenes indias, desnudas en las votivas abluciones de las mañanas, junto al Salto del Peguche, o entre las frondas de las Lagunas... La urbe alegre y coquetona, la figura estilizada del Cristo de las Angustias, los templos figurativos de místicos fantasmas, el altosano caprichoso, el campo repleto de trigo y de maizales, las curvas del camino, el porte donairoso de los árboles, el Chicapán simbólico y civilizado, la melancolía salvaje de Jaricocha, Huarmicocha y Yanacocha, perdidos en los cuencos agrestes del Mojanda, entre los

pajonales del páramo y la conseja de los Méndez y Remaches, la taza polícroma de paredes a pico del Cuicocha; las crestas del Cunru, del Cusín y de Imbabura, la testa plateada del Cotacachi y el agro abierto de la comarca, oloroso a flores y a entraña prolífica de tierra trabajada y fecundada, el poema del indio y sus costumbres y sus ritos, fueron destilando el zumo de su hermosura para quedarse definitivamente plasmados en una perpetua evocación de belleza. Pedro López hizo el milagro y el milagro se aventó para los amantes del arte y para el viajero sediento de la consagración del recuerdo...

«Estoy mirando mi vieja Calle Real. Ella sabe la inquietud de nuestra juventud, conoce su alegría pero también acoge su pena. A su vera se han forjado las esperanzas y se ha plasmado la inquietud de los esfuerzos. Ahora la entreveo enlutada. El cortejo avanza con el paso tardo de las reconcentraciones. Pedro López Navarrete, el hombre que amó tanto a su tierra, y que tanto le dio, que fue un fanático de ella, va siguiendo la trayectoria indefinida. Pedro López ha muerto... Y sobre las calles abiertas flota el eco plañidero, el canto funerario de las campanas de San Luis, de El Jordán y San Francisco».

Don Sebastián Manrique (1689 – 1692)

Con despachos de Aranjuez, de 25 de abril de 1687, compareció ante el Cabildo D. Sebastián Manrique, nombrado por Real Título de Su Majestad. Le entregó la vara de la justicia el Corregidor D. Manuel de la Torre Angulo, Caballero de la Orden de Santiago.

Los sentimientos humanitarios del nuevo Corregidor se conmovieron ante la petición de justicia dirigida por los indígenas del obraje de Peguche, en 1692, por los malos tratos y exacciones de los arrendatarios de dicho obraje. La sentencia que dio Manrique como juez de primera instancia, honra a la magistratura española.

En 1690 visitó a Otavalo el Presidente de la Real Audiencia D. Lope Antonio de Munive, a quien se le dio la «norabuena de su llegada en María Magdalena, o Machangarilla; se corrieron tres días de toros en que se repartía colación al pueblo, y se presentó una comedia para agasajarlo, preparada por D. Roque Antonio Dávila, Alguacil Mayor de Otavalo».

Tuvo dos Tenientes, Joan de Troya Pinque, hijo del ilustre fundador de

Ibarra, y Joan Pérez Marcillo, por renuncia de aquel.

Maracaibo

Ciudad del noroeste de Venezuela, capital del estado de Zulia y del municipio homónimo. Es el principal puerto y centro industrial de la rica cuenca petrolera de Maracaibo. Es la segunda ciudad más importante de Venezuela y el centro económico, administrativo, cultural y de servicios de casi la totalidad de las planicies y piedemontes que rodean al lago de Maracaibo. Desarrolla actividades comerciales que se apoyan en la industria petrolera y agrícola. Centro financiero del occidente del país, se creó aquí la primera banca privada de Venezuela.

Fue fundada en 1529 por la expedición de Ambrosio Alfínger, refundada en 1569 como Ciudad Rodrigo y despoblada en 1573. Finalmente en 1574 Pedro Maldonado la volvió a fundar con el nombre de Nueva Zamora, con funciones de puerto lacustre y marítimo. Aunque en el siglo XVII fue atacada en numerosas ocasiones por piratas, consiguió prosperar hasta asumir el control hegemónico del occidente venezolano, en especial desde que se descubrió petróleo en sus inmediaciones, en 1917.

José Mejía Lequerica

Médico, naturalista, jurisconsulto, catedrático, orador parlamentario. Nació en Quito el 24 de mayo de 1775, falleció a consecuencia de la fiebre amarilla en Cádiz (España) el 27 de octubre de 1813. Hijo del Dr. José Mejía del Valle y Moreto y de Juana o Manuela Lequerica. En 1792 se graduó de bachiller. Estudió en el seminario de San Luis. En 1794 Maestro en Artes en la Universidad de Santo Tomás. En 1798 contrajo matrimonio con Manuela Espejo, hermana de Eugenio Espejo. Se doctoró en Medicina en la Universidad de Santo Tomás de Aquino de Quito. En 1806 con su amigo Juan José Matheu y Herrera viajó a España, donde participó en la lucha contra la ocupación francesa. En 1809 el Cabildo de Quito eligió a Juan José Matheu como Diputado a las Cortes de Cádiz; el Virreinato de Santa Fe completó la representación eligiendo a José Mejía Lequerica en calidad de Diputado Suplente. En 1810 en Cádiz, desarrolló una brillante defensa por la igualdad de representación de Hispanoamérica en las Cortes, así como la monarquía constitucional y otros planteamientos democráticos. Luchó por la abolición de las mitas. Por sus cualidades de orador fue llamado el «Mirabeau americano».

Mérida

Ciudad de Venezuela, capital del estado homónimo y del municipio Libertador. El turismo y el comercio se han constituido en las actividades económicas básicas debido a la atracción de paisajes de montaña y del teleférico, el más alto (4.765 m) y el más largo (12,5 Km) del mundo. La Universidad de los Andes tiene su sede en esta ciudad, impulsando notablemente el crecimiento poblacional y económico urbano.

Fundada en 1558, experimentó varias modificaciones en su establecimiento hasta que en 1561 fue refundada en su actual sitio con el nombre de Santiago de los Caballeros de Mérida

Don Francisco Xavier Merizalde y Santisteban (1779 – 1784)

Se posesionó el 9 de abril de 1778 y entró en Otavalo el 13 de mayo del mismo año, con sueldo de 520 pesos, que luego fue elevado a 2.500 por habersele designado cobrador de tributos. Le entregó la insignia de la Real Justicia el Regidor decano, D. Luis de la Cuesta y Zelada, autor de

una monografía de la Real Audiencia de Quito, que lleva alguna referencia sobre Otavalo.

Santisteban Merizalde entró en funciones en un momento difícil, por la secuela de los tumultos que se suscitaron poco tiempo atrás; pero se condujo acertadamente, llevando a la persuasión de los indios que el empadronamiento no tiene otro objeto que informar al Rey sobre el número de sus vasallos en América y, de ningún modo, el de enviarles a Mainas ni encerrarles como esclavos en los obrajes.

La situación de Cotacachi, al momento de su posesión, era más delicada, dice Santisteban, en comunicación a la Audiencia, al tenor de los informes que le dieran el cura del lugar y dos seglares, D. Francisco Máximo de Alzamora y el mayordomo de Cochicaranqui, y por eso se inhibió de pasar a Cotacachi, pues en caso de guerra, sentiría «la falta de pertrechos suficientes, de pólvora y balas».

Llegó a serenarse con el decurso del tiempo y entonces informó al Presidente que cumplirá las órdenes de Su Señoría «sin estrépito y con toda paz y quietud».

Este mismo Corregidor, requerido sobre la capacidad del distrito para conformar compañías militares necesarias para la

campaña del Marañón, dijo le sería posible levantar seis: tres de caballería y tres de infantería, así: una de caballería y una de infantería en el Asiento; una de caballería y una de infantería en los pueblos de Cayambe, Tabacundo, San Pablo y Tocachi, y una de caballería y una de infantería, en los de Cotacachi, Urcuquí, Tumbaviro y Atuntaqui.

Su desempeño en el largo período en que actuó, fue correcto: pacificó a los indios, aplacó tinosamente un peligroso levantamiento popular en Cayambe, en rechazo del pago de tributos para la administración; vigiló a los exaltados por las noticias que llegaban del norte y del sur, sobre la Revolución de los Comuneros en el Socorro, y la del Perú, donde Túpac Amaru cuelga a un Corregidor.

En consideración de estos servicios, el Virrey de Santa Fe, D. Nicolás de Ezpeleta, extiende una recomendación a Quito para que sean ocupados los servicios de un vasallo tan leal.

Como Teniente actuó en este período D. Tomás Ramírez de Andrade, y luego, de 1787 a 1789, la Real Audiencia le nombró Justicia Mayor, por no haber sido designado Corregidor.

El panorama administrativo de Otavalo, durante el gobierno de D. Francisco Xavier Merizalde y Santisteban, era el siguiente:

Corregidor, el sobredicho, con 250 pesos de sueldo;

Alguacil Mayor, D. Mariano Pita, sin sueldo, percibía más de cien pesos al año por carcelajes;

Protector de Indios, D. Bernardo Hurtado; no tenía sueldo pero ganaba más de 200 pesos, por contribución de los indios, a título de los pedimentos, cartas-cuentas y más pedimentos que hacía para ellos;

Escribano, D. Nicolás de la Puente, servía este destino vendible y renunciable, sin sueldo fijo y percibía más de 300 pesos al año por actuaciones propias del oficio;

Administrador General de Tributos, el mismo Corregidor, gozaba de sueldo anual 2.500 pesos;

Oficial 1º, D. Antonio Merizalde, con sueldo de 200 pesos;

Oficial 2º, D. Joaquín Carvajal, con 150 pesos;

Oficial 3º, D. Juan Antonio Rivadeneira, con 150 pesos;

Escribano de la Renta, D. Nicolás de la Peña, tenía un beneficio de 500 pesos;

Administrador General de aguardientes, D. Francisco Máximo de Alzamora, con 400 pesos;

Contador, D. Manuel Solar, ganaba 150 pesos;

Guarda Mayor, con 100 pesos;

Guardas Menores, dos, por esta renta y la de alcabalas ganaban 40 pesos;

Administrador de Alcabalas, D. Francisco Máximo de Alzamora, con el sueldo de 200 pesos;

Contador, D. Manuel Solar, con 100 pesos;

Administrador de tabacos y sus agregados de pólvora y naipes, D. Joaquín Espinosa, percibía el 10% sobre el total de la renta, calculado en 200 pesos.

A fines del siglo XVII la propiedad agrícola se había concentrado en poder de pocas familias, como lo refleja el testamento que hiciera en Otavalo Doña Antonia de Jijón y Chiriboga, hija de D. Manuel de Jijón y Dña. Tomasa Chiriboga; esposa de D. Gregorio de Larrea, y madre de D. José de Larrea y Jijón, residente en España; de Dña. Mariana de Larrea, enclaustrada en el Monasterio de Conceptas, en Quito, y de D. Manuel de Larrea y Jijón, casada con Dña. Rosa Carrión y Velasco. Las propiedades familiares fueron las siguientes:

Haciendas de San Buenaventura con su anexa Pisangacho; Conrraquí, Quitumba-Molino, Pitura, San José y

Pisangacho Grande, Hospital, Quitumba Grande, San Francisco, Cabuyal, Gualaví, Chorlaví, Cotama, Peribuela; los hatos de Cupiola, Santa Rosa y Pantabí Chiquito; estancias de la Rinconada y Jatunyacu y el obraje de Peguche con las tierras de Pucará.

Los tratos que indios, negros y mulatos recibían en estas haciendas, de parte de los dueños, principalmente, pero también de los empleados por su recomendación no debió haber sido totalmente vacío de simpatías y de comprensión humana, ya que ellos, con su trabajo, levantaban tanta riqueza, pues los archivos notariales de Otavalo casi no tienen procesos por reclamaciones de los Protectores de Indios contra los grandes terratenientes.

Los Tenientes de Corregidores nombrados por Arteta fueron, en 1793, D. Manuel de Luna, y de 1795 a 1798, D. Ignacio Rodríguez de Rivadeneira y Jaramillo.

Francisco de Miranda

Francisco de Miranda (1750-1816), militar venezolano, «precursor» de la emancipación hispanoamericana y creador de la bandera de Venezuela. Nació en Caracas el 28 de marzo de 1750. Después de estudiar el bachillerato en artes en la Universidad

de Caracas, viajó a España (25 de enero de 1771).

Con el grado de capitán participó en la defensa de la Melilla (9 de diciembre de 1774). En 1780 fue destinado a La Habana (Cuba), como capitán del Regimiento de Aragón y edecán del general Juan Manuel Cagigal. De allí escapó y, atraído por la independencia de las colonias inglesas, se refugió el 1 de junio de 1783 en Estados Unidos, donde se entrevistó con George Washington, con el marqués de La Fayette y con otras personalidades estadounidenses. Pasó a Londres el 1 de febrero de 1785 para presentar al gobierno inglés su proyecto revolucionario.

Miranda recorrió casi toda Europa con espíritu crítico. En Kiev conoció a la emperatriz Catalina II de Rusia (14 de febrero de 1787), quien le brindó toda clase de atenciones, autorizándole a usar el uniforme del Ejército ruso. De regreso a Londres (18 de junio de 1789), insistió en sus propósitos independentistas ante el primer ministro británico William Pitt (el Joven); pero las continuas excusas de éste molestaron a Miranda, quien se dirigió a París (19 de marzo de 1792).

Ingresó en el Ejército francés con el grado de mariscal de campo. Se destacó en la victoria de Valmy, por lo que fue ascendido a general. Como jefe del Ejército del Norte tomó Amberes y Ruremonde, pero su jefe, el general Dumouriez, lo acusó de ser el responsable de algunos fracasos militares. Ingresó en prisión y después de un largo juicio fue declarado inocente el 15 de mayo de 1793, y al salir en libertad, el pueblo lo llevó en hombros. Acosado por los jacobinos, huyó de París y llegó a Londres (15 de enero de 1798), donde reanudó sus entrevistas con Pitt, quien ahora se decidió a apoyarle.

Decepcionado por la actitud inglesa, se trasladó a Nueva York (9 de noviembre de 1805) donde armó una expedición que hizo su primera escala en Haití el 18 de febrero de 1806. En aguas haitianas, a bordo del *Leander*, Miranda enarboló el 12 de marzo de 1806 la que convertiría en la bandera de Venezuela. Allí se reunieron las goletas *Bachus* y *Bee*. Frente a Ocumare de la Costa, en Venezuela, la expedición fue rechazada (28 de abril); un segundo intento (del 1 al 4 de agosto) también terminó en fracaso.

Regresó a Londres el 1 de enero de 1808. Allí, en 1810, Simón Bolívar, que acababa de llegar en busca de apoyo británico, lo convenció de que tenía que regresar a Venezuela; antes de terminar el año, Miranda se encontraba ya en Caracas (13 de diciembre), donde se había constituido una Junta Suprema de Gobierno. Como diputado al Congreso constituyente, en el que se le eligió presidente, luchó ardientemente por la declaración de la independencia (5 de julio de 1811). El nuevo país nació sumido en diferencias y enfrentamientos de facciones internas, que impedían su fortalecimiento. Ante el anuncio de la llegada de una expedición militar desde Puerto Rico, fue nombrado general en jefe y se le concedieron todos los poderes, pero incapaz de organizar un ejército disciplinado y eficaz, firmó una capitulación con el jefe realista Domingo Monteverde el 25 de julio de 1812. A punto de embarcarse hacia el extranjero, Miranda fue traicionado por los suyos y arrestado por los realistas. Enviado de una prisión a otra (Puerto Cabello, San Juan y Cádiz), murió en La Carraca, cerca de Cádiz, el 14 de julio de 1816. Sus restos fueron enterrados en una fosa común.

Gustavo Moreano Loza

La ciudad debe reconocimiento especial a don Gustavo Moreano Loza, presidente del Concejo Municipal entre los años 1964-1966, quien concluyó la construcción del lado oriental de la Casa del Cabildo y comenzó la nueva red para el agua potable en el centro urbano en convenio con el Instituto Ecuatoriano de Obras Sanitarias, y sobre todo fue el que logró sanear la economía municipal, financiándola para dejar un campo libre de deudas a futuras administraciones.

Caballero correcto, colaboró de manera importante al progreso de Otavalo, desde sus funciones de consejero provincial; estuvo ligado a importantes entidades sociales de la ciudad.

Dr. Francisco Hipólito Moncayo

Nació en Otavalo el 21 de julio de 1903; sus padres fueron don Cornelio Moncayo Gómez y la señora Hortensia Parreño Mena. Sus estudios los inició en la escuela 10 de Agosto, de Otavalo, los secundarios en el Instituto Nacional Mejía, de Quito, para continuar en la Universidad Central del Ecuador, donde se graduó de Doctor en Jurisprudencia en 1930. Su tesis de grado *La cuestión social en el Ecuador*, publicada en el

tomo 30 de la Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, colección del Banco Central del Ecuador y de la Corporación Editora Nacional, refleja un profundo conocimiento, desde el punto de vista sociológico, de las condiciones culturales y formas de vida de los diferentes grupos humanos del país, aunque con mayor detenimiento trata de la realidad social de los habitantes blancos, indios y negros de la provincia de Imbabura. El tribunal que estudió la mencionada tesis recomendó su publicación en la revista *Anales de la Universidad*.

Desde sus años juveniles, Francisco H. Moncayo organizó grupos estudiantiles orientados a las tareas intelectuales. En la Universidad formó parte del **Grupo Llamada**; con Humberto Salvador, Delio Ortiz y Humberto García Ortiz creó la revista *El Universitario*, de gran valor científico y literario. Corresponde a esa época su afán de investigación que le permite escribir las biografías de Mariano Acosta y de Pedro Moncayo y Esparza, esta fue premiada con medalla de oro en un concurso promovido por el Centro Universitario del Norte.

En Otavalo, Moncayo colaboró con las publicaciones de la Liga Vasconcelos, sus artículos aparecieron en los periódicos **Germen** y **Adelante** y en la revista **Imbabura**. En 1930, con Víctor

Alejandro Jaramillo publicó el semanario **Avanzada**. En la **Revista Municipal**, Órgano del Concejo Cantonal de Otavalo, que circuló entre 1942 y 1945, encontramos varios artículos suyos, algunos firmados con el seudónimo Black-Devil.

La provincia de Imbabura y su organización a través de la Historia es un trabajo bien documentado que se publicó en 1929 en la **Revista Jurídica de Ciencias Sociales**, de Quito. Este importante estudio, totalmente desconocido en nuestro medio, ha sido incluido en la colección Tahuando, de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura.

De sus afanes literarios de la época que va desde 1926 a 1940 hay que rescatar una serie de cuentos, de los cuales se conocen solo los títulos: **Las hazañas de X**, **El regalo de Navidad**, **La caída de Malvarrosa**, **El primer tiempo**, **El crepúsculo**, **Latigazo de angustia**, **Decepción**, **En la celda**, **Los tres golpes**, entre otros más.

Sus colaboraciones en la Revista del Núcleo de Imbabura siempre han sido importantes. Sus artículos, sobre diferentes tópicos, tienen un estilo elegante, los de carácter histórico son muy bien documentados y los que tienen que ver con la ciudad de Ibarra reflejan

su profundo amor a la tierra que lo acogió durante muchos años.

En un artículo publicado en el Diario **La Verdad**, con ocasión del fallecimiento de este importante ciudadano, acaecido el 27 de abril de 1974, se dice que fue «poeta de inspiración fervorosa y delicada armonía; relatista original y ameno; jurista de probidad y sabiduría; ciudadano de acendrada pulcritud, de constante preocupación por todo lo que tenía referencia al progreso, al bien de la colectividad». Continúa el artículo con estas frases: «Muchos años fue Ministro y Presidente de la Corte Superior de Justicia por su hondo y equilibrado conocimiento del Derecho. Varón íntegro, llevó con dignidad la toga de magistrado. Por sobre todo lo precederо amó a Imbabura. Y conoció y exaltó la vida de los pueblos que crecieron, surgieron, amaron y soñaron en este rincón singular de la Patria ecuatoriana».

Francisco H. Moncayo fue el segundo Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, en el período de 1956 a 1958.

Víctor Alejandro Jaramillo pronunció estas palabras en el sepelio del Dr. Francisco H. Moncayo:

Francisco H. Moncayo fue todo lo que pudo haber sido en nuestro ambiente de tan limitadas posibilidades: magistrado de la justicia—atributo del cielo otorgado también a los hombres—probo, esbelto, más bien humanitario que contaminado de sevicia; poeta, transido de belleza, conoció la delicia de la inspiración y los primores de la versificación castellana; historiador de la provincia, austero, veraz, ajeno a las falacias y a las repulsivas glorificaciones del egoísmo; relativista fluido, no obstante la general penuria de la vida literaria en las provincias; crítico literario, fino, equilibrado, justiciero; su criterio demostraba ponderación y su dialéctica era irrefutable.

Como ciudadano, amó de veras a la Patria; militante en un partido político de izquierda, enardecido, si se quiere, por altos ideales, no fue intemperante ni se atosigó con el veneno de los exaltados.

Personalidad llena de matices y atractivos, en la que descuellan hombría e ilustración, la de Pancho Moncayo; de sus lecturas copiosas, de su estudio ahincado, prendado de Códigos y cuerpos de leyes, en su juventud, y de apasionantes relatos que contrastan con el rigor frío e impenetrable de la ciencia jurídica, en su edad madura, y de su vasta ilustración general, quedan

testimonios fehacientes en varios opúsculos y en centenares de artículos, lamentablemente dispersos en periódicos y revistas. Esta su obra múltiple arranca desde los años de Colegio y Universidad, centros educativos en los que se destacara con brillo extraordinario. Esta obra distintiva de él, fruto de la noble superioridad de su inteligencia, debe recogerse en algunos volúmenes, para que refleje, a más de las cualidades ya anotadas, y de la visión y exigencias de su espíritu, la integridad de este varón que honró, hablando sin panegirismo alguno, a Otavalo, a Imbabura y a la Patria.

El padre José Nabor Rosero Calvachi, quien trató de cerca al Dr. Francisco H. Moncayo, dijo de él:

Hombre señero, intachable, ponderado y bueno. Sus actos eran medidos por la prudencia: Cuando se retiró del servicio público, no pareció menos grande. Permaneciendo inactivo, dio a las horas libres un trabajo laudable: meditar seriamente los errores de la vida humana, y será sorpresa para muchos que Francisco Moncayo con alma de poeta se acercara a contemplar la grandiosidad de la eternidad, como el objeto digno del corazón del hombre como queda escrito en el poema dedicado al Señor de las Angustias de su amada ciudad.

Juan Montalvo

Escritor (1832-1889), nacido en Ambato y fallecido en París.

Su obra, personal y fuerte, es de difícil clasificación, aunque le corresponde el amplio y abierto campo del ensayo, basado en el gran ejemplo fundacional del escritor francés Miguel de Montaigne. Se le considera uno de los mayores prosistas hispanoamericanos del siglo XIX, pues su léxico, giros y cadencias, así como la desenfadada agudeza de su pensamiento, apelan a fuentes diversas: los clásicos latinos, el siglo de oro español, los románticos franceses. Frente a la opción de Domingo Faustino Sarmiento, o sea la constante reinención latinoamericana del idioma, Montalvo trabaja por recuperar olvidadas fuentes de la literatura española, empleadas con extrema libertad.

Su obra ocupa varias zonas, ante todo el periodismo político de corte liberal, dirigido contra los dirigentes conservadores del país, a veces desde la emigración: *El Cosmopolita* y *Las Catilinarias* (1866-1882). Junto a cuestiones circunstanciales y satíricas diatribas contra sus adversarios, enlaza reflexiones más perdurables, todo lo

cual prepara su libro más característico, *Siete tratados* (1882). En él aborda temas filosóficos, episodios de la historia hispanoamericana, personalidades del continente, asuntos de ética y estética y una aproximación al Quijote, titulada «El buscapié».

Su interés por la obra de Cervantes lo conduce al curioso texto de *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* (1895), donde toma como pretexto el libro inmortal para ocuparse de asuntos hispanoamericanos, aunque siempre con un cuidado lingüístico de arcaico sabor. También curiosa es su póstuma *Geometría moral* (1917), donde hace consideraciones sobre la ética, entremezcladas con narraciones breves y retorno a personajes clásicos, como Don Juan. Otros títulos suyos son *Mercurial eclesiástica* (1884), *El Regenerador* (1878) y *El Espectador* (1888), estos últimos conformados por la recopilación de artículos.

Juan de Dios Morales

Prócer de la Independencia. Nació en Río Negro, Antioquia (Colombia), el 13 de abril de 1767, murió en la masacre del 2 de Agosto de 1810. Hijo del sargento Mayor Juan de Dios Morales y de Juana Leonín de Estrada. En 1790 llegó a Quito junto al

Presidente Juan Antonio Mon y Velarde, como Oficial Mayor de la Secretaría de la Real Audiencia de Quito. Fue postergado por el siguiente Presidente, Luis Muñoz de Guzmán. Colaboró con el Barón de Carondelet, hasta que falleció. Frente a la persecución desatada por el Presidente Interino Nieto, en 1807 huyó a Guayaquil donde fue protegido por Vicente Rocafuerte, que le escondió en su hacienda de Naranjito. Más tarde participó en las reuniones patrióticas de Quito, por lo que fue apresado juntamente con los Próceres: Marqués de Selva Alegre, Salinas, Quiroga, Riofrío y Peña, acusados de actividades subversivas. Recobraron su libertad debido a que otros simpatizantes de la causa hicieron desaparecer el proceso. En la noche del 9 de agosto de 1809 participó en la reunión realizada en la casa de Manuela Cañizares y en la Proclama del primer Grito de la Independencia del 10 de Agosto. La Asamblea del Pueblo de Quito, celebrada ese día, le nombró Ministro de Negocios Extranjeros y de la Guerra del gobierno de la Junta Soberana de Quito. En esas condiciones cumplió importantes funciones y dirigió una trascendental carta a Rocafuerte para robustecer el pronunciamiento. Más tarde, al restablecerse la administración colonial del Conde Ruiz de Castilla, fue apresado en unión de

otros patriotas el 14 de diciembre de 1809, quienes fueron cobardemente masacrados el 2 de Agosto de 1810 en las celdas del cuartel de la Real Audiencia por las tropas enviadas con ese propósito desde Lima. Fue sepultado en la iglesia de San Agustín de Quito.

Julia Mosquera Pinto

Esta distinguida maestra otavaleña nació el 16 de agosto de 1913. Sus estudios primarios los realizó en la escuela «La Inmaculada», los secundarios en el Normal «Manuela Cañizares» de Quito, se graduó en 1935, cuando estaba en el país la Segunda Misión de Maestros Alemanes, que tanta importancia tuvo en la formación de nuevos docentes.

Inició su actividad profesional en la escuela «Gabriela Mistral», donde permaneció desde 1935 a 1938; se traslada luego a Esmeraldas, allí fue nombrada directora de la escuela «Ernesto Vera Cedeño» del cantón Rocafuerte, hasta 1940. De regreso a Otavalo trabaja en la escuela «Diez de Agosto», desde 1940 hasta 1950, cuando fue nombrada directora de la escuela «Gabriela Mistral». En este establecimiento escolar creó condiciones favorables para la incorporación al estudio de parte de niñas indígenas, lo cual sirvió de

ejemplo para que otras escuelas de la localidad adoptaran la misma posición en la que ella fue pionera.

Formó parte del grupo de señoras que fundaron la Cruz Roja de Otavalo, entidad de la que llegó a ser su Presidenta. En su escuela expuso criterios adelantados a su época y generó propuestas educativas innovadoras.

En 1963 fue a trabajar en Quito, en la escuela «Estados Unidos de Norteamérica» del barrio Villa Flora, entidad de la que posteriormente fue su directora. Se jubila en 1969, aunque luego colabora en la creación del Colegio Nacional de Señoritas «Quito» y del Colegio Nacional Nocturno «México» de la capital del país.

Falleció el 13 de marzo de 1979. En reconocimiento a su gran labor educativa, la Federación de Barrios del sur de Quito, en 1980, logró la creación de una escuela vespertina que lleva su nombre.

Cap. Sixto Mosquera Pinto

La Casa del Pueblo ha izado a media asta la bandera cantonal. Hay un crespón flotante que invita al recogimiento.

Nuestro cielo sombrío y taciturno, también ha querido ponerse de duelo, porque la pérdida de su valiente aguilucho que ensordecía y describía las más audaces trayectorias en el espacio, ha ofrendado trágicamente su vida joven, robusta, prometedora y llena de optimismo, en los riscos solitarios del Tungurahua.

Profunda meditación, dolor intenso, lágrimas sinceras, rostros angustiados que inquietan sobre la suerte de los cóndores andinos, hemos visto por doquiera en esta tierra nuestra que meció la cuna del aviador desaparecido.

Ha muerto Sixto Mosquera en la plenitud de su existencia. Se troncha tan gallarda palmera promisoría para la Patria toda y para su ciudad natal. Ya nuestros ojos dejarán de ver la nave guiada con pericia en sus erranzas por el cielo imbabureño. Esos ojos nuestros radiantes de esperanza, de admiración y optimismo que se clavaron tantas veces en la comba azul del firmamento, para recibir el saludo vertiginoso, se han clavado severos, naufragando en llanto, para regar con la profunda emoción que deja su muerte prematura, una oración de dolor sobre sus despojos mortales.

Nuestro Sixto Mosquera ha muerto. Las alas de la aviación nacional visten de luto, se ha enlutado nuestro cielo, se ha consternado la familia otavaleña que

supo aquilatar el valor de sus méritos y el amor a la patria chica.

Que el bravo Tungurahua que atrapó en sus agrestes cúspides a la nave trágica para despedazar el cuerpo de nuestro bien querido aguilucho, devuelva el tributo que le diera el viejo Imbabura, para que en sus plantas, en esta tierra tan amada por él, descansen las cenizas de uno de sus predilectos hijos.

El cielo está enlutado, nuestras almas tristes. Es la manifestación del profundo pesar que ha sembrado en nosotros la desaparición de un otavaleño de alma caballerosa, de pundonoroso espíritu militar que con la mirada al cielo y desde él, venció todas las vicisitudes para coronar su aspiración.

Que su vida de lucha y de estudio siembre la simiente robusta de valor y optimismo de quienes, tantas veces, soñaron en seguir sus huellas por el firmamento, cumpliendo la noble misión que la Patria le impuso.

José Ignacio Narváez Paz

Nació en 1905 en Otavalo. Sus estudios primarios los realizó en la escuela «Diez de Agosto» de su ciudad natal; los secundarios en el Normal «Juan Montalvo», de Quito.

En calidad de Preceptor Normalista, su labor docente, en varios lugares de la república, fue sobresaliente y fructuosa. Fue profesor del Normal «Manuel J. Calle» de Cuenca, del colegio «Bolívar» de Tulcán y, entre otros cargos docentes, Vicerrector del colegio «Otavalo» de su ciudad natal.

Elemento prestigioso por su preparación, prestó sus servicios en Otavalo a la Liga Cultural «José Vasconcelos», de grata recordación, en 1924, y a la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, durante muchos años y como miembro del directorio en algunos períodos. Además prestó su servicio entusiasta a Imbabura como consejero y a su tierra nativa como concejal.

Fue compañero de estudios en el Instituto Normal «Juan Montalvo» de Víctor Alejandro Jaramillo y ambos alcanzaron el nivel sobresaliente para la obtención del título.

Entre algunos trabajos de investigación, cerca ya de su partida final, escribió la biografía del eminente pedagogo y hombre de letras, don Fernando Chaves Reyes. En esta obra, publicada bajo el auspicio de la Casa de la Cultura de Imbabura, José Ignacio Narváez da a conocer el «esquema biográfico y la obra pedagógica y literaria del señor Chaves Reyes». Es —dice el biógrafo Narváez—

Fernando Chaves escritor que ha enriquecido la producción literaria, conquistando renombre no solo en los ámbitos de la nación sino en las esferas culturales de los países de América».

Este ilustre maestro otavaleño falleció en Quito el 12 de octubre de 1991.

Ulpiano Navarro Andrade

Nació en Quichinche, parroquia de Otavalo, en 1903.

Cursó la escuela primaria en Otavalo, la secundaria en el Normal «Juan Montalvo», de Quito, y la superior en la Universidad Central del Ecuador.

Fue Director de Estudios de Imbabura y profesor en: Universidad Central del Ecuador, Normal «Juan Montalvo», Normal «Manuela Cañizares», Colegio Militar «Eloy Alfaro», Instituto Nacional «Mejía» y Escuela de Carabineros.

Perteneció a diversas instituciones: Sociedad Geográfica Nacional, Sociedad Bolivariana del Ecuador, Ateneo Ecuatoriano, etc.

Fue autor de importantes publicaciones: *Verdadero ciudadano, Geografía*

General, Moral y Cívica, Bolívar Romántico, Unión de las Naciones Americanas, Después de Río.

El profesor Navarro se destacó por méritos propios en la docencia nacional, sus ex alumnos lo recuerdan con cariño y respeto, especialmente los militares, a quienes entregó parte de su vida y de sus mejores conocimientos. La escuela principal de su parroquia natal lleva su nombre con hondos sentimientos y orgullo.

Nina Paccha -Princesa del lago-

Ya se habían formado los ayllus y los aborígenes abrían el surco esperando la nueva cosecha; los soles recién formados poseían a la tierra en soledad de pasto oloroso, mientras los inviernos volcaban su frescura y los transportaban vestigios de edades anteriores. La vida era una comunión directa del hombre con el cielo, y el crecer del maíz, la única escala del tiempo.

Mas, un año se ausentó la lluvia y la semilla se perdió en el árido campo; los hombres se volvieron silenciosos y adquirieron el mirar cansino de las bestias. Huarcha, el brujo, invocó

tutelares espíritus y buscó el maleficio en las entrañas de los cuyes; al levantar la cabeza, su mirada fue feroz:

-Un virgen debe morir en el volcán para calmar a los dioses. La doncella que en la próxima luna cumpla quince años será sacrificada- condenó definitivo.

Los ancianos miraron atónitos la cumbre donde habitaban seres que solo Huarcha había visto en noches de tormenta, y callaron. El pueblo vio pasar a sus hijas ante los Curacas y a Huarcha mirarlas con su ojo de párpado caído. Cuando pasó Nina Paccha, el presentimiento de lo inevitable extinguió las palabras. Nina era hermosa, de labios suaves y pechos redondos, tenía ojos oscuros como alas de gorrión y el cabello trenzado le caía doliente, sobre su espalda. Su nombre significaba Fuente de Luz.

-¡Nina! ¡Nina!- clamaron como marea que crece. Los ancianos palidieron hasta el color de las ubillas al comprender la sentencia, bajaron la cabeza y se retiraron temblorosos. Solo Gualtaquí se quedó mirando las sombras y a la muchacha que era para él como amplia sonrisa.

En la noche temprana, el último huiracchuro cantó su despedida y el

gemido de Gualtaquí ascendió hasta las estrellas:

-¡Nina, si tú mueres yo no quiero vivir!

El abuelo Isama quiso revocar la sentencia pero el hambre del pueblo clamaba dolorosamente y sus palabras murieron al pronunciarlas ante Huarcha, que mantenía el fuego y hacía hervir hierbas y amuletos para la ceremonia macabra.

-¡Huyamos, Nina!- suplicó Gualtaquí mientras la noche envolvía a la joven en suave mortaja.

-¡Taita Imbabura nos perseguirá para castigarnos.

-¡No! ¡Huarcha miente! Taita es bueno y protegerá nuestro amor.

-¡Vámonos antes de que nos encuentre la luz!

Pero ella sabía que huyendo, traicionaba a su pueblo sin lluvia, y que la muerte caería como helada en los páramos.

-Isama dijo que podíamos huir si sujetábamos cada uno los extremos de tu trenza y que no te mirara al escapar porque de hacerlo te perdería para siempre.

Después de un silencio, la doncella susurró decidida:

-¡Corta mi trenza antes de que la mañana trepe el monte!

Con su fachalina avanzó tras Gualtaquí por la desolada campiña, sosteniendo el cordón de su pelo. Como enanos, con sombreros hundidos hasta el cuello, quedaron atrás, las chozas envueltas en niebla donde los niños dormían arrullados por los cuyes y las mujeres escuchaban el lento caminar de la muerte. El recio mozo andaba de prisa, ansioso de que muriera un día aún no nacido para poder gozar de la presencia de su amada.

-Haré choza para ti y tocaré el pingullo para que cantes.

-¡Tengo miedo! Musitó la doncella corriendo tras él; Gualtaquí cerró los ojos y se mordió los labios al recordar que hasta entonces la felicidad fue dulce caricia esperando su unión en la próxima cosecha, pero ahora la angustia los empujaba a través de los chaquiñanes empapados de amanecer.

Cuando Huarcha acudió, impaciente para prepararla para el sacrificio, había en su interior un caudal lujurioso que esperaba desatar cuando acariciara el núbil cuerpo de la víctima, pero al ver

que Paccha había desaparecido, sus labios se contorsionaron en una maldición y su ojo relampagueó feroz:

-¡Hay que encontrarlos! ¡Los dioses se vengarán si no aplacamos su sed! El brujo corrió con una antorcha encendida, y para los cuatro costados del monte se fueron los hombres armados de venganza; hasta las mujeres y los niños emprendieron la búsqueda, solo el abuelo Isama se quedó, estático mirando al vacío.

Nina se quejaba de que los espinos se prendieran como garras a su cuerpo en fuga, y Gualtaquí seguía corriendo adelante, soportando la tortura de no poder acariciarla con la mirada.

-¡No puedo más Gualtaquí!- clamó sin aliento, mientras en la loca carrera un pedazo de fachalina se desgarraba en una rama.

-Allá descansaremos; ¡corre, Nina, corre!

Guarcha encontró el pedazo de fachalina y ebrio de triunfo gritó enloquecido:

-¡Los agarraremos! ¡Los dioses no serán burlados!

La madrugada comenzó a cantar sobre la hierba áspera. De cara al sol Gualtaquí

se tambaleaba cuando el grito de Paccha desgarró el campo:

-¡Allá vienen! ¡Mira!

Gualtaquí, sorprendido, giró la cabeza y al ver a Nina, el cielo se iluminó partiendo el amanecer como un hachazo. La muchacha desapareció mientras un manantial de agua limpia comenzó a extenderse sobre la planicie. Huarcha, con sus hombres se detuvo ante el sortilegio. Gualtaquí, sosteniendo aún el cordón de cabellos, cayó al suelo, implorando:

-¡Taita, castígame a mí también! ¡Nina se hizo laguna porque yo la robé ¡castígame, taita!

-¡Quédate conmigo, Gualtaquí! Imploraba Nina, lejana y cristalina.- ¡No me abandones!

Convulsionado por el llanto, Gualtaquí extendió los brazos tratando de asirse a la voz amada que suplicaba:

-¡Tengo frío, quédate conmigo!

-Taita, haz que me quede junto a ella para siempre!

Un relámpago cruzó sobre Rey Loma y apareció un frondoso lechero: era Gualtaquí con su cuerpo, convertido en

fibra vegetal, sus músculos hechos ramas recortando el paisaje y sus dedos, hojas en vuelo.

-¡Malditos! ¡Están malditos! Masculló el brujo arrojando la antorcha. Él y los dioses se hallaban satisfechos. Una lluvia nueva danzaba sobre el campo.

Los imbayas aman al lechero, porque fue hombre que desafió a los dioses y se quedó para siempre en el paisaje junto a la líquida doncella que fecundó la región carcomida de sequía. Los españoles la llamaron San Pablo pero su nombre es Nina Paccha: Fuente de Luz.

Eso sucedió hace tantos años que la memoria se debilita al recordarlos; allá, cuando el maíz era la única escala del tiempo y los soles surgían recién formados.

Calle de los obrajes

Implantada la mita de pastoreo; multiplicados los ganados ovino y caprino; lejos de su querida España, en donde podían conseguir los paños y las sedas; los advenedizos invasores muy pronto se preocuparon de utilizar las materias primas textiles (lana, algodón, cabuya) en tejidos diversos y otros artículos. Tal preocupación encontró asidero satisfactorio en las ya

conocidas y muy ejercitadas ocupaciones indígenas relacionadas con la tejeduría. En este oficio no eran novatos; sabían hacer los suyos para sus vestidos; manufacturaban los que ofrecían para vestidos de caciques y mandones; conocían los secretos de una firme tintorería; el terreno humano estaba abonado; los explotadores insaciables se encargaron de organizar la producción en la más alta escala.

Establecieron los **obrajes de comunidad**, en las encomiendas; de cuyo salario pagaban los vencidos su tributo al rey. Cuando quedaban vacantes las encomiendas, ellas se reintegraban a la Corona Real, y sus obrajes, pertenecientes a ella, eran arrendados por los Cabildos, en un principio y, posteriormente, por la Audiencia.

En las estancias también fueron creados los **obrajes particulares**. Unos y otros estuvieron servidos por los mitayos; razón por la cual, esta mita no sólo fue de provecho particular o individual sino que entregó sus beneficios económicos directamente a la Hacienda Real por medios de los obrajes de comunidad.

Había otra clase de tejedores no comprendidos en el servicio de mitas, cuya explicación nos brinda Ulloa, en estos términos:

«Los indios que no asisten a los obrajes, cuando tienen algún tiempo desocupado, después de haber concluido las pesadas tareas que les dan sus corregidores, trabajan para sí en sus propias casas; todas las indias hacen lo mismo cuando tienen lugar para ello; esto, pues, no conviene con lo que se les imputa de holgazanes, pues toda otra nación detestaría el trabajo sabido que cuanto les produce ha de ser para beneficio ajeno y no para propia utilidad».

Productos de los obrajes.- Un error pernicioso ha sido presentado como una verdad cuando, al referirse a los obrajes, nuestros historiadores informan que en ellos se emprendía en la fabricación de tejidos de lana y algodón. Los obrajes, como verdaderas fábricas y centros de concentración de crecido número de mitayos, producían artículos cuya verdadera materia prima podía ser industrializada en el interior de una habitación. Por tanto, dichos centros manufactureros entregaron toda clase de tejidos de lana, algodón, cabuya; manufacturas de lana como sombreros gruesos para los soldados y mechas e hilos de algodón para los arcabuces; alpagatas, sogas y costales de cabuya; pólvora con el salitre; cordobanes, baquetas, pergaminos de cueros.

La variada producción de dicha institución económica la conocemos mejor en la información N° 104 de la **Cibdad de Sant Francisco del Quito**, en 1573, que declara:

«Los tratos y granjerías que hay en la tierra, demás de la labranza y crianza, son mucha cantidad que se hace de quesos de ovejas, vacas y cabras; mantas de algodón; paños blancos, negros y pardos; frazadas, sombreros, gerga, sayal, alpargates y jarcia para navíos; cordovanes y sillas de la brida y ginetas; algodón en pelo, estameñas blancas: Hay mucho lino, aunque las señoras no hilan en aquella tierra».

Hernán Jaramillo Cisneros, acerca del trabajo textil de Otavalo, señala:

Uno de los obrajes más importantes del período colonial fue el **Mayor de Otavalo**, establecido por los encomenderos a finales del siglo XVI; otro obraje importante, localizado en Peguche, fue fundado por la Corona – en 1613 según Robson Tyrer o en 1622 según Javier Ortiz de la Tabla– los dos fueron muy rentables, operaron en forma eficiente y rindieron grandes utilidades.

Cuando Francisco José de Caldas visitó Otavalo, en 1802, en la región

funcionaban cuatro obrajes: **Peguche, Pinsaquí, Laguna y Otavalo**; el padre Amable Herrera, en 1909, dice que «aún se conservan los obrajes del coloniaje en Pinsaquí y Perugache».

José Joaquín de Olmedo

Escritor y político (1780-1847). Nacido en Guayaquil, estudió leyes y fue diputado por esa ciudad en las Cortes de Cádiz españolas (1810). En 1820 fue nombrado presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil. Contrario a la integración de Ecuador en la República de la Gran Colombia, tuvo que abandonar el cargo y el país en 1822. Exiliado en Perú, fue diputado por Puno en el Congreso Constituyente de Lima (1823) y embajador en Gran Bretaña y Francia (1825-1828). De nuevo en Ecuador, fue elegido presidente de la Asamblea Constituyente de Ambato (1835). En 1845 formó parte del gobierno provisional y presentó su candidatura a la presidencia de la República, siendo derrotado por Vicente Ramón Roca (1845-1849).

Entre sus poemas destacan *La victoria de Junín* (1825), en el que cantaba las últimas y decisivas campañas militares de la independencia hispanoamericana, y la *Oda al general Flores, vencedor de Miñarica* (1835), donde aparece también el desencanto ante las luchas

civiles que comenzaban a minar las esperanzas en el futuro de los hispanoamericanos. Murió en 1847 en Guayaquil.

11 de Noviembre

En reconocimiento de servicios, la Junta Superior de Gobierno de Quito, elevó al Asiento de Otavalo al rango de Villa, juntamente con los de Alausí, Guaranda, Ambato y Latacunga, y a las villas de Ibarra y Riobamba, al de ciudad, según decreto del 11 de Noviembre de 1811, «atendiendo la constante fidelidad y amor al orden público con que se han manejado unidas a las deliberaciones de su capital, habiendo manifestado sus leales habitantes su honor y patriotismo en promover y sostener con el mejor celo la defensa de la causa común». En tan acertada medida resplandece la justicia para el pueblo otavaleño, e igualmente para los demás, ahincados por su heroica voluntad en el centro crucial de los acontecimientos que determinaron la organización de la nacionalidad ecuatoriana.

José Estuardo Orbe

Nació en Otavalo en 1905. Perdió a su padre en su edad temprana, era combatiente alfarista en la época más gloriosa de la historia nacional.

Perteneció a un hogar modesto donde reinaba la paz, la pureza, la sobriedad y las buenas costumbres. Su madre le guió sabiamente. La instrucción primaria la recibió en la escuela «Diez de Agosto», los secundarios en el Seminario Menor de Quito y luego en el Normal «Juan Montalvo», donde se graduó como Profesor Normalista en 1932.

Fue profesor de la Escuela Municipal «Espejo», del Colegio Experimental «24 de Mayo», del Colegio Militar «Eloy Alfaro», del Liceo Municipal «Fernández Madrid», de la Universidad Católica, rector-profesor del «Colegio Francés».

En la docencia fue especialista y brillante profesor de Lengua y Literatura. En el Ministerio de Educación fue Jefe Nacional de Educación Secundaria.

Sus estudios profesionales los realizó en el Normal «Juan Montalvo» y en la Universidad Central del Ecuador; estudió también en los Estados Unidos y en Puerto Rico, donde se especializó en Administración y Supervisión Educativa.

Perteneció a las siguientes instituciones: Ateneo Ecuatoriano, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Grupo de Maestros,

Cuadernos Pedagógicos, Academia Ecuatoriana de Educación.

Fue profesor fundador del Colegio «Otavalo», donde de desempeñó como Vicerrector por pocos meses. Una vez jubilado, organizó la Unión Nacional de Educadores Jubilados, cuya presidencia ocupó hasta poco tiempo antes de su fallecimiento. Dejó varias obras inéditas.

Neptalí Ordóñez

No se conocen datos sobre Neptalí Ordóñez, únicamente que ganó un concurso promovido por el Concejo Municipal de Otavalo para la creación del escudo de la ciudad. A este respecto la documentación oficial es la siguiente:

Una de las resoluciones de la sesión ordinaria del 19 de agosto de 1942, dice: «En vista del proyecto de Escudo de la ciudad, presentado por el señor Enrique Garcés U., se resuelve promover un concurso entre los artistas nacionales, creando premios de quinientos, trescientos y doscientos sucres, de la Partida de Reserva, para los tres mejores trabajos que se presentaren f) El Presidente, Alfonso Pérez Pallares; f) El Secretario, Alfonso Cisneros Pareja».

En sesión del 15 de septiembre de 1942 se resuelve enviar los proyectos de Escudo a don Isaac J. Barrera. La comunicación tiene el siguiente texto:

«N° 486.- PRESIDENCIA DEL CONCEJO MUNICIPAL DE OTAVALO, Septiembre 22 de 1942.- SEÑOR DON ISAAC J. BARRERA.- Quito.

A nombre de la Corporación Municipal que presido, me permito solicitar a Ud., muy encarecidamente, que en compañía de los señores Cristóbal Gangotena Jijón, Juan León Mera, Sergio Guarderas, Pedro León Donoso u otros que Ud. juzgue conveniente, se sirvan calificar los proyectos de Escudo de Otavalo los mismos que le remito por paquete certificado.- Conocedor Ud. de la historia local, su geografía, sus industrias, etc., confiamos en que sabrá prestarnos su valiosa cooperación a fin de que hasta el 31 de Octubre venidero, fiesta clásica de Otavalo, tengamos ya el Escudo de la ciudad debidamente impreso.- No estará por demás manifestar a Ud., que el Concejo otorga premios de 500, 300 y 200 sucres para el 1°, 2° y 3° trabajo respectivamente, entre los que merecieren ser premiados.- Por la atención favorable que Ud. se sirva dar a este pedido de la Municipalidad de su suelo natal, me es grato anticiparle el testimonio de mis

agradecimientos.- De Ud., muy atentamente.- f) Alfonso Pérez Pallares.- Presidente del Concejo».

Con fecha 29 de septiembre de 1942, se solicitó la cooperación de los miembros de la Academia de Historia, Cristóbal Gangotena Jijón y José Gabriel Navarro, para que juntamente con Don Isaac J. Barrera «se sirvan dictaminar en los proyectos de Escudo presentados por varios artistas nacionales en el concurso que esta Municipalidad abrió con tal objeto».

La resolución tomada por los tres jueces fue la siguiente:

«Quito, 5 de Octubre de 1942.- Señor Presidente del I. Concejo Cantonal.- Otavalo.- Señor Presidente: En el desempeño del encargo que se sirvió darnos ese M. I. Concejo Cantonal, de actuar como jurados en el certamen que, para escoger el Escudo de Armas que habrá de adoptar esa M. I. Municipalidad, hemos examinado todos los proyectos que nos fueron remitidos, como también el que, autorizados por Ud., presentó ante el jurado el Sr. Neptalí Ordóñez.- De todos los Escudos presentados, el único que se cife a las reglas del Blasón es el ejecutado por Ordóñez. Somos pues del parecer que el proyecto presentado por éste, merece el primer premio y que debe ser ese el

que la ciudad de Otavalo, mediante una ordenanza, adopte por sus Armas.- El proyecto de Leonardo Tejada tiene elementos y composición, pero padece de graves faltas a las reglas del blasón, creemos que debiera adjudicársele el 2º premio.- Los proyectos de E. Diez vienen el tercer lugar. Son artísticos pero no se amoldan a las reglas de la heráldica. Si el Concejo lo tiene a bien, pudiera otorgarle el tercer premio.- Nos abstenemos de apreciar los demás proyectos presentados.- Tal es nuestro parecer, salvo el mejor de ese M. I. Concejo.- f) José Gabriel Navarro.- f) Cristóbal de Gangotena.- f) Isaac J. Barrera».

Sobre el Escudo de Armas de Otavalo, se dictó el siguiente decreto:

EL CONCEJO MUNICIPAL DE OTAVALO

CONSIDERANDO:

Que es de práctica oficial en los Ayuntamientos usar un emblema o distintivo heráldico, característico de la región en que actúan; y,

Que previo un concurso abierto por esta Municipalidad, el señor Neptalí Ordóñez Chaves ha reconstruido un Escudo de Armas que satisface al Tribunal Calificador y al Concejo

Municipal, por estar de acuerdo con los antecedentes históricos de la ciudad de Otavalo y las prescripciones de la Heráldica Española,

DECRETA

Artículo 1º.- Adóptese el Escudo de Armas a que se hace referencia como emblema oficial de este Municipio;

Artículo 2º.- El escudo reconstruido tiene, de gules, el castillo de oro, torreado de uno, fundado sobre montes verdes, entre los que se destaca, a diestra, el volcán Imbabura. A su pie, una laguna de plata y azur, que representa la de San Pablo.

Orla de azur, cargada de siete castillos de plata, representativos de los siete pueblos que estaban bajo el Corregimiento de Otavalo: Cotacachi, Atuntaqui, Urcuquí, San Pablo, Tabacundo, Cayambe y Cangahua.

Monta el Escudo la corona mural de ciudad, en recuerdo de la concesión de tal título por el Libertador Simón Bolívar, el 31 de Octubre de 1829.

Artículo 3º.- El escudo será de uso obligatorio en todas las dependencias municipales del cantón, en sus comunicaciones oficiales.

Disposición transitoria.- El escudo de armas de Otavalo será solemnemente

colocado en el Salón Máximo del Palacio Municipal, el 31 de Octubre de 1943.

Dado en la Sala de Sesiones del Concejo Municipal, en Otavalo, a 8 de Febrero de 1943.

El Presidente
Germánico Pinto

El Secretario
Alfonso Cisneros Pareja

**Don Pedro Ortiz y
Cevallos
(1655 – 1656)**

Fue Corregidor de Ibarra entre 1650 y 1653, función que desempeñó atinadamente, bajo la vigilancia directa del Cabildo, administrando justicia con rectitud, cobrando los tributos con cuidadosa asistencia, sin faltar a ninguna de sus obligaciones, por lo que el Cabildo se dirigió al Conde de Salvatierra, virrey, pidiéndole que sea servido prorrogarle otros dos años.

Sin embargo del cuidado que puso al actuar en Otavalo, por las dificultades con que tropezaban los Corregidores para la cobranza total de los tributos en su extenso territorio, de la liquidación

final salió con un alcance de 478 pesos que pagó por él a las Reales Cajas, el Escribano de Cámara, Capitán Lorenzo Bravo de Pereda, vinculado a Otavalo por haber tomado en arrendamiento el obraje de este Asiento, en 1563, por un período de seis años, comprometiéndose a pagar, anualmente, 54 pesos por cada indio de rayas (tejedor), que debía trabajar cada año 312 tareas. El consumo de lana en este establecimiento industrial era muy apreciable, tanto que, por 1648, Diego de la Chica Narváez, arrendatario del obraje, contrató con los Padres agustinos, Fr. Francisco de la Fuente de Chávez y Fr. Basilio de Rivera, la provisión de 3.000 arrobas de lana, de las haciendas de Cayambe, Cajas y Pichumbuela, en 9.000 pesos.

De la Chica Narváez cedió el arrendamiento a Bravo de Pereda, y al cancelar éste su obligación declara haber pagado la suma de 24.068 pesos —que entonces tenían un valor adquisitivo muy alto—, por los géneros que le entregaron, más lo que correspondía a las Reales Cajas.

Don Hernando de Paredes (1563 – 1568)

Fundador de Quito, y antes lo fue también de la villa de Santiago de Quito, de vida efímera. Su nombre figuró en el sexto lugar del respectivo padrón, después del padre García, del clérigo-presbítero Juan Rodríguez y los soldados Martín Alonso de Angulo, Martín de Mondragón y Melchor de Deza.

Estableció en Otavalo el primer hospital de caridad, del cual hace mención D. Sancho de Paz Ponce de León, quinto Corregidor de Otavalo, en estos términos: «En el pueblo de Sarance, que por otro nombre se llama Otavalo, que es el pueblo más principal de mi corregimiento, hay un hospital, y tiene el dicho hospital más de cuatro mil cabezas de ovejas de Castilla; no hay indio que caya enfermo que quiera ir a curarse a él, porque tienen por abusión, que si entran a curarse allí se morirán luego. Y donde está agora fundado el dicho hospital lo fundaron y sirvió mucho tiempo de casa de corregidores; hízola Hernando de Paredes, el segundo corregidor que hubo allí, en aquellos pueblos, y los religiosos, andando el tiempo, la tomaron para hospital, y su encomendero el capitán Salazar, dio de limosna para el dicho hospital mil ovejas de Castilla».

En el primer instante del ser —dijéramos— del Corregimiento, la presencia de D. Hernando de Paredes, vestido con el

atuendo de los caballeros de la época, puso una nota de singular distinción.

Teniente Coronel Juan Ignacio Pareja

Nació en Otavalo en 1890. Su educación primaria la realizó en su ciudad natal. Inició su carrera militar en las filas de tropa, llegó a ocupar altos puestos: Jefe de batallones de infantería y artillería, Jefe de Zona, Presidente de la Junta Consultiva Militar, Vocal del Consejo Superior de Guerra, Jefe de las tropas constitucionalistas. Actuó en 15 campañas, doce combates y cinco batallas.

Formadas las Guardias Militares ascendió hasta el grado de Jefe de División.

A raíz de la Revolución Juliana fue Jefe de la Junta Suprema Militar (entendemos como Jefe Supremo, Encargado del Poder o Presidente de la República), Gobernador del Carchi, Imbabura y Manabí, Jefe Civil y Militar de Los Ríos, Diputado por la Provincia de Imbabura.

Calle de los Pendoneros

La festividad se celebra en homenaje a San Miguel, patrono del lugar,

coincidiendo este festejo con el santoral registrado en el calendario, el 29 de septiembre.

El ceremonial se lo lleva a efecto en la capilla de San Miguel, ubicada en la elevación de Cuchiloma, a no mucha distancia de la población de San Rafael de la Laguna, del cantón Otavalo.

Participantes:

El sacerdote. – Es nombrado dentro de la misma comunidad, pues es obligación social de todos pasar la fiesta. Son sus compromisos: contratar el ceremonial religioso y la banda de músicos, sufragar los gastos de pirotecnia, comida y bebida. Es ayudado, en parte, por sus familiares y amigos íntimos.

El sacerdote que está pasando la fiesta sale de su casa, con sus acompañantes, llevando en andas las imágenes de la Virgen y la del Espíritu Santo, la de San Miguel se encuentra en la misma iglesia.

Pendoneros.- Delante del sacerdote y de las imágenes va un grupo de indígenas portando banderas rojas, las cuales llevan, sea bordada o agregada a la tela, la imagen de San Miguel Arcángel. Los palos o astas de estas banderas miden entre 2.50 y 3.50 metros de largo y terminan en una cruz, generalmente de

plata o de carrizo. Cada uno de estos portaestandartes se llama «Pendonero».

Músicos.- Delante de los pendoneros, las imágenes, el prioste y sus acompañantes, va el conjunto de músicos indígenas integrada, generalmente, por dos tamboreros y dos pingulleros, quienes no cobran por tocar, pues lo hacen por amistad con el prioste.

Detrás de este grupo van los músicos mestizos, contratados en la misma parroquia de San Rafael o en la vecina de Eugenio Espejo. A estos músicos se los contrata para toda la celebración.

Acompañantes.- Forman este grupo los familiares y los amigos del prioste. Son los que ayudan a portar las imágenes y contribuyen, en algunos casos, a sufragar los gastos de la ceremonia.

Ceremonial.- A medida que los músicos mestizos van tocando, los pendoneros se desplazan delante del grupo en zigzag, haciendo flamear las banderas. Al llegar a la capilla, el prioste y los cargadores de las andas depositan las imágenes de los santos dentro de la iglesia y salen a esperar la llegada del sacerdote que oficiará la misa.

Mientras ello sucede, el grupo se dedica a beber chicha y aguardiente. Los

pendoneros permanecen frente a la iglesia, a su lado se ubican quienes llevan la pirotecnia.

A la entrada de la iglesia se coloca una enorme cruz hecha de *catulos* (hojas que cubren la mazorca del maíz). Al llegar el sacerdote, buena parte del grupo, entre ellos los pendoneros, entra a la iglesia, donde se celebra la misa. Los que permanecen afuera continúan bebiendo chicha y aguardiente.

Terminada la ceremonia religiosa, frente a la iglesia se organiza una procesión en homenaje a san Miguel; además de la imagen del santo homenajeado van las de la Virgen y del Espíritu Santo. El orden de la procesión es el siguiente: delante van los sacristanes, luego los músicos indígenas, detrás los portadores de *palomas* (piezas de pirotecnia), tras ellos viene el prioste, las imágenes de los santos, detrás los pendoneros, tras ellos el sacerdote y sus acólitos, los acompañantes y, finalmente, los músicos mestizos.

Al terminar la procesión, los pendoneros envuelven sus banderas, los coheteros terminan de reventar la pirotecnia y todos se sientan alrededor del prioste y su mujer, para dar comienzo a la comida, consistente en tostado, fréjol, mote y nabos.

Indumentaria.- La indumentaria de los participantes en la festividad no tiene nada de extraordinario, es la misma que utilizan diariamente. La excepción habría que notarla en el sacerdote que lleva puesto en el cuello un pañuelo de color azul o amarillo y un rosario; su esposa, por lo general, lleva un rebozo nuevo.

Pedro Pérez Pareja

Nació en Quito, de los consortes don José María Pérez Calisto y doña Leonor Pareja, el 25 de diciembre de 1819. Se educó en el colegio de San Fernando, de Quito. Hizo varios viajes a Europa. Contrajo matrimonio con doña Manuela Quiñones, el 1° de enero de 1845: tuvo 12 hijos. Desterrado por Urquina, se fue a Europa, y entre el año de 1858 empezó la implantación —primera en la República— de las fábricas de tejidos de algodón, que lo hizo en la Quinta (Otavalo). Invertió en la maquinaria traída de Inglaterra y en su implantación un capital como de 300.000 pesos, que lo obtuvo en parte a crédito, y apenas empezaba a ver el fruto de sus labores, fue sepultado en el terremoto de 1868, en la misma Quinta, que se destruyó totalmente. Murió dejando en la indigencia a su familia numerosa.

Como consecuencia del terremoto de 1868, en la Quinta de la familia Pérez

se destruyó de raíz todo el notable caserío, incluso la espléndida fábrica de tejidos recientemente concluida. Murió en ella su dueño y fundador, D. Pedro Pérez Pareja, y doce personas más; pero sobrevivió entre las ruinas la esposa con todos sus hijos, entre los cuales se hallaron el Sr. D. Fernando Pérez Quiñones, propietario de la nueva fábrica San Pedro, y el menor de ellos, quien llegó a ser obispo de Ibarra, Sr. D. Ulpiano Pérez Quiñones.

Don Pedro Pérez Pareja participó activamente en la vida pública de Otavalo, fue Presidente del Concejo Municipal en 1849 y ocupó las mismas funciones, de manera accidental, en 1850.

Para la instalación de la fábrica de tejidos, se suscribió en Quito, ante el notario Cosme Salazar, en el año de 1858, y se amplió en 1859, una escritura pública, constituyendo una sociedad entre los señores Pedro Pérez Pareja y José María Avilés, el primero vecino de Quito y el segundo de Guayaquil. En agosto de 1867, por escritura celebrada en Guayaquil se disolvió la Sociedad, por la separación del señor Avilés, habiendo quedado como único dueño de la fábrica el señor Pérez Pareja. Este, entregó a su ex socio la suma de veinte mil pesos, que resultó de la liquidación hecha hasta el 30 de agosto de 1867 y

mediante un pagaré garantizado con hipoteca de la misma fábrica de hilados y tejidos de algodón; y de la misma hacienda en que está la fábrica, nombrada «La Quinta», en la jurisdicción de la ciudad de Otavalo, las cuales —declaró el señor Pérez Pareja— no tenía hipoteca ni gravamen de ninguna clase. La sociedad Pareja-Avilés quedó así «fenecida y cancelada». Fueron testigos de la escritura de disolución los señores Francisco M. Lavayén, Nicolás Fuentes y Ramón Mendoza, del vecindario de Guayaquil. Actuó el escribano público, Antonio Darío Maldonado.

De la visita realizada a Otavalo, Friedrich Hassaurek hizo el siguiente comentario:

«Entre Otavalo y Cotacachi se halla la quinta del Sr. Pedro Pérez Pareja, con una importante fábrica de algodón, cuya maquinaria estaba en perfectas condiciones ya que había sido construida por la Paterson de New Jersey. El costo del transporte fue de casi cuarenta mil dólares y muchas piezas se perdieron o rompieron; sin embargo, la máquina trabaja muy bien y su dueño vende todo lo que produce. Pero el costo del establecimiento de la fábrica fue tan grande que cualquier especulación resultaría vana. Cuando los tejedores nativos vieron por primera

vez funcionando la maquinaria en su más ingeniosa complejidad, y vieron que podía hacer en una hora lo que a ellos les tomaba días o semanas, pensaron que era un invento del demonio o que más bien el príncipe de las tinieblas era quien la ponía en movimiento».

Fernando Pérez Quiñones

Nació en Quito, el 14 de Enero de 1894. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de San Luis de Quito, e inmediatamente pasó a cooperar en las industrias de su padre, D. Pedro Pérez Pareja, en las instalaciones de «La Quinta». Después del terremoto, en que fue enterrado, inició sus negocios particulares con un viaje a Lima, donde se inició en el comercio. A su regreso dedicose también de manera decidida a la Arquitectura bajo la dirección del notable arquitecto Mister Reed. A su cargo, y como empresario, hizo reconstruir, durante la administración de García Moreno, el Colegio de los SS. Corazones, y el Hospital de San Juan de Dios en la Capital. Fuese a París, a la Exposición Universal de 1878, y a su regreso dio tal impulso a sus negocios de comercio, que giraban bajo la razón social de Pérez Quiñones Hnos., que pudo emprender en la reinstalación de las fábricas de tejidos que antes había establecido su padre.

Personalmente mandó ejecutar los nuevos edificios en el actual fundo «San Pedro»; hizo los pedidos de maquinaria a los EE. UU. (Paterson), y a los 20 años de destruidas las de su padre, funcionaban correctamente las del hijo, que van en aumento diariamente.

Fue Jefe Político y Presidente del Concejo cantonal de Otavalo.

El año de 1898 asistió como Senador al Congreso; a poco fue desterrado por el gobierno del general Alfaro lo que le dio ocasión de hacer nuevo viaje a Europa, asistió y concurrió con sus manufacturas a la exposición de 1906.

Siempre dedicado al trabajo y a los negocios, ha formado una fortuna notable en el interior, solo con sus esfuerzos.

Se dice que del último viaje a Europa, de donde está de regreso, se ha servido para dar mayor incremento a sus negocios, mejorando notablemente sus maquinarias de San Pedro.

Víctor Alejandro Jaramillo se refiere así a la labor de este importante ciudadano:

No había corrido hasta su término el memorado año de 1868, cuando ya la

población sobreviviente se recogió a su antiguo solar.

Varios sacerdotes dieron mano a la construcción del nuevo templo de San Luis, de tres naves con arquería y ventanales góticos, trazados en forma de cruz latina, cuya cubierta se puso en medio de comunicativo alborozo, en el año de 1890.

Simultáneamente con el cuerpo del templo se levantaba, de acuerdo con los planos y la muy afanosa dirección personal de D. Fernando Pérez Quiñones, la esbelta torre octogonal – victoriosa dirección del espíritu a lo alto – de pétreo base y arquería y columnas de ladrillo, sobria en su concepción, austera en sus líneas, bella en el equilibrio de sus proporciones, de cuatro pisos que rematan airoosamente en una cúpula coronada de una cupulilla de ocho ventanales, en la que se asienta una cruz de hierro.

El enlucimiento de la torre hízose con el mismo reboque cuadriculado, de cemento, de la casa residencial de la quinta «San Pedro», obra del notable arquitecto señor Fernando Pérez Quiñones, ciudadano progresista en el recto sentido de la palabra, por su espíritu de trabajo y sus fecundas iniciativas.

El señor Pérez Quiñones es persona gratísima para los otavaleños, por haber sido un esforzado constructor de varias obras que embellecen a esta ciudad: la torre, el edificio del Colegio «Otavalo» (hoy perteneciente al colegio «Jacinto Collahuazo»), el de la Escuela «La Inmaculada», etc. Por los años anteriores a 1906 dirigía, también, sujetándose a sus propios planos, la reconstrucción del templo de «El Jordán», que había sido averiado por los movimientos sísmicos de dicho año, la construcción no pudo terminar no obstante las insinuaciones que al respecto le hiciera el señor González Suárez, porque ya le faltaba la vista y estaba imposibilitado de tomar el compás y más instrumentos de dibujo, debido a una lastimadura que sufriera en la mano derecha.

¿Cuántos hombres han servido a Otavalo, como sirvió D. Fernando Pérez Quiñones? Eficiencia, desinterés, consagración, he ahí sus títulos. Por justicia, por gratitud y con mayor razón si se toma en cuenta el tiempo que ha transcurrido desde el fallecimiento de este patriarca, el Municipio de Otavalo debe perpetuar el nombre de tan esclarecido personaje, inscribiéndolo con los honores correspondientes en una

calle, una plaza, un edificio público, una institución de cultura.

Vicente Piedrahita

Nació en Daule, el 5 de abril de 1834. Sus padres fueron: el prócer colombiano, José María Piedrahita y la dama guayaquileña Da. Juana Carbo y Noboa.

La educación familiar modeló el espíritu de Vicente Piedrahita, infundiéndole los nobles ideales a los que siempre rindió un fervoroso culto. Su profunda religiosidad, su amor apasionado a la justicia, su altruismo, su altivez frente al atropello fueron sentimientos que calaron profundamente en su conciencia firme y rectilínea.

Hizo sus primeros estudios en Guayaquil y cursó las materias de enseñanza secundaria en el colegio Seminario de la misma ciudad, luego se trasladó a Quito para efectuar sus estudios previos a su ingreso a la Universidad, en el colegio San Fernando.

Vicente Piedrahita, desde su adolescencia sintió una invencible vocación por la labor docente y así compaginó ésta con sus estudios y con

la lectura de los libros más discutidos de la época. «No tenía más de 16 años, cuando ya regentaba los cursos de Humanidades y Filosofía en el colegio nacional de San Vicente del Guayas». Uno de sus biógrafos indica que enseñó adicionalmente en el mismo colegio latín, matemáticas y física. En Quito, además, dictó cursos de francés e inglés, hecho que demuestra la amplitud de su cultura y su esmerada preparación intelectual.

Después de una brillante carrera estudiantil en la que, a más de destacarse en sus estudios, adquirió notoriedad como escritor y poeta, se graduó de Doctor en Jurisprudencia en la Universidad de Quito. Es interesante conocer el certificado que sobre la capacidad del estudiante emitió el catedrático de Jurisprudencia Civil y Canónica: «Aprovechamiento distinguido, conducta irreprochable y un talento tan sobresaliente, que se anunciaba por las personas que concurrieron a los exámenes y a los certámenes que sostuvo, y por los que juzgaron sus trabajos literarios, que llegaría a ser uno de los ecuatorianos más notables por su gran inteligencia, conocimientos y probidad».

En la vida pública Piedrahita fue uno de los principales colaboradores de Gabriel García Moreno. Mas, su altivez

e independencia le llevaron a criticar algunas de las actuaciones del impositivo gobernante al que, por otra parte, fue leal y sirvió con desinterés, teniendo siempre como objetivo, antes que la política partidista, el bien de la nación, manteniendo una conducta acorde con su temperamento rectilíneo y con la firmeza de sus principios.

En el apogeo de su juventud, Vicente Piedrahita inició una carrera diplomática en la que tantos triunfos conquistaría para el Ecuador y que le servirían para cimentar un bien adquirido prestigio. Su sólida formación jurídica, sus profundos estudios sobre derecho internacional, la amplitud de una cultura humanística firme, completaban el marco espiritual de sus claras ideas nacidas en la penetrante visión de la realidad americana de ese tiempo. A más de esto, su intuitiva percepción de los problemas más complejos le facilitaba la solución oportuna y apropiada.

En 1860, por su gran capacidad de jurista versado en asuntos internacionales fue nombrado por el presidente García Moreno como Encargado de Negocios en Chile, en momentos en que el Ecuador mantenía serias disputas territoriales con el Perú y con Colombia. Luego fue nombrado Encargado de Negocios en Bolivia. En estas tareas, Piedrahita fue un

diplomático competente y patriota, pues mostró inteligencia y tino en su delicada misión. Al finalizar sus funciones diplomáticas, García Moreno le designó como Gobernador de la provincia del Guayas, donde realizó humanitaria y efectiva labor para mitigar las desastrosas consecuencias del voraz incendio del 16 de noviembre de 1862. Desde enero de 1863 se le encargó la Subdirección de Estudios, con jurisdicción en todas las provincias de la costa, con resultados positivos por su obra vinculada con la afirmación espiritual de la nación. Con visión de futuro organizó una Exposición Provincial, para impulsar la producción y el comercio. Fue el creador de la Cámara de Comercio de Guayaquil. Reprimió con energía el contrabando que se daba especialmente por Salinas de Santa Elena. Respetó los derechos inalienables de las personas. Renunció a su cargo el 13 de enero de 1864, luego de demostrar responsabilidad, talento e irreprochable conducta, por lo cual recibió el apoyo del gobierno y la estimación unánime de todas las clases sociales del Guayas.

El 6 de julio de 1864 Piedrahita fue nombrado por García Moreno Ministro Residente en Chile y el Perú y Delegado del Ecuador ante el Congreso Americano en Lima, evento donde salvó la dignidad del país y él reafirmó su

prestigio, pues era una reunión internacional de gran trascendencia.

En una época en que un viaje a Europa constituía una verdadera aventura, Vicente Piedrahita viajó a París, donde asimiló las renovadas corrientes del pensamiento universal; pasó a las principales ciudades de Europa, del Asia Menor y del norte de África. Sus visitas a estos lugares son narradas en un estilo fino y ágil, de vocabulario certero y amplio, lo cual le coloca en un lugar destacado dentro de los prosistas del siglo XIX.

En la segunda administración de García Moreno, Piedrahita fue designado como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Perú, en una época en que el problema territorial entre el Ecuador y el Perú eran particularmente difíciles. Esta fue su última misión diplomática, cumplida con sagacidad, entereza e hidalguía.

Luego del asesinato del presidente García Moreno, Piedrahita fue precandidato conservador a las siguientes elecciones, ya que se consideró su poderosa fuerza de voluntad, la nobleza de sus aspiraciones e independencia de carácter, su perspicaz y luminosa inteligencia, sin embargo fue candidatizado y ganó la

Presidencia de la República el Dr. Antonio Borrero.

Separado de la política activa, Piedrahita vivía dedicado a la agricultura en sus haciendas, en especial en «La Palestina», ubicada en la parroquia Colimes. Posiblemente, alternaba su labor con la profesión de abogado, puesto que era renombrado penalista.

Vicente Piedrahita fue asesinado el 4 de septiembre de 1878. En la celebración de sus solemnes exequias, en Quito, Federico González Suárez, dijo: «Noble por la sangre que corría por sus venas, más noble por sus costumbres, de ingenio claro y de palabra fácil, de rica y variada educación, caballero por carácter, franco y sin doblez en su carrera literaria, distinguido entre no vulgares ingenios, íntegro y justo en el desempeño de los cargos públicos, incontrastable en administrar justicia, Piedrahita poseía dotes verdaderamente sobresalientes».

Ing. Pedro Pinto Guzmán

Nació en Otavalo el 16 de noviembre de 1893. En 1910 recibe el grado de Bachiller en Filosofía en el Colegio de Jesuitas, Quito; en 1912, el de Bachiller en Ciencias en la Universidad Central del Ecuador; en 1916, recibe el título

de Ingeniero Civil en la Universidad Central del Ecuador; en 1917, fue nombrado Ingeniero de la Demarcación de la frontera entre Ecuador y Colombia; en 1918, Ingeniero del Ferrocarril Quito-Esmeraldas; en 1922 hace un viaje de estudio de los ferrocarriles en Italia, Suiza, Francia, Bélgica y Alemania; en 1923 lo nombran Director de Obras Municipales de Quito; en 1928, Jefe de Obras Urbanas de la Nación (9 alcantarillados y 60 acueductos); en 1930, Encargado de la Dirección Nacional de Obras Públicas Nacionales del Ecuador; en 1932, Profesor de la Universidad Central del Ecuador; 1933, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Quito; en 1934, Rector de la Universidad Central del Ecuador; Director de la Escuela Politécnica, Quito; hace un viaje de estudios de la organización Universitaria en Sudamérica y Estados Unidos; en 1935 organiza su «Empresa de Construcciones», y realiza la erección del gran monumento al Libertador Simón Bolívar en Quito; construye puentes, edificios públicos y particulares; en 1943 lo nombran Presidente de la Sociedad Ecuatoriana de Ingenieros; Ingeniero-Jefe de la Ambursen Engineering Corporation de Nueva York, para la construcción de la carretera Cuenca-Loja, tramo de la carretera panamericana del Ecuador.

Profesor de Butler University en Indianapolis, Indiana, Estados Unidos.

Miembro de las siguientes asociaciones: Sociedad de Ingenieros Ferroviarios de Italia; Miembro Honorario de la Sociedad Colombiana de Ingenieros; Miembro Honorario de la Cruz Roja del Brasil; Miembro de la Sociedad Geográfica del Ecuador; Miembro de la National Geographic Society de Washington; Miembro de la Sociedad Ecuatoriana de la Cruz Roja; Miembro de la Sociedad Ecuatoriana de Ingenieros. En 1922 fue delegado al Noveno Congreso Ferroviario Internacional en Roma; en 1922 delegado al Tercer Congreso Internacional de la Cruz Roja en Río de Janeiro; en 1937, delegado al Primer Congreso Bolivariano de Ingenieros en Bogotá.

Condecoraciones: Medalla al Mérito del Gobierno de Chile; Comendador de la Cruz Roja Chilena.

Segundo Miguel Pinto Guzmán Tomás Abel Pinto Guzmán

Don Segundo Miguel y don Tomás Abel Pinto Guzmán pertenecen a una familia otavaleña que con su elevado espíritu de

trabajo ha contribuido al engrandecimiento de la industria textil ecuatoriana, con su lema «Al servicio de nuestros compatriotas y por el engrandecimiento de la patria».

En 1913 los señores Segundo Miguel y Tomás Abel Pinto Guzmán inauguran el servicio de luz eléctrica en Otavalo, con el nombre de Compañía Eléctrica Pinto. En 1918 ponen al servicio del público otavaleño el Teatro «Bolívar». En 1921 instalan en Jatunyacu un molino para producir harina de trigo de primera calidad. En 1925 inician la fabricación de tejidos de punto y sus confecciones con maquinaria importada desde Alemania. El 17 de julio de 1928 se produce la primera pieza de lienzo elaborada con hilos fabricados en su propia hilandería «San Miguel», bajo la razón social «Pinto Hermanos», utilizando algodón de la provincia de Imbabura, siendo esta empresa la de mayor importancia y la que constituye la base para el desarrollo de la actual. En 1929 comienza la intervención del señor Germánico Pinto, quien toma a su cargo la venta de los productos que tuvieron magnífica aceptación en todo el país. En 1933 se realiza la primera ampliación de la hilandería y de la sección hidráulica. De 1937 a 1939 se amplía la sección de tejidos de punto y

confecciones con maquinaria americana y alemana.

El 15 de octubre de 1938, el fundador de las empresas, Segundo Miguel Pinto, deja de existir, constituyéndose la razón social *Sucesores de S. Miguel Pinto G.*, bajo la dirección del Ing. Gustavo A. Pinto, del señor Tomás A. Pinto, y a partir de 1944 todos los sucesores confieren la administración general de todas las empresas al señor Germánico Pinto Dávila.

En 1941 se instala la planta eléctrica en el Rfo Blanco; en 1947 se importa un nuevo grupo de máquinas circulares de procedencia americana para producir tejidos de punto en algodón y rayón; en abril de 1948 se inaugura el moderno teatro «Bolívar» de Otavalo, que fuera destruido íntegramente por un voraz incendio.

A partir de ese año la empresa amplía sus actividades a la ciudad de Quito, desde entonces la familia Pinto Dávila se ha convertido en un referente importante del progreso del país, a través del trabajo creativo y honrado en la industria textil iniciada por los señores Segundo Miguel y Tomás Abel Pinto Guzmán.

Enrique Garcés, en 1978, escribe «Los Pinto Dávila, hombres de empresa»:

Nuestros ojos alelados vieron por las calles el primer bombillo eléctrico que en la esquina del barrio relató a las mariposas la biografía de Edison. El primer teatro de la villa en el cual los estudiantes hicimos maravillas orquestales y dramáticas. El primer automóvil rechinante y con aroma bencénico intranquilizador. Las primeras máquinas con voz de misterio que trabajaban la madera como cien carpinteros juntos. El primer molino agitado por electricidad que ofrecía nueva harina para un nuevo pan. Los primeros tornos y otros equipos mecánicos que daban vueltas y vueltas modelando un sinnúmero de materiales. Y entre tanta cosa inicial que poseía no se qué de magia y sorpresa, la primera fábrica textil movida por todo un río al que le incubaron los señores Pinto Guzmán como quien pone un sorbete en una deliciosa naranjada.

Don Segundo Miguel era el autor de toda esta «creación», acompañado de su hermano Tomás Abel, Hércules redivivo y hombre de virtudes ejemplares. ¿Cómo olvidan la figura señera de don Segundo Miguel –nosotros le decíamos que comprobaba la cuadratura del círculo- si es tallo formidable, plantado en Otavalo, de cuya savia y saber brotaría un follaje siempre reverdecido por la superación y el éxito? La

memoria de don Segundo Miguel es de aquellas que tonifica, enseña y mantiene para la juventud el simbolismo de la brújula que señala la meta. El hogar de don Segundo Miguel y doña Matilde Dávila de Pinto fue una cátedra de amor y laboriosidad para formar una familia en cánones de dignificación por el trabajo.

Pisabo

Está ubicado en una estribación de la cordillera occidental al noroccidente de Otavalo. Es un mirador de Otavalo, conocido comúnmente como la «Loma de Pisabo». Tiene una altura aproximada de unos 3.000 metros sobre el nivel del mar.

Alejandro Plazas Dávila

Nació en Otavalo el 01 de diciembre de 1902; sus padres: doña Josefá Dávila y don Manuel Plazas, de quien heredó la inclinación musical. Asistió al Asilo de las Madres de la Caridad y luego a la escuela «Diez de Agosto», donde era Director el eminente maestro Luis Ulpiano de la Torre. No pudo seguir los estudios secundarios ni asistir al Conservatorio Nacional de Música. A los 15 años tuvo que optar por las lecciones elementales de la música bajo la dirección de su padre, que era un buen

músico y dominaba el *bajo*. Lo demás iría aprendiendo en la escuela del autodidactismo.

El 8 de diciembre de 1918, a los 16 años de edad, ingresa como músico de la *Banda de Pueblo*. Su habilidad artística dio como fruto sus primeras composiciones: «La otavaleñita», «A orillas del Lago» y «Fiesta en el camino», sanjuanitos.

El 27 de febrero de 1922 fue nombrado Director de la Banda, sin sueldo, solo por el mérito de este ascenso. Eran 20 músicos que como gratificación cobraban \$ 20,00 que debían ser repartidos entre todos.

Luciano Morales le enseñó la técnica de escribir partituras y leer en nota, así como la instrumentalización. Aprendió a tocar clarinete y guitarra y luego todos los instrumentos que componen una Banda. La primera guitarra fue un regalo de Segundo Cervantes, en 1929.

El 9 de agosto de 1927 compuso la canción «No hay como Otavalo», y el 7 de septiembre de 1932 «Las tres Marías». Organizó la orquesta «Lira Otavaleña», de actuaciones brillantes dentro y fuera de la provincia. En 1933 fue nombrado Director de la Banda de la Sociedad Artística. De 1962 a 1985

fue Director de la Banda Municipal de Otavalo.

El 31 de Octubre de 1971 recibió la Medalla de la Ciudad, en reconocimiento a su vida artística. En 1977 se jubiló, con 40 años de servicio y 75 años de edad.

Sus composiciones comprenden varios géneros musicales, en un total de 200 canciones. Murió a los 82 años de edad, el 16 de septiembre de 1991.

Don Sancho de Paz Ponce de León (1580 – 1582)

Nació en España y se acercó en la ciudad de Quito donde tomó estado con la señora María de Quiroz, hija de D. Francisco Bernardo de Quiroz, encomendero de Tuza, hoy San Gabriel.

Es el más notable y el más conocido de los Corregidores de Otavalo en el siglo XVI, por haber escrito una memoria del distrito de su jurisdicción intitulada *Relación y Descripción de los pueblos del partido de Otavalo*, en cumplimiento de un mandato de la Real Audiencia de Quito. Este documento es abundoso en referencias sobre el territorio de Otavalo, sus características geofísicas, sus pueblos, reparticiones, encomiendas

y encomenderos, población indígena con especificación de sus costumbres, habitaciones, vestidos; riqueza de la región en los tres reinos y un sinnúmero de datos estadísticos de gran valor para el conocimiento de esta comarca.

Vivió en Quito, Otavalo, Caranqui y Tuza (San Gabriel), habiendo heredado la encomienda que en esta última población tuvo su padre político.

Como merecida recompensa por su buen desempeño como funcionario en Otavalo, la Real Audiencia presidida por el Lcdo. D. Pedro Venegas de Cañaverall le proveyó «de seis caballerías para sembrar en términos de Carangue». Es la hacienda de Cochicaranqui. En años anteriores a 1756 fue Cobrador de las demasías de los tributos de Caranqui y su partido.

Don José Posse Pardo (1771 – 1777)

He aquí un hombre que respiraba jerarquía. Ibarra y Otavalo fueron su ambiente. Su actuación satisfizo sobremana a cuantos le conocieron, le vieron trabajar o tuvieron referencia de ello.

Vino primeramente a Otavalo, nombrado por cédula real, el 23 de

diciembre de 1771, a donde había de regresar, por méritos, como Alcalde de primer voto, en 1789.

Sirvió a Su Majestad en el Real Consejo de Guardias de Corps y Compañía Española, durante siete años; estuvo en la campaña de Portugal. El Rey premió sus servicios dándole el Corregimiento de Otavalo y para que viniera a este distrito le concedió el grado de Teniente de Caballería, con agregación a la plana mayor de la Coruña.

En Otavalo construyó una galería en la plaza del Asiento «para que de su procedido se pagase a un maestro de escuela que enseñase gratuitamente a los hijos de los caciques y niños pobres del lugar».

En el carácter de Corregidor, alistó 80 hombres de Otavalo, pagando los gastos de su conducción, para la expedición del Marañón, a órdenes del Comandante José Dibuja, que hizo a Posse Pardo su primer Ayudante de Campo, y para quien solicitó el ascenso a Capitán.

Su desempeño como Corregidor de Ibarra fue aún más fructífero a la colectividad. Nombrado Superintendente del camino a Malbucho, que debía unir a Ibarra con el Mar, aspiración de siglos, eternamente frustrada, puso en marcha esta

gigantesca empresa y llegó a realizarla a pesar de los escasos medios con que contaba. Su entusiasmo, su fervor no conocían límites. Nada le desconcertó: ni la distancia, ni la selva, ni las enfermedades, ni la resistencia de los nativos de esas inhóspitas regiones, ni los odiosos trámites oficiales ante el Rey, el Virrey, el Presidente de la Audiencia, ni la escasez y hasta penuria de fondos para emprender en la obra. Un mar de obstáculos, vencido por su optimismo, por su reciedumbre moral. No parecía un español de camisa de seda y gorguera del siglo XVIII, sino de los rudos y bravos del XVI, vencedores de consuno de hombres y naturaleza.

Tanta decisión necesitaba estímulo. Los funcionarios de la Audiencia, de los Cabildos, los terratenientes de los dos distritos, seculares y religiosos, todos dieron algo, en prorrata, en dinero o en géneros, para principiar el trabajo. Trazada la vía y abierta al tráfico y comercio ¡qué difícil mantenerla! Faltaban colonistas y faltaban fondos para las reparaciones, para entablar pueblitos en el largo trayecto, que sirvieran de abrigo a los transeúntes. Acabaron con ella las lluvias frecuentes, la feracidad de la tierra y el abandono.

Cada uno de los Corregidores trajo algún presente a Otavalo: Posse Pardo, al abrir la primera escuela pública, entrega la mejor dádiva, arrebatando la gratitud de las generaciones.

Protectores de Naturales

El legítimo anhelo del vecindario de hacer de Otavalo un Corregimiento recibió un estímulo indirecto, por intervención del Virrey del Perú, D. Hurtado de Mendoza, al dar poder al Gobernador de Quito, Gil Ramírez Dávalos, «para que nombre persona con vara de justicia en los pueblos, a fin de impedir el maltrato de los indios por parte de los españoles».

El diligente Gil Ramírez Dávalos dio cumplimiento a la orden del Marqués de Cañete, pues con fecha 18 de junio del mismo año nombraba a D. **Francisco de Araujo** con Vara de Justicia para el auxilio de los naturales de la provincia de Otavalo y pueblos comarcanos a ella, dándose referencia nominativa a Tusa, Carangue, Mira, Guaca y Cayambe, y sin mención específica «todos los demás pueblos de naturales, e hasta los términos de la villa de Pasto e Gobernación de Popayán...»

El primer funcionario administrativo de la Corona con sede en Otavalo, nada debió haber tenido de feral, como lo eran

muchos de sus antiguos compañeros de aventuras y guerra, sino más bien sentimientos humanitarios concordantes con la función protectora de la raza desvalida, que sufriera durante más de veinte años muchas humillaciones de sus arrogantes vencedores; más también no le habrá faltado valor moral, entereza varonil, rigor e inflexibilidad para castigar desafueros y mantener a los que fueron sus conmlitones en el puño de la ley.

El cargo era honorífico, pero el trabajo excesivamente ponderoso: casi todas las funciones del gobierno estaban centralizadas en su autoridad; millares de personas esperaban su protección, para la defensa personal, para el cobro de lo justo en los salarios, etc.; las obras públicas debían recibir su iniciativa, su estímulo y ayuda. La remuneración anual de doscientos pesos de oro de buena ley, no era mezquina, por el alto poder adquisitivo de dicha moneda en aquellos tiempos; mas una función tan compleja, confiada a una sola persona, sin otro auxilio que el que ofrecían el Escribano y los caciques, eran para agotar al más fuerte y desalentar al más animoso.

D. Francisco de Araujo andaba ya entrado en años, era de los conquistadores y primeros pobladores de Quito, gozaba de buena fama por su

caballerosidad y rectitud entre los vecinos de la que primero fuera villa y luego ciudad de San Francisco de Quito, donde tomó asiento prefiriendo vivir pacíficamente en aquella ciudad antes que seguir a Benalcázar en sus operaciones por el norte. Por haber tomado en serio la función a él encomendada y conocer la gran responsabilidad que llevaba, cuando se sintió agotado prefirió declinarla ante el mismo Gobernador que le extendiera el nombramiento. Aún no había cumplido dos años de servicio y ya dejaba debidamente organizada la administración en el territorio que poco después sería elevado a la categoría de Corregimiento. Por este hecho Otavalo considera a D. Francisco de Araujo como el fundador de su vida civil; con su presencia, armada de ennoblecedora Vara de Justicia, entra Otavalo, en los primeros años de la Colonia, en el engranaje administrativo de la Audiencia de Quito, con una categoría que sabrá honrar en el decurso de su historia.

Se suceden en el ejercicio de la que desde entonces era codiciada función, D. **Pedro Hernández de Reina**, a quien Gil Ramírez Dávalos nombra con fecha 7 de enero de 1559; y luego D. **Juan de Albarracín**, en noviembre del mismo año. Este nombramiento provino de la

autoridad del nuevo Gobernador de Quito, el «muy magnífico señor Melchor Vásquez Dávila».

Los despachos que se le dieran a Albarracín fijan ya, de modo claro los límites del territorio de Otavalo: «desde Guayllabamba hasta los términos de Pasto y pueblos de ella...»

Puerto Cabello

Ciudad ubicada en el norte de Venezuela, en el estado de Carabobo, en el litoral del mar de las Antillas o mar del Caribe. Sus principales industrias son las fábricas de carne envasada y la pesca; las exportaciones más importantes incluyen café, cacao y derivados del coco. Es uno de los puertos más importantes del país. El apelativo «Cabello» se originó en la época colonial, en la que se decía que el agua era tan calmada en esa zona que un cabello podía ser suficiente para amarrar un barco al malecón del puerto. Es capital del municipio homónimo.

Manuel Rodríguez de Quiroga

Prócer de la Independencia. Nació en La Plata, Chuquisaca (Bolivia) en la segunda mitad del siglo XVIII, murió en Quito el 2 de Agosto de 1810. En su

ñez llegó a Quito con su padre, que fue nombrado Fiscal de la Audiencia. Estudió en esta ciudad. Profesor y Vicerrector de la Universidad de Santo Tomás de Quito. Estuvo casado con Baltasara Coello. Participó en la reunión de los patriotas el 9 de agosto de 1809 en casa de Manuela Cañizares. Se constituyó en el principal apoyo del líder del Primer Grito de Independencia: Juan de Dios Morales. La Asamblea del Pueblo de Quito, celebrada el 10 de Agosto de 1809 le nombró Ministro de Gracia y Justicia, de la Junta Suprema. Cuando se restituyeron las autoridades coloniales fue apresado junto a otros patriotas. El 2 de Agosto de 1810 fue asesinado en presencia de sus hijas, en el calabozo de la Real Audiencia de Quito, por las tropas realistas enviadas desde Lima. La esclava negra que acompañaba a las hijas, también fue asesinada. Fue sepultado en San Agustín.

Quito

San Francisco de Quito es la capital de la República del Ecuador y de la provincia de Pichincha, y la cabecera del cantón homónimo.

Con una población de 1.399.378 habitantes, de acuerdo al VI censo de población y V de vivienda, de 1981. La Plaza de la Independencia en el centro

de Quito se encuentra situada a 2.850 m de altitud sobre el nivel del mar.

La ciudad está situada en el centro de la provincia de Pichincha, en el suroeste de la hoya del río Guayllabamba.

La ciudad tiene el segundo centro histórico más grande de América, después del de La Habana en Cuba, y el más grande de Sudamérica. Los centros históricos de Cracovia en Polonia y de Quito fueron los primeros sitios en ser declarados Patrimonios Culturales por la UNESCO, el 18 de septiembre de 1978.

Señalamos los principales datos históricos de Quito:

6 de diciembre de 1534: Fundación de Quito por un grupo de 205 conquistadores españoles dirigidos por Sebastián de Benalcázar.

8 de enero de 1545: Fundación de la Diócesis de San Francisco de Quito por el papa Pablo III.

29 de agosto de 1563: Se funda la Real Audiencia de Quito.

18 de marzo de 1586: Fundación de la Universidad Central del Ecuador.

10 de agosto de 1809: Primer Grito de Independencia de Quito.

24 de mayo de 1822: Batalla del Pichincha.

25 de julio de 1824: Es fundada la provincia de Pichicha, con Quito como capital.

13 de mayo de 1830: Se crea el Estado de Ecuador, con Quito como capital, al separarse de la Gran Colombia.

Amable Agustín Herrera exalta a Quito, en 1909, en los siguientes términos:

A Quito

¡Salve cuna de héroes, musa de la independencia sudamericana!

El frenético empeño de sacudir la dominación española, cuando España con sus huestes invencibles humillaba la audacia, la fortuna y el talento militar del vencedor de Europa, cuando en los dominios de Indias poseía recursos poderosos para aniquilar tu osadía, enaltece tu nombre a la cumbre de la grandeza.

¡Y tus próceres sellaron con su sangre nobilísima el propósito gigante de romper las cadenas ibéricas!

La idea de Independencia, temerario intento de un puñado de inmortales, cruzó los montes; caldeó con su fuego vivificador los corazones de otros héroes y lanzó a los hijos de América a los campos de batalla resueltos a vencer o morir, a morir o ser libres.

Tu causa fue la de la justicia, y tus pabellones fueron tremolados por el derecho.

Dos genios encarnaron tu idea: Bolívar, Sucre. Ellos, de sacrificio en sacrificio, de batalla en batalla, de desastre en desastre, de victoria en victoria coronaron las excelsas cimas de la libertad.

Un siglo ha transcurrido desde el primer grito que arrojaste a la faz de Ruiz de Castilla, el verdugo de nuestros mártires, grito que conmovió al Nuevo Mundo, cual un hágase del Infinito, y creó cinco Repúblicas.

Así como Colón arrebató el nuevo continente de los brazos de lo desconocido, así arrebataste tú, del dominio de España, ese mismo Continente. ¿Qué gloria, en Sud América, puede equipararse a esta tu gloria?

¿Maldeciremos tu obra, decepcionados, por los acontecimientos luctuosos que se han desarrollado, durante esta centuria? No proviene de ella. Para renegar de patria libre e instituciones democráticas se requiere llevar la frente marcada con el estigma de esclavos.

¡Oh Quito, te saludamos alborozados y sobrecogidos de admiración, como a la inspiración radiosa del gran poema de la emancipación sudamericana!...

¡Seas siempre independiente y próspera, el Arca santa de la libertad y de la civilización del Nuevo Mundo!

Antonio Ricaurte

Nació el 10 de junio de 1786 en Villa de Leiva, en la antigua Nueva Granada, hoy República de Colombia. Estudió en el colegio San Bartolomé de Bogotá. Llegó a Venezuela con el grupo de oficiales granadinos de 1813.

José Félix Blanco, quien lo conoció muy bien, y además estuvo en la batalla de San Mateo, dice en su *Bosquejo Histórico de la Revolución en Venezuela*: «Empapado de la historia de las antiguas Repúblicas, quería que todos fuésemos griegos o romanos. Según él, no se podía ser un verdadero republicano sin acciones heroicas, sin sacrificios extraordinarios. Todos debíamos ser víctimas inmoladas en el altar de la patria. Estas eran sus ideas y conversaciones frecuentes. Por estos antecedentes creemos que el incendio del parque de San Mateo fue una acción de heroísmo premeditada por Ricaurte para inmortalizar su nombre. La

posteridad honrará justamente su memoria».

Antonio Ricaurte se inmoló en San Mateo el 25 de marzo de 1814.

El 25 de febrero de 1814, Boves ocupó la población de Cagua con más de 8.000 soldados, casi todos de a caballo. Bolívar ordenó atrincherar el camino de La Victoria, para impedir el avance del jefe realista hacia Caracas.

Al amanecer del día 28 bajan los realistas de la Punta del Monte y atacan con toda su furia las líneas defendidas por Bolívar y Lino de Clemente. Tras varias horas de combate, Bolívar parece incontenible. En medio del fragor Villapol fue herido mortalmente. Vicente Campo Elías, que venía con Bolívar desde Mérida, también cayó casi fulminado y murió a los pocos días.

Pese a todo, resultó victorioso Bolívar en San Mateo, mientras Boves se alejaba un tanto para curar sus heridas. Bolívar sabía que Boves regresaría. Por eso mandó a Manuel Cedeño para que, con 20 escogidos, fueran a apoderarse del jefe realista en Villa de Cura, donde se restablecía. Pero se frustra el plan.

Ordena el Libertador, entonces, ampliar la defensa hasta la casa alta del Ingenio,

en las alturas. Finalmente, el 20 de marzo reapareció Boves frente a sus tropas, inspirando gran entusiasmo. Atacó de inmediato, pero Bolívar resistió. Reanudó los asaltos los días 22 y 23, pero no consiguió sino mermar sus fuerzas, tras las sensibles pérdidas.

Boves quería hacerse dueño del parque existente en la casa alta del Ingenio, custodiado por el joven granadino capitán Antonio Ricaurte, con apenas unos cincuenta hombres. Entonces ordena una movilización desde la madrugada del día 25, bordeando el cerro donde está la casa alta. La sorpresa dio resultado a Boves, cuyas tropas cercaron la casa del parque, dispuestos ya a tomarla.

Abajo el combate era incesante y sin tregua. Ricaurte, viendo perdido el gran material que tenía a su cuidado, mandó salir a sus compañeros y desalojar de la casa a los enfermos y heridos... esperó justo el momento en que penetrara el mayor número de realistas y con un tizón encendido voló el parque, y con él los que ya habían logrado entrar; aquella acción costó la vida al mismo Ricaurte, pero él estaba dado a ese tipo de acciones heroicas.

El estruendo fue horrible; las llamas se elevaban por metros y el humo, en densos torbellinos, impedía la

visibilidad. Todos quedaron atónitos, patriotas y realistas.

Acto seguido, Boves moviliza sus tropas en retirada, pero no definitiva. Por unos días más mantiene el sitio de San Mateo hasta que, prolongado éste ya por unos cuarenta días, y ante la imposibilidad de rendir a Bolívar, decide el jefe asturiano alejarse de aquel campo donde ha dejado más de 800 hombres, entre muertos y heridos. Los patriotas perdieron noventa de sus oficiales y soldados, entre muertos y heridos.

Vicente Ramón Roca

Vicente Ramón Roca (1792-1858), político, presidente de la República (1845-1849). Nació en Guayaquil. Combatió en las luchas por la independencia y ocupó los cargos de jefe de la policía en su ciudad natal y de prefecto de Guayas. Fue diputado en varias ocasiones de 1830 a 1833 y senador de 1837 a 1839. Tras el movimiento marcista que derrocó al presidente Juan José Flores (1837-1845), el apoyo de la burguesía mercantil de Guayaquil le permitió acceder a la presidencia de la República en 1845. Durante su mandato favoreció la implantación del militarismo nacionalista, que acabaría por imponerse en el país. Murió en 1858 en Guayaquil.

Vicente Rocafuerte

Político e intelectual, presidente de la República (1835-1839). Nacido en Guayaquil, de rica familia criolla, estudió en Francia. Representó a su provincia en las Cortes de Cádiz españolas (1810-1812). Viajó por diversos países y participó en numerosas actividades y proyectos de los patriotas hispanoamericanos entre 1814 y 1822. Fue diplomático al servicio de México en Washington y Londres y participó en la política mexicana, de 1822 a 1829. De regreso a Ecuador, se opuso al presidente Juan José Flores (1830-1834), apoyado por la burguesía de Guayaquil, pero en 1835 pactó con él y accedió a la presidencia de la República. Su mandato se caracterizó por el anticlericalismo, el establecimiento de una severa disciplina y la realización de reformas educativas. Posteriormente, rompió sus relaciones con Flores y se exilió a Lima, donde fue embajador en 1845. Ocupó la presidencia del Senado en 1846 y murió en Lima en 1847. Es autor de numerosas obras, recogidas en los 16 volúmenes de la *Colección Rocafuerte*, publicada en 1947 en Quito.

Francisco Rodríguez

Desde la población de San Pablo del Lago, el prócer otavaleño don Francisco Rodríguez informaba al futuro Mariscal de Ayacucho, con fecha 23 de Mayo de 1822 y con destinación a Los Chillos, del movimiento de tropas realistas por Otavalo, de la prisión de un «Alférez mulato Godo» y de algún otro asunto de interés para el General Libertador.

Fue D. Francisco Rodríguez un ardoroso patriota que venía manifestando desde 1809 su propósito de no rendir en adelante tributo ni vasallaje al rey. Tuvo participación destacada en la sublevación de 1812, suscitada en Otavalo, la cual motivó formal enjuiciamiento de los promotores, por las autoridades realistas. Los declarantes en este juicio sindicaron al patriota Rodríguez «como uno de los que fueron a quitar el pliego en unión de D. Joaquín Vinuesa, y que condujeron presos a esta cárcel al sargento y demás soldados que lo llevaban».

Simón Rodríguez

Simón Rodríguez (1771-1854), filósofo y educador venezolano, maestro y orientador de Simón Bolívar. Nació en Caracas el 28 de octubre de 1771. Sus métodos de enseñanza eran originales y

sus ideas de libertad plena no encajaban en la mentalidad de su época. Desde muy joven, Rodríguez tuvo ideas revolucionarias. Al debelarse la conspiración de Manuel Gual y José María España (julio de 1797), emigró a Jamaica, lugar en el cual aprendió el idioma inglés; luego se instaló en Europa, donde se dedicó al estudio sistemático de lenguas como el francés, italiano, alemán, portugués, y a profundizar en las ideas filosóficas de Thomas Hobbes, de Charles-Louis de Montesquieu Jean-Jacques Rousseau o Voltaire, las que, más tarde, intentó transmitir a su antiguo alumno Simón Bolívar, cuando coincidió con él en París. Juntos suben al Monte Sacro, en Roma, y ante el maestro el joven discípulo juró la libertad de su patria (15 agosto de 1805). En 1823, el Libertador le nombró director de Instrucción Pública y Beneficencia de Lima. Bolívar, que lo estimó en alto grado, lo llamó 'el Sócrates de Colombia'. Sus proyectos sobre educación eran verdaderamente renovadores. Murió en la indigencia en la aldea peruana de Amotape, el 28 de febrero de 1854. Sus restos reposan en el Panteón Nacional de Caracas desde 1954.

Gonzalo Rubio Orbe

Gonzalo Rubio fue el maestro desde la escuela primaria hasta la enseñanza

universitaria. Conocedor de las parcialidades indígenas de su cantón de origen, con la ayuda del idioma quichua que dominaba, realizó estudios del indio americano. Y escribió sus obras denominadas «Nuestros indios», «El indio en el Ecuador», «Aculturaciones indígenas de los Andes», «Punyaró» y «Aspectos indígenas».

Como investigador paciente, con claridad meridiana, es autor de las siguientes monografías: «Rumifahui, Ati Segundo», «Eugenio de Santa Cruz y Espejo» y «Luis Felipe Borja». Y como valiosa y significativa contribución para el perfeccionamiento del maestro ecuatoriano, su copiosa y exuberante pluma dejó las siguientes obras: «Aspectos educativos», «Educación Fundamental», «La Alfabetización», «La Educación en el medio rural», entre otras.

Sus títulos profesionales fueron: Profesor Normalista y Doctor en Ciencias de la Educación. Conoció durante varios años el problema indígena de América, razón por la cual, con suficiente preparación, desempeñó el alto cargo de Director del Instituto Indigenista Interamericano, con sede en la ciudad de México.

Investigador incansable, hombre de letras y de gran experiencia, figuró, ciertamente, entre los grandes maestros, en los últimos decenios. Por eso, cuando dejó de existir el ilustre maestro y escritor don Emilio Uzcátegui García, Presidente de la Academia de la Educación, Gonzalo Rubio Orbe fue el nuevo presidente con el beneplácito de todos los maestros académicos.

Hasta en los últimos momentos de su vida, poco antes de hospitalizarse, emitió su acertado criterio sobre la reforma curricular que el Ministerio de Educación desea llevar a la práctica para el mejoramiento de la educación preescolar, primaria y secundaria. En el programa *Controversia*, de Radio Quito, frente al Ministro de Educación, Fausto Segovia, el doctor Rubio expresó: «La Reforma es muy ambiciosa, de grandes objetivos; ojalá lleguemos al próximo siglo con esta realidad y para su mayor pragmatismo se debe dar paso a su ejecución por etapas. Es una reforma legal que incorpora al sistema de los diez años, con todos los ciclos previstos y deberá ser aplicada con planes inmediatos, mediatos y a largo plazo. Y esto va a demandar más edificios, más material de educación y más maestros».

Nació en Otavalo en 1909 y murió en Quito el 22 de octubre de 1994.

Manuel María Rueda

Es el artista extraordinario y de mayor relieve en los anales de la historia local. Nace en Otavalo hace más o menos 70 años (aproximadamente en 1870). Sus padres fueron don Nicolás Rueda y doña Encarnación Raza. Su humilde infancia es la proyección clara de su procedencia sencilla. Su padre era mayordomo de la «Quinta», muy estimado por sus patronos, los señores Moncayo. En don Manuel María, desde muy niño se vislumbraba el artífice en germen. Ya en plena juventud y con el auxilio de una magnífica biblioteca que había adquirido a costa de grandes privaciones, fue destacándose como un genio. Su obra artística es prolífica. Discípulo de don Manuel Salas (por el corto tiempo de tres meses) en el arte escultórico y de don Luis Garzón en el pictórico, fue perfeccionándose en sus disposiciones. Inicia sus trabajos en madera para luego darles forma y vida al yeso y al bronce. Su nombre ya atrajo la atención de muchas personas de viso político. «El señor Julio Andrade, admirado de su habilidad le trajo a Quito, que sus principales protectores han sido el señor don Abelardo Moncayo y el señor Juan León Mera; y que sus ansias de aprendizaje solo vinieron a realizarse cuando hace dos años llegó a la escuela de Bellas Artes,

el maestro de escultura señor don Libero Valente, de quien ha llegado a ser el más hábil y el primero de sus discípulos», según datos de la *Monografía* de Amable Herrera.

Como alumno distinguido de Valente, supo reemplazarle en su cargo, cuantas veces este necesitaba ausentarse de Quito.

Pero el señor Rueda a pesar de haber dado pruebas reiteradas de su arte en sus expresiones más profundas, era un valor casi incógnito por el egoísmo de quienes veían en él a un rival poderoso, y porque el arte, así como la ciencia, se creía hasta entonces que era patrimonio exclusivo de quienes llevaban en sí la sangre ibera de los conquistadores. Con razón en doctor Amable Herrera se expresa de él en la forma siguiente: «Don Manuel María Rueda no es un aristócrata de la sangre: pertenece a la más encumbrada aristocracia: a la del talento». Doña Zoila Ugarte de Landívar y otros intelectuales se comisionaron, desde la prensa, de exaltar los blasones artísticos del señor Rueda.

Hoy se halla en Roma. Esto es desde cuando el Gobierno de Eloy Alfaro, en su última administración, le otorgó una beca para que fuera a perfeccionarse. Cancelado el apoyo del Estado, resolvió quedarse allí, en donde ha abierto un

taller y ha formado su hogar. De vez en cuando aflora con indecible cariño a la tierra nativa. Y volvería de estar seguro que su arte le suministrara los medios para sus necesidades cotidianas como las tiene en aquellas urbes privilegiadas.

En 1904 recibe «una medalla de bronce por un grupo tallado en madera, que representa la República y las Artes». En julio de 1907 obtiene el primer premio en un concurso abierto por la Academia de Bellas Artes de Quito. En Italia, en un certamen nacional, se adjudica el primer premio por sus trabajos decorativos para el monumento del Rey Humberto. Esto da la oportunidad para que sus talleres fueran visitados por muchos exponentes del arte italiano.

Sus obras se hallan diseminadas en Otavalo, y algunas pasan como anónimas. El señor Luis Garzón guarda con suma religiosidad una reliquia de arte, un Cristo, trabajado antes de que partiera a perfeccionarse en Quito, cuando ya dio muestras de ser «un artista consumado». Es una maravilla de obra porque alcanza la suprema expresión de dolor del Divino Asceta.

Juan de Salinas

Prócer de la Independencia. Nació en Sangolquí (Prov. Pichincha) el 24 de noviembre de 1755, falleció asesinado

en Quito el 2 de agosto de 1810. Hijo de Diego de Salinas (español) y de María Ignacia de Zenitagoya y Tena. En 1777 se enroló en el ejército realista de la Audiencia de Quito. El 14 de noviembre de ese año participó en la represión del levantamiento indígena de Otavalo. Entre 1778 y 1779 cumplió misiones militares en la región amazónica del país. Luego estuvo en los destacamentos Guayaquil y Quito. El 25 de diciembre de 1808 participó en la reunión de los patriotas en la hacienda del valle de Los Chillos del Marqués de Selva Alegre, sin embargo, por sus comentarios posteriores al sacerdote Andrés Torresano, las autoridades llegaron a saber de la conspiración por lo que el 1° de marzo de 1809 fue apresado y poco después otros patriotas; debido a la pérdida del proceso y falta de pruebas recuperaron la libertad. En la noche del 9 de agosto de 1809, participó en la reunión efectuada en casa de Manuela Cañizares. La Asamblea del Pueblo de Quito, celebrada el 10 de Agosto de 1809, le reconoció el grado de Coronel y le designó Jefe de la fuerza militar compuesta por una falange compuesta de tres batallones de infantería sobre el pie de ordenanza y montada la compañía de granaderos. Estuvo casado con María de la Vega. A consecuencia de las contradicciones internas, el movimiento patriota se debilitó y restableció la administración del Conde Ruiz de Castilla, por lo que el 17 de noviembre renunció. El 4 de diciembre fue apresado

junto con los demás patriotas. El 2 de Agosto de 1810 murió en la masacre perpetrada por las fuerzas realistas enviadas de Lima. Fue sepultado en la iglesia de San Agustín.

General Juan José Sánchez de Orellana (1717 – 1722)

Es hijo del Marqués de Solanda, Don Antonio Sánchez de Orellana. Los despachos le vienen del Rey, quien abre el período corriente de dos años a cinco, para que representándolo a él administre justicia en Otavalo. No buscaba una privanza, no había hecho antesala en Madrid ni en Lima, para pedir una merced. Era uno de los tantos caballeros que gustaban entrar en el servicio del Rey para compartir honores y, también, responsabilidades.

La cédula real se había expedido a favor de su padre, en Zaragoza, el 1° de mayo de 1711, para que sucediese a D. Cristóbal de Gijón, pero con facultad de que si por algún defecto o impedimento no pudiese servirlo por su persona, pudiese nombrar otro en su lugar que lo ejerciese por el mismo tiempo de cinco años. El Corregidor de Latacunga, D. Pedro Javier Sánchez de Orellana otorgó poder a Domingo Fernández Gudifo para que rinda fianza de 8.500 pesos en

la Real Hacienda, con miras a que su hermano Juan José entre al ejercicio del referido cargo.

En 1735 desempeñó la Alcaldía provincial de Quito y en 1738 se le confirió la Gobernación de Quixos, Macas, Sumaco y Canelos, del distrito de Quito.

Don Juan José Sánchez de Orellana es uno de los grandes Corregidores de Otavalo.

Pasaje Joaquín Saona Sandoval

Nació en Otavalo en 1875. A temprana edad inicia su actividad de servicio a su ciudad natal en el campo de la docencia, bajo la destacada dirección de don Alejandro Chaves Guerra.

Ejerció las funciones de Tesorero Municipal con gran responsabilidad. Una multitudinaria asamblea lo aclamó como Presidente de la Junta Patriótica Pro-ferrocarril Quito-Ibarra, en donde su acción dinámica, inteligente y mancomunada con todas las fuerzas vivas de la ciudad es ampliamente reconocida.

Fue concejal en varios períodos y Presidente del Concejo Municipal de

Otavalo en 1899, 1910, 1917-18, 1920-21, cuando para ocupar esas funciones solo pesaba la jerarquía moral de los ciudadanos. Sus proyectos y realizaciones merecieron el reconocimiento general. Por muchos años fue Jefe Político del cantón.

Con distinción y acierto desempeñó la función de Cónsul *ad honorem* de Colombia, designación en la que demostró, como en todas las que le fueron encomendadas, su acierto, desinterés y su exquisito don de gentes.

Convencido que la zona de Íntag era de perspectivas promisorias, por la riqueza de su producción agrícola, promovió un movimiento cívico para la construcción de una vía a esa región, por ello fue nombrado Presidente de la Junta Autónoma Pro-carretera Otavalo-Íntag.

En pleno servicio a su ciudad como Jefe Político y en cumplimiento de una comisión ante el Gobernador de la provincia, la fatalidad cegó su vida en un doloroso accidente de tránsito, el 26 de febrero de 1941.

Avenida de los Sarances

En la **Relación y descripción de los pueblos del partido de Otavalo,**

encontramos la siguiente referencia sobre *Sarance*:

«En el pueblo de *Sarance*, en dos días de abril de este año de ochenta y dos [1582], en cumplimiento de lo mandado por la Real Audiencia de la cibdad de Quito, que es en los reinos del *Pirú*, yo Sancho de Paz Ponce de León, corregidor y justicia mayor del partido de *Otavalo*, habiendo visitado todos los pueblos del dicho mi corregimiento y habiendo visto las calidades dellos, hice por escrito la relación siguiente:

1. Primeramente, hay en el dicho mi distrito los pueblos siguientes: En el repartimiento de *Otavalo* hay siete pueblos, que se llaman *Sarance*, que es el principal dellos, *San Pablo de la Laguna*, *Cotacache*, *Tontaqui*, *Urcoqui*, *Las Salinas*, que por otro nombre se llama *Tumbabiro*, y el pueblo de *Inta*. Son todos de la encomienda del capitán Rodrigo de Salazar. Hay en ellos tres mil y cien indios viejos y casados; los dos mil y trescientos y sesenta son tributarios. En cada uno destos pueblos hay una iglesia y dotríanlos seis frailes de la Orden de San Francisco...»

La etnohistoriadora Chantal Caillavet, en su estudio sobre la ubicación del pueblo de *Otavalo* prehispánico, dice lo siguiente:

«La confusión entre Sarance y Otavalo, o mejor dicho, el uso del topónimo Otavalo aplicado al pueblo de Sarance, se debe achacar a los colonizadores españoles. Dice un español en 1579: ‘Sarance que se llama comunmente Otavalo’; otro español es aún más preciso en la misma fecha: ‘los españoles nombran y llaman el dicho pueblo Otavalo siendo como es Sarance en la lengua de los yndios de Otavalo.»

«En 1579 también, se realiza una ‘visita quenta y descripcion de los yndios naturales...del repartimiento del Capitan Rodrigo de Salazar’: en la lista de los pueblos, se nombran en el siguiente orden, ‘Otavalo, Çarance, San Pablo...’ etc...Prueba sin remisión de que Otavalo y Sarance son dos

*asentamientos distintos,
separados».*

Y en estilo poético, Gustavo Alfredo Jácome añade:

Sarance

Es un rincón histórico el asiento de Sarance, el Otavalo aborígen. Al Norte de la actual ciudad, abierto a los cuatro cielos, está guardado por cinco tolas.

Cada una tiene su encanto: verdeoro, la una, rediviva ya del mal del verano; labrantía esta otra, en cuyos surcos aparece, en hilillos paralelos, el verde incipiente de la siembra adelantada; esta, toda trémula en azul de los retoños de eucaliptos; esa, recamada del verde tierno del arvejal, goteado por doquier de néctar rosado y blanco; aquella, de recuestos más suaves, dorada de grama seca, en la que pace un rebaño.

En esta tarde de septiembre, mi pensamiento, de mano de la fantasía, va hacia los tiempos idos, para contemplar el paisaje de la Sarance india, en evocación cariñosa.

Y desfilan por mi ensueño la esquila hermosura de las mujeres indias; la arrogancia de sus hombres, recios de fibra y espíritu, como haciendo honor a la etimología del nombre de su

parcialidad –Sarance, «Pueblo que está de pie»-, el femenino encanto de la llama, hecha flor de sangre en el gran holocausto; los ritos de la deidad de Imbacocho; el clamor de los pífanos épicos y tambores de guerra; las hogueras que vigilan en la noche con sus ojos de lumbre...

Ya vuelto a la realidad, al filo de la noche, una flauta india, desde la penumbra, entenece el paisaje de luna.

Ing. Alberto Suárez Dávila

Nació en Otavalo en 1896. Estudió el bachillerato en el Colegio «Mejía» y se graduó de Ingeniero Civil en la Universidad Central. Realizó estudios de especialización en Chile. Aprovechó su estadía en ese país, para seguir estudios de aviación, siendo el pionero de la aviación civil en el Ecuador.

Se registra su nombre entre los fundadores del Partido Socialista Ecuatoriano, junto a Luis F. Chávez, el novelista Terán, los hermanos Zambrano Orejuela, Carrera Andrade, Colón Serrano, Ángel Felicísimo Rojas.

Representó a Imbabura y al Partido en calidad de Diputado en la famosa Asamblea Constituyente de 1938, en donde su actuación es descollante, con

su palabra autorizada e inteligente, logró la creación del Instituto de Previsión Social. En la provincia puso su empeño en la vialidad, presentó el proyecto de cantonización de Antonio Ante y lo consiguió.

Desempeñó las siguientes funciones públicas: Director de las carreteras del Carchi, por la Corporación de Fomento, Director de la carretera Pasto-Popayán, e Ibarra-Tulcán, Miembro de la Junta de Embellecimiento de Quito, Director Nacional de Obras Públicas, Director General del Ferrocarril Quito-Esmeraldas, Fundador de la Escuela de Economía de la Universidad Central, Profesor de la Universidades de Quito y Pasto; en Otavalo dirige el alcantarillado y construye los edificios de la estación del ferrocarril y de la Colonia de Recuperación Física, donde antes funcionó el Colegio «Otavalo».

Como ajedrecista consiguió el campeonato nacional vendado los ojos, jugando simultáneamente contra once jugadores capacitados.

Francisco Javier Suárez Veintimilla

Nació en Otavalo en 1895. Inició sus estudios en el Asilo de Niños del colegio La Inmaculada, de Otavalo, de 1899 a

1901, cuando su familia se trasladó a vivir en Ibarra; continuó en el colegio San Diego, de esa ciudad, y luego en el San Gabriel, en Quito, para finalmente graduarse como Bachiller en Filosofía en el colegio nacional San Alfonso, en Ibarra. Ingresó a la Universidad Central, como alumno de la Facultad de Ciencias; en un año ganó los dos preparatorios y obtuvo el título de Bachiller en Ciencias.

En 1917 ingresó a la Academia de Caballería de Valladolid, en España, donde fue estudiante modelo, por lo cual el rey Alfonso XIII le otorgó la Cruz Blanca al Mérito, en 1921. Al terminar sus estudios, en abril de 1922, fue nombrado Alférez Honorario del Ejército español y destinado a Marruecos, donde España mantuvo por algunos siglos gran presencia colonial. Participó en la batalla de Beni-Arós, donde murió heroicamente, el 19 de junio de 1922.

El Congreso de los Diputados de España le rindió un homenaje especial, donde se dijo que «no hace muchos días se realizaba un combate en la cabila de Beni-Arós. Fue una lucha durísima y... una de las víctimas de la lucha fue D. Francisco Javier Suárez Veintimilla, quien en la primera línea, animando a las tropas, con una bravura digna de un poema, cayó bajo el fuego enemigo. Dos días después era recobrado el cadáver.

El noble soldado fue cubierto, en el acto del sepelio, con dos banderas: la española y la ecuatoriana.

La Academia en la cual se formó también le rindió homenaje póstumo. Allí se dijo: «estuvo siempre a la cabeza de su promoción y era citado por sus profesores como modelo por su amor al estudio y a la disciplina. Era un perfecto caballero, era un hidalgo ejemplar. Su majestad el Rey, enterado de estas circunstancias, regaló un retrato con entusiasta dedicatoria al digno ecuatoriano...»

Mariano Suárez Veintimilla

Nació en Otavalo en 1897. Abogado, periodista y político. Hizo sus estudios primarios en la escuela Seminario Menor de Ibarra, los secundarios en el Colegio «San Gabriel». Optó por el título de abogado en la Universidad Central del Ecuador. Periodista de oposición a los gobiernos liberales. Por varios años se dedicó a la agricultura. Fue concejero y Presidente del Concejo Municipal de Ibarra. Diputado por Imbabura. Ingresó al Partido Conservador en 1926, donde llegó a ser su Director. Director del Diario «El Debate». Consejero de Estado. Representó a su Partido en la Alianza Democrática Ecuatoriana. Ministro de

Agricultura y luego del Tesoro en uno de los gobiernos de Velasco Ibarra. Presidente de la Convención de 1946-47, la cual lo eligió como Vicepresidente de la República, desde este sitio asumió la Presidencia de la República, como culminación de la campaña constitucional contra el golpe de estado organizado por el coronel Carlos Mancheno Cajas. Ostentó algunas condecoraciones nacionales, españolas y de la Santa Sede.

Sublevaciones indígenas

Se ha caracterizado a la sociedad indígena como dependiente, y su historia como la de un pueblo colonizado. La conquista española, como proceso de expansión política y económica de la Europa post-feudal, enfrentó violentamente a dos sociedades y se constituyó en un elemento formador de una nueva relación, por la que a la población indígena le fueron adscritas funciones específicas, es decir subordinadas a los que detentaban el poder. Esta connotación explica la transformación de la conquista militar en un sistema colonial. El grupo conquistador, como en toda situación colonial, trató de mantener la hegemonía sobre la masa conquistada. La población indígena fue así encuadrada por un conjunto de leyes, normas, restricciones y

prohibiciones que se fueron acumulando durante tres siglos de coloniaje. En beneficio de los colonizadores fueron determinados el régimen de tierras de la población aborigen, su gobierno, su tecnología, su producción económica y aun sus patrones culturales.

No toda la sociedad indígena aceptó pasivamente la imposición de una relación colonial, aunque los mecanismos de defensa empleados fueron diferentes y variaron desde la aniquilación suicida y huida a regiones inhóspitas, hasta la oposición armada contra los invasores.

El rápido asentamiento de los dominadores europeos no excluye intentos regionales de emancipación, los que sin embargo en ningún momento alcanzaron a unificar en un frente común a la totalidad de la población indígena... Las sublevaciones del siglo XVI pueden considerarse todavía como confrontaciones dentro de la contienda general que ocasionó la agresión española y como conflictos determinados por una acción defensiva contra la conquista. Por su parte el siglo XVII presenta dos clases de confrontaciones: las numerosas que se desarrollaron en las zonas «fronterizas» de conquista (regiones selváticas de la cuenca del Amazonas y del Litoral) y las protestas de los indios del Altiplano

contra las instituciones del régimen colonial ya establecido. Es el siglo XVIII el que presenta el conjunto más numeroso y homogéneo de movimientos subversivos indígenas, los que inauguran una tradición de rebeldía, que rebasará hasta la era republicana.

La cédula Real de 1776 El proyecto de realizar un censo general de población, decretado por Cédula Real fechada en San Lorenzo el 10 de noviembre de 1776, tenía como propósito posibilitar un exacto control y eventuales correcciones a los datos transmitidos por el gobierno civil, y utilizar la burocracia eclesiástica, más centralizada y eficaz especialmente en lo referente a pequeñas unidades territoriales, en las que el encargado de realizar el empadronamiento a nivel local era el cura, sujeto más experimentado en la elaboración de registros y padrones que los caciques y alcaldes subordinados a la autoridad del corregidor. La citada Cédula, en su redacción destinada a los arzobispos y obispos de América y Filipinas, determina que: «hagan formar exactos padrones con la debida distinción de clases, estados y castas de todas las personas de ambos sexos, sin excluir los párvulos». Cabe anotar el interés del gobierno no solo en conocer la población en un momento determinado, sino especialmente el desarrollo

demográfico y sus tendencias, como factores importantes en el crecimiento de la economía colonial.

El obispo de Quito, Dr. Blas Sobrino y Minayo, quien realizó su entrada solemne en la capital de su nueva diócesis el 18 de septiembre de 1777, ordenó, un mes después de su arribo a Quito, que se iniciara de inmediato la elaboración de los padrones parroquiales. Con fecha 11 de octubre de 1777 comunicó el Prelado al Vicario de Otavalo el contenido de la Real Cédula, con el encargo de que todos los curas del corregimiento formasen los padrones respectivos de sus parroquias y doctrinas, operación que debería repetirse todos los años, anotando además el aumento o disminución en cada estado, para una vez concluidos enviarlos anualmente a la sede episcopal. Esta medida irreflexiva del novel obispo de Quito desató una de las sublevaciones más extensas en el territorio de la Audiencia.

El rumor, que se propagó rápidamente, que el censo tenía como propósito «poner la Aduana y hacer la numeración» dio inicio a la sublevación de los indios de Cotacachi, el domingo 9 de noviembre de 1777. Antes de la misa, varias mujeres indígenas divulgaron la noticia de que durante la ceremonia religiosa se iba a leer un

papel sobre la aduana, a lo que había que oponerse. Pocas horas después del motín en la iglesia de Cotacachi llegaron las noticias sobre el mismo a Otavalo. El corregidor, Joseph Posse Pardol, de inmediato organizó un grupo de ciudadanos para que custodiasen el Asiento. El 10 de noviembre se inició el levantamiento en Otavalo, que se extendió a Peguche y Pinsaquí. En lugares aledaños a Otavalo, mientras tanto, se extendía la convocatoria con gritos, música de tambores y de «churos», especialmente ruidosos en el barrio de Monserrate. La turba exaltada por la sangre —pues ya había varios muertos— y el alcohol incendió algunas casas, entre ellas la de Joseph de Jijón, así como el obraje perteneciente al Marqués de Villa Orellana. Fueron destruidas y saqueadas sus pertenencias, sin exceptuar las casas de los sirvientes, los siguientes obrajes: de Otavalo, cuyo propietario era el Marqués de Villa Orellana; de Peguche, perteneciente a Miguel de Jijón y arrendado por el Marqués; y el de la Laguna, bajo la administración de Temporalidades. Entre las haciendas: Pirugue, Guasaque, Sigsicunga y las quintas Pensaque y Quinchuque, todos bienes inmuebles de Villa Orellana; Agualongo del Rey, administrada por Temporalidades; San Xavier, propiedad de Ramón Maldonado; y Pisabo del presbítero Xavier de la Guerra. Especial interés

mostraron los indios en saquear e incendiar las moradas de los españoles y mestizos, entre ellas las residencias de Joseph de Jijón y del Marqués de Villa Orellana, así como la casa que utilizaba el Corregidor para su habitación: todas fueron despojadas de sus alhajas y menaje, y sus papeles incendiados. Los domicilios de Ramón Maldonado, cobrador de tributos, de Christóbal Xaramillo, administrador de los bienes del Marqués de Villa Orellana, mayordomo de la cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe y tesorero local de la Bula de la Cruzada, de sus parientes Antonio y Manuel, de Juan Francisco de Ortega, vendedor de papel sellado, de Manuel de La Rea, asentista del Ramo de Tabacos para el corregimiento de Otavalo y villa de Ibarra, y de otros, fueron saqueados y destruidos: en total 18 casas, sin contar las que tenían techumbre de paja y que servían de morada a los domésticos, o eran oficinas anexas. Entre las casas pajizas incendiadas se incluyeron las de los caciques Suárez, Peruque y Chuquillanqui. Además de los saqueos en los obrajes, no se debe pasar por alto el hecho similar en las tiendas de mercadería pertenecientes al Marqués de Villa Orellana y Manuel de La Rea, así como en la pulpería a cargo del arrendatario Joseph de Jijón.

El presidente de la Audiencia de Quito, Joseph Diguja, llegó a Otavalo procedente del pueblo de San Pablo, cuando ya el Asiento estaba enteramente pacificado. El 26 de noviembre ordenó que se inicie la sumaria sobre los delitos cometidos en Otavalo; esta incluye las declaraciones de cinco testigos y las confesiones de 26 inculpados. Los caciques de las parcialidades de indios pertenecientes al asiento de Otavalo no pudieron proporcionar información alguna sobre los sucesos pasados, por «haberse hallado ausentes en los montes prófugos y ocultos con el temor de que los indios sublevados les diesen muerte a causa de ser dichos caciques los que recogen y apuntan para que paguen los tributos a los respectivos cobradores y haberlos amenazado públicamente en el furor de la sublevación... por lo que pareció inútil el examen judicial de estos».

Las sentencias dictadas contra los indios que participaron en el levantamiento fueron: «...a **Antonio Sinchico** se le corte el pelo, se le den cien azotes en la picota y sirva toda su vida en el obraje de San Ildefonso. Y aunque se le debían confiscar sus bienes usando de piedad no lo ordena su señoría para que gocen sus hijas con exclusión de los varones en pena de su infidelidad. A **Francisco Sinchico** se le cortará el pelo, se le darán

cien azotes y será desterrado al pueblo de Íntag para toda su vida. A **María Pijal** se le raparán la cabeza y cejas y será encoresada y emplumada. A **Marcelo Talaco, Baltasar Pillaño** y a **Marcelo Amaguaña** se les cortará el pelo, se les darán cien azotes y servirán un año en algún obraje de Latacunga... A **Esteban Peralta, Pedro Narváez** y a **Andrés Farinango**, se les cortará el pelo, se les darán cien azotes y pagarán tributos toda su vida. A **Andrés Cando** se le cortará el pelo, se le darán cien azotes y quedará privado de la cobranza de los indios tacungas para que pague tributos. A **Faustino Burga, Patricio Villagrán, Mariano Oyagata** y a **Juan Rojas** se les cortará el pelo... Y respecto a que algunos reos procesados, así en este asiento como en el pueblo de Cotacachi no han podido ser habidos... luego de que se verifique la prisión de sus personas serán castigados en la forma siguiente. A **Manuel Jetacama, Vicente Zamora** y a **Eugenio Tulcanazo** se les cortará el pelo, se les darán cien azotes y pagarán tributos toda su vida. A **Francisco Anguaya** y a **Francisco Mote** se les cortará el pelo y se les darán cien azotes. A **María Mactango, Martina Cañamara, Nicolasa Baraja** y a **Petrona Cortés** se les raparán cabeza y cejas y se les darán cincuenta azotes... Y a todos los demás se les perdonan sus delitos... y se les explicará en su idioma que si ahora

los ha tratado su señoría con benignidad, después los castigará rigurosamente, y les confiscará todos sus bienes si se les justificase la menor inquietud». Firmada la sentencia por Joseph Diguja y por el asesor Ruiz, se cumplió en los reos presentes, en la plaza de Otavalo, entre las 9 y 11 de la mañana del 12 de diciembre de 1777.

Antonio José de Sucre

-¡Santo Dios! ¡Se ha derramado la sangre del inocente Abel!

Simón Bolívar acababa de recibir la noticia del asesinato de Sucre y alcanzó a pronunciar estas palabras al tiempo que sofocaba un sollozo. Aquel al que gustaba llamar «el más modesto de los grandes hombres», su más estimado colaborador y lugarteniente, había muerto víctima de una emboscada y ya nunca le acompañaría con su sólida presencia, sus consejos y su lealtad a toda prueba. Es muy posible que en esos dolorosos instantes desfilaran ante el Libertador los hechos fundamentales de la vida de su fiel amigo, prócer como él de la independencia hispanoamericana.

Antonio José de Sucre y de Alda había nacido en Cumaná, Venezuela, en 1795, aunque sobre esta fecha aún no se han puesto de acuerdo sus biógrafos.

De origen sefardí en opinión de Salvador de Madariaga, era hijo, nieto y biznieto de militares españoles por lo cual le fue fácil alcanzar el grado de alférez de ingenieros a edad temprana. Aunque su credo castrense se basaba en la formación de ejércitos profesionales y bien organizados, no dudó en incorporarse a las tropas patrióticas de Miranda al estallar las primeras tentativas independentistas. Dejó así a un lado su preocupación por entablar una contienda «legal» y ortodoxa, para iniciar la guerra de urgencia contra los españoles proclamada por Bolívar, a quien se uniría en 1819 en Angostura siendo ya general y después de haber participado en la liberación de Venezuela.

Con el Libertador, Sucre abordó la campaña sobre Nueva Granada, y consiguió ocupar un puesto de privilegio a su lado, convirtiéndose en su lugarteniente más valioso. Comisionado por Bolívar, actuará con acierto en el oriente venezolano y dará muestras de su talla como político y diplomático al acordar con el jefe de las fuerzas expedicionarias españolas, Pablo Morillo, un tratado para «regularizar la guerra» y evitar en lo posible sus efectos sobre la población civil. «Este tratado – escribiría años después Simón Bolívar – es digno del alma del general Sucre: la benignidad, la clemencia y el genio de

la beneficencia lo dictaron; será eterno, como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra».

Héroe de Pichincha y libertador de Quito, en septiembre de 1823 marchó junto a su jefe hacia el Perú, reclamado por los partidarios de la independencia. En 1824 ambos emprendieron la campaña definitiva contra los reductos realistas y, tras obtener una primera victoria en la batalla de Junín, Bolívar le confirió el mando del ejército con el que derrotó a los españoles en Ayacucho el 9 de diciembre de ese año, victoria que posibilitó la independencia de todo el continente. Tras la batalla, Sucre hizo lo posible para que se garantizase a los vencidos no sólo la vida, sino también su libertad y su dignidad personal, lo que de nuevo admiró a Bolívar y le llevó a escribir: «Es la cabeza mejor organizada de la Gran Colombia, metódico y capaz de las más elevadas concepciones, el mejor general de la República y el mejor hombre de Estado. Sus principios son excelentes y su moralidad ejemplar».

Convertido en Gran Mariscal de Ayacucho y ascendido a general en jefe, Sucre extinguió los últimos rescoldos realistas en el Alto Perú y promovió la independencia de ese territorio con el nombre de República Bolívar. Simón Bolívar será el presidente del nuevo Estado, cargo que en su ausencia

desempeñará Sucre a pesar de sus protestas, hasta que el Congreso Constituyente le eleve al cargo de presidente vitalicio. Sucre se inspiró en la división administrativa francesa para organizar el país en provincias y departamentos, emancipó a los esclavos, estableció la libertad de imprenta y redujo los privilegios de la Iglesia a favor de una política educativa impulsada por el Estado. Su comportamiento fue acertado, justo y honesto a la vez que enérgico, pero no impidió un progresivo e imparable deterioro de la vida política boliviana.

En noviembre de 1826 estalló un motín militar en Cochabamba y un año después se repitió en La Paz. Tropas de Sucre consiguieron sofocarlos, pero al precio de cargar sobre sus espaldas con una carnicería que avivó aún más el descontento popular contra los denominados «colombianos», cuya intención era constituir una confederación entre Perú y Bolivia que acabara por integrarse en la Gran Colombia, formada por Nueva Granada, Venezuela, Panamá y Ecuador. En 1828, criticado por todos y acosado por sus encarnizados enemigos, Sucre renunció a la presidencia y se retiró a las tierras que su esposa poseía en Quito para dedicarse al estudio y al mejoramiento de la agricultura. Pero el sueño de la Gran Colombia, que

compartía con Bolívar, lo llevó de nuevo a empuñar las armas. Secundó la represión practicada por el Libertador contra los partidarios de Santander y se convirtió, con sus tropas, en el principal sostén del régimen dictatorial implantado por Bolívar.

En junio de 1830, cuando se dirigía hacia Ecuador, Sucre se encontró cara acara con su destino. Tres hombres pagados por el general José María Obando, enemigo de la Gran Colombia, se encargaron de acabar con su vida. Cuando Bolívar lo supo, un mes después, se encontraba en Cartagena de Indias proyectando realizar un viaje a Europa con objeto de recuperar su salud, muy deteriorada en aquellos días. En lo más profundo de su alma sintió un desgarramiento por la muerte de su estimado colaborador y, con seguridad, intuyó que la desaparición de Sucre iba a precipitar de manera irrefrenable su caída y su propia muerte, que en efecto tuvo lugar unos meses después. Sus figuras, profundamente unidas y paralelas en vida, no tardaron en reunirse en el más allá.

Calle del Tambo

El año 1989, cuando el Instituto Otavaleño de Antropología elaboró un proyecto de nomenclatura para las calles de Otavalo, se propuso que la

prolongación de la Bolívar, que va desde la carretera panamericana hacia el sur, lleve el nombre de **Calle del Tambo**, porque allí se encontraba, en tiempos pasados, el antiguo tambo o parador de Otavalo. Los padres del Dr. Aurelio Ubidia, Adolfo Ubidia Albuja y Elena Barahona Albuja, construyeron la casa del Tambo en 1875 y en ella ofrecían alojamiento a los viajeros.

No hay explicación que diga la razón de haber designado con el incomprensible nombre de **Valle del Tambo** a una calle del barrio Punyaro que va hacia las lagunas de Mojanda.

Enrique Garzón Ubidia dedica al Dr. Aurelio Ubidia el artículo **Recuerdos íntimos**:

«Junto al Camposanto, a la vera del camino antiguo por donde se viajaba a Quito, se alza aún altiva y desafiante al tiempo, la casa solariega de mis mayores... 'EL TAMBO' como se llama a ese rincón nativo que en sus paredes centenarias guarda recuerdos de mi niñez, casita desolada y triste, donde los anchos corredores y jardines floridos de un tiempo mejor, fueron albergue de mis ensueños, de mis primeras ilusiones.

«Hoy tienen sus muros semidestruídos la huella de los tiempos idos, y en sus huertos aun exhalan su perfume las rosas

tempraneras. A la sombra piadosa de las palmeras y cipreses añosos de caprichosas formas existen todavía unas gradas donde, en las noches lunadas de la muchachada alegre de la casa, solía sentarse en compañía de los chicos del barrio, a contar cuentos de hadas y de brujas, mientras el surtidor de la pileta del jardín cantaba románticamente y en la azulidad de la noche, era como si esparciera diamantes que iban perdiéndose en las ondas de la fuente como si quisiera demostrarnos que al igual que nuestras ilusiones, que el alma llenan de encanto, forja castillos, palacios de cristal que luego se derrumban ante la dura realidad de la vida.

«Soberbia se conserva la casita donde yo nací,... y hoy como imagen de mi propia vida está triste, solitaria, alejada del ruido de la ciudad, no le queda sino la historia sentimental de mejores días, que guarda cada uno de sus cuartos, jardines y corredores donde hemos dejado un jirón de nuestra vida de adolescencia; casita bulliciosa y alegre, en las noches de otros tiempos se vestía de fiesta para celebrar los mejores días de los abuelos, padres y tíos. La numerosa servidumbre nos entretenía en diversos juegos infantiles a toda la chiquillada que componíamos una sola familia.

«El tiempo que destruye todo lo querido, sólo ha dejado los muros silenciosos de la estancia, dormidos con la canción del recuerdo... En los tejados ha trepado la madreseiva de cepa añosa, donde las palomas han formado su nido. El patio de la casa está hoy frío y solitario como si un ambiente conventual lo estuviera inundando. En un ángulo de él, ha crecido una enredadera de rosas blancas y junto a ella crece una hiedra y, en el alero ruinoso y desplomado, parece un halo para mi amarga tristeza...»

Don Joaquín Tinajero (1822 – 1823)

Es uno de los personajes más brillantes de Otavalo en los años de lucha heroica. Por sus esclarecidos servicios a la patria, bien merece un estudio extenso. Los aciagos acontecimientos de 1810 no quebrantaron su entereza ni minoraron su fe en la libertad de los pueblos oprimidos, por la que luchó gallardamente desde 1809. La persecución de que fue objeto en nada disminuyó ni la dimensión ni los arrebatos de su alma, de su espíritu intacto, el inagotable caudal de su entusiasmo por esparcir las semillas de la libertad. Al lado de los hermanos Ante, doctor Antonio y don Juan, don Joaquín Tinajero representa el aporte heroico de Otavalo en la hora inicial de la Independencia. Un mural

decorativo debería recoger estas tres figuras proceras de 1809 anhelantes de mejores días para la patria.

Después de la victoria de Pichincha estuvo al frente del Gobierno del Departamento del Sur de la Gran Colombia, lo que hoy es el Ecuador, el benemérito General Antonio José de Sucre, quien despachó los siguientes nombramientos para la mejor administración del territorio libertado:

Mayo 28 – Secretario de Gobierno, D. Francisco Xavier Gutiérrez;

Junio 3 – Administrador General de Correos, D. José Antonio Pontón;

Junio 11 – Asesor del Gobierno, Dr. Salvador Ortega;

Julio 5 – Oficial primero del Tesoro Público, D. Francisco Romero;

Julio 9 – Gobernador de Otavalo, D. Joaquín Tinajero.

Estas designaciones las hizo Sucre interinamente, para que las conociera más tarde el Libertador y, de hallarlas acertadas, las confirmara.

Los servicios de Tinajero fueron reconocidos, y el desempeño que tuvo, tan lucido, que las autoridades superiores del distrito, los Jefes Militares que permanecieron en Otavalo, y los transeúntes, y el pueblo frecuentemente reunido en Cabildos

para deliberar sobre la problemática de la hora, diéronle repetidas voces de aplauso.

Don Manuel Rivadeneira, en el ejercicio de una función oficial, en comunicación de 18 de enero de 1823 - 13° al Intendente de Quito, decíale:

«La opinión general de los habitantes de este cantón es decidida por la patria, muy corto el número de sospechosos, a los que procuraré infundir la confianza y amor al presente Gobierno. La conducta del Juez Político es irrepreensible, sus virtudes tanto morales como patrióticas sirven de ejemplo a los habitantes».

La autoridad civil en los años de 1822 y 1823 era tan alta y tan eficiente como la militar. Tinajero y Herrán, dos corazones ardientes, dos voluntades firmes, dos capacidades de alto nivel para cumplir patrióticos deberes en la hermosa villa de San Luis de Otavalo.

31 de Octubre

Víctor Alejandro Jaramillo se refiere así a la ocasión en que Simón Bolívar elevó a la villa de Otavalo a la categoría de ciudad:

«Descontando las ocasiones en que el Libertador estuvo en Otavalo, solamente

de paso, si bien siempre debidamente cumplimentado, su tercera visita oficial la realizó el 31 de Octubre de 1829. Se aproximaba la hora de la Luz Indeficiente para su grande espíritu, y entonces, cuando los actos humanos son un trasunto de la esencia misma de la Justicia, cuando la voz del deber se deja oír en el fondo de la conciencia con obligante acento, Bolívar, en el Cuartel General de esta plaza, dicta el Decreto por el cual la Villa de Otavalo es erigida a Ciudad.

La Justicia quedó servida en forma cabal; el honor, grande en su específica significación, para Otavalo es más aún por provenir del 'HÉROE DE LOS SIGLOS', calificativo que nuestros mayores dieron al Libertador en memorable documento público, precisamente cuando tomaron la acertada determinación de erigirle en el Parque principal que lleva su nombre, un monumento digno de sus glorias inmarcesibles, de su legendaria grandeza».

El mencionado decreto dice:

REPÚBLICA DE COLOMBIA

Simón Bolívar

Libertador, Presidente de la República de Colombia, etc., etc.

Considerando que la Villa de Otavalo es bastante populosa, y que por su agricultura e industrias es susceptible de adelantamiento

He venido en decretar:

Art. Único.- La Villa de Otavalo queda erigida en Ciudad; y como tal gozará de todas las preeminencias de las demás ciudades de su misma clase.

El Secretario General se encargará de la ejecución de este decreto, cuyo original será archivado en la Municipalidad respectiva.

Dado, firmado de mi mano, sellado y refrendado en el Cuartel General de Otavalo, a treinta y uno de Octubre de mil ochocientos veintinueve, décimo nono.

Simón Bolívar

José María Troya

Nació en Caranqui en 1850. Sus padres fueron: Vicente Troya y Paredes y Alegría Jaramillo y Carvajal. Fue su hermano el gran pintor Rafael Troya.

José María Troya estuvo en desacuerdo con su educación primaria, porque fue «imperfecta y deficiente». Se graduó de bachiller en 1868 y al año siguiente

ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad Central del Ecuador, para graduarse como Cirujano en 1876. Los médicos franceses Esteban Gayraud y Domingo Domec, contratados por el presidente García Moreno, influyeron positivamente en su formación.

Realizó prácticas en el Hospital San Juan de Dios. Fue profesor de Anatomía, Física y Química en la Escuela Politécnica, en la Universidad Central y en el colegio Bolívar de Ambato. En 1895 fue director del Hospital Civil y en 1896 director del Hospital Civil y Militar.

En el ejercicio de su profesión, Troya se esmeró en difundir sus conocimientos sobre los microbios y, en el campo de la asepsia, el uso del alcohol fenicado.

En 1889 publicó *Vocabulario de medicina doméstica*, un libro de fácil acceso al lector, convertido en poco tiempo en una enciclopedia de la medicina popular.

En 1922, con ocasión del centenario del nacimiento de Pasteur, se le otorgó una condecoración por su aporte a la modernización de la medicina en el Ecuador.

José María Troya falleció el 23 de julio de 1923, a los 83 años de edad, dejando un legado importante para su patria, ya

que a lo largo de su vida demostró gran amor a su carrera de cirujano, de investigador y maestro.

Carlos Ubidia Albuja

Nació en Otavalo el 24 de abril de 1834. Su padre, Vicente Ubidia, de origen vasco; su madre, Mercedes Albuja, dama otavaleña. Aprendió los conocimientos básicos de la escuela de aquellos tiempos y luego fue a trabajar como ayudante de pluma («escribiente») en las haciendas de Pesillo, Zuleta y La Merced, propiedades de los religiosos mercedarios. Por auto-educación aprendió el francés y la contabilidad, hasta llegar al puesto de Administrador. La agricultura era su pasión.

Regresa a vivir en Otavalo y aquí le sorprende el terremoto de 1868, donde murió su padre y él mismo fue desenterrado a los tres días.

Toma en arriendo las haciendas de Peguche, Quinchuquí, Cambugán y Mojanda, donde pone en práctica todos los conocimientos adquiridos en Pesillo.

Tenía especial afición por la horticultura y la floricultura. Mejoró sus conocimientos con tratados de botánica. Viajó a Ambato con el fin de conseguir semillas de manzano, duraznos, perales,

hortalizas. Consiguió semillas de eucalipto de la antigua finca de Juan Benigno Vela, las que fueron sembradas en su quinta, «La Florida».

Desde que se radicó en Otavalo hasta su muerte, fue honrado con el grado de coronel de milicias, por lo mismo fue Jefe del Batallón Imbabura No. 12 de este cantón, Jefe Civil y Militar de esta plaza. Ocupó la Presidencia del Municipio, en 1877, 1889 y 1895. Fue Jefe Político y Procurador Síndico Municipal.

Hizo capturar a los Remaches, famosos asaltantes, quienes fueron ejecutados en 1896. Logró del Gobierno la construcción de la carretera por Mojanda, por Azahares, así mismo el camino a Ibarra, el camino a Cotacachi, el camino a la laguna de San Pablo que parte del barrio El Empedrado. Trajo desde el valle de Los Chillos los pescados carpa para las lagunas de San Pablo y Yahuarcocha. Realizó la demarcación de las parroquias del cantón, hizo construir la plaza del mercado, parte de la casa que hoy ocupa el colegio «Jacinto Collahuazo», transformó la antigua plaza en el parque «Bolívar».

Gracias a sus gestiones llegaron a Otavalo las Hermanas de la Caridad en diciembre de 1889, al igual que los Hermanos Cristianos, que

permanecieron muy poco tiempo en esta ciudad.

Era de ideología liberal, sin embargo tenía un elevado concepto y respeto por la religión. Puso en práctica la Ley del Registro Civil (1900) y el matrimonio civil (1903). Intervino ante el Presidente de la República, Gral. Ignacio de Veintimilla, para hacer de Otavalo la capital provincial con jurisdicción sobre San Pablo, San Rafael, Cayambe, Tabacundo y San José de Minas, la cual se llamaría Provincia de los Lagos. En 1910 la juventud otavaleña se alistó para marchar a la frontera con el Perú en defensa de la patria, bajo la dirección del coronel de milicias Carlos Ubidia Albuja.

Murió el 7 de enero de 1913. En memoria suya el Colegio Agropecuario de esta ciudad lleva su nombre.

Sobre este personaje, el narifense Higinio Muñoz, en 1883, dice:

Don Carlos Ubidia, Jefe Político, y don José Varona, Comisario de Policía del cantón de Otavalo, apoyados en los acuerdos de la Municipalidad de ese lugar, han sido los obreros infatigables de la apertura de nuevas calles y la facción de todas las muchas obras públicas y privadas con que se ha vuelto a reedificar la nueva Otavalo, pues de

la vieja, no dejó el temblor que la destruyó, piedra sobre piedra. Entre las muchas cosas hechas por Ubidia se cuentan: los hermosos parques y jardines de la casa de este señor; un extenso baño público donde todo otavaleño adquiere los útiles conocimientos de la natación; el puente que conduce al cementerio de San Luis; los locales de las escuelas de uno y otro sexo; la Casa Municipal y varios locales para escuelas y otros usos públicos en los caseríos y pueblos pertenecientes al cantón.

Dr. Aurelio Ubidia Barahona

Jurisconsulto, intelectual. Sus padres: don Adolfo Ubidia y doña M. Rosario Barahona. Estudios primarios en Otavalo, secundarios en el Seminario «San Diego» de Ibarra, y superiores en la Universidad Central del Ecuador. Abogado y magnífico orador. Consta en su currículo que se graduó de Abogado con el aplauso del Tribunal y de los concurrentes.

Fue Presidente del Concejo Municipal y concejal por varias ocasiones.

Presidente del Club «Progreso», del Club «24 de Mayo», Miembro de la Liga de Cultura «José Vasconcelos».

Hombre inteligente y de ideas avanzadas, ayudó a los jóvenes intelectuales de la época en sus afanes culturales, convirtiéndose en verdadero suscitador de la cultura otavaleña. Su casa solariega sirvió de hospedaje generoso de personas de prestancia que visitaban Otavalo. Fue un verdadero caballero.

En los últimos días de su existencia, viejo y pobre, el Club «Otavalo» le entregó una medalla en el teatro Bolívar, en ceremonia especial. El Dr. Ubidia, en gesto egregio, después de agradecer de corazón, se negó a recibirla, aduciendo que nada había hecho por su tierra, a la que tanto quería. Murió el 6 de abril de 1965.

José Ignacio Narváez se refiere a este personaje en los siguientes términos:

Aurelio Ubidia. Espíritu joven, con esa juvenilidad de los mejores años de una vida, pudo haberse ubicado en otros lares y conquistarse un alto sitial prevalido de los atributos que adornan su personalidad; pero prefirió quedarse en su casona solariega, junto a Otavalo, su muy querida tierra, para servirla con cariño y sacrificios.

Otavalo debe mucho de su progreso a esta voluntad enérgica, emprendedora

de Aurelio Ubidia, porque siempre fue obsesión en él, que la ciudad pequeñita se convirtiera en una joya que resplandeciera a los ojos de propios y extraños; de ahí que, desde la curul municipal, cuando en sus manos estuvieron los negocios de la comuna, con transparencia cívica laudable, los llevó por cauces de acierto y de decencia.

Como orador, su fogosidad de conceptos y su dicción elegante, le han dado más de un triunfo resonante en asambleas públicas.

Fue de los primeros en ocuparse en la Universidad Central de la cuestión social, cuando en el Ecuador el solo hecho de ser radical era un descrédito.

Como poeta su obra es rica, armoniosa, sentida. Hay algo de paradójico en su emoción lírica, que pone en sus estrofas una dubitación de fatalidad. En «El dolor de pensar y sentir» expresa:

*«Angustiado dolor de anhelar infinito,
que oprime a la existencia de este afán
de vivir,
es el dolor eterno, dolor triste y maldito,
dolor incomprendido de pensar y
sentir».*

O deplora en «La vida es así»:

*«Y la vida es así, eterna cadena
de anhelos y engaños,
y va fluyendo el agua de la pena
del mismo surtidor... los desengaños!»*

Implorante, a veces, como en el bellissimo soneto *Ecce Homo*, deja que el dolor torture su existencia.

Luis Ubidia Proaño

Nació en Otavalo el 24 de abril de 1884. Sus padres: Carlos Ubidia Albuja y Eloisa Proaño Cervantes. Inicia su educación en la escuela «Fröebel», hoy «Diez de Agosto», y la termina en la escuela central de la población de San Roque, a donde se había trasladado su familia.

Con el ánimo de dedicarse a la docencia, estudia profunda y responsablemente para presentarse a las pruebas reglamentarias que le darían el título de profesor, durante este tiempo recibió dirección y asesoramiento del maestro Juan Modesto Idrobo, padre de la insigne maestra María Angélica Idrobo.

El 3 de mayo de 1900, en Ibarra, ante el tribunal integrado por el Jefe Político, Francisco Yépez, el eminente educador José D. Albuja, el Rector del colegio «Teodoro Gómez de la Torre» y el director de la escuela central de Ibarra,

Daniel Bustamante, se presenta Luis Ubidia Proaño a rendir su examen, donde recibe su título de profesor.

Inició su trabajo profesional en la escuela del barrio Bella Vista de la población de San Roque. El 6 de octubre de 1900 el Gobierno expide a su favor el nombramiento de institutor de la escuela de la Acequia Alta, hoy parroquia Andrade Marín, en el cantón Antonio Ante, donde permanece por ocho años. Durante ese tiempo sirve desinteresadamente en la escuela nocturna de obreros de Atuntaqui, lo cual le permite sentir el aprecio y la gratitud de la sociedad.

Al conocer los méritos del profesor Ubidia, el gran maestro otavaleño Alejandro Chaves le pide trabajar en el Instituto Normal de Varones «Diez de Agosto», establecimiento educativo fundado por el general Eloy Alfaro en 1909, que funcionó hasta agosto de 1911; esta institución se llama desde entonces *escuela superior*.

Trabajó en Otavalo desde abril de 1910 hasta 1913, cuando fue nombrado subdirector-profesor de la escuela central de Atuntaqui. Un reclamo formulado a las autoridades por falta de pago de salarios a los maestros por seis meses consecutivos, con posterior paro de actividades, determinó que Luis Ubidia Proaño fuera cancelado de su

cargo. En esas circunstancias ingresó al Ejército, donde permaneció hasta 1916.

Regresó a Otavalo, aquí ejerció las funciones de Jefe Civil por poco tiempo, pues el director de la escuela «Diez de Agosto», Luis Ulpiano de la Torre, le pidió se reintegre a ese establecimiento educativo, lugar en el cual trabajó desde 1917 hasta 1930, cuando obtuvo su jubilación.

La época en la que permaneció el maestro Luis Ubidia Proaño en la escuela «Diez de Agosto» es la más brillante de la historia de ese plantel. El grupo de profesores de aquel tiempo permitió formar una generación de otavaleños distinguidos en los campos de la cultura, la sociedad, la industria, las profesiones liberales. Alejandro Chaves, Luis Ulpiano de la Torre, Fernando Chaves, Víctor Alejandro Jaramillo, Humberto Vinuesa, Segundo J. Castro, Paulino Garcés y otros más, formaron un especial equipo de avanzada cultural.

En el campo del servicio a la colectividad, Luis Ubidia Proaño ejerció el periodismo, puesto que por más de veinte años sirvió como corresponsal del diario capitalino «El Día». En esta función se destacó por su preocupación sobre todos los aspectos del convivir otavaleño, cuyas sugerencias y comentarios siempre fueron bien

acogidos por los editores del prestigioso rotativo.

En un homenaje ofrecido por los ex alumnos de la escuela «diez de Agosto», en 1952, el antiguo profesor Luis Ubidia Proaño expresó: «...este es el mejor laurel conquistado en una tarea diáfana, llena de esfuerzos. Os enseñé, sobre todo y en primer lugar, a ser hombres en el sentido cabal de la palabra y de este propósito que lo veo cabalmente cumplido, me siento orgulloso y feliz, porque la obra del maestro es una obra del futuro y ese futuro ha sido retribuido en su totalidad...»

Miguel Valdospinos Flor

Otavaleño. Nació en 1880, se educó en la Escuela Municipal de Otavalo, y en La Merced de Quito. Fue Amanuense—Bibliotecario Municipal de 1905 a 1907, fue ascendido a Oficial del Municipio de 1910 a 1911, Secretario de la Jefatura Política de 1912 a 1913, Oficial Municipal en 1914, Secretario Municipal de 1916 a 1941.

En la «Sociedad Artística» fue Secretario, Revisor de Cuentas, Tesorero y Presidente en algunos períodos. «Presidente de la ‘Sociedad Artística’ a cuya constancia en su trabajo organizador, prudente y atinada

dirección, ha hecho de dicha agrupación de hijos del pueblo, una verdadera fuerza social».

Fue corresponsal de «La Voz del Obrero», de Quito, de 1917 a 1920, de «Ilustración Obrera», de la misma ciudad, en 1921. Director del quincenario municipal «Labor» de 1923 a 1925. Miembro de la Sociedad «José Vasconcelos», de 1925 a 1928, colaborador en el quincenal «Adelante» y en la revista «Imbabura». En el cuerpo de redacción del quincenal «La Pluma» en 1925. Falleció el 30 de julio de 1941.

Valencia

Ciudad del norte de Venezuela, capital del estado de Carabobo. Es el centro manufacturero para la producción de la extensa zona agrícola circundante. Basa sus actividades económicas en industrias de diversa índole, como el ensamblaje de vehículos y electrodomésticos, la preparación de alimentos, fábricas textiles, de calzado, industria metalmecánica liviana y de reciclado de metales. Puntos de interés son el antiguo convento de las Carmelitas y la plaza e iglesia de la Candelaria, construida por habitantes de origen canario en 1782; es sede de la Universidad de Carabobo (1892).

Fundada en 1555 con el nombre de Nueva Valencia del Rey. Su participación fue importante dentro del movimiento independentista del siglo XIX, teniendo lugar en sus proximidades la batalla de Carabobo, decisiva para asegurar la independencia de Venezuela. Sirvió brevemente como capital del país en 1812, 1830 y 1858.

24 de Mayo

La Batalla de Pichincha, desde el punto de vista estrictamente militar y estratégico, ha sido y sigue siendo estudiada como una prueba clara de destreza militar de parte de Sucre, y que se ve en su desarrollo un magnífico planteamiento de seguridad en el dominio de lo militar y como ejemplo de organización y efectividad.

Luego de la liberación de Riobamba el 21 de abril de 1822, se preparaba para la batalla final, marcha sobre Quito. Era el 23 de mayo. En una noche resplandeciente desfilaban sigilosamente las tropas de Sucre con dirección al Pichincha. El silencio era solemne, los movimientos eran cautelosos y ordenados. La caminata duró algunas horas; al amanecer del 24 hallándose ya en su punto estratégico. El panorama era magnífico y causaba asombro a los que por primera vez

pisaban este suelo, en el cual se iba a celebrar una de las batallas más importantes de la libertad americana.

«Porque esa gran porción de hombres armados era el ejército de Antonio José de Sucre que conducía desde las ardientes selvas del Litoral, para decidir en un combate la suerte de la que es hoy la República del Ecuador. Se componía de 3.000 soldados curtidos al vivac de los campamentos y el fuego de las batallas anteriores; veteranos que en la magna epopeya de la independencia, se habían cubierto de gloria, ya en las llanuras del Apure, ya en los campos de Carabobo y Boyacá, o en las jornadas históricas del Maipú y Chacabuco; venían de todas partes, del norte, del sur, como una cita gloriosa en defensa de la más grande e inmortal de las causas. En el Ejército de Sucre encontrábanse jefes como el General Mires, el Coronel Morales, el Coronel José María Córdoba y el Coronel Santa Cruz, hombres valerosos y de lucha.

Rompieron fuegos a las nueve y media de la mañana entre el grueso del ejército español del General Melchor Aymerich, y las tropas que mandaba el general Córdoba compuestas de dos compañías del Magdalena, los Cazadores del Paya y el batallón peruano Trujillo. Media hora dura este combate. Cesa el fuego. Más municiones y vuelve reforzada por

dos compañías del Yaguachi, al mando del Coronel Morales y la restante de la infantería del General Mires. Nuevamente consumidas las municiones, los patriotas se desplegan, los realistas se arrojan sobre ellos creyéndoles vencidos. Compañías realistas se desprenden para flanquear la izquierda de Sucre, a su encuentro salen otras tres del Albión, cuerpo formado por aquellos bravos ingleses que vinieron a derramar su sangre en la conquista de la libertad americana. Sucre dirigía con paciencia y decisión. Se da orden de cargar a bayoneta y comienza lo más fuerte del combate. El choque fue horrendo. Se combatía irresistiblemente. Muertos, heridos rodaban por el precipicio. Era un combate de titanes. El valor se encendía y la fuerza de los patriotas se duplicaba. Córdoba recibió la orden de dar el golpe de gracia. La carga fue tremenda; temblaba el monte al choque de los enfurecidos gladiadores. Entre el humo de los disparos y el fragor de la contienda, veíanse por las grietas y matorrales, hombres y caballos, heridos y muertos en espectacular confusión. Los gritos, los alaridos, las blasfemias llenaban el espacio al igual que el tronar de la fusilería; las bayonetas chorreaban sangre; ardía la ira en los cañones y los ánimos estaban inflamados de soberbia, de desesperado heroísmo.

Entre los soldados de la independencia había un joven que desde tiempo atrás se distinguió por su valor y su serenidad ante el peligro. Herido, ya combatía ardorosamente, con ejemplar valor gritaba, exclamaba con delirio empujando a sus compañeros de combate: ¡Adelante, amigos míos, avancen muchachos! Este joven era el Héroe Niño, Abdón Calderón, cuencano de prosapia guerrera. Al fin, los españoles cedieron el campo, precipitándose abajo, por entre las quebradas y riscos. A las doce del día bajo un sol resplandeciente, los soldados de la libertad dieron el grito de VICTORIA».

Y es que la victoria de mayo no sólo emancipó del coloniaje a la entonces Presidencia de Quito, hoy República del Ecuador, sino que también facilitó la marcha de los ejércitos de liberación que Bolívar mantenía en Colombia, hacia el Perú, todavía sometido a la monarquía, para dar batallas finales de Junín y Ayacucho, con las que se selló la independencia de la América Española.

El 24 de Mayo de 1822 se selló con la Batalla de Pichincha, la independencia política de nuestra Patria que marcó el

comienzo de la vida republicana y autónoma.

Daniel Velalcázar

El padre Amable Herrera, en su *Monografía*, publicada en 1909, dice que «Daniel Velalcázar sobresale en la carpintería; talla con bastante perfección; se dedica a la fabricación de muebles finos, al gusto del cliente. Su honradez acrisolada es superior a sus aptitudes. Una obra suya consta en la Exposición Nacional».

El mismo autor indica que «...se ha fundado una sociedad titulada 'Artística de Otavalo', que reúne los diversos gremios de artesanos de esta ciudad, y que tiene por objeto la unión de la clase obrera, el mejoramiento de los oficios y artes. A fin de que la asociación sea benéfica y mire de frente las necesidades de los obreros, echando una ojeada a lo porvenir, proyecta también el establecimiento de una caja de ahorros y de socorros mutuos. Ojalá la constancia conserve esta sociedad, que será la palanca del progreso otavaleño, si se organiza sobre bases de sanos principios sociológicos».

Álvaro San Félix, en un estudio sobre la Sociedad Artística, indica que «Esta asociación gremial, pionera de este tipo en Otavalo, se constituyó en 1909 como

una conmemoración al centenario del acto independentista de Quito. El hecho fue calificado de relevante en la ciudad, en donde por primera vez el artesanado y el obrerismo locales se unían con fines de protección, educación y progreso».

Continúa el mismo autor: «El primer directorio estuvo integrado por Daniel F. Velalcázar como Presidente, Alejandro Chávez como Vicepresidente y Miguel Valdospinos como Secretario. Los vocales fueron: Segundo Miguel Pinto, Luis Garzón, Justiniano Galárraga, Manuel Burbano A. y J. Ramón Donoso».

De Daniel Velalcázar se dice «que fue un artesano carpintero muy hábil y que en el año de 1921 presentara una exposición en la ciudad de Quito, del que existe un mueble... por el cual obtuvo una medalla de oro». Este mueble se encuentra actualmente en la oficina del Alcalde de Otavalo, el que se destaca por la serie de figuras renacentistas que lo adornan.

Yana Urcu

La Cordillera occidental se levanta al N del valle del río Guallabamba a alturas mayores, que en la provincia de Quito, y conserva su naturaleza volcánica. Por los cerros de la *Escalera* y de *Chanchagrán* está en alguna conexión

con los páramos del Mojanda, y por esta ensillada entre la Cordillera y el nudo transversal pasa un camino muy malo, el camino de la Escalera, de la hoya de Otavalo y de Ibarra a la de Quito. Hacia el N siguen sobre la Cordillera varios grupos de cerros que se distinguen con los nombres de *sierra de Sigsicunga* y *sierra de Cambugán*, y cuyas alturas son de 3.000 a 3.500 metros. De estos cerros sale al Oeste un ramal largo que podemos llamar *Cordillera de Íntag*, porque separa el valle de Íntag y del río Llurimagua de el del río Guallabamba.

El cerro de *Cotacachi* es el único nevado que encontramos entre el valle del Guallabamba y el del río Mira. Es un volcán muy pintoresco con una gran helera sobre la ladera oriental de su cúspide, y su pico más alto llega a 4.966 metros. Al pie sureste del cerro se halla la *laguna de Cuicocha*, que ocupa un antiguo cráter de erupción, lleno de agua y con dos islotes (conos de erupción) en medio. El nivel de la laguna se encuentra en 3.081 metros de altura.

Unas dos leguas al norte del Cotacachi se levanta sobre la misma cordillera otro cerro volcánico, el *Yana-urcu*, que lleva su nombre de «cerro negro» con mucha razón, pues al lado de la nevada cúspide de su vecino, sus peñascos negros se destacan con un contraste más notable. La cúspide del Yana-urcu tiene 4.556

metros de altura.- Propiamente este cerro ya pertenece al *Páramo de Piñán*, con cuyo nombre se designa la Cordillera occidental al Norte del Cotacachi, hasta el punto en que principia a rebajarse hacia el valle del río Mira.

Calle del Yamor

El «yamor» es una chicha especial que se prepara en el cantón Otavalo con motivo de la fiesta de Monserrat o fiesta de María; se la elabora a base de «jora» o sea de maíz germinado, de «chulpi», «canguil» y «moroch», que son variedades del mismo maíz, fuertemente cocidos y fermentados y a cuyo licor se añade un poco de azúcar. Como resultado de la fermentación y transformación química, en la superficie del líquido se forma una capa aceitosa, la «flor», que no observamos en la chicha ordinaria. La chicha yamor difiere también de ésta por su exquisito sabor y por sus propiedades tonificantes y enervantes, razones por las que tiene mucha fama y demanda entre los blancos y mestizos del cantón. La bromatología, quizá encuentre en esta bebida muchos y muy valiosos principios nutrientes. Pero está aconsejado no abusar de ella en bien del estómago y del cerebro.

Removiendo la historia se encuentra que este vocablo existió ya por los años de 1584 a 1614; pues el famoso historiador indio Phelipe Guamán Poma de Ayala, en su obra «Primer Nueva Crónica y Buen Gobierno» escrita en aquellos años, nos habla ya de la chicha yamor, que era elaborada por las indias acllaconas que rodeaban al Inca.

De esta importante relación, escrita entre castellano y quechua, se deduce que las palabras *yamor aca* o chicha del yamor (ya que *aca* es sinónimo de chicha, según se puede ver en los «Comentarios Reales de los Incas», tomos I y II, de Garcilazo de la Vega) existieron en el tiempo del incario, y que a través de los siglos se han conservado sólo en el cantón Otavalo; gracias a la Crónica del historiador indio hemos podido saber que el Yamor era una chicha elaborada por las acllaconas, hijas de los principales, que rodeaban al Monarca y que dicha bebida estaba consagrada exclusivamente para el consumo del Rey Inca, siendo terminantemente prohibida para los demás indios so pena de muerte; era «suave» y «linda chicha», y por consiguiente muy distinta de las que consumían los jerarcas y el pueblo. Era, pues, una bebida elaborada por las vírgenes para el consumo del gran Hijo del Sol. En

el pueblo de los Sarances, quizá, sus vírgenes elaboraron la chicha yamor para el uso del rey de los Imbayas, y esta bebida espirituosa y tonificante que en Otavalo se prepara en el mes de María tenga, probablemente, los hechizos y delicias de la bebida real.

Enrique Garcés, sobre el yamor, agrega:

Mensaje del yamor otavaleño

Aquí, en Otavalo, tierra y cielo autóctonos, llamamos «yamor», al vino ocre que brinda la conjugación de todos los maíces en un proceso de germinación que tiene reminiscencias de un verdadero rito. Es la vida misma que se inicia, en el embrión o en la semilla, la que se entrega totalmente para convertirse en jugo. En tanto la uva muere y se desangra para ser vino, el maíz amanece a la vida y se brinda con alegría. El vino de la uva es el espíritu de la uva. El vino del maíz, es al mismo tiempo, el espíritu y la carne del maíz. El «yamor» cuando reúne al maíz blanco y negro, al maíz mulato y al rubio, al maíz de todas las razas, habla del deber irrenunciable para llegar al mestizaje rotundo que nos ofrezca la promesa y la realidad de un hombre ecuatoriano, racialmente ecuatoriano, como producto de la tierra misma, que es recia y que es bella.

Tomad el «yamor» en cumplimiento de un místico civismo ecuatoriano. Es un acto ritual en el comulgatorio de esta tierra y este cielo hondamente autóctonos. El «yamor» nos une a la protohistoria y al futuro. La fiesta del «yamor» que se celebra una sola vez al año, tiene los signos como en toda mística, hondos y majestuosos de un renovarse. No lo olvidéis: Tomad el «yamor» con la devoción necesaria que ha de llevarnos a la gloria de lo otavaleño. Es, ante todo, un acto de fe. Tomad el «yamor», como vino de la tierra, como pan de la tierra. Tomad el «yamor» y esperad, de acuerdo con vuestras propias conciencias y voluntades. Como aproximación a un nuevo nirvana de meditaciones, podremos entender el pasado forjando el presente y sabremos del presente como constructor severo del porvenir.

Esta es la verdad y el mensaje que nadie puede negar: Otavalo tiene, mantiene y retiene una vocación, una devoción y una resolución por ser libre y culto. Otavalo entiende que no hay posibilidad de libertad sin cultura y que no puede existir cultura sin libertad. Ni los oscurantismos, ni las sectas, ni nada ni nadie podrá intentar batir este inmenso basalto andino que constituye el espíritu del hombre libre y culto. Tiene raíces hondas en la entraña misma de la tierra. Amamos todas las libertades porque

solamente ellas dan razón de la existencia del hombre. Amamos todas las culturas porque solamente ellas deslindan con claridad los niveles de la vida inferior y superior.

Tomad y bebed el «yamor» para acercaros a la tierra misma y asiros a ella. Nos fortalecerá grandemente. Nos dirá que Otavalo, pueblo que se levanta, es bello y magnífico a medida que es libre y culto. Cada otavaleño tiene encerrado en su vida un poco de Taita Imbabura. De la montaña paternal solemos llevar, encendida, ardiente, y crepitante la llamarada cárdena y purificadora del amor al suelo donde nacimos entre esos pañales dorados de una vocación esencial por la libertad y la cultura. Es por esto, y por otras cosas más, que ser otavaleño es una enorgullecedora dignidad.

Bibliografía

ALARCÓN COSTTA, César

2000

Diccionario Biográfico Ecuatoriano. Fundación Ecuatoriana de Desarrollo, Editorial Raíces, Quito.

ALCEDO, Antonio de

1967 [1786-89]

Diccionario de las Indias Occidentales o América. Tomo III, Ediciones Atlas, Madrid.

ARES QUEIJA, Berta

1988

Los Corazas: Ritual andino de Otavalo. IOA-Abya Yala, Quito.

BARRERA, Isaac J.

1978

«Imbabura». En: Virgilio A. Chaves Valdospinos, **Paisaje y alma de Otavalo**, Editorial Gallocapitán, Otavalo.

BUITRÓN, Aníbal

- 1974 «El Cuichi». En: **Investigaciones sociales en Otavalo**. Colección de autores y/o temas otavaleños, Serie Antropología, Vol. I, IOA, Otavalo.
- CACHIGUANGO, Luis Enrique
1993 «El origen del Aya-Uma» ; «Aya-Uma: Un símbolo de la cultura indígena». En: **Shimishitachi**, N° 16, Boletín del Centro de Desarrollo Comunitario 'Incapirca', Peguche, Otavalo.
- CAILLAVET, Chantal
2000 **Etnias del Norte**. Casa de Velásquez, IFEA, Abya Yala, Quito.
- CALDAS, Francisco José de
1933 **Relación de un viaje hecho a Cotacache, La Villa, Imbabura, Cayambe, etc., comenzado el 23 de julio de 1802, por ...**, P. Agustín Barreiro (editor), Madrid.
- CARRILLO DE UBIDIA, Carmen
1992 «Don Joaquín Saona Sandoval». En: **Imbabura**, N° 37, CCE, NI, Ibarra.
- CARRIÓN, Alejandro
1974 «En memoria de Enrique Garcés». En: **Sarance**, Número Extraordinario I, IOA, Otavalo.
- CHAVES PAREJA, José María
1942 «El Asiento de San Luis de Otavalo». En: **Revista Municipal**, Año I, N° 1, Órgano del M. I. Concejo Cantonal de Otavalo, Otavalo.
- 1942 «El Asiento de San Luis de Otavalo». En: A. Enrique Triviño (editor), **Imbabura**, Imprenta Cultura, Ibarra.

- 1942 «Biografías sintéticas de otavaleños ilustres». En: **Revista Municipal**, N° 17, Órgano del M. I. Concejo Municipal de Otavalo, Otavalo.
- CIFUENTES, Hugo
1955 «Los corazas». En: **Ñuca Huasi**, N° 5, Editorial Fray Jodoco Ricke, Quito.
- CISNEROS ANDRADE, Plutarco
1968 «La fiesta de San Miguel en San Rafael». En: **Boletín**, N° 1, IOA, Otavalo.
- 2000 «Presentación». En: **Monografía del cantón de Otavalo**. II edición, Colección 'Otavalo en la Historia', Serie VIII, Volumen 52, IOA, Universidad de Otavalo, Imprenta Noción, Quito.
- 2002 «Camino del Recuerdo». En: **Curifán**, N° 7-8, IOA, Otavalo.
- 2006 **Tendencias culturales de Otavalo en el siglo XX**. En prensa.
- CISNEROS PAREJA, Alfonso
1942 «Don Luis Garzón». En: **Revista Municipal**, Publicación del Municipio de Otavalo, Año II, N° 13, Otavalo.
- 1949 «Capitán Sixto Mosquera Pinto». En: **Tricolor**, N° 5, Otavalo.
- 1992 «Dr. Enrique Garcés Cabrera». En: **Sarance**, Número Extraordinario VIII, IOA, Otavalo.
- DE LA TORRE REYES, Carlos

- 1968 **Piedrahita: Un emigrado de su tiempo.** Editorial CCE, Quito.
- GARCÉS, Enrique
1953 «Mensaje del yamor otavaleño». En: **Ñuca Huasi**, Nº 2, Editorial Fray Jodoco Ricke, Quito.
- 1978 «Los Pinto Dávila, hombres de empresa». En: Virgilio A. Chaves Valdospinos, **Paisaje y alma de Otavalo**, Editorial Gallo capitán, Otavalo.
- GARZÓN UBIDIA, Enrique
1943 «Recuerdos íntimos». En: **Revista Municipal**, Nº 10, Órgano del M. I. Concejo Municipal de Otavalo, Otavalo.
- GRANDES BIOGRAFÍAS
1995 Volúmenes I, II y III, Océano Grupo Editorial, España.
- GRIJALVA, Carlos Emilio
1942 **Toponimia y antroponimia del Carchi, Obando, Túquerrez e Imbabura.** Editorial Ecuatoriana, Quito.
- GUERRA GUERRA, Patricio
1992 «Presentación». En: **Sarance**, Extraordinario VIII, IOA, Otavalo.
- HASSAUREK, Friedrich
1997 **Cuatro años entre los ecuatorianos.** Colección Tierra Incógnita, Nº 5, Ediciones Abya-Yala, Quito.
- HERRERA, Amable
1909 **Monografía del cantón de Otavalo.** Tipografía e Imprenta Salesiana, Quito.

IMBABURA

- 1928 «La calle real». En: ... , Órgano de la Liga 'Vasconcelos', Año II, N° 3-4, Otavalo.
- INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA
- 1990 «Nomenclatura de Otavalo». En: **Sarance**, Extraordinario VI, IOA, Otavalo.
- JÁCOME, Gustavo Alfredo
- 1993 «Sarance»; «Taita Imbabura». En: **Vifietas otavaleñas**, Editora Andina, Quito.
- JARAMILLO CISNEROS, Hernán
- 2000 «Fundadores del Núcleo de Imbabura». En: **Imbabura**, Revista de la CCE, NI, Extraordinaria X, Ibarra.
- 2000 «Héroes olvidados: Francisco Javier Suárez Veintimilla». En: **Imbabura**, N° 49, CCE, NI, Ibarra.
- 2006 «¿Qué pasó con la artesanía textil de Otavalo?». (Inédito).
- JARAMILLO PÉREZ, Estuardo
- 1962 «Por una monografía del cantón». En: **Revista Municipal**, Época IV, N° 19, Órgano del M. I. Concejo Municipal de Otavalo, Talleres Gráficos Minerva, Quito.
- JARAMILLO PÉREZ, Víctor Alejandro
- 1953 **El Señor de las Angustias**. Talleres Tipográficos Daniel Antonio Guzmán, Otavalo.
- 1972 **Corregidores de Otavalo**. Breviarios de Cultura, Serie Historia, Año I, N° 1, IOA, Otavalo.
- 1974 «Palabras pronunciadas en el sepelio del Dr. Francisco H. Moncayo». En: **Revista**, N° 18, CCE, NI, Ibarra.

- 1975 «Jacinto Collahuaso. Biografía» En: **Sarance**, N° 1, IOA, Otavalo.
- 1977 «Semblanza del padre Félix Polibio Andrade». En: **Curifán**, N° 1, IOA, Otavalo.
- 1983 «Don Isaac J. Barrera, nuestro coterráneo». En: **Sarance**, Extraordinario IV, IOA, Otavalo.
- 2002 **Participación de Otavalo en la guerra de la independencia**. II edición, Col. Tahuando, N° 26, CCE, NI, Ibarra.
- KOLBERG, Joseph
1966 «La catástrofe de Ibarra». En: **Hacia el Ecuador: Relatos de viaje**. Colección Tierra Incógnita, N° 17, PUCE, Abya Yala, Quito.
- LEÓN, Luis A.
1953 «Las chichas y la chicha yamor». En: **Ñuca Huasi**, N° 2, Editorial Fray Jodoco Ricke, Quito.
- MALES, Luis A.
1942 «Valores artísticos de Otavalo». En: **Revista Municipal**, N° 6-7, Órgano del M. I. Concejo Cantonal de Otavalo, Otavalo.
- MICROSOFT
2006 Microsoft ® Encarta ® 2006. © 1993 – 2005 Microsoft Corporation.
- MONCAYO, Francisco H.
1928 «Bordes eternos». En: **Imbabura**, Órgano de la Liga Vasconcelos, Año II, N° 3-4, Otavalo.

- 1942 «El hombre que amó mucho a su tierra». En: **Revista Municipal**, Nº 4-5, Órgano del M. I. Concejo Cantonal de Otavalo, Otavalo.
- MORALESALMEIDA, Roberto
1985 «Relieve de un eximio maestro y varón de fe». En: **Inmortalidad y gloria**, Imprenta Offset Vaca Jr., Ibarra.
- MORENO, Segundo Luis
1930 «La música en el Ecuador». En: J. Gonzalo Orellana (editor), **El Ecuador en cien años de independencia**, tomo II, Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios, Quito.
- MORENO YÁNEZ, Segundo
1985 **Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito**. 3º edición, Ediciones de la PUCE, Quito.
- MUÑOZ, Higinio
1951 [1883] «Otavalo, ciudad de Imbabura, en la República del Ecuador». En: **Ñuca Huasi**, Nº 3, Editorial La Unión Católica, Quito.
- MURATORIO, Ricardo
1986 «La transición del obraje a la industria y el papel de la producción textil en la economía de la sierra del Ecuador en el siglo XIX». En: **Cultura**, Nº 24b, Revista del BCE, Quito.
- NARVÁEZ, José Ignacio
1942 «Nuestros valores intelectuales». En: **Revista Municipal**, Año I, Nº 6-7, Otavalo.
- ÑUCA HUASI
1953 «Inauguración del Hospital de Otavalo»; «Una hermosa y patriótica hoja de servicios», En: ..., Nº 1, Editorial Fray Jodoco Ricke, Quito.

- 1954 «Biografías». En: ..., Nº 3, Editorial La Unión Católica, Quito.
- 1955 «Luis Eladio Benítez». En: ..., Nº 5, Editorial Fray Jodoco Ricke, Quito.
- OÑA VILLARREAL, Humberto
1988 **Fechas históricas y hombres notables del Ecuador**. Sexta edición, Editorial del Pacífico, Guayaquil.
- ORELLANA B., J. Gonzalo
1981 «La batalla de Tarqui». En: **Historia del Ecuador**, Volumen 5, Salvat Editores Ecuatoriana S. A., España.
- ORTIZ DE LA TABLA, Javier
1977 «El obraje ecuatoriano. Aproximación a su estudio». En: **Revista de Indias**, Nº 149-150, Madrid.
- PAREDES, Alfredo
1984 «Biografía de la Sociedad Artística». En: **Sociedad Artística: Decana de las instituciones otavaleñas**, Offset Vaca Jr. Ibarra.
- PAVÓN SÁNCHEZ, Raúl
2005 «Julia Mosquera Pinto». Conferencia en la Semana de la Otavaleñidad, IOA. (Inédito).
- PÉREZ T., Aquiles R.
1947 **Las mitas en la Real Audiencia de Quito**. Imprenta del Ministerio del Tesoro, Quito.
- PONCE DE LEÓN, Sancho de Paz
1965 [1582] «Relación y descripción de los pueblos del partido de Otavalo». En: Marcos Jiménez de la Espada (editor), **Relaciones Geográficas de Indias**, BAE, Volumen CLXXXIV, Ediciones Atlas, Madrid.

- ROSERO CALVACHI, José Nabor
1999 «Fallecimiento irreparable». En: **Leonardo Moncayo Jalil, Presencia histórica de los Moncayo en el Ecuador: 1770-1998**. Quito.
- SAN FÉLIX, Álvaro
1974 **En lo alto grande laguna**. IOA, Editorial Voluntad, Quito.
- 1977 «Nina Paccha. Princesa del lago». En: **Bodas de Plata del Yamor**, Publicación del M. I. Concejo Municipal de Otavalo, Editorial Época, Quito.
- 1988 **Monografía de Otavalo**. 2 volúmenes, IOA, Editorial Nuestra América, Quito.
- 1998 **Sociedad Artística: Decana y pionera en Otavalo**. Papelería e imprenta Monserrath, Otavalo.
- 2001 «El Dr. Luis Alberto de la Torre». En: **Testimonio**, Nº 1, IOA, Otavalo.
- SANTISTEVAN, Gaspar de
1808 **Descripción del Asiento de Otavalo con arreglo al impreso remitido por el Exmo. señor Virrey del Reino por medio del señor Presidente Gobernador y Comandante General de Quito**. Fondo Jijón-Caamaño, BCE, Quito.
- SUÁREZ VEINTIMILLA, Carlos
1977 **Imbabura**. Editorial Benalcázar, Quito.
- TERÁN, Francisco
1976 **Geografía del Ecuador**. 9ª edición, Quito.
- VALDOSPINOS, Jorge E. (Seudónimo: *J. Collahuazo*)
1980-84 «Archivo de la tierra». En: **Semanario Presencia**, Otavalo.

VALDOSPINOS RUBIO, Marcelo

2000 **Los caminos del corazón.** Colección Tahuando, N° 13, CCE, NI, Ibarra.

2003 **Señorío ético.** CCE, NI, IOA, Ibarra.

VILLAVICENCIO, Manuel

1858 **Geografía de la República del Ecuador.** Imprenta de Robert Craighead, New York.

WOLF, Teodoro

1975 **Geografía y geología del Ecuador.** Editorial CCE, Quito.

ZUMÁRRAGA, Pedro Manuel

1995 **Figuras estelares del magisterio de Imbabura.** CCE, NI, Ibarra.

**Esta obra se imprimió en los talleres IOA
siendo Director de Publicaciones
Fermín H. Sandoval
Octubre - 2006**